
3 1761 0[illegible]893315 4
D



Del Marruecos Español

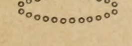
NOTAS POLÍTICAS, MILITARES, FINANCIERAS, AGRÍCOLAS, DE COMERCIO É INDUSTRIAS, ESTADISTICAS Y CUADROS DE VIDA Y COSTUMBRES

POR

Francisco Triviño Valdivia
Coronel Médico de Sanidad Militar
Caballero de la orden de San Hermenegildo, de la del Mérito militar roja, de la Cherifien, Hafidien, etc. etc.

PRÓLOGO DE

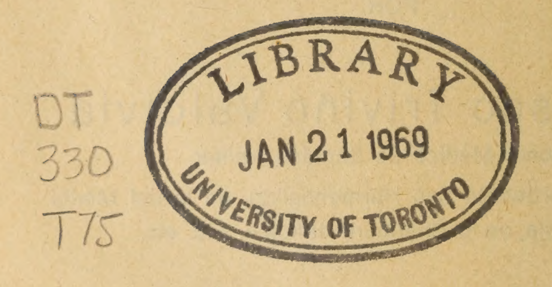
DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA



Primera Edición

Tip. El Telegrama del Rif

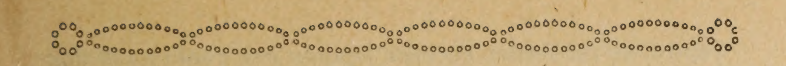
Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante los tribunales á quien la reimprima sín su autorízación.



PRÓLOGO

POR

DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA



EL LIBRO DE UN ESPAÑOL

Después de leer atentamente el libro que encabezan estas páginas mías, buscando un título acomodado al prólogo, no he vacilado en escribir el que va al frente: «El libro de un español».

El Sr. D. Francisco Triviño, médico insigne, jefe actualmente de Sanidad Militar de Melilla, periodista, literato, corresponsal de periódicos, actor eficacísimo en los problemas de nuestra política marroquí, testigo y narrador de muchos é importantes acontecimientos allí acaecidos, ha tenido la fortuna de recoger metódicamente su labor dispersa en tantas publicaciones, y la ha acondicionado de modo que de hoy más quedará en las bibliotecas de los aficionados al conocimiento de estas cuestiones, como elemento informativo indispensable. Triviño ha coleccionado relatos y juicios, campañas é incidentes, rasgos y observaciones, de suerte que, le-

yendo, se recuerdan sucesos lejanos y se confirma la doctrina netamente hispánica en cuanto á nuestras aspiraciones y derechos en aquellas tierras misteriosas.

Conozco yo á D. Francisco Triviño desde hace larga fecha. Quedó en mi memoria por un acierto periodístico verdaderamente glorioso. Por su actividad y su talento, se supo en Madrid lo ocurrido, cuando el General Margallo murió bajo el fuego rifeño en una de las tragedias más espantosas de la crónica africana. Bajo el pseudónimo de T. Diviaval, con el de Aliatar, con el de Alí Landaluz y con otros diversos, fué mi amigo durante veinticinco años informador telegráfico y postal de la prensa matritense y de diarios publicados en provincias. Siempre certero, siempre oportuno, siempre interesante, nunca movido por el interés ni por la propia ventaja. Periodista de acrisolada honorabilidad, respondió en todo momento á la obligación que tenemos los que servimos al público, comunicándole la historia del suceso.

En mis repetidos viajes á Marruecos, siempre encontraba á Triviño cumpliendo sus deberes oficiales, ya en Tánger, ya en Melilla, ya en diversos lugares. Siempre le acompañó el respeto de las gentes y nunca le faltó el amor al oficio, para el que había nacido.

Porque, en verdad, es que Triviño es médico, y ha realizado proezas y ha consumado sacrificios en bien de los que á él eran entregados para que les diese la salud y ha organizado medios de sanidad y de higiene, y se ha hecho respetar por sus iniciativas. Pero al mismo tiempo, seguía siendo escritor y periodista. No podía menos, porque esta vocación se adhiere al alma como una segunda

naturaleza espiritual. Un maestro de nuestra profesión, el francés insigne Emilio de Girardin, ha dicho: «El que nace periodista y literato, lo es hasta que fallece. Porque esto que hacemos nosotros, no se aprende en las academias ni se olvida por los intereses. Somos del modo que Dios nos hizo y no nos es dable dejar de serlo...»

Verdaderamente, el libro á que sirven de prólogo estas cuartillas, se titula «Del Marruecos Español»... Y en el nombre está la esencia, y esa esencia es la de un profundo conocimiento de lo antiguo y de lo moderno, de lo que fué y de lo que es, de la historia lontana y de las presentes realidades. Cuanto ha escrito Triviño se refiere á nuestros derechos incuestionables en Marruecos.

No ha querido el autor lanzarse á las vaguedades afirmativas, sin prueba, ni á aburrir con datos eruditos. Ha contado lo que vió, ha analizado los acontecimientos de que fué testigo, los ha eslabonado mágicamente, y con el interés que inspira la lectura de una novela magistral y aún con el superior que arrojan de sí las memorias de un testigo de gestas conmovedoras, ha ido edificando el Alcazar definitivo: piedras recias, consignaciones irrefutables, adivinanzas que luego se trocaron en afirmaciones evangélicas, la vida vieja enlazándose con la vida nueva, las mesnadas de Cisneros que apenas se esfuman en el olvido, junto á los soldados del Rey Alfonso XIII, el ayer, el hoy y el mañana. Prodigio de artista, verdad de relator, declaraciones inconmovibles sobre las que no podrá pasar el olvido...

Yo que antes que otra cosa soy periodista, evoco ahora aquella victoria informativa de Triviño, cuándo la

catástrofe del General Margallo. A mis manos llegó el amplio despacho de este colega. Fué un acontecimiento memorable. Yo le traduje, yo le dicté á mi amanuense, y al otro día, España entera tembló con la lectura. Me limité á copiar la relación, no añadiendo sino aquellos detalles que destacan el suceso y avaloran la intención del cronista telegráfico. Nada de infracciones, nada de engañar á los lectores, convirtiendo un despacho breve en una columna de prosa aburrida. Nunca fué ese mi sistema. He respetado siempre el ansia de las muchedumbres, lo bastante para no fatigarlas con estériles locuacidades.

Nació entonces Triviño, bien que con pseudónimo, y en este libro, en el que él me ha honrado pidiéndome el prólogo, se constituye, se completa, la calidad espiritual de mi amigo. El sabe lo que interesa á las gentes, él aparta lo que es monótono y pesado, él sabe bien lo que ha de emocionar. Y este es el secreto del periodismo. Desventurados aquellos que, disponiendo de una hoja impresa, la malgastan en nimiedades vulgarísimas...¡Cuánto se puede hacer con la letra de molde!... Es ella resorte maravilloso para despertar al dormido, para vigorizar al débil, para divertir y encantar al triste... Contad bien lo que habeis visto, mis queridos hermanos del periodismo, contad bien y sereis dueños del público. Y perdóneseme que aproveche la ocasión que se me presenta con motivo del renovado triunfo de Francisco Triviño, para intentar una enseñanza que quisiera aprendiesen los noveles cultivadores de mi profesión.

Don Juan Valera, el gran literato asistía cada noche á la redacción del periódico titulado «Los Debates» que

había fundado, é inspiraba el ilustre político don José Luis Albareda. El autor de «Pepita Giménez» me decía á mí, que era entonces un mancebito ignorante, casi tan ignorante como ahora.

«Usted habrá advertido, mi joven colega, que tardo en estribir un artículo para «Los Debates» tres ó cuatro horas. Vengo aquí por devoción á José Luis. Procuro ayudarle, porque le estimo mucho y porque su obra política ha de ser de gran eficacia en la Monarquía de Don Alfonso XII. Soy un risueño, un burlón, un sardónico. No creo demasiado en estas campañas, pero las respeto. Ello es que á mí me cuesta mucho trabajo redactar unas páginas, demostrando que Cánovas del Castillo, mi amigo personal y colega de la Academia Española, se equivoca en los fundamentos de su doctrina restauradora... Pero, en fin, yo acabo mi labor, y se la entrego á ustedes y ustedes la mandan á la imprenta y se publica al día siguiente en estas queridas columnas. Pero yo sé muy bien que no soy periodista, porque me aferro á mi idea, la amparo con doctrinas estudiadas, disperso en mi prosa algunos epitetos agraviadores del enemigo, me burlo de este... Sobre mi intención está la realidad, y yo quisiera disponer de la gracia de Rodríguez Correa que en cinco párrafos, breves y mal escritos, logra lo que yo no alcanzo con una larga columna de prosa meditada, y acaso perfecta en la forma. El periodista es una virtualidad social, algo que no se aprende, algo que yo no he podido aprender.»

Y estas palabras de don Juan Valera, que por primera vez salen hoy al público á las que yo no sabía qué

contestar, porque me maravillaba la gracia del comentario, la sutilidad ingeniosísima y la belleza del estilo del maestro, podrían ser el origen de una doctrina del periodismo.

Acabo de leer de nuevo la obra de Triviño. Parte de ella me era conocida. En su totalidad y en la perfecta ordenación, me ha parecido una indiscutible victoria profesional. No será leido este libro sino con emoción y con interés extraordinario. Y él enseñará á los ignorantes cuanto hay de drama, cuanto de pintoresco, cuanto de excitador, en esta lucha de los intereses Marroquíes...

A través de las notas diplomáticas, todo se confunde y se desdibuja. Los hechos son los mismos, no pueden cambiarse. Pero interviene un narrador afortunado como Francisco Triviño y los documentos oficiales adquieren un valor de cosa vivida. Ellos nacen, porque antes no existían. Imaginad el tedio del oficial del Ministerio de Estado, que lee y extracta las confidencias diplomáticas, y comparad ese estado de ánimo con el de quien examine las cuartillas de Triviño. Este, con la habilidad de su amor artístico convierte una reclamación en que ha intervenido toda Europa, y que ha pasado inadvertida en un suceso perturbador de la tranquilidad. El sabe donde está el interés, él lo averigua y lo concreta.

Los títulos de esta obra bastan para hacer curiosa su lectura. Copio algunos: «Causas de la desmembración de Marruecos.»—«Marruecos diplomático, político, judicial y pedagógico.»—«Nuestros derechos en Marruecos.»—«Necesidad absoluta de que España posea el Norte de Marruecos.»—«El Marruecos Español.»—«Fuentes de ri-

queza.»—«Del valor efectivo militar de los elementos indígenas.»—«Nuestra acción militar en Marruecos.»—«Las ciudades de noche.—Tánger, Alcázarquivir, Larache.»

Es asombrosa la fecundidad de Triviño. El cuenta y describe, él nos enseña recónditos lugares donde actúa la idiosincracia indígena. El nos revela el secreto de aquella raza, que ahora empieza á ser conocida y á cuya revelación contribuye Triviño. Gracia infinita en las descripciones, potente estilo narrador, fuerza ingénita, literaria, que los muestra y nos enseña lo que no conocíamos.

Muchos libros con pretensiones exclusivamente literarias se han impreso en los últimos años. Marruecos invitaba á los escritores. Tema tan vario, tan nuevo, tan singularmente atractivo, había de excitar la codicia de los poetas que cultivan la prosa. Pero aunque Francisco Triviño no ha intentado esa empresa, su libro será como la más perfecta, delicada y emocionante expresión de aquellas costumbres, en las que se traban y mezclan la altanería señoril del moro, su desprecio de las civilizaciones europeas, el amor de su hogar, la superioridad sobre la hembra, el deleite de los placeres recónditos de su casa, el orgullo de permaneeer ignorante, tal vez porque ha adivinado, que toda la ciencia de los pueblos que se llaman cultos no vale la pena de una hora de dichas, en el patio de la casuca, por fuera mísera, por dentro nido de las hembras amadas, mientras dos ciegos tañen en un laud y en una viola las viejas músicas que ahora copian los innovadores del arte divino...

Triviño, tal vez sin quererlo, porque atento está principalmente al problema político internacional, nos

muestra esas reconditeces de la vida Marroquí. No puede confundirse este libro con ninguno de los otros que han aparecido en los postreros veinte años.

Natural es que yo prescinda en este prólogo de los temas esenciales que agitan la mente de Triviño. Inevitable, así mismo, que yo no examine el criterio españolista que me es tan amado. De eso sé todo lo que puede saber un hombre que ha viajado por Marruecos, que ha conversado en Melilla con el General Martínez Campos, con el General Marina, y con otros de los caudillos que allí nos defendieron.

Si yo no creyese que este prólogo debía ser breve, narraría un viaje que hice por la costa Marroquí, en el vapor «Cartagena», de la propiedad entonces de los señores Rius y Torres, barceloneses esclarecidos. En ese vapor llegué yo á Santa Cruz de Agadir, donde entonces estaba el crucero alemán «Berlin». Este barco sustituía á otro barco germánico que había realizado lo que en Francia se llamó «Le coup d'Agadir». Sóbranme elementos para dilatarme en una referencia general de sucesos, en los que se engendró, la última, espantosa guerra.

Cuando yo leía los horrores de esta contienda, pasaba siempre por mi memoria la amplia bada de Agadir, con su montículo, sobre el que se eleva el castillo dominador, con las caravanas de millares de camellos que venían del Sur, buscando un puerto comercial, con los festines que nos dieron aquellos árabes jamás dominados... Y esta descripción que palpita en mi mente y que al cabo reventará en páginas que ya me calientan el corazón, únese á la doctrina fundamental del libro de Francisco

Triviño. Por que allí, en Santa Cruz de Agadir, donde han fondeado pocos barcos españoles, me dijo el ilustre Comandante de ese barco:

«Si nosotros los germánicos tuviéramos lo que tienen ustedes los españoles, el imperio de la lengua castellana, que palpita en toda la costa, porque la hablan los judíos y los árabes traficantes, y los conductores de las caravanas, seríamos dueños del mundo...»

Pasó la gran guerra. Alemania está sometida á sus enemigos. No olvidaré yo las palabras de aquel marino que mandaba el «Berlín».

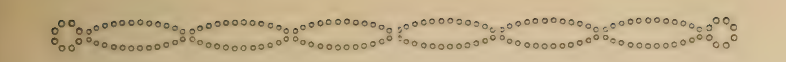
Recogiendo los efluvios de este viaje, aún inédito, estudiando las páginas de Francisco Triviño, dedico á este mi homenaje. El ha dicho todo lo que había que decir. El ha agotado el tema... Gloria al médico militar, que al cabo de tantos años de esfuerzos, recoge en un volumen el poder de su talento observador.

J. ORTEGA MUNILLA

Abril de 1920.

A sus compañeros los Médicos Militares que precediendo á la actual situación, hicieron en Marruecos labor de ciencia, caridad y patriotismo; á aquellos otros que ayer y hoy en consultorios indígenas, ensanchan nuestra acción política, en campos de combate recogen y curan á los caidos y en hospitales, laboratorios y centros sanitarios disputan vidas á la muerte, consolidando y abrillantando entre todos la historia del Cuerpo de Sanidad Militar dedica el presente libro

EL AUTOR



Del porqué de este libro y de su título - - - -

Resumen de observaciones hechas durante los treinta años mejores de mi vida, años de juventud y energías que pasaron para no volver; es este libro que doy á la estampa con la aspiración de difundir en mi patria—si es que tengo la fortuna de ser leído—el conocimiento del problema Hispano-Marroquí, que es consustancial con nuestra vida interna y con nuestra vida mundial.

No es nueva para mí la labor, pues á ella me llevaron aficiones y circunstancias de la vida desde mis años mozos y en «El Imparcial», bajo el pseudónimo de T. Diviaval desde mil ochocientos noventa al noventa y cuatro y en «A B C», bajo el mismo pseudónimo, desde el seis al catorce y en «La Correspondencia de España», durante el mismo tiempo bajo el de Interino y en el «Diario de Barcelona», bajo el de Aliatar y en el «Defensor de Granada», bajo el de Alí Landaluz, vieron la luz pública artículos míos al servicio de esta causa, y bajo el de Corresponsal en distintos periodos durante veinticinco años, toda la información telegráfica referente á Marruecos, de estos periódicos y de otros que no cito por no alargar la referencia.

Tengo á gala haber consagrado parte de mis actividades á esta labor, porque la estimo no ya útil, si no necesaria para el presente y porvenir de España, en la que hay que hacer un esfuerzo para convencer á todos, de que este suelo de Marruecos, estas costas desde las que las españolas se ven salpicadas de vestigios de atalayas que servían para avisar la expedición pirata que raciaba nuestros hogares y se llevaba cautivas nuestras mu-

jeres y nuestras hijas, para ornato y gala de moriscos harenes, si nó son nuestras, si nó las organizamos como antemural del solar Hispano, serán no como en tiempos antiguos, nidos de bárbaros que aún en lo limitado de sus medios de comunicación encontraron recursos bastantes á la invasión y conquista de España, sino arsenales de guerra, establecimientos de Industria y Comercio, explotaciones agrícolas y mineras, zonas de reclutamiento de soldados al servicio de extranjeros, que nos hundan y anulen; primero en esos ordenes de la vida moderna que constituyen la riqueza de un país y nos ahoguen más tarde si les viene en ganas, echando sobre nosotros por Norte y Sur el peso de un poderío militar, cuya base principal sería este mismo suelo.

Y esto es tanto más de tener en cuenta cuanto que la Historia dice de modo elocuente, que mientras las invasiones venidas del Norte á nuestro suelo hemos podido y sabido rechazarlas, las venidas por el Sur lo han señoreado dando ocasión á luchas de siglos.

Al servicio de la idea de convencer á los reacios de la necesidad de que seamos nosotros los poseedores de esta costa, sale este libro y si contribuye en algo á realizar la aspiración—que no vacilo en llamar patriótica—de que en este asunto de Marruecos no se oiga más voz que la de «adelante hasta dominar lo nuestro», empresa que los hechos van demostrando, se puede y se sabe hacer; el tiempo y el trabajo invertido en sus páginas habrá contribuido al bien de España, única aspiración que puede verse en ellas.

¡Adelante hasta dominar lo nuestro! Este lema explica el por qué este libro se llama «Del Marruecos Español» en vez de titularse del protectorado ó de la zona, porque entiendo que esas barreras puestas á nuestro señorío, á nuestro derecho á constituir dos provincias españolas, una oriental Capital Melilla, otra occidental Capital Tánger.—Tánger que es español por idioma, por costumbres, por razón de seguridad de nuestra acción, y por razón política mundial que en nuestra legendaria caballerosidad tiene fiador cumplido de que no la hemos de convertir, erizándola de cañones, en comisura peligrosa de la boca del Extrecho—esos eufemismos y limitaciones que la diplomacia emplea para poner careta, á lo que no de-

be llevarla, porque resta y disminuye el brío de la acción, si nó al brazo militar que la realiza, sí á la opinión que ha de dar á este los medios de realizarla; deben desaparecer para nosotros, que adquirimos derecho de indiscutible propiedad regando de oro y sangre un suelo que hace falta transformar civilizándolo, no para bien solo de España, sino para bien de todos los que en tratados internacionales tienen reconocido su derecho á instalarse en el país y á trabajar y prosperar en él.

Es mucho el esfuerzo para que no tenga la única recompensa posible, que es que España tenga una prolongación de su suelo aquí. ¡Lástima grande que la política envenenara la cuestión hispano-marroquí de modo tan grave en los primeros años del siglo actual y determinara la rectificación del Tratado de Moret, que vinculaba en nosotros todo el antiguo reino de Fez! ¡Lástima grande que ella haya limitado nuestra acción á la zona montañosa dejando las fertiles llanuras del Garb, que rápidamente han señoreado los franceses!

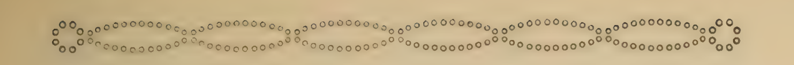
Si aquella acción política nos hizo daño grave, tomemos todos esto como enseñanza y en la hora de ahora, momento decisivo para nuestro papel en la vida internacional seamos todos unos y ayudemos con nuestros entusiasmos—los que no lo sientan con su silencio—á la labor precisa para servir el lema. «¡Adelante hasta dominar lo nuestro!»

Melilla 31 de Noviembre de 1919.



PRIMERA PARTE

DESMEMBRACION DEL IMPERIO MARROQUÍ



Causas de la desmembración de Marruecos - - -

I

Dos hechos han sido los progenitores de la actual desmembración del imperio marroquí, uno principalísimo, el acuerdo franco-inglés de que Marruecos se transformara, al que tuvimos que sumarnos por que con nosotros y sin nosotros la transformacion se hubiera hecho, y no incorporarnos significaba la renuncia á muchas cosas de nuestra vida según demostraré en capítulos que siguen; y otro el caos anárquico en que el país vivía y que colocaba á Europa en el dilema de abandonarlo ó de intervenir.

El primer hecho tomó realidad en la vida de Europa y América en los acuerdos de la conferencia de Algeciras, en los *pouparlers* constantes de Francia, Alemania é Inglaterra, donde codicias y previsiones levantaban polvaredas en las que dormía, mejor dicho, aleteaba el germen de la espantosa guerra que ha señoreado á Europa casi un lustro, en la venida del Kaiser á Tánger, y en los tratados franco-inglés, anglo-español é hispano-francés, surgiendo al mismo tiempo como cosa viva en Marruecos, con la creación del Banco de Estado, con la de Juzgados y Audiencias, con la de los tabores de policía, con la intervención de las aduanas y con la creación del registro de propiedad; organismos que rompieron los moldes viejos, moldes abyectos, donde la venalidad, el robo y el cohecho anidaban, sirviendo los intereses de los más hábiles y más atrevidos.

Fueron días de lucha diaria en Tánger, donde resi-

dían los representantes de las potencias encargadas de la implantación de estos servicios y periódica en Fez y Rabat donde los últimos sultanes, Abdelacis, el abúlico que no supo heredar las energías de su padre y dió á los poderosos de la vida mundial, derechos que debió conservar y deberes que está obligado á cumplir en su territorio todo Jefe de Estado, y Hafid el veleidoso, elegido por el pueblo para sustituir á su hermano, quien pagó la entusiasta aclamación con que los de su raza le levantaron sobre el paves, entregaron á Francia el imperio á cambio de una pensión y una cantidad de millones, que no otra cosa significó la renuncia del trono de los Cherifes en Muley Jusef, el más ductil y manejable de los hijos de Muley Hasan.

Mientras en Europa la lucha se debatia de gobierno á gobierno y de jefe á jefe de Estado, en Marruecos fueron soldados de España durante los diez años primeros de este siglo á que alcanza lo que se expone en este capítulo, los diplomáticos Cologan al que había dado justo renombre su actuación en China en los difíciles momentos de la intervención en ella de Europa, Llaberia que en su gestión en la América del Sur supo hacer querido y prestigioso el nombre de España, Mery del Val, hombre inteligentísimo, de un tesón, de un trabajo y de una actividad enormes, condiciones puestas en todo momento al servicio del más pequeño interés material ó moral hispano, condiciones que le han llevado á Londres donde con tanto acierto representa nuestra nación y Villasinda actual Embajador en el Vaticano, que á sus méritos de escritor une las de político habilísimo y sagaz; y en las ciudades de la costa—donde se debatían á diario con indígenas y extranjeros los intereses patrios en los pequeños detalles de la vida, labor que era el cimiento del edificio que intentábamos levantar—los cónsules Cubas, Potous, Sestoa, Zugasti, Buhigas, Villa, Rodríguez de Viguri, López Ferrer y Ariño, laborando diplomáticos y cónsules con toda su voluntad, inteligencia, patriotismo y fé, materiales que han de integrar toda obra para que ella resulte buena y útil. Dirigió toda la labor muchos años don Manuel González Hontoria, tan hábil diplomático como culto escritor, alma de toda ella desde la conferencia de Algeciras donde actuó como Secretario, hasta

hace tres años que renunció á la Subsecretaría del Ministerio de Estado, sin restar por ello su apoyo al asunto como lo demuestran sus libros publicados y sus visitas al norte de Marruecos.

Este primer hecho tuvo en conmoción el equilibrio mundial desde que surgió hasta el momento de estallar la guerra europea en la que fué concausa poderosa y él tuvo en tensión los poderes más altos, las inteligencias más valiosas y las voluntades más potentes de cuantas en el mundo alentaban en la vida política internacional.

Afortunadamente nosotros supimos mantener nuestras posiciones y hoy, después del desastre mundial seguimos en ellas, desarrollando nuestra acción en armonía con nuestros medios y necesidades, todo ello mermado por nuestra funesta política interior.

El segundo hecho citado, la vida anárquica del país, ayudó eficazmente al primero. Vivir en Marruecos en el periodo de tiempo que medió entre el año primero del siglo y la ocupación de Casablanca por fuerzas francesas y españolas, era un riesgo grave, un peligro positivo que corriamos los obligados á vivir allí. Los robos, los secuestros, las espoliaciones, estaban á la orden del día y mejor que traer á estas páginas el recuerdo que ahora guardo de lo acaecido, es trasladar á ellas, lo que entonces dije en los mismos días que ocurrían los hechos, en periódicos y revistas, pues ello tiene el sabor del momento vivido y guarda en sus líneas el reflejo exacto de la realidad que no siempre existe en el recuerdo.

He aquí párrafos de varias crónicas.

De una publicada en «El Defensor de Granada» el 19 de Marzo de 1904, es lo que sigue:

«Hasta ahora el Raisuli, cherif prestigioso de las kábilas del Yebel, con dilatada familia y ascendiente grande entre los Beni-Arós, en sus querellas con el sultán se había limitado á interceptar el aprovisionamiento de Tánger, encareciendo el mercado por tener que surtirse por mar de reses y vituallas, pero jamás se pensó en que fuese tan audaz que viniese á las puertas de la plaza y sin respeto á las leyes ni temor á la fuerza, sin dársele un ardite de que Tánger es el centro diplomático, donde residen los ministros de Europa, realizase un secuestro en persona tan saliente como Jons Perdicaris, que por su

posición financiera y por su posición política,— pues ocupa el cargo electivo de presidente de la comisión de higiene, especie de municipio internacional que tiene bajo su administración cuanto atañe á las urbes en nuestras leyes municipales,—parecía fuera del alcance de un golpe de mano. El hecho del secuestro de Mr. Harris, corresponsal del «Times», realizado el año anterior no tiene analogía con el actual, pues aquel se verificó por salida al campo del secuestrado y en este los moros asaltaron la morada, maniataron personas y se las llevaron como quien escamotea, sin temor á ser perseguidos, dispuestos á rechazar á los que se hubieran opuesto á sus designios.

Y debió de ser una escena altamente dramática la que se desarrolló en la casa que Mr. Perdicaris habitaba hace dos días en el monte, con numerosa servidumbre y hasta una pequeña guardia que maldito de lo que le ha servido en la ocasión presente.

Los moros mandados por el Raisuli en persona, á las nueve de la noche y divididos en tres grupos se dirigieron uno al chozón de la guardia, que no se resistió intimidada por el número y se dejó maniatar, otro á las cuadras, donde también se maniató al personal y se cogió el ganado y el tercero á la casa, penetrando en ella por las cocinas en el momento en que iba á ser servida la comida y bajaba al comedor la familia Perdicaris en traje de etiqueta.

Este último grupo lo mandaba el Raisuli en persona y al ruido que hicieron maniatando cocinero, pinche y repostero acudió el dueño, anciano de sesenta años, que inmediatamente fué atado codo con codo sin resistencia, tras él la señora, el hijo y la nuera que intentaron defender al anciano, siendo maltratado el hijo fuertemente y las señoras separadas con violencia y amenazando con matar á todos el Raisuli si alguno se acercaba al teléfono á dar noticia de lo que ocurría, precaución tardía pues antes de bajar en auxilio de su esposo la anciana señora avisó á la central telefónica con estas palabras: «Raisuli casa de Perdicaris», que llevaron la alarma á toda la población, pues el telefonista avisó á las legaciones, consulados y particulares y á las nueve y media todo el mundo estaba en la calle y se organizó un socorro, que por desgracia llegó tarde.

Una vez maniatados todos y ensilladas las caballerías separó el Raisuli á Mr. Perdicari, padre é hijo, les hizo montar en sus propios caballos, los dos de frac, y el primero con una bota menos, designó dos criados para que les acompañaran y soltando uno de los presos le dió un pliego diciéndole: «Llévale á Mohamed Torres para que sepa de lo que es capaz y lo que le exige el Raisuli» y picó seguido de fuerte escolta, internándose en el campo. El número de asaltantes que se admite como mínimo es de cincuenta.

Cuando en la población se supo la noticia, moros del sultán y europeos amigos de los Perdicaris se dirigieron al monte, llegando á tiempo de desatar los sirvientes y señoras que á poco se vieron dentro de murallas en unión de las muchas familias que veraneaban ya en sus quintas de recreo».

De otra carta publicada en el mismo periódico fecha 10 de Junio del mismo año, son los siguientes párrafos descriptivos de hechos y costumbres:

«¿Que qué tiene que ver Granada con esta carta? Pues nada; pero es que ayer al contemplar aquel Berrat, anciano de hermosísima cabeza rematada en luenga nevada barba, tipo completo de la raza semítica que habla al alma con voces de la historia, apoyado sobre largo bastón para inmovilizar el cuerpo y hacer más potente su voz de muecin ejercitada años y años en convocar al pueblo islamita en demanda de preces que elevar á Dios ó de órdenes que recibir del Rey, al verle de calle en calle lanzar á los vientos el pregón sagrado de *Rasul la en Nevi Mohamet,*—no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta,—seguido del anuncio de «carta del hijo de Muley Hasan nuestro señor Muley Abb-el-Azis» y ver al conjuro de su voz surgir moros de luengas ropas talares, oscuros suljanes, blancos alquiceles, haraposas chilabas, todos con paso mesurado y digno camino de la mezquita para oir lo que á bien tiene decirles el Jalifa de Dios en la tierra; Granada, la antigua, la soñada, la entrevista en la historia y en la tradición, vino á mi memoria y con ella tropel brillante de los que son justadores en el palenque de sus letras y han esmaltado con su pluma de oro hechos y tradiciones, que á golpe de hierro y á fuego de amores grabaron generaciones, cuyo polvo duerme en el

suelo de nuestros campos para que el tiempo no pueda borrar su recuerdo entre los que hoy viven y gozan de la hermosa tierra granadina.

La carta del sultán fué toda relativa al asunto Perdicaris y en ella se daba cuenta al pueblo musulmán de las concesiones hechas al Raisuli, encareciendo á más la necesidad de ayudar todos para el rescate de los cautivos en evitación de graves complicaciones.»

*
* *

«Antes de este suceso tuvimos la fiesta del Molud, día dedicado á las circuncisiones, precedido de otro que llaman de las venganzas, verdadero derroche de pólvora; tantos son los disparos que á toda hora y en todo sitio se hacen y que facilitan el realizar asesinatos de los que cada año hay algún ejemplar. Un muerto y varios heridos han sido el resultado de tal fiesta este año en la localidad entre los moros; y entre los europeos que intentaron cruzar ó cruzaron el zoco, lleno de campesinos, armados en su totalidad; alguna grita estentórea amenizada con maldiciones de lo más escogido del repertorio y alguna pedrea sin más consecuencias que la queja de los representantes á Torres.

Fué lo más saliente, las carreras de pólvora, sport varonil donde hombre y bruto lucen su habilidad, aquel como ginete y guerrero, y este como noble y brioso.

Por cierto que por medio de la senda marcada en las carreras de la última tarde en el camino del hospital español, tuvieron que desfilar dos médicos para atender un herido grave no indígena y durante el paso, como se encrespan las olas del mar, se encresparon las turbas con voces que sonaban á denuestos, con imprecaciones y manoteo en medio de espingardas y fusiles algunos de los que apuntaban muy de cerca, sin que las cosas llegaran á más. ¿Por qué? quizá porque entre la turba alguien supo el cargo que ejercían; quizá porque sin acelerar el paso ni darle importancia al suceso siguieron hasta salir á sitio claro fuera del apretado núcleo los agredidos. El hecho es que afortunadamente el suceso no tuvo consecuencias, y que la misión de caridad urgente fué cumplida. Otros

fueron menos afortunados, pues ó no pudieron pasar, ó sufrieron violenta pedrea.»

*
* *

Al día siguiente un moro de Anhgera, muy conocido en Ceuta, donde tiene prohibida la entrada por su mala conducta, que había venido á esta con motivo de la fiesta y al que más que el apodo de Valiente por el que se le conoce le cuadra el de Bandido, penetró en plena población casa de un súbdito inglés, en ocasión en que estaba fuera el dueño, y colocando un revólver al pecho de la señora, arrebató dos Maüser y consiguió algún dinero, llevándolo todo con ayuda de otros de su jaez, copartícipes en la empresa.

«A pesar de estos hechos, todavía hay quien dice que Marruecos debe continuar así, y que secuestrar, robar, matar, insultar, agredir y quedar siempre impunes los autores, hasta premiados en algunas ocasiones; son hechos normales que no deben ser tenidos en cuenta para empresas de civilización que solo la ambición demanda. Los que tal dicen, son antiguos en el país y debemos creer que el cariño que tienen al modo de ser en que vivieron luengos años, pone en sus ojos una venda espesa que no les permite ver la realidad de los hechos, la necesidad absoluta de garantir vidas y haciendas, evitando sucesos que por ley fatal, han de llenar con una página de sangre la historia siguiendo las cosas por el camino que van. Hay que pensar también en lo que puede convenir la continuación de esta vida á sus intereses.»

De otros sucesos publicados en el mismo periódico:

«9 de Septiembre de 1905.

«Humean las cumbres, llamean los aduares que el brazo del sectario entregó á las llamas aliento de la guerra entre las cábilas y por las laderas huyen en manada humana que el terror empuja, mujeres, chiquillos y ancianos que pretenden buscar refugio en los muros de la ciudad. Los hombres defienden á tiro limpio *Tánger Balia*, aduar situado á un kilómetro de la población, porque el Raisuli les mandó no abandonarlo y les prometió ayuda, promesa que cumplió logrando entre unos y otros

rechazar la feroz embestida de montañeses y anhgerinos que han declarado la guerra al Raisuli y que ayer se decía le tenían poco menos que en sus garras, atribuyendo el hecho á maniobras del Sultán, ganoso de librarse del autoritario chef de Zinat.

Ya me pareció difícil la captura del secuestrador de Perdicaris. Hombre de temple y de inteligencia no vulgar, empleó parte de los setenta mil duros que sacó al Sultán como precio del secuestro, en construir una casa aspillerada en la cima de un monte abrupto cuyas laderas y vericuetos están bajo el fuego de los raisulianos, dos centenas de hombres decididos, y bien armados que saben pende su vida de la resistencia que su brío preste á la guardia de su señor.

Los anhgerinos, los de Wad-Ras y los yebalas, celosos del prestigio que el Raisuli tiene en el país y deseosos de librarse de su férrea mano, se han levantado en armas dícese que de acuerdo con el Sultán para acabar con él, y hace varios días vinieron á la parte de Tánger que Raisuli gobierna y con amenazas y empellones cobraron unos tributos en el zoco, grande provocación que fué contestada con una orden prohibiendo á los de Anhgera venir al mercado, seguida del despojo de unas veinticinco infelices mujeres de esta kábila en pleno Tánger en la playa grande, que fueron desposeidas de cargas y caballerías á pesar de la protesta furiosa que comienza en la maldición y acaba en el mordisco.

Desde entonces los incendios á la vista de la plaza no han cesado, los incidentes, de esta guerra irregular en que las kábilas son maestras han sido diarios, la preocupación de la población constante siendo de advertir que los moros son los más preocupados, — los europeos hasta ahora cultivan tranquilamente el papel de espectadores que ni sospecha tienen de hacer en la tragedia ni aún de comparsas—y los artículos de primera necesidad de que el campo nos abastece han encarecido de un modo lamentable.

Esta es la situación verdad; una situación de la Edad Media, feudalismo puro, guerra de mesnadas en que los jefes que tienen tanto de bandidos como de guerreros, imponen á cintarazo limpio la ley de sus conveniencias á la mísera gleba que sirve de peldaño á su grandeza».

En el periódico «Ceuta Nueva», publiqué los siguientes hechos, en igual fecha, bajo el título de «Cliches Morunos».

«No tuve máquina para quedarme con el grupo y enviar á esa redacción el cliché y por eso en sustitución van estos renglones.

Diez de la horda Raisuliana constituyeron anteayer una guardia en la playa grande, en el centro mismo de la zona habitada por europeos, y fusil en mano, cumpliendo órdenes según decían de su jefe, en el espacio de media hora despojaron de mercancías unas veinticinco moras de Anghera, que ó huían temerosas ó protestaban indignadas, sin miedo á los golpes que los despojadores propinaban á las víctimas enfurecidas.

A cuatro ó cinco mil pesetas, entre caballerías y géneros, ascendió el producto de la aventura que con ojos de envidia contemplaron los diez ó doce números que forman la guardia del Majzen, limitando su intervención á esta contemplación.

No deben tener estas infelices mujeres, ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni convecinos; pues de la kabila, ni aquel día ni al siguiente, vino nadie á pedir cuenta del atropello á los atropelladores, ó es tan bajo el nivel á que han llegado los hombres de la Mauritania, que no les dice nada al espíritu ver sus hembras espoliadas y escarnecidas. Los que lean, deduzcan á lo que está reducida la decantada fiereza marroquí.»

* * *

«En el zoco grande, el mismo día, un moro disparó á otro cobardemente á quemarropa el fusil, dejándole gravemente herido. El hecho acaeció á veinte pasos del tugurio donde el jalifa del Raisuli administra justicia, asistido de una centena de kabileños armados hasta los dientes. El revuelo fué grande, llegando no sólo á cerrarse comercios y bancos, sino las puertas de la población murada. Afortunadamente las cosas no pasaron á mayores, si hubieran pasado, ya se colige á lo que estaba destinada la población europea que no bajará de seis mil personas, que habitan de puertas afuera; quedar entregada á sus propias fuerzas, frente á la anarquía del pueblo bárbaro. Los

soldados del Majzen, que son aquí los guardadores del orden, cuando oyen un disparo cierran las puertas y se colocan detrás de las murallas para resguardar sus vidas.

Tal es la noción que tienen de la vida militar y del sostenimiento del orden.»

*
* *

«El día anterior en la calle de Tetuán, sitio bastante céntrico, á las cinco de la tarde se encontró un judío muerto por un disparo de arma de fuego. Ni nadie oyó la detonación, ni nadie vió nada; sordera y ceguedad explicadas por el miedo álas venganzas de los asesinos. Hasta un guardia que tiene en la referida calle la comisión de higiene, al ser interrogado por los justicias de esta plaza, dijo: «Mi encargo es que no se orinen los transeuntes, ni en el rincón ni en el banco que hay en la calle y ocupado en esto, no he podido enterarme del suceso», respuesta que ha llenado el deseo de los jueces.

Alguien ha reclamado de Torres la averiguación de los hechos, y Torres que no cuenta con medios para la investigación, ó que tiene otras cosas en que ocuparse, se ha limitado á decir «no es protegido», y justicia terminada.»

*
* *

«Los que léais, reunir los tres clichés y decirme si después de vistos, hay nadie que pueda sostener que Marruecos es un país cuyo statu quo hay que defender; decidme á lo que quedan reducidas las resistencias militares y guerreras de esta raza para un país medianamente organizado, y decidme si es justo que haya periódicos que pinten la empresa de conquista como insuperable ó peligrosa para España, y ministros que admitiendo la posibilidad de que Marruecos llegue á ser una Argelia, dejen entrever á los franceses la probabilidad de que lo sea sin protesta de España. Esto es, que con sus interviuv hagan posible seamos descartados en las futuras combinaciones políticas y guerreras que Europa tenga á bien hacer en el Imperio.»

Precediendo intercalados ó siguiendo á estos hechos cuya descripción está escrita el mismo día que acaecieron, están los del asesinato de dos niños españoles en Beniarós,

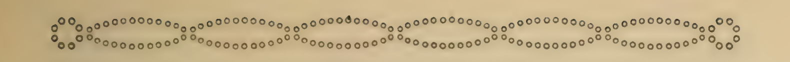
hasta donde las gentes del Raisuli los llevaron secuestrados desde Arcila, el secuestro y desaparición de otro niño español en el monte de Tánger, el secuestro del Kaid Maclean, militar inglés al servicio del sultán, el lynchamiento en Fez de un francés que apoyó su mano en la pared de una Mezquita, y asesinatos de judíos á diario y de temporada en temporada el asedio de Alcazar Kebir, que se libraba de él mediante cuantioso rescate y el apresamiento ó tiroteo de barcos de cabotaje, según á la distancia á que se ponían de las costas.

Coronó esta situación inaudita el asesinato de nueve obreros—cuatro de ellos españoles—en las obras del puerto de Casablanca, que obligó á desembarcar sus tripulaciones en la plaza á un barco de guerra francés y otro español. Ellos entraron por las puertas de la Marina, nosotros, asaltando las murallas, y entre todos se amparó la población europea, que se había alojado en los Consulados y en ellos se defendía á tiros de la feroz horda, haciendo fracasar la matanza de infieles que tenía organizada la morisma.

Diez días pasaron éstos europeos, hasta que acudieron tropas francesas y españolas, capaces de mantener el orden dentro de murallas; durante ellos el saqueo se cebó en todos los hogares, pero éstos hechos justificaron plenamente la invasión por Francia del reino de Marrakes, cuyas resistencias acumuladas en Chauia, fueron vencidas en poco tiempo; como justificó nuestra actuación en el Rif el año nueve, el asesinato de los obreros del ferrocarril minero en las mismas puertas de Melilla, y nuestro desembarco en Larache y ocupación de Alcázar, la amenaza de degüello y saqueo que ante esta ciudad había establecido el Yebala.

Engendrada por estos hechos y por aquel otro de que los poderosos del mundo habían decretado y organizado traer á la vida civilizada la hueste salvaje, vino la disolución del imperio del Mogreb y en ella somos actores obligados, por que no era posible seguir siendo españoles si tal no hiciéramos.

Quizá la hora de esta disolución no fué la más cómoda para nosotros, pero como no estuvo en nuestras manos retrasarla, en ella cumplimos con nuestro deber, atentos á intereses vitales que no podíamos desatender.



Marruecos diplomático, político, judicial y pedagógico

II

Además de lo expuesto en el capítulo anterior, fué piedra fundamental sobre la que se edificó, la desmembración del Imperio, lo que en los órdenes de vida que sirven de enunciado á este capítulo practicaba el pueblo y que merece ser divulgado, porque aun desaparecido en la parte sometida, vive en la no sometida y su conocimiento enseña mucho el modo de enjuiciar y pensar de aquellos con quienes se tiene que convivir y que por atavismo y costumbre, han de estar influenciados por el modo de ser que tuvo su raza.

A este fin sirve el contenido de este capítulo, escrito en mil novecientos cinco, cuando Marruecos aun existía, y retrotraigo á aquella época la descripción de la vida en este orden de cosas, porque encuentro en la crónica, que publiqué en un periódico de aquel tiempo, el sabor de lo vivido que avalora descripciones y juicios.

Se refiere ella á la vida diplomática y política, y decía así:

«Es costumbre inveterada suponer que dentro de cada chilaba vive un Meternich y nada más lejos de la realidad si se entiende por diplomacia la lucha honrada por el ideal, en la que se ponen á contribución ingenio, cultura, cuanto se es, cuanto se posee, cuanto se vale, medios que dan el triunfo al de más talento y sabiduría.

Los moros llevan á ella dos elementos solos, la voluntad y la mala fe, cosas que si no les dan patente de diplomáticos, les acreditan de falsos y falaces, estando

toda su astucia reducida á emplear la segunda en toda ocasión y momento en que tengan el seguro de la impunidad.

Tal es la diplomacia entre ellos, que al aplicarse á su vida social emplea el engaño alevoso en provecho de intereses mezquinos, sin que asuste la conciencia dar en una taza de té pócima venenosa que acaba con la vida del adversario, convidar á una fiesta bajo el seguro de amistad para no correr riesgo al dar muerte al convidado en el momento de más dulce solaz, ó poner en prisiones—los que ejercen autoridad—á los que quieren espoliar; artificios y lindezas que en los vocabularios europeos se llaman asesinato, felonía y robo.

En las luchas sordas á que las codicias ó los odios obligan, en las lides ocultas que mantienen los cabileños para llegar á Chej, los ciudadanos á Baja ó Amin, los nobles á Visires y magnates; esas ú otras análogas son las armas empleadas, haciendo legítimo su uso, sendas talegas y promesas de mayor tributo, bastantes á la codicia de los de arriba. Así se llega al cargo oficial con patente de corso que autoriza la diaria barrabasada, el eterno desmán.

Bien es verdad que el país es la muestra de como va ello: hambre, harapos, incultura, miseria, atonía de todo sentimiento digno y elevado, falta de consideración y respeto, sobra de miedo que hace vivir siempre armado hasta los dientes y un concepto tristísimo de la vida por desconocimiento de lo que es esta, cuando la rigen los principios que informan las modernas civilizaciones.

Ayer se dió un caso de esa decantada astucia. Un moro perdió la cabeza, no retóricamente hablando, sino materialmente; esto es, se encontró un cuerpo sin cabeza en la Tenería, lugar en que hoy tienen establecido los que van á la Meca, un campamento de unas cuarenta tiendas, entre dos guardias del Majzen. El móvil de ello, quien dice que el robo, quien que una venganza, quien que un castigo. El hecho es que nada se ha averiguado, que ni acampados ni guardias, cual si fueran legión de ciegos ó sordos mudos, vieron ni oyeron nada y que el cuerpo fué á la madre tierra sin más averiguaciones ni identificar á quien perteneció. En tanto la cabeza, es posible que á estas horas viaje en la capucha de una chila-

ba camino del interior, para acreditar ante el ordenador de la venganza ó justicia que su orden fué cumplida y que debe pagar el precio de la hazaña. Este es uno de los casos en que emplea la astucia marroquí todo su arte y sabiduría.»

Cinco días después de escrito esto se averiguó que dos soldados del Majzen, entre ellos un pariente de la víctima convidaron á comer á esta y á los postres le dieron muerte por robarle.

*
* *

«La otra clase de diplomacia, la que está en vigor entre mogrebinos y europeos, tiene como característica una condición; el plazo dilatorio, el eterno mañana que pone á prueba la paciencia de los ministros de Europa y América, pero que con todo y con eso no proporciona triunfos ni ventajas siquiera al caduco imperio.

Figura al frente de ella como director el simpático Mohamed Torres, anciano venerable, cuyas blancas barbas y encorvada espalda son testimonio de larga vida de luchas, con cien y cien diplomáticos, que las naciones civilizadas enviaron á este palanque en defensa de sus intereses é ideales.

Preside este respetable señor, uno de los muy contados á quienes en el Mogreb se les puede dar tal calificativo, un consejo de notables que le auxilia en la empresa de rechazar la demanda diaria, que los dislates y fechorías de los moros obliga á llevar á los representantes europeos á la resolución de su autoridad y en la constante lucha y discusión de derechos y deberes que por el motivo ya apuntado, ó por el exceso de codicias de Europa se ve obligado á mantener, dicen es maestro consumado sin que en sus juicios la parcialidad llegue á ser ultraje de la justicia; pero el hecho material es que como espadas son triunfos y su parte de baraja carece de este palo, al fin y al cabo siempre las reclamaciones de Europa, son atendidas y cada día el tesoro imperial experimenta una sangría, en forma de indemnizaciones, ó se escapan de las justicias mogrebinas cientos y cientos de pretegidos y mojalet.

De modo que si la diplomacia marroquí contara los

días de su vida por los éxitos que obtiene, ha tiempo tendría extendida su partida de defunción.»

***

«Como políticos son aun peores, por que suponer lo son, los que gobiernan un país manteniéndole en el más alto grado de abyección moral, estereotipado en vicios de que no hemos de hacer mención y en carencia absoluta de virtudes, — hasta inhospitalitario es hoy este pueblo, última de las características que tuvo—que son hábiles los que le tienen sumido en la mayor desorganización y miseria lo que no sólo es hacer imposible la vida nacional, si no tener abiertas de par en par las puertas de la patria á las codicias extranjeras; sólo puede admitirse como epígrama sangriento que saca á la pública befa la intelectualidad mauritana.

Los moros ni son políticos, puesto que no engrandecen la vida interna de su país ni en lo moral ni en lo físico, ni son diplomáticos puesto que nada hacen por llevar al exterior, influyendo en las vidas de otras razas, su comercio, su religión, sus artes, un tiempo florecientes, hoy muertas del todo. No se aduzca como argumento en contra de lo dicho que su astucia mantiene la integridad de la patria, pues ha días dejó ésta de existir con los avances que de tiempo en tiempo hace la frontera de la Argelia, cinta movediza, ayer tendida en la cima de una cumbre, mañana en la vertiente, después en la llanura, sin que nadie ponga coto á su marcha siempre invasora. Ahí está el Tuat que certifica lo dicho.

Es más, lo que queda de su imperio no lo mantienen ellos, lo mantienen las discordias ambiciosas de Europa que si no se pone de acuerdo, no es porque los marroquíes envenenen las cuestiones con habilidades diplomáticas que no poseen, es porque son intereses hasta hoy quizá antagónicos desde hoy quizá compatibles, entre los distintos factores del problema.

Adjudicar la nota de diplomáticos á los mogrebinos porque subsiste en el día su nacionalidad, es lo mismo que llamar sabio al azar, al jugador que en una buena racha logra fortuna. Siguiendo el simil, á Marruecos le pa-

sará lo que al jugador de azar, al final la ruina, el desquiciamiento, la muerte».

***

«En el Mogreb político actual descuella una característica y es la diversidad de criterio entre el sultán y los visires.

Un mi amigo recién llegado de Fez, que tiene motivos para estar perfectamente informado, que ha conversado más de una vez con el sultán y su gobierno y que es ageno al actual movimiento político de Marruecos, esto es que no tiene interés en falsear la verdad, sin sospechar que pudiera utilizar sus referencias, ha robustecido el criterio que yo tenía respecto á la actual situación política.

El sultán representa por aficiones, por instinto quizás heredado--pues es hijo de europea--el espíritu de transigencia con las naciones signatarias de convenciones y tratados; el deseo de llegar á un acuerdo del que resulte implantada la civilización en aquella parte que sea compatible con la religión musulmana, cierto afán de innovaciones beneficiosas que quizá le ha sugerido, lo poco que ha visto de ellas instalado á modo de entretenimiento en sus palacios y fincas de recreo.

La luz eléctrica, la fotografía, el cinematógrafo y otras cosas, no son nuevas para el príncipe de los creyentes.

Ultimamente se ha hecho llevar tres automóviles, pero desarmados, lo que ha sido ocasión de que vaya un supuesto ingeniero á armarlos y ponerlos en condiciones de marchar, pero éste después de pasar algún tiempo con veinte duros diarios, se ha declarado impotente y ahora va un mecánico italiano á sustituir á aquel, esperándose fundadamente pueda proporcionar á Su Majestad Sherifiana el placer del sport de velocidad... relativa, por que no hay caminos ad hoc para este medio de locomoción.

Enfrente de esta tendencia está la de los visires que representan el partido fanático, la oposición á todo progreso, echando mano para ello de la única arma que poseen, las dilaciones y á los que el sultán vive entregado desde que echaron sobre el Menhebi las sospecha de estar vendido á los ingleses, sospecha que tomó en su ánimo visos de certidumbre cuando éste pidió y obtuvo la

protección de Inglaterra, á pesar de que el Majzen por lo que le perseguía, era por malversación de cuantiosos fondos destinados á acabar con el Rogui y que los moros suponen invertidos en la vida de príncipe fastuoso que el Menhebi se da en Tánger. El hecho es que desde aquella fecha, los que forman el Majzen son los representantes del partido fanático que el sultán acoge para restarlos á los halagos del Rogui y que de seguir Abdelacis con el Menhebi quizá hubieran tomado partido por aquel.

A pesar de la fortaleza que dicho partido intransigente tiene en la política interior, nada pesa ni nada vale en la internacional, habiendo tenido que plegarse á las exigencias de Europa, aceptando la conferencia, parte convencido de la inutilidad de su oposición, parte influido por el sultán que llegó hasta anunciarles la vuelta del Menhebi al poder.

Por eso limitan su gestión gubernativa á entretener el tiempo con nombramientos de Bajás y Amines que sirven sus intereses morales y materiales; á fomentar la desunión de las cábilas y las luchas interiores entre ellas, para debilitarlas y tener siempre su dominio fácil y en ponerse al habla con mercaderes y aventureros europeos, no para nada político, si no para empresas comerciales de abastecimiento militar ó palaciego, escudo y pretexto de largas cuentas que demuestren al sultán la inversión de empréstitos y tributos.

Tres embajadas han residido en la Corte con motivo del arreglo del país en estos últimos tiempos; con todas ellas ha estado el Majzen en divorcio platónico, pues nadie ha llevado á vías de hecho el programa público y notorio de la transformación del país. Para las tres, dentro de la frialdad, ha habido cortesía, quizá algo más expresiva para la alemana, pero sin grandes diferencias.»

*
* *

«No quiero cerrar el capítulo sin decir algo sobre la página más interesante que sobre la política internacional se ha escrito desde que Marruecos existe.

Prescindo de la cara de satisfacción con que los moros, el elemento oficial se entiende, acudió al muelle ape-

nas en el horizonte se vió el yate del Kaiser con rumbo á las tangerinas aguas, no hago mención tampoco de la expresión grave, jubilosa en unos, estirada en otros, que ofrecían los rostros de los individuos del honorable cuerpo diplomático aquí acreditado, que con bordados uniformes llegó hasta á formar en línea de recepción cuando vió destacarse la primer falúa del hermosa buque; ni de la densa palidez que invadió los rostros morenos de los mogrebinos, ni de la fina sonrisa de triunfo de algunos europeos, ni de la contrariedad rabiosa que en contracciones y miradas expresaron otros, cuando un señor oficial general venido de á bordo soltó á modo de bomba la noticia de «El Kaiser no baja y agradece á ustedes su atención enviándoles un saludo», porque se necesitaría ser un psicólogo de cuerpo entero, para analizar lo que pasó por cerebros y corazones, todos interesados con toda la fuerza del alma quienes en el éxito, quienes en el fracaso del acto político.

Sólo diré que allá fueron todos y que al pasar nuestra representación nacional bajo arcos y gallardetes se oyó más de un ¡viva España! entusiasta y estruendoso dado por los españoles que aquí residen, grito que hizo vibrar allá en lo intimo de la conciencia el amor patrio que no osó salir á los labios ni á los ojos de los victoreados, quizá porque sintieran la inmensa pesadumbre que á todo español tiene que ocasionar, ver que nuestra política internacional nos negaba en aquel día, el puesto de honor, de primera fila, que en los asuntos marroquíes nos corresponde de derecho.

El hecho fué que un aliento de tristeza corrió por todos los corazones marroquíes y por todos los de los enemigos de Francia, que no son pocos aquí, al difundirse la noticia de la imperial negativa, tristeza que al fin deshizo el estruendo del cañón que saludaba al Kaiser, cuando éste, mudando de parecer saltó en tierra y saludó á sus nacionales con palabras que todavía nadie ha puesto en claro, pero que según autorizada versión fueron sólo de aliento para «los peones del comercio y la civilización alemana, á los que él se honraba en saludar por ser las avanzadas valerosas de los intereses materiales y morales del imperio germánico», seguidas de otras en las que no se puede averiguar si dijo «Marruecos será un pueblo li-

bre» ó «el comercio de Marruecos será libre», cosas distintas en su esencia.

El toque de cañón puso alas en mi deseo, pero por pronto que esto me empujó no logró alcanzar la comitiva y me entré de rondón en la legación alemana, yendo á dar á una modesta estancia, chica para salón, grande para sala, donde enfundados en sus uniformes y en semicírculo prolongado había unos treinta señores del cuerpo diplomático, todos en actitud respetuosa y correcta, frente á un grupo formado por altos oficiales del ejército germano, uno ó dos intérpretes de bordada casaca y un moro cincuentón vestido de tejido blanco de lana, con guedejas sobre los máseteros, barba canosa y picuda, mirada astuta y dientes un tanto prolongados hácia adelante, constituyendo un perfecto caso de prognatismo.

Al frente del grupo se destacaba una figura cuya pulcritud en el vestir, aire marcial, ademán rápido é imperativo, mirada penetrante y serena, pregonaban inteligencia y majestad.

Resultaba muy simpático el Kaiser, pues él era, con el uniforme militar, cuyo casco de acero bruñido, de escasa altura y corta vísera, no ensombrecía la expresión enérgica del semblante, exornado con rubio y estirado bigote de carácter típico; con el cuerpo ceñido por cinturón de cuero armado de revólver, en el que apoyaba la diestra, mientras la siniestra mano pregonaba su movilidad, en el constante jugueteo que traía con una fusta que á veces golpeaba la fina bota de montar.

Cuarenta y cinco minutos duró el desfile y para todos los que le saludamos tuvo palabras de afecto y cortesía, principalmente para nuestro representante, cuya conferencia por lo expresiva y larga superó á las demás.

Hubo dos momentos emocionantes, uno cuando el representante francés le dió la bienvenida, saludo rápido y fugaz, el más breve de todos; otro cuando después de ordenar cesase el fuego con que los cabileños nos ensordecían haciendo militares ejercicios en el zoco, tendió la mano en despedida al tío del Sultán, Abdelmalec y le dijo no se que cosas, que el intérprete traducía con blando susurro y rostro impasible, que hacía contraste con la expresión enérgica y movible, calor de vida con que el emperador matizaba sus frases, acompañadas todas de enér-

gicos movimientos afirmativos de su mano izquierda, que á veces con el puño cerrado ascendía y descendía cual si quisiera clavarlas en la conciencia del marroquí, cuya expresión era intraducible.

Cuando quince minutos después el cañón saludaba la vuelta del emperador á su palacio flotante, pensaba yo en aquella escena del moro cincuentón y del poderoso señor del imperio alemán, cuyo contenido ignoraba y aún ignoro; el viento empujaba las volutas de humo producto de los disparos que se deshacían en guedejas arrastradas por el levante y se me ocurrió ver en ellas el simil del acto político realizado y el reflejo del contenido de la misteriosa conferencia cuya mímica no olvidaré. Para los moros, todo lo acaecido era humo que el viento de la política internacional se llevaría en breve. ¿Que me equivoco? Cerca está la conferencia de Algeciras, epílogo de todo aquello; veremos lo que los moros sacan de sus sesiones.»

Hasta aquí lo reproducido de crónicas de periódicos, cuyas informaciones completaré diciendo que esta vida diplomática y política encontraba similar en la función judicial ejercida en el territorio marroquí, en forma del más lamentable espectáculo que conciencias humanas puedan soportar.

Ya pueden decir el Korán, el Cherá y demás códigos religiosos y judiciales, lo que quieran en sus sabias máximas; en la realidad el despotismo más brutal, la arbitrariedad más liviana, el cohecho más asqueroso, era lo que imperaba; y aun impera en la parte no ocupada de este desgraciado país.

No sólo el Bajá, todos los europeos y buen número de israelitas erán árbitros de la libertad de los desdichados marroquíes, por que las protecciones así lo permitían. El incumplimiento de un contrato con un europeo ó con un israelita nacionalizado en Europa--por caminos más ó menos claros--incumplimiento debido las más de las veces, á que la usura imposibilitaba el cumplir, llevaba á la cárcel al cuitado, bastando para ello la petición del protector, auxiliada de unos pilones de azúcar y unas pesetas al Bajá ó Jalifa, citándose casos en que el protector vendió al protegido mediante una cantidad alzada, que permitió á la autoridad caer sobre el desdichado como

Atila sobre los famosos campos agostados por su caballo.

Cuando el moro no estaba protegido—aun con estas máculas todavía era buena esta situación—ni hogar, ni familia, ni hacienda, tenían momento seguro y si se le dejaba trabajar y enriquecerse, era para caer sobre él cuando estuviera en plena sazón; la menor resistencia era castigada con bárbaros apaleamientos, que en algunas ocasiones—he tenido un caso de ello en un angherino—producían la gangrena de las partes blandas, que saltaban dejando una oquedad ulcerosa enorme, y en otras, cuando el apaleamiento era en pecho, espalda y vientre producían la muerte durante ó después del castigo; he visto un día, que en un vallado del campo de Larache, apareció un cadáver en ocasión de que había desaparecido un español; meter en la cárcel á tres moros de los más adinerados, acusados individualmente de este delito, acusación que desapareció mediante la entrega de unos miles de pesetas por cada uno de ellos; he presenciado la desesperada resignación de moros vendedores de cereales en las chozas destinadas á almacenes, adonde trajeron treinta fanegas de grano y les fueron pagadas sólo las veinte y cuatro que arrojó la estudiada medida del almacenista, sin que el espoliado se atreviese á reclamar por que la reclamación era un pleito en cuyas costas iba el grano, el bagaje y la libertad del desdichado, y he visitado las cárceles, lóbregas, infectas, pobladas de esqueletos vivientes, la mayor parte de los que entraron allí sin saber porqué en las razias que por razón política se llevaban á cabo; con grillos en los pies que limitan el paso, con cara de hambre, pues solo les alimenta la caridad pública sin que el Estado para nada se preocupe de esto; en las cárceles peores que nuestros albañales, donde pronto se muere de infección, de hambre, de miseria, cuyas puertas jamás se abren para el desvalido, que carece de dinero, llave de salida y siempre están francas para el bandido, para el secuestrador, para el asesino, que hizo amistades y dinero. Coronar el cuadro con los rosarios de cabezas humanas que orlaron las puertas de las ciudades; distribuir en sus dinteles cojos, mancos y ciegos, que la justicia hizo, y tendréis noción de lo que era la función judicial de este pueblo.

Y esta es la organización social, la patria que algunos españoles quieren declarar intangible, indudablemente por que la desconocen.

Parejas con esta administración judicial corría la enseñanza en las Medersas, nombre que tienen las escuelas, tabuces infectos donde un Faquí ó Maalen sentado en una esterilla, con una caña en la mano y un hacecillo de correas al alcance de ésta; tiene delante unos cuantos chicos sentados en el suelo, con una hojilla del Korán en la diestra, gritando su contenido en confusa algarabia, á compás de un balance sobre la cintura, que hace oscilar la cabeza y parte superior del cuerpo de adelante atrás, cómo péndulo invertido. Este es el aspecto de una escuela, en la que se aplican como castigos, cañazos y vapuleos con el mazo de correillas, en las plantas de los pies desnudos que sostienen en alto, mientras el Maalen azota, sayones voluntarios del rebaño escolar, en la que se aprende á leer, escribir y algo de aritmética, quedando como sabios capaces de todas las funciones, los que llegaban á aprender de memoria el Korán y conseguían una forma de letra medianamente legible, siendo el colmo de la sabiduría poseer el Cherá, la Sunna ó tradición, el Kiach y el Ismahs, variantes sobre legislación, temas legales que se aprenden con maestros particulares, ó en el Karuin de Fez, donde estaban vinculadas todas estas sapiencias. De lo demás nada ni siquiera vestigios reveladores de que un tiempo fueran Córdoba y Damasco archivo del saber humano, lo que autoriza á pensar no fueron ellos sino los muzárabes y los cautivos, los que poseían este saber que de haber figurado entre el bagaje espiritual de la raza, ellos que tan aficionados son á conservar y perpetuar todo lo suyo, lo hubieran conservado como muestra de su antiguo esplendor.

Pensar por un momento lo que puede valer en sus resistencias á dejarse influir un pueblo que carece de ideas en la Física, Química, Matemáticas é Historia Natural, base de todo progreso y tendréis un juicio positivo sobre este importantísimo dato, que se avalora con el hecho de ser ignorantes absolutos en música y pintura y poco menos que analfabetos en literatura, pues si es cierto que algunos se sienten poetas y cultivan este arte, no hay noticia de ninguno que pueda acercarse á los de me-

nor cuantía de los paises civilizados en los tiempos antiguos y modernos. En mi sentir la raza tiene copleros pero no poetas, cuyo campo de acción está muy limitado por la carencia de medios de difusión de sus obras. La imprenta comienza á aparecer ahora, pues los extranjeros que tienen estos establecimientos comienzan á dotarlas de letra árabe, que sirve para los semanarios que en este idioma publican extranjeros subvencionados por sus gobiernos; y Sirios cuya cultura es cien veces mayor aún dentro de la ley mahometana, que la de los marroquíes. El teatro campo de más resonancia y mayores medios para cultivar la literatura no existe y para que el libro prosperase haría falta masa de lectores que no la hay en el país. Quizá esta falta de medios ha impedido se revelen genios literarios en este conglomerado social donde la fantasía riquísima, el sentimiento, la ambición y el odio forman el substratun de ella.

Entre los medios indirectos de enseñanza como elemento pedagógico popular que enseña la historia y la tradición, están los cuentistas, que no son otra cosa que nuestros antiguos bardos y juglares.

De zoco en zoco, cubiertos de harapos y provistos de Guembri, peroran rodeados de un gran corro de oyentes sentados los de las primeras líneas, en pié los de las restantes, que escuchan complacidos la relación que de sucesos pasados—interrumpida por acordes del instrumento en los momentos culminantes—va haciéndoles aquel hijo de las musas de la historia, la música, la poesía y la oratoria, representante único de estas artes en la raza mora.

Ya se comprende que para cosechar los ochavos bastantes á su condumio y los aplausos precisos al mantenimiento de su crédito y fama, el cuentista solo se acuerda de Tarik, Muza, los Abderramanes y Almanzor, personajes cuya vida y hazañas al pasar por los labios del cuentista, tienen fuerza bastante á abrir los bolsos del auditorio, que asimila añejas historias de grandeza pretérita, incapaz de ser reproducida, por que esta raza si puede ser brazo, no puede ser cerebro de ninguna empresa que sobresalga un milímetro del molde del robo y del secuestro.

Después de los cuentos de guerra vienen los de amor,

historias de cautivas traidas por fuerza y conquistadas por arte mágico, que dan hijos convertidos por el andar de los años en principalísimos guerreros; novelas de garridos mancebos que se disputan la misma mujer, premio del vencedor, otras de sultanas infieles liberadas de mancha y castigo por suerte de armas en vistoso torneo y así siguen mientras hay público que suelte ochavos, hasta que el sol se hunde en el horizonte.

Y mientras éste enseña tan importantes ramos del humano saber, en otro corro el domador de serpientes rodeado de ellas las hace obedecer á su voz y hacer contorsiones y extraños dibujos al son de enorme pandero sin rodajas que el domador tañe al mismo tiempo que interpreta, como adivinanza del porvenir, los círculos y figuras que los reptiles hacen, lo que afirma perfectamente al pueblo en supersticiones, que tienen en estos juegos uno de sus más fuertes baluartes y en otros corros provistos de varas ad hoc, maestros de esgrima enseñan ésta al aire libre; una esgrima rudimentaria que no resiste á la crítica.

A estos medios pedagógicos—en los pueblos educa más ésto que los mejores centros escolares por lo que los incluyo en este sitio—hay que añadir los que fomentan la crueldad y el fanatismo bárbaro, pues aún cuando el propósito de los que los emplean en este caso como en los anteriores no es el de educar, el pueblo aprende en ellos doctrinas que indeleblemente se gravan en su conciencia.

Los apaleamientos bárbaros de que he hablado antes, hechos en la vía pública, en la que tendido el cuitado sobre un banco, desnudas las espaldas, entre dos apaleadores cuyo fuerte brazo se levanta y cae á compás con brío, armado de fuerte vara que va dejando su huella sangrienta en aquella piel, de vez en cuando regada con agua fría para amortiguar el dolor, no por impulsos de caridad, sino para que el apaleado tenga menos probabilidades de perder el conocimiento, caso que de ocurrir le impediría darse cuenta del total castigo; las filas de cojos, mancos y ciegos que en las puertas de ciudades y Mezquitas y al borde de los cementerios, piden limosna exhibiendo sus mutilaciones, realizadas por bárbaros fallos judiciales del malhumorado Bajá ó del Sultán, á quien aún agradecen les dejara la vida; las cabezas recién cortadas en plena putrefacción, ó antiguas convertidas en calaveras que

orlaban las puertas de las Medinas, colgadas de escarpias empotradas firmemente en el arco al construirle, en previsión de tal necesidad; educaron al pueblo en la crueldad, pues aunque el móvil de ésta publicidad judicial debió ser el escarmiento saludable, dice la persistencia de crímenes y castigos, que si no servían á éste, servían á endurecer la conciencia colectiva, que en tales actos, practicados por los grandes de su nación,—cherifes y autoridades, en los que estaba depositada la sabiduría y la religión,—veía plenitud de un poder por todos codiciado y que sólo por tales medios se sostenía, sin que valga alegar que estos castigos iban pasando á la historia por que la presión europea los desterraba, pues los Hafid, los Raisuli y otros de menor cuantía los aplicaron siempre en sus etapas de gobierno.

Otro de los medios pedagógicos que aquí como en todas partes influye grandemente en el pueblo, es la religión, y no es de estrañar dado el móvil materialista que en la mahometana resplandece, que una bárbara ceremonia realizada en plena calle en festividades religiosas, afirme en la conciencia pública el fanatismo supersticioso, de que son vectores é inoculadores las cofradías religiosas, en lo que no tiene, ni mucho menos la exclusiva Marruecos.

Figurarse que los Isaguas y Hamachas—cofradías religiosas—marchan en procesiones, en las que forman los cofrades de la localidad y los venidos de las demás regiones, saliendo de un santuario ú otro lugar sagrado con vocerío ensordecedor y feroz, haciendo gesticulaciones que podrían llamarse baile de epilépticos, acompañados de tambores y pitos que marcan un compás extraño; que sobre éstas procesiones, flotan banderas de colores en respetable número y que ésta tromba humana en la que ahullidos, gritos y cantos es lo más saliente, tan pronto se detiene en baile convulsivo, como avanza lenta ó precipitadamente, mientras en terrados y balcones el público observa entre estremecido y burlón la imponente faena de ver destrozar un carnero vivo y comerlo crudo, devorando rápidamente piltrafas, con fauces propias de fieras que tal simulan aquellos rostros enloquecidos; figurarse que la procesión segunda, la de los hamachas, viene detrás con el mismo séquito de banderas y ruidos, esgri-

miendo cortantes hachas que dejan caer de soslayo sobre la propia cabeza, de cuyas heridas corre la sangre poniendo tonos rojos en las feroces caras; figurarse que la tromba avanza,—antes lo hacía en plena libertad en la que más de un desdichado que no tuvo la precaución de ponerse lejos, sufrió la agresión de la feroz horda—entre dos filas de policías del Tabor provistos de varas, con las que sacuden y hacen volver á la realidad á los Isaguas que intentan actuar fuera de la formación; figurarse que así llegan á la Mezquita, sudorosos, ensangrentados, feroces, y allí por imposición del rito se dejan caer al suelo y los portaestandartes cubren sus cuerpos con el paño de ellos y figurarse que al poco rato, vueltos á la realidad, sentados ante enormes lebrillos llenos de vianda regalada por los pudientes, celebran en el recinto santo un banquete capaz de rendir un esquimal á la evidencia de la saciedad y tendréis el cliché de la ceremonia.

Se trata, de un conjunto de farsantes y de hombres de buena fé mezclados, que en éstas prácticas bárbaras tienen un elemento de vida social que les hace aparecer en lista aparte del montón anónimo del vulgo, lo que mejora su condición de vida aureolándola con el matiz de lo sobrenatural, pués por sobrenaturales tiene el pueblo heridas y bailes producidos é inspirados por la religión.

Los prosélitos de éstas cofradías son pillos y gente de buena fé, que se hacen vesánicos por sugestión, pués puestos en libertad los instintos bárbaros que en la conciencia humana duermen y excitandolos con el cantar con que se acompañan, se producen un estado epileptiforme, de vesanía temporal, para cuyo remedio es bastante un estacazo oportuno en el transcurso del acceso, ó llegar al fin de él por agotamiento, ó porque el prejuicio de que éste ha de cesar, merced á la acción sedante que en sus nervios ha de producir el contacto del paño de los estandartes que les acompañan, cuando cubren sus cuerpos caidos en la Mezquita, justifica que por autosugestión vuelvan á la realidad los de buena fé y los pillos ya vuelven sin éste requisito. Y todos los años se verifica el milagro de que mansos corderos se transformen en fieras por excitación religiosa, que vuelven á su mansedumbre por permanencia en lugar sagrado, favorecida con un banque-

te que en todo el año no tendrá igual en el yantar de sus albergues.

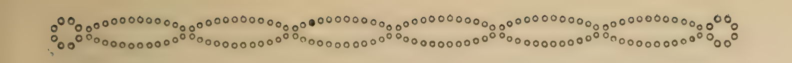
Pillos, locos, epilépticos y tontos, son los que forman en la hueste, é inutil es decir que entre los primeros están la mayor parte de los Hamachas, que son maestros en el arte de herirse el cuero cabelludo sin profundizar, dando lugar sin gran molestia al escándalo de la sangre, que pone tintas feroces en sus rostros bárbaros, lo que no quita, que á pesar de la santidad, algunas heridas se compliquen y se lleven al cofrade.

Sin tener ellos noción de asepsia, ya saben por experiencia que las heridas del cuero cabelludo son más benignas si está rapado y por eso el día de la ceremonia llevan sus cabezas afeitadas ó rapadas al cero, lo que hacen tanto por sabiduría de éste hecho cuanto por lucir las cicatrices de años anteriores.

Este es el país en los aspectos estudiados y fácil le es al lector colegir lo que de él se puede temer como resistencia á nuestra penetración, y lo que de él se puede esperar como masa social, que hay que moldear en nuestras leyes y conducir por senderos de civilización; y si después de leidos éste capítulo y el anterior--copia exacta de la realidad—quedan aún partidarios en nuestra patria de la intangibilidad de éste pueblo, del derecho de ésta colectividad á seguir sumida en la barbarie, como muestra de tiempos que afortunadamente pasaron, habrá que convenir en que estos reacios carecen de autoridad en sus opiniones, que solo tendrían valor si se trasladasen al medio de vida en que aún subsiste en todo su esplendor éste sistema político, moral y religioso, y siguieran opinando lo mismo. Es presumible que después de experimentarlo serían apóstoles fervientes de su anulación.

SEGUNDA PARTE

ESPAÑA EN MARRUECOS



Nuestros derechos en Marruecos - - - - - - - -

I

Ocioso sería salir á la defensa de ellos puesto que están consagrados por Tratados internacionales, que mientras no lleguen á ser papeles sin valor, teoría que ya esbozó Alemania varias veces en el curso de la tremenda guerra que beligerantes y neutrales hemos sufrido y cuyas consecuencias son amenaza pavorosa, incógnita que el tiempo ha de descifrar, tienen en sus clausulas una garantía.

Pero, si no precisa defenderlos conviene enumerarlos, para que éstos derechos y su razón de hacerlos efectivos, sirvan á los que esto lean, de elemento de juicio para juzgar el problema hispano marroquí y si ésta enumeración consigue llevar el convencimiento á algún neutral ó adversario de la acción hispana en Marruecos, de la conveniencia de llevarla á término, eso habrá ganado la buena causa que defiende éste libro.

Comienzan nuestros derechos hace siglos, con nuestra acción militar en las costas de Africa, que determinó la ocupación de Melilla, Alhucemas, el Peñón y Larache, —perdido después de ochenta años de dominio—acción encaminada á hacer cesar las incursiones piratas que hacían del tráfico mediterráneo una aventura peligrosa, con lo que no sólo favorecimos á España sino á los navegantes de todo el mundo; y se agrandan con la acción militar que en estos siglos hemos sostenido con intervalos de silencios guerreros, lo que significa enorme pérdi-

da de sangre y dinero, valores únicos que hasta ahora han tenido efectividad para adquisición de territorios en el mercado internacional, valores sagrados que dió sin vacilar España durante siglos, para asegurar la vida comercial mediterránea, consagrando al mismo tiempo nuestra intervención activa en la vida marroquí con distintos embajadas á Fez y Marrakes,—la de Badía á fines del siglo diez y ocho, precedida y seguidas de otras de Franciscanos, pués ellos y los aventureros, eran los únicos que en aquellos tiempos tenían acceso hasta el trono de los Cherifes,—laborando todas para traer á la vida civilizada un pueblo bárbaro y fanático, que adoptó como lema, después de su expulsión de España, el aislamiento absoluto, negando á la vida mundial sus productos, su inteligencia y sus energías, que prefirió dedicar á luchas internas, al latrocinio profesional, y á placeres de harén; derechos consolidados de modo inconmensurable con nuestra gloriosa campaña del sesenta, en la que debimos ser menos altruistas, por que ella sirvió más que á los intereses españoles, para abrir á todos las cerradas puertas del Imperio, paso enorme que fué la semilla de la actual disgregación, puesto que la concesión de Semsares y Mojalet—socios comerciales y agrícolas marroquíes—hecha á los europeos como consecuencia de ello significó y así fué en la realidad, sustraer al poder de los Sultanes, la parte más rica é inteligente de los habitantes del Mogreb, que vieron en esto, el seguro de vidas y haciendas, hasta entonces siempre á disposición del emperador y sus secuaces, que á diario por el delito de tener bienes, eran muertos ó encarcelados por toda la vida para facilitar el despojo inicuo.

En ésta concesión se amparó lo más inteligente y laborioso del Imperio, como ya he dicho, haciendo sociedades,—efectivas unas veces simuladas otras--para escapar á codicias y castigos, pues con ello las autoridades marroquíes habían perdido el derecho á vidas y haciendas de los primeros, y bienes de los segundos, y de no respetar esta condición, tenían que pagar indemnizaciones enormes, que la presión diplomática apoyada en la amenaza militar, hacía siempre efectivas, con escasas excepciones, para alguna reclamación viciosa, pues aún siéndolo, la mayor parte de las veces daban resultado contante y sonante.

Este fué el premio de nuestra campaña del sesenta;

abrir á todos el cerrado Imperio del Mogreb, hacer dueños del país, convirtiendo en verdaderos Bajás en las ciudades del mismo, á los Cónsules de Inglaterra, Francia, Austria, Bélgica, Alemania, Norte América, Italia y Portugal, más otras naciones de menor actuación en estas lides, los que comenzaron á hacer prosélitos y súbditos en la verdadera acepción de la palabra en campos y ciudades, determinando respetables núcleos de Semsares y Mojalet, que al mismo tiempo que se amparaban, servían los intereses de la nación protectora en los órdenes político y comercial. Merced á esto pudieron actuar con eficacia, principalmente Francia, Inglaterra y Alemania, que con más medios y más poderosos que nosotros, pronto nos dejaron atrás en el camino, pronto tuvieron gran influencia con Sultán, Majacén y pueblo,—todos venales y fáciles á cualquier componenda si producía dinero, — dejándonos tan rezagados, que cuando el año noventa y siete fuí á Larache, tuve la enorme tristeza de ver, que los que habíamos trazado la senda con nuestra sangre y nuestro esfuerzo no éramos los primeros, ni los segundos, ni quizá los terceros, en la realidad de la vida marroquí. En honor de España, quiero hacer constar que quizá nuestra pulcritud en asuntos de protegidos había contribuido á éste rezagamiento. Otros menos escrupulosos han logrado vincular en sus naciones, riquezas, territorios é influencias, que han servido su causa y fueron argumentos de peso en la hora de la liquidación hecha en Algeciras, París y Londres y aun se intenta que lo sean ahora en la adjudicación de Tánger.

A tal punto llegaron estos excesos y desafueros, que motivaron á petición del Sultán, la conferencia de Madrid el año mil ochocientos ochenta, que no tuvo mas objeto que limitar éstos, cosa que si se consignó en el papel, no surtió el efecto en la vida real de Marruecos, que siguió desenvolviéndose dentro de esos mismos cauces y derroteros. Y es que en estas luchas políticas se justifica todo y quizá conviene echar por la borda muchas cosas, si ellas se oponen á los intereses nacionales, sacrificando al resultado de que queden servidos al máximun, detalles de pulcritud y prejuicios. España no tuvo esto en cuenta.

Baluarte, el más firme de nuestro derecho, es ésta campaña del sesenta, llave mágica que abrió Marruecos á

la vida de Europa, y puntal de éste baluarte; la campaña del noventa y tres y noventa y cuatro, que fué ante el mundo, patente de que nosotros no nos desinteresábamos, de que estábamos prontos á defender nuestros derechos, siendo además, sonda echada en el territorio del Rif para conocer algo del secreto que guardaba á nuestra acción. Indudablemente ella ha servido para que siempre que de Marruecos se habló se nos tuviera en cuenta como primeros interesados y como hombres dispuestos á no hacer dejación de nuestros derechos.

Estos, consagrados en la conferencia de Algeciras y en los Tratados hechos con Francia é Inglaterra, en el orden internacional, lo están también en el orden directo con los Sultanes; en las embajadas de Martínez Campos y Ojeda á Marrakes, de Llabería á Rabat y de Merry del Val á Fez, realizadas en los años comprendidos entre mil ochocientos noventa y cuatro á mil novecientos diez. Ellas tienen el valor positivo de Tratados escritos y por consiguiente tienen fuerza legal, á los que hay que añadir aquellos otros que sin estar escritos con signos, lo están con hechos y necesidades hispanas y son una realidad viviente á la que no podemos sustraernos, si no se quiere que ello sirva de pretexto á nuestra anulación, y que no pueden ser borrados ni desacatados por nadie, sin los riesgos propios de estos desacatos.

Son éstos, de un lado la posesión efectiva de una zona de dos mil ochocientos kilómetros cuadrados en la zona oriental y de tres mil doscientos en la occidental, aproximadamente, cifras que sumadas significan la cuarta parte del territorio asignado á España; posesión lograda en rudos combates, pagada con sangre y vidas, con esfuerzo de diez años y de cientos de millones; y de otro los derechos nacidos de nuestra vecindad con el Mogreb, que trae aparejada problemas consustanciales con nuestra vida como nación, con nuestro presente económico, agrícola y comercial y con nuestro porvenir en la vida mundial, por que de tener á no tener España el dominio del Norte de Marruecos, va la diferencia de ser nación sometida en todo momento y asunto, á ser nación independiente con derecho á opinar, á proponer, á pesar y medir en la vida propia y en la internacional, sin dogal

que la esclavice primero y la ahogue después, si así conviene á los demás.

¡Abandonar estos derechos y con ello dejar á otros las costas mediterráneas, en las que desde hace quinientos años luchamos en aras del bien patrio! ¡Abandonar en manos poderosas éste suelo comprado con nuestras energías y nuestra sangre, con la vida de muchos de nuestra raza, para que con los elementos que en él existen se forgen los eslabones de la cadena que ha de esclavizarnos! Utopías son éstas, que no caben afortunadamente en la realidad de la vida hispana, utopías de las que van desertando los mejores adalides, que ya engruesan la hueste de los que servimos siempre la idea de la intervención activa en Marrruecos y de las que es de desear y esperamos deserten todos, para bien de la patria; utopías que engendra la política interna nuestra, política de banderías, que daña gravemente nuestra política internacional, razón primera á la que deben supeditarse todos y todo, pues ella es la que en los nuevos moldes que la vida de las naciones plantea, puede darnos prosperidad y garantizar nuestra independencia como pueblo libre.



Necesidad absoluta de que España posea el Norte de Marruecos - - - - -

II

Los que se han declarado enemigos de la actuación de España, no se han parado á pensar, ni un sólo momento en los riesgos que trae tal actitud en los órdenes económico, comercial, militar y político, esto es, en cuanto atañe á la independencia de la patria, nuestra renuncia á la posesión de la costa africana, que entraña la inmediata ocupación de la misma por una nación fuerte y potente, que al asentar en ella sus reales, hará surgir en sus riberas manufacturas militares y fabriles, labrará en su suelo virgen, producciones similares á las de nuestra Andalucía, arrancará al subsuelo una riqueza minera que por ley geológica es exactamente igual á la de nuestra zona de Levante y Sur y que sólo espera para salir á tierra el capital y la inteligencia, factores primeros indispensables para transformar un país feraz é inexplorado en un centro de producción y riqueza en los mercados mundiales, haciendo todo ello una guerra eficaz á los productos de la región costera española.

No es argumento en contra de lo expuesto, que parte de ella esté inculta en la actualidad, tampoco lo es, que se considere en parte de difícil cultivo, lo que es remediable, por que el dinero y la inteligencia puestos al servicio de toda tierra, si las condiciones telúricas lo permiten, si los abonos químicos la equilibran y las canalizaciones la riegan,—cosas todas realizables en éste caso—hacen de

un erial, en poco tiempo un jardín; pero aun admitiéndolo; en las planicies de Alcázar Kebir, en las vegas de Larache y Tetuán, en los valles de Alhucemas y del Warga, en los secanos de la Garbia, en las mesetas de Jolot y del Tlig, en las laderas del Yebel, en las hondonadas y declives de Anyera, hay sitio bastante para la competencia agrícola, sobre todo para la producción de aceite y vino y lo dice elocuentemente la riquísima uva que se produce en Ceuta y Melilla en las que ya hay dedicadas á este cultivo seiscientas hectáreas y el aceite que el Yebel trajo en todo tiempo á Larache, Alcázar y Wazan; y en los nudos montañosos del Rif, á flor de tierra formando enormes montes ó escondida en su seno, riqueza minera que al salir á la vida mundial, sería un castigo para nuestra producción de igual clase.

Figuraos por un momento, que por acuerdo unánime del mundo entero las armas se proscriben; que todos los metales de ellas van á una enorme fundición, para salir transformadas en todo aquello capaz de centuplicar cuanto la artes del progreso humano demanden; figuraos que éste acuerdo tuviera garantías tales que fuera disparate imaginar que nuestra independencia política, nuestra vida nacional corriera el más remoto peligro y sin embargo la costa africana en manos no españolas serían ruina de nuestros renombrados vinos, de nuestros estimados aceites, de todo aquello que se produce en las provincias andaluzas, en el reino de Murcia y en el de Valencia, y que constituye la base de nuestra exportación, que tendría una competencia formidable en los productos de éste suelo, si manos ricas, hábiles é inteligentes alumbran y canalizan aguas, para convertir en regadío lo que sea posible de lo que hoy es secano; lo hienden para sacar de su entraña hierro, plomo, plata y antimonio, de lo que está demostrado hay grandes existencias; lo pueblan de industrias agrícolas,—la azucarera tiene porvenir brillante por fácil producción de remolacha en las vegas del Martín, Alcázar Kebir y Larache—lo siembran de almadrabas que tendrían grande pesca en los sitios hábiles; lo cruzan de ferrocarriles, lo dotán de puertos comerciales y para abaratar la producción y facilitar la explotación declaran la guerra comercial á nuestros productos. Figuraos esto y decir si la agricultura española y las industrias de ellas

derivadas, si nuestras renombradas conservas de pescado y nuestra producción de hierro, plomo y plata, no han de tener por lo menos gran depreciación.

Cuantos artículos minerales ó vegetales enviamos al Norte y centro de Europa y aún á la misma América Latina, tienen un competidor formidable en éste trozo de tierra marroquí, en el que por ley geológica y por condiciones telúricas viven en potencia los elementos de nuestra vida de exportación.

Sería pues el resultado primero de nuestra política abstencionista en Marruecos, la ruina de la parte más rica de España.

No quiere esto decir, que para evitarla vengamos al Rif para dejar inexplotado éste pedazo de tierra en aras de nuestra producción actual; quiere decir que al caer ella en nuestras manos, quedaría sujeta á las mismas leyes de vida y desenvolvimiento del suelo español, su producción estaría presidida por el mismo genio industrial y comercial evitando ello un desequilibrio y una lucha en la produccion, que es el riesgo formidable, quedando solo un aumento de ella que incorporada á la nuestra en vez de obligarnos á lucha ruinosa, nos llevaría á un trabajo de ensanche de mercado, tarea que tiene tanto de provechosa como tiene de ruinosa la de competencia económica.

Dentro de esta ruta, cuando el tiempo lleve á sazón oportuna,—en éste momento se ve ya la aurora de ella— el desenvolvimiento hispano dará á la producción de una y otra orilla mediterránea la plenitud de desarrollo en forma intensiva, bajo marca única, toda laborada por nosotros en igual condición y sin vivir, por lo tanto una competencia desastrosa.

No me declaro partidario de la lentitud en la producción y en el comercio con lo expuesto; lo que hago es ceñirme á la realidad que dice nosotros ó por falta de dinero ó por miedo al riesgo, ponemos cincuenta pesetas en negocios donde los extranjeros arriesgan mil, condición única para llegar á la baratura é intensidad en la producción en su grado máximo; lo que hago es huir del riesgo que nos traería el modo de ser extranjero, y me acoplo al modo de ser español, deseando que éste modo de ser se transforme cuanto antes para no hacer posible estas competencias.

Sería más gallardo y más útil lanzarnos en la ribera hispana y en la opuesta á obtener un máximum de bondad en los negocios, ya que en inteligencia y mano de obra, nuestra raza nada tiene que envidiar á las demás, lo que está demostrado en Argelia donde hemos sido factor esencialísimo en su florecimiento, pero como el dinero ó por falta de él ó por miedo al riesgo no acude á éstas empresas,—lo que no dice mucho en honor del patriotismo de éste,—preferible es que en terrenos similares á los nuestros, á nuestras manos quede sugeta la producción evitando verlos convertidos en enemigos formidables de nuestra exportación de minerales, naranjas, cebolla, patata, tomates, ajos, vinos y aceites, que suman unos cientos de millones casi el total de nuestra vida de exportación.

Dentro del simil que hemos tratado de paz absoluta garantizada, hay otra razón que pudiéramos llamar de raza para que nuestra actuación sea precisa en las tierras del Mogreb.

Que queramos que no, por razones de cercanía, de comunicaciones, de igualdad de clima, han sido españoles siempre los primeros en llegar á tierra de moros y en ella han laborado sembrando el idioma, las costumbres, las leyes monetarias, colocando en urbanizacíón los primeros jalones de la civilización y en industrias y labores el sello de la vida hispana. Antes que estos otros españoles, los israelitas, en mal hora expulsados de nuestro suelo, en su éxodo, transportaron á éste territorio nuestra habla, nuestro modo de pensar y sentir, nuestros gustos, cuantas cualidades son ignatas á la raza hispana, además de las suyas que le dán carácter típico, guardando aquellas como recuerdo de la tierra inhábil, que en vez de utilizar sus aptitudes, que son riqueza y engrandecimiento, les lanzó de su suelo en nombre de una religión que tiene como lema el perdón y el olvido. Torpeza inaudita que nos restó súbditos y riqueza.

Pero no me refiero á los judíos, que sólo cito porque ellos trajeron nuestro idioma, lo que facilitó la vida de nuestros compatriotas en Marruecos; me refiero á los españoles inmigrantes que suman hoy en nuestra zona muchos millares, sin contar los habitantes de las poblaciones genuinamente españolas como Ceuta y Melilla. A estos hay que añadir los de la zona francesa y Argelia,

que colonizado el Norte de Marruecos por nosotros, á él vendrían, mejor dicho, ya vienen, pues en la llanura del Garet, se ha establecido un grupo de colonos españoles de Argelia con medios de desenvolvimiento, que son soldados de primera línea en la obra civilizadora, perdiéndose su esfuerzo para España y el recuerdo de su labor para nuestra historia, porque siendo el capital y la dirección francesa y siendo estos factores los que pesan y miden en toda empresa, la labor del trabajo hispano queda en la sombra y del brazo español, factor tan importante como aquella, solo quedan unos estómagos satisfechos mientras el brazo fué útil, pero después ni rastro, ni recuerdo, ni nada.

Y aun si quedaran las cosas así, menos mal; pero siendo los extranjeros en las zonas de colonización verdaderos parias, no debe extrañarnos el funesto resultado que en nuestra población tiene ésta circunstancia.

En la Argelia y en la zona francesa, el español puede seguir siéndolo si así lo desea; eso dice la ley y así se realiza, pero en la práctica resulta de modo muy distinto, porque privado del derecho de ciudadanía, en los litigios que las necesidades de vida imponen siempre lleva las de perder, en las prácticas de la vida carece de personalidad, si no da contigente á las filas del ejército francés, una sombra pesa sobre toda su familia eternamente, y los indigentes, esto es los obreros si enferman, por el hecho de ser extranjeros no tienen derecho ni siquiera á hospitalización. Diga el que leyere si estos procedimientos no justifican que los nombres de Pérez, González, García, Sánchez y mil más, vayan en muchos casos precedidos de la palabra monsieur que les otorga todas estas cosas.

No puedo precisar el tanto por ciento que alcanzan los españoles en la población de Argelia; pero que la parte europea de ella está hecha á base de españoles cuyos hijos ó nietos son hoy franceses, es verdad harto sabida. Ellos, unidos á los emigrantes del día, han convertido lo que se creía inexplotable é improductivo, en una riqueza sólida, de positivos rendimientos para el pueblo y para el Estado francés.

Van en épocas de siega á ganar jornales renumeradores y queda siempre allá un remanente que encuentra

acomodo para trocar su estancia eventual en definitiva, y si la primera generación se conserva española, la segunda acaba por convertirse en francesa y la población sube y la riqueza aumenta, mientras el Este y Sur de España se despueblan, esto és, que el crecimiento y prosperidad de la gran colonia francesa está en razón directa del empobrecimiento y despoblación de nuestros pueblos del litoral Mediterráneo.

Pues éste mal grave, que por lo lento pasa inadvertido y que és mayor que el que produce nuestra emigración á América,—en ésta los emigrantes sirven pueblos hijos de España, y el producto de su trabajo casi íntegro lo envían á sus familias que en ella residen, volviendo cuando se enriquecen al suelo patrio que mejoran sembrando en él riquezas—tendría grave aumento si nosotros abandonásemos Marrruecos, pues quieras que no, la emigración española vendrá á él, y sin ser español el territorio, el trabajo y el brazo lo serían y lo que hoy es filtración se convertiría en sangría caudalosa.

Calcular los habitantes que puede sostener, mejor dicho, que necesariamente sostendrá este pedazo de tierra puesto en explotación, porque la oferta de trabajo intelectual y manual así lo demande y decidme, si es patriótico permitir que frente á nuestras costas y á costa de nuestra sangre y nuestro trabajo, por nuestra inercia y nuestra abulia, surja una colonia extranjera, cuyos habitantes españoles hoy, se conviertan á la vuelta de unos años, por ley fatal é inexorable de vida, en extranjeros.

Resultaría de nùestra abstención, que poseyendo la materia prima, hombre y trabajo, — que forzosamente estos elementos españoles son los que han de laborar aquí,—renunciábamos á parte de nuestra población, factor de riqueza el primero en todos los pueblos, en beneficio de otros que antes ahora y luego tienen intereses contrapuestos á los españoles.

Atestiguaré esto con un hecho. Por los últimos acuerdos entre Francia y España, se ha convenido que Marruecos deje de ser un país de capitulaciones, esto és que las personas y los bienes que hasta ahora venían sometidos á las leyes de cada nación, lo que garantizaba la nacionalidad individual, pasen á ser regidos por las leyes de los protectores en cada zona y para que se juzgue de lo

que decía del número y calidad de la emigración en Marruecos, haré constar que los millares de españoles que constituyen las colonias de Rabat, Casa Blanca, Mazagán, Saffi y Mogador en la costa, y treinta y cinco millones de duros de capital pertenecientes á estos, han pasado á la Jurisdicción francesa y en cambio á la española no creo, mejor dicho no sé, que veinte franceses hayan pasado y en cuanto á capital no hay noticias de las riquezas que hemos vinculado á la acción de nuestras leyes. Y esto ocurre así, porque la emigración española es la más numerosa por no decir la única en tierras de Africa.

Puestas las cosas en el plano de pérdida de las capitulaciones, sometidos españoles y capitales á las leyes francesas, por la misma razón y procedimientos que en la Argelia se pierde la nacionalidad hispana, se perderá andando el tiempo en los sitios citados y el resultado será que con igual trato, ellos ganan capital y población que son hoy nuestros, y nosotros no ganamos, porque su población no és emigratoria y porque su capital solo se utiliza en necesidades de su zona. Resulta de todo ello que por ley histórica, al abandonar nosotros Marruecos como Estado, no lo abandonamos como emigrantes y engrandecemos á los demás con nuestros trabajos y con el capital que allí crean nuestras iniciativas. Dar á la actividad española vida á la sombra de su bandera en este suelo, es una necesidad de nuestra raza.

Pero vengamos á la realidad; la suposición de paz universal y garantida es absurda y si me he valido de ella para desenvolver los anteriores conceptos, ha sido movido por un deseo, el de demostrar que á quien más favorece nuestra empresa africana és á los intereses materiales y al proletariado y que esto impone nuestra actuación.

Por desgracia para la humanidad, están aún lejanos los tiempos que las armas callen y hablen solo como dominadoras del mundo la justicia y la moral, por consiguiente, és de suicidas arrumbar las armas, perder posiciones útiles en luchas que el porvenir guarda, porque ello tiene como consecuencia la disociación del país que tal practica.

Ahí está Bélgica, que floreciente, próspera, consagraba todas sus actividades á la paz fiada en pactos y tratados. No siendo temida, dedicada á su prosperidad, sin

sueños de guerra ni de gloria, creía sus días seguros y tranquilos y de pronto sin dar pretexto á nada, las codicias desatadas de los pueblos grandes la sacrifican; Alemania la invade, la incendia y la destroza, porque lo juzga necesario á sus planes guerreros, sin que le importe nada el atropello de los principios eternos de moral y derecho que todos llevamos en la conciencia, por ley de atavismo y de cultura adquirida.

Si Bélgica hubiera dedicado la bastante atención á su ejército, para tener pronto el medio millón de hombres que su censo de población podía poner sobre las armas, quizá esto hubiera sido bastante á impedir, por lo menos á aminorar la inmensa hecatombe, que aplastó su pueblo y arruinó sus ciudades, pués és lógico pensar que si cien mil hombres detuvieron unos días la falange teutona y salvaron á Francia, el quíntuplo de ésta cantidad, hubiera dificultado la obra desvastadora, dando lugar á la llegada de parte de los refuerzos que Francia, torpe aunque lealmente, acumuló en el éste, y la línea de combate no hubiera estado al Norte de Francia sino en las fronteras belgas, salvando la mayor parte de la nación.

Todo ello demuestra, que la razón primera de la existencia de una nación es la razón militar, digan lo que quieran utopistas y soñadores.

Estos hechos de hoy y los de Méjico y los anteriores de los Balkanes y la guerra ruso-japonesa y las nuestras coloniales; páginas todas de sangre y lágrimas en que hemos sido actores ó público, dicen de modo elocuente que la guerra ha existido, existe y existirá por muchos siglos, sin que las buenas intenciones, los mejores propósitos y el horror de las hecatombes, sean bastante á dar la paz como fruto apetecido por la humanidad.

Ante estos hechos hay que pensar que el abandono de este territorio crearía, no una Argelia, sino un Estado potente desde el Atlas al mar, un país prolífico, rico, próspero, capaz de muchos millones de habitantes, erigido á una hora de nuestras costas, unido á ellas,—el mar no separa, une, pues da facilidades á la comunicación; — con lugares hábiles para la creación de arsenales, con medios propios, hierro, plomo, plata, reses, cueros, cereales, frutos, para sus necesidades militares y de abastecimiento y decidme si no acaba aquí nuestra indepen-

dencia, si no és cadena puesta á nuestro cuello esta transformación del país, que convierte nuestras fronteras en círculo de hierro, amenaza primero, merced á la cual se obtendría nuestra sumisión en todo y para todo y más tarde, al menor síntoma de rebeldía, la cadena convertida en dogal de nuestra nacionalidad por el mismo camino que otras veces; la invasión de las costas de Levante y Sur, que fenicios, cartagineses, romanos y árabes, siguieron, harían del pueblo ibero legión de esclavos y de su producción abastecimiento espléndido de sus ejércitos, llevando la guerra al solar patrio, donde los heroismos escribirían ¡quien puede dudarlo! nuevas y grandes hazañas épicas, lo que si és glorioso, no és bastante á la vida de los pueblos, que lo que necesitan en realidad és victorias, pues en los modernos tiempos no triunfa el que más valoroso da vida y hacienda en los altares de la patria, si no el que más hábil, más rico, más organizado, con más teson, lleve en las posiciones militares que tenga,—y el Norte de Marruecos es de primer orden para España—y en sus elementos de guerra vinculado el triunfo. Este és el aspecto militar de nuestra renuncia á Marruecos.

Veamos ahora lo que significa la posesión para España de éste pedazo de suelo africano, dentro del aspecto que venimos analizando.

Es indudable, que nuestra mediana potencia económica nos fuerza á la lentitud en el desenvolvimiento progresivo de éste territorio, pero esto es no más que un retardo en llegar al máximun del desarrollo, sin que ello estorbe á que su posesión sea desde el primer día el establecimiento de un glacis defensivo del suelo patrio, que en el curso de los años, convertiríamos en fuerte barrera, españolizando el país, fomentando sus riquezas merced á las que su población, plantel de soldados valerosos, tendría gran desarrollo y frente al ejército que algún día pudiera amenazarnos, nosotros podríamos oponer un ejército igual para disputarle el codiciado paso. Hoy en nuestra zona hay más de sesenta mil guerreros entre amigos y enemigos. Calculad los que puede haber cuando se desarrolle en ella la vida intensiva. Entraña además la posesión de éste suelo, el dominio español en las dos riberas del Mediterráneo, ocupación diré mejor, puesto que tenemos estipulado no fortificar hacia el mar,—fuera de las posesio-

nes españolas ocupadas hasta el momento del tratado, entre las que se cuentan Ceuta, Melilla y las antiguas plazas menores—el que sigamos siendo en la parte más estrecha del Mediterráneo factor principal, y diga el que leyere si éstas dos circunstancias no justifican de modo absoluto, nuestra intervención en Marruecos.

Cierto és que compartimos con Inglaterra este dominio, pero vamos en buena compañía, dado el estado de la política mundial, y que los intereses de ambas naciones no són antagónicos, son complementarios.

La garantía de invasión y el condominio del mar, no quedan establecidos por el sólo hecho de que se nos haya adjudicado la zona, hay que organizarla, que luchar en ella hasta transformarla en dos grandes provincias españolas de doce mil kilómetros cuadrados cada una, próximamente, y cuando esto lo hayamos realizado,—parte de la labor está hoy hecha,—entonces será cuando una y otra condición tendrán una realidad de gran peso y valor para España en la vida mundial.

Hubo un tiempo en que fué posible ser abstencionistas en Marruecos; el tiempo en que el statu quo era el lema que informaba los actos de las potencias interesadas en la cuestión de occidente. Esta política que nos costaba veinte millones de pesetas al año, entre guarniciones de nuestras plazas y gastos diplomáticos en el imperio, gasto improductivo por que ni Ceuta, ni Melilla, ahogadas por su cintura de murallas podían producir nada ni habían producido nunca más que guerras sin fruto, nos permitía retrasar el momento de la actuación, retraso util al desenvolvimiento y reorganización de la patria, convaleciente aún de la tremenda caida del noventa y ocho. Se podía ser abstencionista por que Marruecos sumido en la barbarie, era completamente inofensivo á nuestra producción, y nuestra independencia. Su barbarie era garantía de nuestra seguridad.

Pero el problema ha variado; naciones poderosas decretaron su transformación, pueblos preparados á ella lanzaron su dinero y sus soldados á la empresa, y los hombres de gobierno que se decidieron por la actuación cuando la conferencia de Algeciras y los que como consecuencia de ella la ordenaron en Melilla, en Cabo de Agua, en Larache, en Ceuta y en Tetuán, cuando la necesidad

les marcó la hora de hacerlo, merecen bien de la patria; como lo merece S. M. el Rey, censor de cuantos Gobiernos han vivido éste asunto. ¡Bien por Don Alfonso XIII, que tan acertadamente dirige esta cuestión!

Creo muy dificil que ningún Gobierno español hubiera procedido de otra manera, pues una cosa es escribir artículos de periódicos y hacer oposición al Gobierno y otra tener la responsabilidad de regir un país, pues lo uno és hablar y escribir que á nada compromete y lo otro és acordar y hacer, que son cosas muy distintas.

Nuestra independencia nacional política y económica, nos imponían un sólo camino que recorrer y ese es el camino que hemos emprendido; de no haberlo hecho por abúlicos é incapaces estábamos llamados á desaparecer.

Para garantía de nuestra seguridad, para bienestar de nuestros emigrantes, para defensa de nuestra producción, el suelo español se ha agrandado y á éste ideal hay que sacrificar cuanto haga falta. Todo lo que demos está compensado, por los peligros que nos evita y los bienes que ha de producirnos.





El Marruecos español -

III

Una idea general de éste trozo de tierra africana que recientes tratados señalan á nuestra nación, no una lección de Geografía, es lo que me propongo dar y que interesa al asunto de éste libro, puesto que en él, más que detalles del problema, que no cabrían en pocas páginas, se ofrecen al lector conjuntos de vida social, política, militar y económica, fases interesantes para un pueblo que aspira á penetrar en otro.

El detalle en estos asuntos és factor de gran valía, pero ésto es empresa para muchos, no para uno sólo, y muchos especializados cada uno en lo suyo. La penetración debe ir acompañada de intelectuales que se dediquen á estos trabajos, de modo que el mapa del Rif y el deYebala, provincias de nuestro territorio, en parte hecho con referencias de sitio, lugares, yacimientos mineros, número de habitantes, producciones y demás objetivos de un buen catastro; quede avalorado por estadísticas precisas en todos los órdenes, hijas de la observación y estudio directo de las cosas y las personas, no de referencias, que muchas veces pecan de inexactas por torpeza ó malicia de los que las facilitan.

La parte de territorio observada directamente por las comisiones topográficas de nuestro Ejército, nos son conocidas de visu en lo que á la topografía se refiere, pero aquellas otras donde todavía no penetraron, nos son de referencia y ya hemos dicho los errores á que el procedimiento se presta. Añádese á esto, que siendo la topografía dato interesantísimo, pero no el único para el co-

nocimiento de un territorio, nosotros tengamos que confesar, que en su mayor parte está por hacer el trabajo que nos lleve al conocimiento exacto de nuestra zona, el que debe ser objeto de especial atención por parte de nuestros Gobiernos. Dicho trabajo, precediendo si és posible á la ocupación militar, acompañándola si no lo és, nos dará la clave del valor real de ella, en producción, en número de habitantes, en facilidadades de transporte de productos, en aquellas bases en fin, que sirven para juzgar de la riqueza de un país y de la utilidad de su posesión.

Vista la zona en el mapa afecta la forma de un cuadrilátero, que mide aproximadamente veinticuatro mil kilómetros cuadrados de superficie, de lados irregulares; dos de ellos marítimos, de cuatrocientos setenta y cinco kilómetros el Mediterráneo, y de noventa y cinco el Atlántico; formados por playas y acantilados que comienzan en la desembocadura del Muluya y acaban en el paralelo treinta y cinco en la costa atlántica, en la prolongalación de una línea ideal que arrancando de la vaguada del Lucus pasase entre Tlig y Sarsar, y fuese á terminar en este punto.

Esta línea de costa sufre una mordedura al llegar á Punta Altares, que alcanza hasta la desembocadura del Tahardartz, dela que resulta nos fué escamoteado de nuestra zona, Tánger y un pequeño trozo de territorio, el de la kábila del Fash. Este bocado con arrancamiento y pérdida de sustancia, aún vestido con todo el ropaje diplomático que hace al caso en tratados internacionales, pudiera llamarse expoliación, si no fuera por que aún no tiene adjudicatario y á nuestras manos debe venir, porque punto estratégico de la costa marroquí, sustraido á nuestro dominio, sin más razón que la de restar valor á nuestra zona, amenazándola con peligrosa cuña clavada en el centro de la misma y con el propósito—que hace fácil su indefesión—de que un día que su posesión sea precisa á cualquier potencia, caiga en sus manos facilmente, para convertirla en potente visagra de la puerta del Estrecho y de un modo absoluto ó en cooparticipación con Inglaterra que posée Gibraltar, cerrar el Mediterráneo; debe ser entregado á nosotros capaces de defenderlo y que no hemos de utilizarlo para agresiones. Al mundo le conviene esta si-

tuación militar y política, á España también, y si sabemos apoyarnos en la razón primera, Tánger será nuestro, ya que nuestra tradicional hidalguía, garantiza que no hemos de convertir en amenaza de nadie la condicición estratégica que posee. Merece que España eche el resto para conseguir esto, pues de no ocurrir así, estaremos mediatizados en todos los órdenes de la vida.

Los lados terrestres están formados; desde la desembocadura del Muluya aguas arriba, hasta un kilómetro antes de llegar á Meshera Kelila, por una línea que pasando por el Yebel Beni-Hassen alcanza el Warga al Norte del Yemaá de los Chorfas de Taufrasit, continuando en dirección Oeste, por las crestas que dominan el Warga en su orilla derecha, con las inflexiones bastantes á asegurar la comunicación sin discontinuidad, de todo el territorio de influencia de España y remontando luego hacia el Norte, á una distancia no menor de veinticinco kilómetros al Este del camino de Fez á Alcázar Kebir, por Wazan, encuentra el Uad Lucus, de cuya vaguada, arranca la línea que hemos dicho antes, pasa por entre Tlig y Sarsar, siguiendo el paralelo treinta y cinco, hasta terminar en la ribera del Atlántico.

La línea costera es accidentada y en ella desembocan de Este á Oeste en el Mediterráneo; el Muluya, río internacional, desde su desembocadura hasta un kilómetro aguas abajo de Meshera Kelila, el Kert, límite del Rif occidental, el Nekor y el Guis, que desembocan en la bahía de Alhucemas, el Uringa, que separa el Rif del Yebala y el Adelau, Martín (Martil), Gelu y Negro, que desagüando en la parte costera de Yebala, constituyen el istmo hidrográfico de la vertiente mediterránea del país, en unión de otros de menos importancia y que más que el de ríos, merecen el nombre de arroyos torrenciales.

La vertiente atlántica, dá a este mar el Mhahraz, que en su desembocadura toma el nombre Tahardartz, el HaxefAiaixa y el Lucus.

Ríos, arroyos y torrentes,—ya dije que sólo nombro los ríos principales—hacen muy accidentada la costa, que llena de escotaduras ofrece mal abrigo á la navegación, por ser éstas angostas, poco profundas y estar orladas muchas de acantilados, inaccesibles en su mayor parte. Sólo Ceuta y Melilla, merced á los reguardos que las obras de

sus puertos añadieron y añadirán al escaso de sus bahías, que por lo abiertas deben llamarse radas, ofrecen en la costa Norte acceso al comercio y á la penetración. Se pueden citar además, Río Martín, donde el Levante obliga á los barcos ha hacerse á la mar á poca intensidad que tenga; mas la bahía de Alhucemas, la ensenada de Bocoya y la costa Norte de Guelaya, en las que hay refugio para embarcaciones de poco y mediano calado, explotables cuando la costa esté amparada por nuestras armas. Los abrigos que nuestra mano de obra ha completado en Chafarinas ampliándolos, servirán más á la marina de guerra que á la mercante.

En la costa Oeste, el Lucus al desembocar ha formado un puerto natural dentro del río, en el que anclan las naves de calado menor de trece pies, fondo que acusa la terrible barra en mareas altas. Aún con ésta dificultad, es el mejor fondeadero de todo el litoral Oeste y el recodo del río, puede ser ensanchado en razón directa del dinero que quiera gastarse, convirtiendo su tamaño, en el preciso á las necesidades del comercio y de la industria.

Una compañía alemana obtuvo del Sultán de Marruecos hace quince años, la construcción de un puerto en Larache, cuyos muelles por mal estudiados y ejecutados, perjudican el puerto natural, lo que tiene remedio modificando la dirección en la forma oportuna, en lo que aún queda por hacer de ello, y haciendo dragados convenientes, para aumentar la profundidad de la barra; entreteniendo ésta profundidad con el material preciso á ello, con lo que el puerto aumentara en importancia. Siempre tuvo mucha, tanta, que fué la puerta de entrada de todo el reino de Fez.

Para dar á conocer el valor estratégico y militar de esta costa marroquí diré, que con barcos de tipo moderno, se salvan en cuarenta minutos las distancias que hay de una costa á otra, en la parte comprendida entre las líneas, Cabo Espartel-Ceuta y Gibraltar-Trafalgar. En este tiempo, y no es la línea recta, he visto llegar muchos torpederos de Gibraltar á Tánger; en barcos de nueve á diez nudos por hora, se va en nueve horas de Cádiz á Larache y de Melilla á Málaga y en menos tiempo de Melilla á Almería. Si este modesto andar de nuestros vapores, lo sustituimos por el de los modernos, se deduce á que dis-

tancia de tiempo y de espacio, están las costas africanas de las nuestras y el lector puede sacar las consecuencias que le surgiera su buen criterio.

El sistema orográfico está constituido por las cadenas del Rif, que comenzando en Benisinasen mueren en Cabo Espartel corriendo paralelas á la costa y en estribaciones del Atlas medio, que al unirse á los anteriores, forman nudos montañosos, cuya altura de mil metros en Yebel Tameruj de las sierras de Quebdana, nombre que toman las cadenas del Rif al cruzar este territorio; de dos mil quinientos en el Yebel Tiziren en el Rif Oriental y otras que no cito por prestarse á errores las referencias, dicen lo accidentado del país. Trescientos kilómetros de longitud y cincuenta de anchura, en los sitios de mayor desarrollo, tienen las cadenas del Rif, cuyas ondulaciones se confunde y esfuman al Sur en muchos sitios, con las estribaciones y contrafuertes avanzados del Atlas medio, lo que amplia la idea de lo accidentado de la región; en la que profundos valles, feraces vegas, altas y suaves mesetas forman extensas campiñas, donde los cereales se dan con escaso cultivo, inmensas laderas donde el abundante pasto fía la industria pecuaria, pelados montes inhábiles para el cultivo pero de enorme riqueza minera, como en Beni-bu-Ifrur, Uixan y otros, sitios donde el mineral de hierro tiene una proporción de más del setenta por ciento; realidades de gran riqueza, que á una comisión Norte Americana, que va estudiando los yacimientos de hierro del mundo, le ha hecho decir que este es de los mejores. Puede pues argüirse con estos datos, que no es un erial improductivo nuestra zona; es un país que sujeto á los más primitivos procedimientos de explotación agrícola, sustenta una población que excede de medio millón de habitante,—quizá doble la cifra—sin que la industria ni el comercio le hayan aún prestado vida; esto es un territorio que el día que la explotación agrícola intensiva, las industrias de ella derivadas, la explotación minera y el comercio, le den vida económica será un núcleo de población importantísimo; no siendo exagerado pensar en que se decuplique la cifra de sus habitantes, dados los medios de vida que la zona tiene, los que puede crear y lo prolífico de la raza bereber, que cruzada con la árabe y la negra forma la base de la población. Nuestra raza tam-

bién es prolífica y á ella está reservada la colonización.

He señalado en quinientos mil el número de habitantes de la región, número que para que no sea arbitrario, pues no hay padrones ni registros de nacimientos y defunciones, que den cifra exacta, deduzco del siguiente razonamiento. Cualquier país en armas de los que lucharon en Europa formó sus contingentes de hombres hábiles para la lucha con la equivalencia del diez por ciento próximamente de su población. Francia, con cuarenta millones, dispuso de cuatro, Alemania, con cerca de setenta, de seis á siete, Rusia, con ciento veinte, de doce, y aplicando esta proporción á la zona española, donde si no hay recluta obligatoria, está suplida con el hecho verdad de que á la guerra con extranjeros acudían—hoy no acuden—todos los hombres hábiles para sostenerla, deduzco que siendo los combatientes sesenta mil, suma de los que hay están al lado y enfrente de nosotros, según datos estimables, no es disparatado asignar más de medio millón al total de la población, valiendo más proceder en esta forma, que señalar con datos menos fijos el cómputo de habitantes, pues de ellos resulta, que mientras unos asignan veinte millones al total de la población de Marruecos, otros se quedan en ocho. Conviene advertir, que deseoso de no incurrir en exageraciones con respecto á la bondad de nuestra zona, en mi fuero interno guardo el convencimiento, de que he pecado por defecto en la evaluación.

Este número de habitantes está distribuído—no incluyo las poblaciones genuinamente españolas—Ceuta, con treinta y cinco mil habitantes, Melilla, con cincuenta y siete mil, Peñón de Vélez, Alhucemas y Chafarinas, con novecientos entre todas—en sesenta y dos kábilas rifeñas y yebalas y en cinco ciudades que radican en el último territorio nombrado, que son Larache, con doce mil, ciudad eminentemente comercial, nido de piratas hasta el segundo tercio del siglo pasado, que en acecho detrás de su barra salían ha hacer presas marítimas y volvían con cautivos y riquezas, hasta que un almirante austriaco desembarcó y les quemó las naves, cuyo esqueleto hundido en cieno, aún se ve en la orilla derecha del Lucus,—esta ciudad fué nuestra más de ochenta años y Muley Ismail la rindió, porque no la socorrió en largo asedio uno de nuestros Felipes, de ingrata memoria,—Alcázar Kebir, en la

orilla derecha del río, ciudad agrícola, llave comercial y estratégica por sus comunicaciones, con el mar por Larache, y por tierra con las poblaciones importantes de todo el reino de Fez, pues á ella afluyen los caminos de todo él y fué hasta hoy,—en que el puerto de Kenitra, labrado por los franceses en la orilla de Subú, derivó gran parte del movimiento—paso obligado para todo el tránsito militar y comercial. El campo que le rodea es llano y feraz y susceptible de riego por su vecindad al Lucus, aunque dado el bien equilibrado régimen de lluvias en nuestra zona en esta parte y estar con ello asegurado el cultivo de cereales, sólo demanda esta mejora, la transformación del cultivo extensivo en intensivo, para el que las inmejorables tierras de su vega, así como las de Agel Cherif, Beni Gorfet y Beni Aros son completa garantía, pues su vegetación lujuriosa pregona enorme fertilidad, que hace un emporio de riqueza de la industria pecuaria. Razias ha habido, en las luchas de las fracciones que la pueblan, que han producido al victorioso ochenta mil duros.

Alcazar Kebir, al que muchas obras señalan veinte mil habitantes, es ciudad murada, mejor sería decir era, porque sus muros por incuria y por estar convertidos en vertederos de inmundicia, carecen de valor militar. Fué cuartel general de los cinco reyes moros, que dieron cuenta del ejército del rey Don Sebastián y el cuerpo de este á las aguas del río Mehazen afluente del Lucus. Tiene trece mezquitas, muchas de ellas en ruinas y su situación permite que el desbordamiento del Lucus la inunde. Para sanearla hay que dotarla en primer término de alcantarillas, cosa hacedera, pero como su planicie y bajo nivel les restarían condiciones higiénicas, lo mejor sería que el Estado emplazara en sitio más idóneo que el actual la ciudad, cuya necesidad de existencia en la región no necesita encarecimiento; para lo que bastaría construir en él elegido los edificios del Estado y ceder en torno de ellos, solares á la iniciativa particular, previo un buen plan de urbanización. La ocupación por nosotros de Alcázar, fué una lucha de celeridad en la que tuvimos la suerte de llegar media hora antes que los franceses, no porque anduviéramos más y mejor que ellos, pues tardamos en recorrer la distancia entre Larache y Alcázar, triple tiempo del preciso, sino porque los franceses esta-

ban más lejos. Aún después de ocupada; quisieron nuestros vecinos buscar pretextos y compartir por lo menos la ocupación; pero tuvimos la fortuna de que el General Fernández Silvestre, que se sabe la papeleta marroquí y la francesa, cortara rápida y enérgicamente los conatos de condominio, del agente consular francés y oficial del ejército de la reserva M. Boiset. Entre Larache y Alcazar hay un ferrocarril en construcción, muy dificultada, porque habiendo pasado la concesión de dicha obra, de manos del concesionario Duque de San Pedro de Galatino, á manos de la empresa alemana constructora del puerto, y queriendo modificarse después el primitivo ancho de la vía, para que sea igual á la de la red general de ferrocarriles proyectada y aprobada para todo Marruecos, los constructores pusieron dificultades para ello. Una cosa fácil--si no hubiera pasado á manos extrangeras--convirtióse en pleito que ha durado hasta ahora, y que se ha resuelto volviendo á españoles la concesión. Por lo pronto hay tendido un puente sobre el Lucus, hay una pista carrozable—pecado no esté construída la carretera Larache-Alcazar—y corre el ferrocarril por parte de la línea, funcionando además los automóviles entre uno y otro punto. Entre esas dos poblaciones, en la orilla izquierda del Lucus hay una dehesa propiedad que fué del Estado Marroquí llamada el Adir, transformada en isla por un brazo del río, cuya extensión representaré diciendo que desde el puente de entrada al de salida, se tardan tres horas á buen paso de mula andadora. El diámetro opuesto á este tiene casi igual recorrido y en ella pastan en plena libertad ganados vacunos y caballar. Esta hermosa finca, cuya importancia para la cría caballar, por y para el Estado, no he de encarecer; fué motivo de otro pleito con franceses, que después de ocupada la región por nosotros, fueron á Fez y consiguieron que Muley Hafid se la alquilara por noventa y nueve años, sin tener en cuenta que como bienes del Estado, pasaban íntegros á nuestra administración y no podía alquilarla, razón que debió asistir al recto general antes citado, para negarse á darles posesión y dejar en pleito, lo que de no poner este obstáculo, hubiera sido no solo un magnífico negocio para los franceses, sino además un semillero de reclamaciones.

Pasando el Lucus, al Norte de su desembocadura después de cinco horas de marcha, parte por la playa, parte por un abrupto camino cubierto de monte bajo, se llega á Arcila población también murada de unos tres ó cuatro mil habitantes, situada en la misma orilla del mar, completamente abierta á los embates del Oeste y por consiguiente de inconstante y arriesgada comunicación naval. Fué muchos lustros portuguesa y en ella se celebró el Consejo de Guerra que determinó la derrota de Alcazar Quevir, en cuyo Consejo es tradición que presidió más que el cálculo militar, la arrogancia y la impremeditación. En su cuarto viaje á América, Colón tocó en en la plaza, que como estaba en guerra con las kábilas pidió auxilio á este, quien se lo dió dentro de los medios de que disponía. Años más tarde, el expugnador de Larache la expugnó también, volviendo al dominio moro y arrastró vida mísera, porque plaza puramente militar creada para tener en jaque el Yebala, cuando vinieron en el imperio á menos las armas, como todas las ciudades de ésta índole vivía muerta.

La visión que tuve de Arcila la vez primera, vive aún en mi y voy á darla. Habíamos salido de Larache, Sidi Ali Bersali y yo. Era éste un moro que costeado por el Magzen, había hecho sus estudios en la Escuela Naval de Italia y como recompensa á ello, el Sultánle destinó á Larache, con tres reales diarios y sin puesto en la marinería porque se había extranjerizado; situación que acabó con su vida por que las tristezas apagadas en el alcohol engendraron una tuberculosis. Salimos de Larache para alcanzar Arc ila antes que fuese de noche, pero una lluvia tenaz nos entretuvo en el paso de arroyos y torrentes y nos hizo llegar á las nueve de ella. Después de pasado el bosque, un caminejo oscuro y cerrado en sus márgenes y por encima por chumberas y cañaverales, y por cuyo suelo corría un arroyo que nuestras caballerías chapoteaban, ponía en el ánimo dejos de cuidado y recelo. Camino más ideal para pasar á la otra vida, sin que quedara vestigio del paso y sin que por lo estrecho, lóbrego y anfractuoso, hubiera defensa posible, no lo he conocido nunca; pero no ocurrió nada de particular y salimos á un claro, en el que la muralla de la plaza hacia más oscura la tiniebla en la que una puerta de tablas carcomidas y viejas, simulaba una depre-

sión en el centro de ella. Todo más adivinado que visto.

Mi compañero con golpes en la puerta y con voces en árabe, llevaba media hora de pedir entrada sin que alma viviente le hiciese maldito el caso, en vista de lo cual comenzamos á disparar nuestros revólvers y escopetas, modo de anunciarnos seguido de éxito, pues entre la unión de las dos hojas, una línea de luz pasó y por el mismo sitio, mi compañero y aquel portero sin entrañas á quien Alah confunda, se entendieron, mediante una moneda de cinco reales y la noticia de que mi humilde persona era el Jalifa,—modo de designar en el país á los segundos de los altos cargos,—del embajador español y si no se abría la puerta, vendría quizá ¡una reclamación diplomática seguida de manifestación naval, si no era atendida! No se lo que éstas últimas razones pesarían en la conciencia del cancerbero, supongo que pesarían más los cinco reales y la promesa de diez si la puerta se abría; pero todavía estuvimos nuestros veinte minutos bajo la lluvia, hasta que el chirriar de cerrojos y el mover de trancas, trajo á nuestro ánimo la realidad cercana de un techo, un fuego y un colchón.

Cruzando lo que no llamaré plaza de armas, por que no lo era en aquel tiempo, sino plaza de escombros que en montes y montículos se veían, mejor dicho se adivinaban en la tiniebla y caminando por una calleja, larga, estrecha, de pavimento hecho un lodazal, en el que nuestras caballerías unas veces se hundían, otras arrancaban sonido á guijos y pedruzcos, nos apeamos ante una puertecilla, digno marco de un judío de choja y bonete, que farol en mano, avisado por un criado del portero, nos esperaba para darnos alojamiento. Detrás de él, bajo el arco que daba acceso al patio estaba... ¿quién diréis? pues Rebeca, la auténtica Rebeca, de negro cabello, tocado con pañuelo de colorines, de «ojos claros serenos» con todos los detalles que en ellos pueda poner la poesía, de garrida figura, de nacarinas tintas en la faz, alumbrada por un farol que su mano derecha tenía en alto, con lo que nos hacía luz y escorzaba las amplitudes del seno, de labios rojos como el deseo, de dientes blancos y pequeños, que asomaban en la ventana de una sonrisa. Tal fué la impresión que tuve y que después confirmé, cuando en un

cuartito cenábamos todos' viajeros y dueños, si puede llamarse cena á lo que yo ingerí: un vaso de leche y varias tazas de té con galletas. El caldo, los huevos hervidos, el pollo en el mismo condimento, platos obligados para éstas ocasiones, que estuve usufructuando nueve días en Larache, me reducían á éste régimen alimenticio hasta llegar á Tánger. Era Rebeca pródiga, que no sólo daba agua al sediento, sino condumio al estómago, alegría á los ojos y risas y alabanzas á los labios, que declaraban su agradecimiento.

Perdón por está disgresión episódica, pero he querido dar al lector la impresión de lo que era llegar á Arcila, el ocho de Diciembre de mil ochocientos noventa y siete. Hoy Arcila ha cambiado, cumple su papel de plaza militar y es base habilísima de nuestra línea de comunicaciones Alcázar-Tánger.

La línea de comunicación Alcázar-Larache-Arcila-Tánger y los territorios que atraviesa, la tenemos libre, gracias á la acción militar que con singular acierto desarrolló el general Fernández Silvestre, de la que no hay que hacer elogio, lo hace su actuación en Casablanca como Comandante Militar de las fuerzas españolas, la ya citada de la región de Larache, como Comandante General de ella y la de estos últimos tiempos de su mando en Ceuta; á cuyos éxitos contribuyó quizá el saberse al moro de memoria, factor inmejorable para triunfar. Saberse la psicología de un pueblo es llevar enorme ventaja para subyugarlo. Esta misma traza, sigue inspirando al actual comandante general Barrera, cuyas condiciones militares loan, las últimas operaciones realizadas.

Al amparo de éstas líneas estratégicas y de comunicaciones, formáronse núcleos de población campesina que tocan los beneficios de nuestra ocupación, mostrándose contentos de ella, revelándolo el aumento de su número, en el que no faltan prestigios de gran ascendiente en el país.

Todo continuó así un período de tiempo de cuatro años,—en que sólo se ocupó el Biut en Ceuta—hasta hace unos días en la zona occidental donde la feliz realización de unir Rgaya con Tetuán, ocupando el Fondack de Ain Yedida, se efectuó brillantemente por las tropas de Tetuán, Ceuta y Larache, operación precedida de la ocupación

de Alcázar Seguer, el Cónico, Quitzan y Ras Medua, que ha dado como resultado el sometimiento de Anghera, Was-Ras, el Haus, Beni-Hosmar, Beni-Mezaguar y Yebel Hebib; lo que trae á nuestra penetración riquísimos territorios; y hasta hace unos meses en Melilla, donde por medio de operaciones sucesivas, el general Aizpuru, veterano en éstas guerra de Africa, inteligentísimo en ellas, hombre de valor aquilatado en éstas campañas, que dieron relieve á su indiscutible mérito, realizó la ocupación de más de quinientos kilómetros cuadrados que nos acercan á Tafersif, que se dice fertil y que es punto de referencia, en el plan de lineas férreas del deshecho imperio.

Tetuán, una de las ciudades sagradas del imperio, es hoy la capital de nuestra zona, tiene treinta mil habitantes, vega feraz, y mezquitas famosas entre las que alguna tuvo papel en la consagración de sultanes. Como centro de nuestra acción política, diplomática y militar tiene gran papel y el día que la red de ferrocarriles se haga, su importancia será mucha, pues toda la importación y exportación del país Yebala irá por ésta vía, bien para salir por Río Martín, bien por el puerto de Ceuta, que parece, por estar su construcción muy adelantada, tener más derecho á éste servicio. Si á esto se une que la producción de su territorio, ha de verse muy aumentada aplicando á ella procedimientos modernos, se colije la gran importancía de ésta ciudad.

Xexaguen ó Xaguen es la que queda por mencionar. Ella y Alcazar son las dos ciudades del interior, que hay en nuestra zona y las referencias le asignan de cinco á seis mil habitantes de pura raza bereber. Dicen que tiene vega feracísima y que jamás sufrió el yugo de los sultanes, circunstancia que comparte con buen número de kábilas del Rif. Su posesión, dado el temperamento que informa nuestra acción en Marruecos, será obra que las circunstancias determinarán; estamos ya á veinte kilómetros de sus puertas, pues hemos llegado saliendo de Larache, Lucus arriba, hasta el delta de Guadasla afluente de él y a la llanada Kolo que dista esto de Xexaguen.

En sesenta y dos kábilas, de las que tenemos sometidas las del Rif Oriental, algo del central y la parte citada de la región del Yebala, está distribuida el resto de la población.

Estas kábilas no tienen iguales dimensiones ni población, pues mientras unas en el Yebala Oriental, cuentan diez mil habitantes y mil kilómetros cuadrados, otras como Hmas y el Jolot con mil quinientos kilómetros, tienen cuarenta y dos mil habitantes y otras solo alcanzan doscientos kilómetros cuadrados y seis mil habitantes, como Beni-bu-Ifrur en el Rif.

De ésta región, las más principales fuera de las que tenemos dominadas y conocidas son: Bocoya, de cuatrocientos cincuenta kilómetros y veintisiete mil habitantes; Beni-Uriaguel, de mil trescientos kilómetros y cuarenta y un mil habitantes; Beni Said, de quinientos kilómetros y veintiseis mil habitantes; Beni-Itef, de doscientos cincuenta y cinco kilómetros y nueve mil habitantes y otras. Como se ve por lo que antecede, dá el campo una población que oscila, entre veinte y cinco y cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado. Estas kábilas que són en resumen lo que en nuestro país vienen á ser los partidos judiciales,—daría el que escribe el nombre de provincias á los bajalatos—están separadas unas de otras, alguna vez por accidentes geográficos, las más por razones técnicas, administrativas, de tradición, de raza y hasta de familias. Habitan en poblados y aduares gobernados por el Chej que es la autoridad local, sometida á la regional y ésta al Bajá en lo gubernativo y administrativo, entendiendo por esto, el sometimiento arbitrario y absoluto en todos los órdenes; y al Kadi en lo judicial de orden civil, matrimonios, propiedades, contratos, pleitos y demás detalles de él.

Los poblados tienen algunas mezquitas y Kubbas ó lugares de oración, donde yace algún morabito, al que en vida y muerte se atribuyen milagros, estando estos santuarios en las cercanías ó dentro de los cementerios. Los aduares no siempre están fijos pues la necesidad de pastos, el esquilmamiento del terreno y las luchas entre ellos, les llevan á mudar su emplazamiento, cosa fácil por ser sus viviendas, chozas fáciles de renovar con materiales que dá el suelo. En los poblados hay escuelas y no es infrecuente las haya también en los aduares, y en unos y otros la agricultura, la ganadería, la avicultura y el transporte de todo ello, son la base de la vida. Como profesiones, las de barbero, babuchero y hornero son las más

frecuentes, acaparando la enseñanza el Iman ó el Muecin.

El tendero, como tal profesión, no existe en estos núcleos de poblados y aduares, pues todos ellos concurren á los zocos, lugares estratégicos, comercialmente hablando, equidistantes de poblados y aduares y llevan allí sus productos para venderlos y con el dinero de éstas ventas comprar lo que necesitan, esto es que son tenderos y compradores, según la ocasión y necesidades.

En los zocos se ve trigo, cebada, habas, mijo, centeno, maíz, garbanzos, judías, aceite, pieles, ganados vacuno, lanar y cabrío, lanas, miel, cera, almendras y otros muchos productos del suelo, de menos importancia, pero de necesario consumo; y como productos de la industria tegidos de lana en vestidos, mantas y alfombras; bandejas de cobre, armas usadas, municiones, cerámica para cocina, amuletos, medicamentos absurdos y mil baratijas de ésta jaez. Estos zocos son varios en la semana y se designan con los nombres de los días de ella.

Deducir las fuentes de riqueza de ésta población y de ésta producción, es cuestión de estadística, para lo que ahora no hay datos en el imperio. Tengo entendido que una de las labores encomendadas á las Oficinas Indígenas que nuestro elemento militar establece en cada región que ocupa, es ésta, y ellas nos darán datos precisos para ésta deducción, que si no podemos precisar, podemos anticipar diciendo que es buena, pues país que casi sin cultivo produce todo esto, no es un país pobre, viniendo á afirmar éste concepto, los descubrimientos de los riquísimos yacimientos mineros citados, que por sí solos son un enorme capital en el que tienen porvenir amplio, no solo los poseedores de ellos sino la industria, el trabajo, las finanzas, todos aquellos ramos de la humana actividad cuyo concurso se necesita y se paga para éstas cosas. Y no sirva de argumento que llevamos diez años de espansión en Marruecos y todavía no hemos tocado éste beneficio, pues si bien es cierto que el Estado no lo ha tocado, los ciudadanos que han aumentado nuestras poblaciones de Ceuta y Melilla, y nuestras colonias de las ciudades de nuestra zona, comienzan á crear y á producir, pues hallaron trabajo y pan, no siempre exento de amarguras y contrariedades, que por ley fatal de todas las empresas de ésta

índole, escriben en ellas, páginas de barbarie y luto, que hay que conllevar declarando meritoria la empresa, sin que logren impedirla ó inutilizarla.

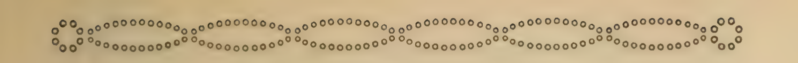
Decía que el Estado no ha tocado aún más que inconvenientes y gastos, pero seguramente no és dinero perdido el invertido en ello. Como fuentes de riqueza para el Tesoro, tenemos las aduanas de Larache, Arcila, Ceuta, Tetuán y Melilla, cuyos ingresos hoy respetables, irán en aumento, que será colosal en Melilla cuando comience la exportación minera en grande, que ya prepara la compañía explotadora, organizando el transporte máximo y la carga directa de los barcos, con cables aéreos y volquetes que vaciaran directamente en las bodegas. No se trata de riquezas á descubrir, sino de montes de mineral capaces de abastecer por treinta años la exportación máxima en los yacimientos conocidos, más lo que lo inexplorado dé de sí, que por ley lógica, puesto que de zona minera se trata debe ser mucho; lo que importe el arrendamiento de bienes del Majzen que es una gran parte del territorio, pues si se escudriña la legalidad de los títulos de la propiedad, — los moros son fabricantes de documentos de ésta clase, que no deben ser válidos,—sobre no legalizar una superchería, daremos al Tesoro un ingreso respetabílisimo; lo que produzca la contribución territorial, la industrial y la profesional en territorio tan extenso y lo que den los monopolios, que en nuestro país rigen y que deben aquí implantarse; en la seguridad de que por mucho que pague el moro, pagará mucho menos que antes pagaba, con la diferencia del cambio de régimen que ahora les permitirá vivir y antes les tenía siempre hambrientos y con la amenaza de la cárcel.

¿Qué estamos comenzando á hacer esto y que antes de que se logre el máximum pasará una década? Es cierto; pero ese tiempo no será perdido para España, será el periodo de inmigración en el país, de la españolización del mismo, nuestros compatriotas crearán en él empresas y negocios, se favorecerá y desarrollará el comercio español, esto es, que España se engrandecerá con la posesión—que no otra cosa significa el protectorado para Francia y por ley de igualdad eso significa para nosotros —y la explotación de este pedazo de tierra, africana que dará á muchos desvalidos de nuestra raza presente y porvenir

haciendo sus manos de esta tierra un baluarte para nuestra independencia en todos los órdenes. Como al fin de ese tiempo nuestros efectivos militares en Marruecos habrán disminuido, como el gasto de ocupación será mucho menor, como la producción de la zona será mayor y por lo tanto la tributación, llegará el día en que no sólo no nos cueste, sino que nos produzca éste país que tanta falta hace ánuestra vida nacional,y los que perdimos una riqueza colonial enorme, por apáticos y torpes en política y en administración, cercenándola á las actividades y vida de nuestros hijos, les legaremos un pedazo de tierra, que si por sus dimensiones en relación con lo perdido no merece mención,por la proximidad y por la necesidad que de él tenemos,es de un valor inestimable.

He hablado de dimensiones y quiero hacer una digresión sobre ellas. El límite Sur de nuestra zona era en proyectos de tratados anteriores al del doce, la orilla derecha del Sebu, «Desde el Muluya al Sebu» decían todos éstos y sin embargo en mil novecientos doce, se nos cercenaron derechos legítimos,transformando una línea fronteriza natural, geográfica, en una línea irregular caprichosa más dada á litigios que á otro cosa.

Dos factores contribuyeron á ésta disminución. Uno las codicias de los que con nosotros intervenían en Marruecos, para los que todo era poco en su deseo de absorción, aspiración lógica, natural en ellos; otro los sectores de nuestra política, que hicieron del abandono de Marruecos lema de sus banderas, sirviendo eficazmente la aspiración francesa de quedarse con lo más posible. El resultado de una y otra cosa,fué llegar á una disminución de territorio, que quitó á nuestro dominio una parte valiosa de lo que nos estaba señalado. Si los Gobiernos que se sucedieron en España desde el año dos al doce, hubieran contado con la opinión unánime del país en el asunto de que se trata, ni ellos hubieran podido ceder lo que cedieron, ni los franceses exigir lo que lograron; si nuestros políticos se hubieran dedicado á estudiar estos problemas, en vez de combatirlos por razón peculiar de cada partido y cada prohombre, hubieran hecho á la patria, el favor insigne de no mermar un territorio que tan útil y preciso és á su desenvolvimiento.



Fuentes de riquèza - - - -

IV

Se ha alegado por los enemigos de nuestra actuación en Marruecos, que la pobreza del territorio que nos corresponde, es bastante motivo para renunciar á él; se ha dicho por otros que solo se trata de favorecer á empresas explotadoras del país, argumentos que proceden del mismo bando y se dan de cachetes entre sí.

Carecen de razón los primeros, porque como se verá en el apunte que sigue, la zona es productiva,—con producción capaz á compensar el gasto, después que el territorio esté en explotación;—también carecen de ella los segundos, porque toda empresa de explotación lleva tras sí organizaciones intelectuales, técnicas y obreras, que son pan y bienestar para los que en ellas forman y dan tributos á la Hacienda Pública, que sirven de alivio á sus cargas.

Sería del género tonto, meterse á conquistar un país improductivo; sería guerrear por guerrear, cosa que dado el espíritu que informa el tiempo en que vivimos, no encaja en las colectividades nacionales, incapaces hoy de lanzarse á nuevas cruzadas, convirtiendo infieles á golpes de sable y disparos de cañón; y sería absurdo abandonar la empresa, porque tales ó cuales compañías encuentren en ella beneficios, que en último resultado son beneficios para españoles, desde magnate á proletario y para el Tesoro nacional.

En éste capítulo pretendo demostrar la sin razón de las razones aducidas, y ahí va un apunte somero de lo

que és éste territorio en la parte conocida, promesa efectiva de lo que la desconocida pueda dar.

Hasta ahora lo más importante en producción del territorio, es la minera, pues el hierro de Uixan, supone una riqueza enorme, afortunadamente vinculada en una compañía española, que dá trabajo diariamente á dos mil obreros nacionales é indígenas; que sostiene una línea férrea de comunicación entre el mar y el yacimiento, de veinte y cuatro kilómetros; quc ha adquirido las explotaciones plomíferas de otra compañía francesa, con su ferrocarril que corre desde Melilla á las minas de Afra y el Gemis, nacionalizando así toda la industria de este género,—con lo que ha hecho un señalado servicio;—que ha exportado en el año mil novecientos catorce, seis mil cien toneladas; en el quince, setenta mil doscientas noventa y cinco; en el diez y seis, ciento veinte mil setecientas cincuenta y nueve; en el diez y siete, ciento veintiun mil ciento ochenta; en el diez y ocho, dos cientas un mil setecientas diez y nueve y en el diez y nueve, ciento cincuenta y cinco mil setecientas cuarenta y cinco; que ha dado carga el último año citado, á cuarenta y dos barcos; que en la actualidad construye lo preciso á un proyecto, capaz de exportar al año un millón de toneladas; que cargarán los barcos directamente, lo que permitirá gran beneficio á nuestra navegación, pues abrevia enormemente las estadias en el puerto y por consiguiente realizarán los buques mayor número de viajes; que ha construido una población en Segangan y San Juan de las Minas, en la que edificó sesenta y cuatro casas de mampostería, con urbanización de calles, servicio de aguas, cooperativa de abastecimientos para obreros, servicio de alcantarillado con cámaras sépticas de depuración bacteriana; y escuelas y una capilla á cargo de padres franciscanos y tiene en proyecto á más de la ampliación del pueblo,—que no cesará hasta sustituir las barracas y locales poco higiénicos, que la iniciativa particular allí construyó, por otros análogos á los construidos,—construir un hospital para obreros, fomentando así en todos los órdenes, la españolización del país, base primera de nuestro dominio

Los ricos yacimientos mineros, están formados por bolsadas y por crestones enormes, que corren de nordes-

te á sudoeste, con un espesor medio de treinta y cinco metros y la explotación se hace á cielo abierto, en tajos, que si son de terreno movedizo, tienen diez metros de altura y si son de terreno firme veinte, y es tal la abundancia de mineral que puede arrancarse á cielo abierto, que pasarán varios lustros antes de llegar al subsuelo.

Desde los sitios de extracción, el mineral se lleva por un importante sistema de vertederas y planos inclinados, á una vía general de setenta y cinco centímetros de anchura y tres kilómetros de recorrido, que bordea la ladera donde está el yacimiento y lo lleva á un depósito de tres mil toneladas, situado en la cabecera de un tranvía aéreo, de dos mil cien metros de longitud, con capacidad de ciento cincuenta toneladas por hora, que es enlace de la mina y el ferrocarril. y que vierte el mismo en un gran depósito regulador, de cuarenta mil toneladas, provisto de túneles con boquillas en la clave, donde cargan directamente los vagones del ferrocarril de un metro de ancho y veinte y cuatro kilómetros de recorrido, que lleva el mineral al puerto.

Actualmente la compañía desarrolla un proyecto, que tiene por objeto un embarcadero, capaz de servir setecientas cincuenta toneladas por hora, con instalaciones que no sólo garanticen esta cantidad, sino que la dupliquen si es preciso.

Son características de éste proyecto, una cuáduple vía elevada del ferrocarril, que entra en un depósito de ochenta mil toneladas de mineral, que será llevado con cinco cintas transportadoras que circularán por cinco túneles construídos bajo el depósito, por un muelle de hormigón armado, que se prolongará hasta encontrar diez metros de profundidad, calado bastante á los buques que han de cargarse y que recibirán carga continúa de éstas cintas.

Este proyecto que cuesta cinco millones de pesetas se ha iniciado ya y es propósito de la compañía, que esté en servicio dentro de dos años, pues aunque cuenta para el embarque hoy, con un tonelaje de mil unidades y un importante remolcador de las barcazas, no es posible con estos medios atender las necesidades de embarque.

También son proyectos de la misma, construir las estaciones--bien ornamentadas--de Melilla-Puerto é Hipódro-

mo, rectificar y ampliar las líneas férreas, construir grandes lavaderos para el mineral menudo; y otros que permitirán aumentar el número de empleados en la explotación, de los que hoy hay mil ciento uno europeos y novecientos doce indígenas, cuyos sueldos importan mensualmente ciento noventa y tres mil pesetas.

Es harto elocuente lo citado, para que necesite más argumentos la conveniencia de la intervención española en estos territorios, puesto que en ellos hay trabajo y producción útil á la humanidad, que estamos obligados á desarrollar.

Esta compañía, germen de riqueza vinculada en España y al servicio de España; tuvo en sus comienzos dificultades y quebrantos, pues habiendo tomado posesión del yacimiento en Enero de mil novecientos ocho, el ingeniero de minas don Antonio González Nicolás, delegado de la mina, con todas las garantías y formalidades que la ley previene; comenzó la construcción de edificios y almacenes en el yacimiento, que tuvo que suspender en Octubre del mismo año, por sublevación de las kábilas contra el pretendiente, que quemaron y destruyeron lo edificado; á pesar de lo que, siguió construyendo hasta donde pudo la línea férrea y adquirió material móvil, que prestó muy buenos servicios á nuestro Ejército en la campaña del nueve; y cuando este Ejército victorioso, en Octubre del mismo año impuso la paz, volvió á reconstruir lo destrozado, sin conseguir hasta mil novecientos catorce la exportación de mineral, por la larga tramitación y dificultades que logró vencer en lo internacional, que tiene jurisdicción en los asuntos mineros.

Esta fé, ésta perseverancia, hacen falta en cuantos asuntos de índole material se planteen en Marruecos y si la tenemos, no será una compañía, serán muchas, las que hagan la labor de españolizar el país, en bien de todos, de intelectuales, de obreros, de adinerados y de la hacienda hispana.

Esto es riqueza real y positiva y á ella me atengo para sostener el criterio que sustento, sin que traiga á estas páginas la certidumbre que todos los que aquí viven tienen, de mayores riquezas mineras, en sectores idénticos al que se explota, á todo lo largo de la costa de Al-

hucemas y la promesa que de esto hacen, las muestras examinadas de plomo argentífero y cobre.

Pero aún con ser mucha esta riqueza es menor que la que ha de dar la agricultura, pues aquella se agota y esta no. La parte agrícola pobre, es ésta zona de Melilla, porque las lluvias no tienen la abundancia y regularidad que en la zona del Oeste; más aún así, las llanuras de Zeluán, del Zebra, del Zaio, del Garet, del Guerruau y otras, son promesa de vida agrícola. En la del Garet, como he dicho en otra parte, se ha establecido un grupo de cuarenta y cinco colonos españoles,—en su mayor parte procedentes de la Argelia, que han invertido entre adquisición de tierras y material para las labores, de tres á cuatro millones de pesetas; que sostienen de quinientos á seiscientos obreros diariamente en las faenas y que sin alumbrar aguas, ni abonar las tierras, obtienen en años malos, un cuatro por uno y en los buenos un quince ó veinte por uno. Estos y otros colonos y la Compañía Colonizadora—sociedad organizada para menesteres que su nombre indica—han construido los poblados de Nador con cuatro mil habitantes, Zeluán con mil, y Monte Arruit con igual cifra aproximada y otros grupos, de menor importancia, en Cabo de Agua, el Zaio, Zoco el Arbáa, Zoco el Had y Sammar, base de futuros pueblos.

La altura de la capa laborable varía en los distintos sitios del territorio citado, pudiendo señalarse como mínimun, cuarenta centímetros y como máximun un metro; y con respecto á la capa subálvea en el Garet, que es donde los colonos han hecho más sondages para hallar el agua, ésta se encuentra entre los dos y los doce metros, haciéndose en la actualidad estudios por éstos colonos para utilizarla en el riego.

Aún sin alumbrar estas aguas, dejando las tierras de secano, la vid se dá expléndidamente, pues en la parte de Melilla, donde la hay plantada, hay cepas que dan doce kilos de riquísima uva en racimos enormes y su mosto es de una riqueza alcohólica mínima de catorce grados. Puestas en producción de esta clase las citadas llanuras, constituirán gran riqueza para el verdeo y para las industrias de tal producción derivadas. Ya hay aquí fábricas de alcohol que viven bien y en ellas se utiliza, no sólo lo averiado de la uva, sino unos tubérculos llamados Gamones que

espontáneamente se producen en la zona y que tienen gran riqueza alcohólica.

En todo lo que antecede me estoy refiriendo á la zona menos agrícola, pues la que tal puede llamarse, es la formada por el Rif occidental y la región del Yebala; en la que los trigos, cebadas, habas, alpiste y garbanzos, se dan muy bien; en la que las vegas de Tetuán, Larache y Alcazar guardan tesoros para la industria azucarera y para la producción de algodón y otras; en la que los frutales prosperan pronto y en la que en la parte de regadío, los productos de huerta son excelentes.

La cantidad de habas, garbanzos y alpiste que se exportó siempre por Larache, fué respetable y eso sin otras labores, que las de siembra, y recolección, con instrumentos primitivos. Esparcido en los capítulos que anteceden, está indicado lo que la agricultura es y lo que promete para las industrias de ella nacidas, teniendo que añadir solo á lo dicho que la naranja en Larache y Tetuán es una realidad de vida agrícola, lo mismo que en estas zonas y la de Alcazar, la producción de ajos, cebollas, patatas y verduras de todas clases. El pimiento y el tomate se dan en tal abundancia que el establecimiento de fábricas de conservas de estos productos, sería hacedero de modo inmediato. También se produce corcho en Larache y Tetuán y dicen que en la parte montañosa del Rif, hay cantidades respetables de él. En la costa y valles de Alhucemas es abundante la producción de almendras y nueces y sus frutales tienen fama por la abundancia y bondad y en la del Peñón, hay bosques maderables, que los moros perjudican haciendo cortas antes de tiempo, lo que limita las dimensiones de los tablones, y como maderas de lujo están la sabina y el araar. También se producen plantas tintóreas en el territorio de Melilla, saliendo de este puerto con regularidad, barcos de doscientas á trescientas toneladas, cargados de troncos y ramas, que contienen gran poder colorante, y partidas de una hierba seca, con que moros é israelitas tiñen manos y pies en sus fiestas. Estas plantas tintóreas las utilizaban los moros para dar color á sus célebres alfombras de Rabat cuyo mayor valor era la permanencia de este.

Lo que hace falta es dinero para montar las industrias agrícolas. La fabricación de azucar—de cuyo artícu-

lo como término medio importaba el imperio setenta millones de pesetas anualmente—tiene ya terrenos hábiles en la zona ocupada, donde la remolacha se dá perfectamente. Los que se lanzaran á tal empresa, tendrían en su beneficio, la baratura de la mano de obra y la de que los materiales precisos á la fabricación,—el carbón que hubiera que importar—serían de menos costo que en los demás paises, por radicar las fábricas en el litoral, donde están las vegas de Larache y Tetuán y no tener que pagar transporte por tierra.

País de tales condiciones agrícolas, tiene como secuela la industria pecuaría, que si no es en la actualidad floreciente, cuando se suceden dos ó tres años de buenas lluvias, la producción es remuneradora, por la abundancia de pastos y lo prolífico de las especies. Epocas hubo en que dió lo bastante para el consumo nacional y para exportar, sin perjudicar las atenciones del país. Lo más prolífico es el ganado de cerda que se dá aquí muy bien y en la zona agrícola, éste encuentra alimentación en su período de campeo, en tubérculos que se producen expontáneamente.

Industria derivada de la pecuaria, es la de hilados y tegidos de lana, de la que hay producción bastante á ella; pues antes de la guerra, no sólo subvenía las necesidades del país, sino que se exportaba á Francia, Bélgica é Inglaterra. Esta industria de hilados y tegidos, el día que la producción del algodón se establezca, y la de curtidos de pieles que en pequeña escala ya existe, tienen aquí porvenir, por tener como primer mercado el imperio que todo lo preciso á sus necesidades lo importa, y como segundo, la exportación.

Los cueros de algunas zonas de Marruecos son famosos por lo bien preparados y como en el país hay los elementos para el curtido; esto es, obreros inteligentes y materiales curtientes, no es dificil hacer prosperar esta industria.

Otra que puede ser principalísima es la elaboración de aceite de ricino tan solicitado hoy como lubrificante, lo que le dá gran precio y cuya planta se dá aquí espontáneamente.

La pesca es riqueza, pues estas costas son abundantísimas en pescado de todas clases y la exportación que

se hace por Melilla á Málaga y Almería significa el sostenimiento de parte de aquella población en la que hay como en Ceuta, aunque en ésta en mayor escala, fábricas de salazón y conserva. El día en que se tiendan almadrabas en los sitios hábiles, esta industria constituirá una importante riqueza.

Indicaré para terminar, la cerámica, que tuvo siempre fama y tiene carácter peculiar, las canteras de yeso que ya funcionan en Tistutin, la producción de esparto, la del palmito para la industria del crin vegetal, de la que hay una fábrica en Rincón de Medíck, la abundancia de caza, la industria peletera, de la que hay talleres en Melilla como cosas del presente; y para el porvenir, que el día que se descubra un yacimiento de hulla, nuestra zona será un emporio de riqueza, por que las industrias todas, principalmente las derivadas de la minería, transformarán la vida en ella, en forma tan intensa, como en las grandes urbes europeas.

Indicado está con lo dicho, la vida que el comercio puede tener aquí; pero para que dé resultado positivo, el comercio y la industria española han de modificarse, estudiando los gustos y necesidades del país y modificando la producción en armonía con ello, pues mucho más fácil es esto para llegar al éxito, que imponer nuestro gusto á este pueblo, que vive de costumbres inveteradas y de gustos heredados.

Otro capítulo que hay que estudiar detenidamente es la forma de venta, pues Alemania logró invadir este mercado dando enormes facilidades para el crédito y no le fué mal.

Si éstos puntos no se estudian bien, si no se resuelven en forma adecuada, el comercio español encontrará dificultada su gestión, que para llegar á buen resultado, tiene que estar inspirada, en el amplio espíritu comercial del tiempo en que vivimos.

Como resúmen de este índice de riquezas diré, que son muchos millares de españoles los que aquí viven, que son muchos los intereses que han creado, que es una valía importantísima la que este país tiene en presencia y en potencia, y que todo esto es una verdad tan demostrada que no es posible haya un Gobierno capaz de volver la espalda á estas realidades de la vida española, que afortu-

nadamente tiene ya aquí establecidas sus bases con núcleos de población animosa, trabajadora, dispuesta á conquistar el país por el camino definitivo que los países se conquistan, civilizándolo, llevando á ellos iniciativas qne desenvuelven riquezas, que dan bienestar, paz y tranquilidad, elementos que nuestras colonias llevan vinculados en su acción.

Las colonias españolas en Marruecos son cerebro y brazo de acción pacificadora, de españolización del país; sin ellas nuestra acción militar quedaría en proezas, que sino fueran seguidas de la labor civil, resultarían estériles y á ellas debe el Gobierno gratitud y cuidados, no regateando nada á sus iniciativas y necesidades.

Volverles la espalda que es lo que significa nuestra abstención en Marruecos, sería hacer traición á nuestra raza, cuya representación aquí por lo numerosa, lo valiente y trabajadora,—en nuestra zona y la francesa,—está siendo factor insustituible, en inteligencia, en trabajo, en iniciativas y en virtudes cívicas colectivas.





Del valor efectivo militar de los elementos indígenas

V

En el verano de 1891, un paseo militar de nuestra caballería,—17 caballos á que ascendía la fuerza de éste arma en la guarnición,—motivó un revuelo militar, que aunque sin consecuencia tuvo eco en España y ocupó largo tiempo á la prensa y á la opinión.

En aquellos días, yo que solo conocía de Marruecos el recinto murado de la plaza y algo de su campo exterior, al que había ido con motivo de demanda de asistencia médica de algunos notables, entre ellos del Bajá del campo, Sidi Mohamed Ben El Arbi el Saidi, publiqué en «El Defensor de Granada» y en «El Imparcial», crónicas de los sucesos y en éste último además, un juicio de los moros como hombres de guerra, en el que juzgaba lo que veía, lo que conocía del Imperio marroquí, y dicho se está que como conocía solo una pequeña parte, el juicio, como comprobé después cuando conviví con moros; cinco años en Larache con incursiones y viajes por Arcila, Alcazar, Tadla y sus campiñas, y once años en Tánger, población la menos moruna del imperio, pero en la que más se aprende del país, porque allí refleja intensamente todo lo que en éste ocurre; era solo cierto en cuanto aquello que ví en aquella época, pero no en cuanto al resto del Imperio.

Hago esta salvedad porque como en el primer capítulo de la obra del R.P. Castellanos, «Historia de Marruecos», figura entre comillas aquel juicio,—aunque el autor

no indica de dónde lo tomó,—y es obra llamada á vivir largo tiempo, quiero que se dé por ampliado con lo que en éstas páginas voy á decir.

Juzgando el todo por la parte, creí los moros patriótas furibundos adornados de virtudes guerreras sin tasa; los juzgué viendo solo una cara de la medalla, la formada por los seis ú ocho mil hombres que de Frajana, Beni Sicar y Mazuza, acudieron frente á nuestras murallas en los primeros momentos de lucha, animados por la idea ingénita en la raza mora, de que el cristiano no podía hacer más guerra que la de destrucción absoluta, midiendo nuestro pensar por la reciprocidad del suyo; pero en la otra cara y los bordes, formados por el resto del imperio, donde semsares y mojalet habían hecho su labor, aprendí que no compartían estas virtudes, y la realidad y dimensiones de ellas.

Mi estancia en Marruecos ha aquilatado mi juicio sobre el verdadero valor militar del pueblo marroquí, cuyo conocimiento hace posible calcular la resistencia que éste puede ofrecer, á la penetración de otro pueblo en su territorio y como éste es el dato que más puede interesar á la opinión española, lo hago público para que se vea que la empresa marroquí, ni es obra de Titanes, ni supera nuestras fuerzas económicas y militares, ni bien llevada puede ocasionarnos otros quebrantos, que los naturales en empresas de la índole de la que estamos tratando.

En Larache comencé á rectificar mis juicios. No vivía allí ni en sus campos el hombre de armas, ni el patriota que había forjado mi imaginación; el comerciante, el bageria,—marinero al servicio del Sultán,—el artesano en ramos de construcción, los vendedores de productos agrícolas, algunos notarios, el Bajá, los Umanas, el Cadi y gente maleante y mal oliente que vivía de lo que caía á la mano, formaban el núcleo de la población musulmana, de unos cuatro mil habitantes en total. Aparte ésta población fija, había una población flotante bastante numerosa, por ser Larache el puerto del reino de Fez y hacerse por él todo el tráfico de importación y exportación. Unos doscientos cincuenta europeos,--de los que ciento sesenta eran españoles--y un millar de israelitas completaban el censo, que vivía la mayor parte, en casuchas húmedas, mezquinas, alineadas en calles estrechas, algunas cubiertas en

gran extensión lo que les daba aspecto de instestinos lóbregos, que recibían luz cuando por descuido quedaba abierta por un momento la puerta de una casa, que como es de rigor en el país, tiene como portalada un patinejo más ó menos espacioso, para recibir la luz y el aire que le niega la calle.

Como elemento militar guerrero, no ví nada; nada eran los soldados astrosos sin otro distintivo que el gorro rojo y puntiagudo, una vara larga en la mano y alguna vez, al costado, inofensívo sable mohoso y sucio, dedicados á menesteres de policía, con un real de sueldo diario y unos hábitos de vivir del merodeo, que más debieran ser perseguidos que guardianes, si se trataba de tener garantidos bienes y personas. Me enteré de que el Bajá cobraba del Erario público la soldada de trescientos hombres para guarnición de la plaza, pero ésta autoridad hacía de éste emolumento, sueldo de su persona y sosten de su familia, ya que el Sultán no tenía costumbre de señalar haberes á sus delegados gubernativos, en los que el cargo militar estaba vinculado. Por eso estaba reducido á una docena el número de soldados y llegaban á tal, porque una autoridad que se estima, ha de tener por lo menos un portero sentado en el dintel, un par de criados que atiendan á su servicio y tres ó cuatro más que vayan delante y detrás de su egregia persona cuando sale á la calle, para que el prestigio no padezca en cargo tan respetable y elevado. La ciudad, como todas las de Marruecos, estaba murada y dos puertas daban acceso á ella desde el alba á las siete de la noche, á cuya hora un soldado de sesenta á setenta años,—pues por ser cargo ¡sedentario! estaba vinculado en ancianos,--por la estupenda cantidad de tres onzas diarias, equivalentes á doce céntimos de nuestra moneda, las cerraba y se echaba á dormir sobre una esterilla de verano, que se cubría durante el invierno con una caja vacía de mercancías del tamaño mayor posible, para abrigar rostro y tronco, dejando las piernas desnudas á la intemperie, pregoneras por su desnudez y las babuchas amarillas, de que allí un verdadero hijo de Mahoma estaba vigilando...... dormido.

Aquella ausencia del poder militar en una de las ciudades más ricas de la costa, — figuraba con el segundo lugar en los ingresos de aduanas,—hizo impresión

en mi ánimo, haciéndome ver las cosas en su aspecto real, impresión que se robusteció cuando tuve ocasión de ver castillos y fortalezas.

¡Perdonadme, oh Manes de la fortificación, si llamo con estos nombres, aquellos muros carcomidos y derrumbados, que para desmentir la estática y sus leyes estaban en pie en algunos sitios, quizá por no privar de nidales á las cigüeñas que como un símbolo posaban en las almenas, haciendo sonar las valvas de su picos de tiempo en tiempo, como un aplauso á la incuria y á la ruina! Sólo el castillo de una de las comisuras de la barra estaba algo cuidado, por que allí se almacenaba el trigo del fisco, mientras sobre sus techumbres se enmohecían cañones antiguos, que daban tristeza por llevar el escudo de España, escudo que parecía una acusación á aquel Felipe, que dejó sin socorro siete meses la plaza con los tres mil españoles que la guarnecían, rendidos merced á éste desamparo al feroz Ismail. Al lado de estos cañones, en pilas estaban las balas de hierro esféricas, cuyo poder destructor se leía en la capa de orin que erizaba su superficie. En cuanto á pólvora era tal la cantidad y calidad, que cuando en Tánger se tenían noticias de que algún barco de guerra visitaría Larache, se enviaba un correo, para que la pólvora se pusiera á secar si es que la había y si no se procurara en cantidad bastante á los veinte y un disparos reglamentarios. De parque de armas, de víveres, de municiones, ni un vestigio. Este era el poder militar que el Estado marroquí tenía organizado en Larache y en los demás sitios, pues en Alcázar Kebir, en Arcila y en Tánger, comprobé de visu igual ó peor situación y por noticias fidedignas supe, que en las demás poblaciones la situación era análoga, sin exceptuar Fez, donde el Sultán tenía unos centenares de hombres afectos á su servicio, pero sin otro fin ni pretensiones. La ocupación facil de todas las plazas del imperio por franceses y españoles, queda explicada con estos datos.

Deducir de aquí que el valor militar del Mogreb es completamente negativo no sería justo, pues no está éste solamente vinculado en fortificaciones y organizaciones de batallones y regimientos; parte de él y grandemente eficaz, reside en el pueblo en sus costumbres y en sus tradiciones.

Y las costumbres del pueblo marroquí son guerreras por las luchas de familia y fracciones, que les educan en ello; y les educa aún más,—si no en el noble arte de la guerra, en las astucias y ardides de la pelea—, el constante bandidaje practicado en todo el país y en todo tiempo durante el mando de los sultanes, porque él, si tenía éxito, significaba el respeto y la sumisión de parte del territorio, que compraba con esto una tranquilidad á que tenía derecho y que no sabían darle los Cherifes, quienes arremetían con el bandido no con fuerzas propias, si no concitando contra él el territorio de los alrededores, al que prometían el saco y el botín de los bienes del bandolero y aduares de su obediencia, y á quien cortaban la cabeza si podían y si no transigían con él elevándolo á Bajá de la región y exigiéndole un tributo, modo de tener participación en los robos y de legalizarlos. Y para atestiguar con hechos ahí tenéis al Raisuli secuestrador de profesión, que dejó en libertad al norteamericano Perdicaris, mediante el rescate de treinta mil duros y el nombramiento de Bajá del Fash hasta las murallas de Tánger, y que cuando sus fechorías en el bajalato obligaron al Cuerpo diplomático á pedir al Sultán su destitución, pues tales eran los apetitos y codicias del ilustre bandido, que no sólo se comía, —como se dice en el país—, los moros, sino que amenazaba comerse á los europeos, secuestró á Maclean é hizo pagar al Imperio noventa mil libras esterlinas como precio de liberación y darle el nombramiento de Bajá de Arcila, en cuya situación le halló nuestra actuación. Fundadamente creo, que comprendió le era imposible oponerse á ella y nos brindó su cooperación, creido que á nuestro amparo podría seguir realizando sus fechorías con más comodidad que con los sultanes; traicionándonos más tarde, cuando se convenció de que el entonces coronel Fernández Silvestre, no estaba allí para amparar latrocinios y autorizar atropellos, aunque el autor de ellos, á sus títulos de secuestrador y bandido uniera los de Cherif con uso de Baraka, ésto es, derecho de bendición.

En éstas luchas funestas están educados los moros campesinos y ésta educación hace de ellos hueste guerrera integrada por cada hombre que posea un fusil, una porra, una hoz, ó brazos con que lanzar piedras, pero hueste de valor relativo y de poder militar limitado.

Justifican éste aserto la falta de disciplina, la de unidad de mando, la de plan de campaña, la de abastecimiento de víveres, la de municionamiento y la de cohesión.

Es cierto, que el abastecimiento cuando se trata de pueblos sobrios, se subsana por algún tiempo mientras el suelo en que se radica y los alredores ofrezcan algo al diario sustento; pero los medios de una región se agotan y si no hay suministros, la realidad del hambre, primero disminuye y después disuelve la hueste, y es cierto que el contrabando practicado, no por móviles patrióticos en los moros sino por codicia que con hacerlo persigue el lucro, puede alimentar por algún tiempo las necesidades del fuego; pero convengamos también en que ni la recarga de cartuchos, hecha con pólvora de fabricación moruna y balas refundidas sin cubierta metálica, ni el contrabando á pesar de contar como contaron los moros hasta la declaración de la guerra europea con la fabricación alemana, — cansado estoy de ver los envases de los cargadores de marca alemana vacíos, traidos á Tánger desde nuestras posiciones de Cuesta Colorada y Seguelda—, pueden servir de base á una guerra seria y formal, lo más que pueden alimentar es una guerra de escaramuzas y episodios donde la traición y el acecho astuto, jueguen el principal papel.

Se deduce de todo esto, que esa guerra és la única posible que pueden hacernos los moros y dificultada, si la inteligencia franco española evita el contrabando y si educados ya en éstas guerras, sabemos evitar sorpresas y astucias. Los generales Aizpuru, Silvestre y Barrera lo saben y lo han demostrado, como lo demostró durante su mando en Melilla el ilustre general Jordana.

Fué posible en Melilla en mil novecientos nueve y en mil novecientos once, después de un periodo grande de abastecimiento de municiones á que la paz, la necesidad comercial, el afán de lucro y nuestra incuria, dieron posibilidad; que los moros estuviesen bien pertrechados y presentaran núcleos de gran intensidad de fuego en los combates realizados. Estas circunstancias, la de ser el moro del Rif el más guerrero de todo el imperio, la de ser el país muy poblado y la de estar en lucha no solo con el Rif sino con toda la nación, pues Muley Hafid estimulaba en secreto á todas las regiones, para que envia-

ran contingentes, á los que daba municiones que su hermano el destronado Abdelazis—, por contentar á las embajadas de las potencias—, compró á éstas y las tenía almacenadas en Larache y Tánger; hicieron posible la existencia de una hueste enemiga numerosa y bien provista de cartuchos para sus fusiles de repetición; dando así á aquella guerra que tan valerosamente dirigió el general Marina el aspecto de guerra grande, en la que á pesar de todas estas condiciones favorables — y no he mencionado el conocimiento exacto de un terreno fragoso y accidentado que laboraba en su favor—triunfamos contra el núcleo más fuerte, mejor municionado y más guerrero de Marruecos, teniendo solo que lamentar accidentes dolorosos que no fueron triunfos de los moros y si alguien dice que lo fueron, diré que se los dió hechos, lo que de moros llevamos nosotros en la sangre, como legado de sus siglos de dominación; la confianza en el valor ciego, el arrojo temerario que nos presentó como posibles de lograr en un momento empresas que después, la habilidad, el cálculo y la constancia, nos dieron hechas con pequeños quebrantos. Tales circunstancias no es facil vuelvan á reunirse en la vida de Marruecos dado su actual estado y organización.

Comprueba que el valor militar de los núcleos está supeditado al abastecimiento de víveres y municiones, el hecho de la última acción formal librada por nosotros en el Zoco el Jemis de Beni-bu-Ifrur, en la que murió el general Diez Vicario.

No fué aquella acción decisiva, no sufrieron las huestes moras quebrantos de esos que dan por desechos, los núcleos enemigos; fué una acción en que moros y españoles quedaron establecidos en sus posiciones y sin embargo la guerra se esfuma, se debilita, se transforma. Nosotros dejamos de avanzar en son de guerra porque nuestro objetivo militar, el Gurugú, la Península de Tres Forcas, Beni-bu-Ifrur y Zeluán estaba cumplido y ellos dejaron de luchar, no sólo porque el rigor de nuestras armas les había vencido y desalojado;--no estaban desarmados, ni deshechas sus posiciones á pesar del cruento castigo, como lo prueba lo coherente que eran los núcleos que en el combate citado pelearon--si no por que las municiones no se reponían, los abastecimientos se acababan,

el suelo estaba esquilmado por el consumo que en él hacían los contingentes de lejanas tribus y había que buscar la salvación en preparar la próxima cosecha, so pena de sucumbir por hambre en fecha no lejana toda la región y en la necesidad de proveer á los fusiles de disparos. Era sobre todo urgente, despedir á los forasteros, que si ineficaces para evitar las derrotas, reducían la cantidad de víveres de un modo doloroso para los que habían de seguir en el país.

Ahí hay un caso típico de la influencia que en la acción militar moruna tienen los aprovisionamientos, factores que estarán siempre sujetos á idénticas condiciones que entonces rigieron y que dicen de modo claro, cuanto podemos esperar de su falta de medios en estos órdenes. Otro dato preciso para poder inferir cual es el verdadero poder militar marroquí, es conocer el número de hombres que nuestra zona puede poner en línea de combate. Apelaré á lo que de público se dice y después de haber depurado en la piedra de toque de los hechos, los números que se dan por ciertos, ahí van cifras y que el lector saque consecuencias de ellas.

En nuestras guerras de Melilla del nueve y del once, han tomado parte de veinticinco á treinta mil combatientes y exceptuando del quince al veinte por ciento de moros de otras tribus, que Muley Hafid empujó á la campaña, resulta que en nuestra zona del Rif,—pues á Melilla acudió sobre todo el año nueve todo rifeño capaz de manejar armas, aunque no las tuviera y tuviese que esperar la muerte de un poseedor de ellas para heredarla,—hay aproximadamente veinticinco mil hombres, más bien más que menos, pues no estuvieron al mismo tiempo todos los que lucharon. Muchas tribus enviaron contigentes, que relevaban con otros de igual número semanal ó quincenalmente.

No considero exagerada la cifra de doce mil Maüsers y ocho mil Remigton la de las armas que poseen, aunque nada cierto puede afirmarse, y en cuanto á caballería podemos representarla militarmente por cero, pues no constituyen fuerza militar los caballejos del país, que lo mismo hacen á carga que á silla y los ginetes de farándula cuyo arte guerrero estriba en correr la pólvora muy encajados en las altas borrenes de sus monturas. El dispa-

ro hecho á la carrera en estas condiciones tiene valor negativo. Prueba estas afirmaciones, el hecho de que en ninguna de las operaciones de guerra de estas campañas, la caballería mora haya hecho nada útil ni de provecho. Este arma entre marroquíes ha quedado reducida á una ficción histórica, á una leyenda.

Los combates desarrollados en los días de Laucien, cuando la ocupación de Tetuán,—según datos recogidos de moros de Tánger,—estuvieron sostenidos por doce ó quince mil combatientes, cantidad máxima que tuvimos enfrente en esta campaña y no todos ellos tomaron parte en la lucha, pues esperaban nuevos avances de nuestras tropas para batirlas.

Contribuyeron á esta facción, el Rif occidental, Wad-Ras, Anhgera y la parte norte del Yebel. Hasta fueron contingentes del Fash, entre los que hubo muchas bajas definitivas, pues gran número de los heridos que volvieron á sus aduares, murieron por la gravedad de sus lesiones y por las complicaciones que les acarreó la falta de dirección médica en las curas.

Se dice que entre Anhgera, Was-Ras y el Fash, hay más de diez mil fusibles de repetición, principalmente Maüser y quizá no sea exagerada la cifra, pero nada en concreto puede asegurarse.

En la zona Arcila-Alcazar-Larache, los núcleos más grandes que han presentado combate han sido los que realizaron el ataque de Alcazar, que lograron estar muy cerca del pueblo, hasta que duramente castigados y dejando centenares de muertos y heridos, huyeron con los sacos vacíos que á prevención llevaban para trasladar el botín á sus aduares. Fueron ocho mil combatientes auxiliados por otro núcleo de tres mil, preparado á entrar en acción por la parte opuesta á donde los primeros intentaban dar el asalto, cuando éste se hubiese realizado. Dicen los moros, que el armamento en la mitad de ellos era Maüser y Remigton y en la otra mitad espingardas y cachiporras.

Tenemos pues que referencias y hechos nos dicen, que en la zona española hay cuarenta y ocho ó cincuenta mil combatientes moros, con veinte mil fusiles de repetición y diez mil Remigton, sin caballería ni artillería, sin

unidad de mando y sin fuentes de abastecimiento de víveres y municiones.

Como no hay exactitud matemática en estos datos, un diez por ciento en más ó en menos puede ser el error aproximado de la cifra.

Claro está que si este número de hombres y fusiles estuviera movido por un ideal único y grande, el de la Patria, concepto que los moros solo tienen en lo que se refiere á patria chica, esto es al aduar, porque por límites, ganados, afán de caciquismo y odios de familia, siempre andan en lucha vecinos con vecinos, ó en cuentas pendientes con el jefe de la región, que solo se acuerda de ellos para estrujarlos como limón maduro del que apenas deja la cáscara; si estuviera inspirado por el ideal religioso de hacer mahometanos hombres de otras razas y religiones,—cosa que no entra en su caletre porque se da cuenta de su inferioridad—contando con lo escabroso del terreno en que se desenvuelven, con el conocimiento que de él tienen y con su sobriedad, este Ejército sería una grave dificultad para el dominio de nuestra zona.

Pero nada de esto ocurre; en primer lugar ya no hay sultanes que les empujen á la guerra inflamándoles en ardor religioso ó patriótico, despertando su codicia, con soñados espléndidos botines, que ha sido el recurso supremo que para mover las huestes guerreras les ha valido siempre; en segundo, como he dicho, el concepto patrio no lo conciben como colectividad y sí solo para su región, á veces solo para su aduar, lo que les hace no sumarse al vecino para la defensa, mientras no vean en peligro lo propio; en tercero, nuestras victorias en Melilla, Tetuán y zona de Larache, que han permitido establecer en trozos del territorio amparados por nuestras armas, poblados moros en los que el moro vive y progresa en tranquila paz, sin temor á perder vida y hacienda porque á un Bajá le venga en ganas; ha enseñado á todo el país, que es preferible nuestro mando justiciero y suave, al arbitrario del régimen padecido siempre; y en cuarto, y esta es la razón más eficaz, porque el peso de nuestras armas les ha enseñado la imposibilidad de vencer, les ha dicho que no hay botín posible cuando con nosotros pelean, que el saqueo y la ganancia después del

combate, están borrados para siempre de los anales de su historia.

Añadir sobre esto escrito hace un año, nuestras últimas victorias que han desalojado al Raisuli de sus posiciones en la campiña de Tetuán, haciendo nuestro el Fondak, preciado paso en el que el Cherif tenía empeñado su prestigio militar ante los feroces cabileños y que asegura nuestra dominación, desde una línea militar contínua de más de ciento cuarenta kilómetros de desarrollo, que constituye hoy el frente militar de nuestra zona occidental que comienza en la desembocadura del Martín y va á terminar en el Atlántico, pasando junto á las posiciones francesas en las campiñas de Wazzan, línea que da á nuestro dominio las cábilas del Hauz, Anghera, Was-Ras y otras de esta parte, más las de Ahel Cherif, Beni Arós y Beni Gorfet en la zona de Larache, riquísimo territorio que agrícolamente es un emporio de vegetación y militarmente por las afluentes del Lucus, el Mejazen y el Guadasla, nos da comunicación al Kolo, campo llano que nos ha colocado á veinte kilómetros de Xexauen, que apesar de la custodia que le prestan las tres elevadas cimas que lo rodean, en dos saltos caerá en nuestro poder, argumento quizás decisivo para que todos los bereberes vengan á rendir pleitesía á nuestras armas, y los avances victoriosos de Melilla realizados con brillante éxito desde hace ocho meses, que nos han dado la llanura de Metalza, la del Gueruau, zoco el Tlatza, el paso desde Batel á este punto, y el avance por el Este que nos ha hecho entrar en contacto con los franceses en Mexra el Kelila, punto determinado en los tratados internacionales y en las montañas Este que limitan la llanada de Afsó, en cuyas cimas ya están establecidos los franceses; considerad que todas estas extensiones de terreno se han hecho con pocas pérdidas de sangre, excepto en Ras-Medua, donde la hueste más nutrida del Raisuli, supo embestir nuestras posiciones y crearnos situación difícil, por lo grande de las pérdidas que nos causó la acometida, castigada y desecha con casi el total aniquilamiento de los feroces asaltantes, y decid si cada día no se vé más fácil el llegar á la completa posesión del territorio con menos quebrantos que hasta ahora, pues entre los combates de la Segunda Caseta, del Zoco el Had, de Sidi Musa, del Zoco el Jemis de Beni-bu-Ifrur, de

Laucién y de Alcazar-Kebir,—al poco tiempo de nuestra ocupación,—y los de ahora va enorme diferencia; la que hay de batallas fieras campales á combates de poca duración y á operaciones de policía, siempre de feliz resultado, aunque no sin riesgo.

No excluye esto la posibilidad, de que en momento y sitio determinado se forme harca numerosa capaz de poner en riesgo una columna, si es pequeña y marcha en condiciones de ser sorprendida ó flanqueada, teniendo la retirada segura los agresores, pues en Beni Said y M'Talza capitaneados por el Burrahai, hay elementos que pueden presentar tres mil combatientes armados de fusiles y en la zona de Larache-Tetuán, pueden servir de núcleo á una formación igual lo que queda de hueste al Raisuli, hombre veleidoso unas veces amigo y otras enemigo de España.

Asegurar de modo absoluto lo que en este orden de cosas puede guardarnos el porvenir no es posible, porque estos núcleos rebeldes tienen por campo de recluta y retirada el centro de nuestra zona que aún no hemos explorado, por lo que quizá un desembarco en la costa pudiera darnos sorpresas, pero asegurar que hemos de triunfar por organización, artillería y aprovisionamientos, eso sí puede asegurarse. Serán más ó menos las bajas que suframos, pero el triunfo está vinculado en nosotros.

Las enseñanzas que los altos hechos citados han enseñado á los moros, no en libros de las escuelas sino en las horas de su vivir, han reducido su potencialidad militar en mucho, han hecho que los hombres de orden, los de verdadero valor en la producción y en la riqueza, estén con nosotros de modo definitivo, ó esperen para estarlo á que nuestras tropas amparen sus haciendas y las vidas de los suyos; que los elementos no guerreros estén incondicionalmente á nuestro lado, pues ven en nuestra dominación una garantía contra las rapiñas de merodeadores, bandidos y gente maleante, que han heredado ¡quienes mejor! las artes del gobierno de sus sultanes; han hecho en fin, que haya un partido español en el que algunos se sostienen del presupuesto que tiene asignado el Jalifa, en el que otros viven trabajando en obras públicas, muchos encuentran ocupación á sus actividades militares en nuestras mías y tabores y bastantes medran desarrollan-

do negocios de comercio. Y no se arguya por esto que son españoles por que les conviene, pues sería ridículo creer iban á serlo por nuestra bella cara, es más, mejor es lo sean por intereses que de nosotros necesiten para subsistir, porque los intereses atan más la amistad que los afectos; sería tonto pretender otro resultado de primera intención.

¿Cuantos son estos? Muchos, estoy por decir que el noventa por ciento de la población de las ciudades y de los aduares y campos amparados por nuestras tropas, el ochenta por ciento de las amenazadas por ellas y bastantes del resto, que se han percatado de que tarde ó temprano hemos de llegar á todas partes y hemos de imponer la justicia y la ley. Lo que hay es, que como no llegamos, que como estas tribus están sometidas á la ley del más fuerte y el más fuerte hasta hoy en ellas es el merodeador que les exije refuerzos, tributos, municiones y víveres con la amenaza del exterminio, este partido de los menos tiene como auxiliares forzosos á muchos de los más, que esperan y confían en que pronto les libraremos de un yugo más pesado que el de los antiguos sultanes.

Fijaos por un momento en las cabezas visibles de la resistencia; lo fueron los Vinagres, los Bulaich, apodados valientes, Mohamed El Seguer y otros de esta jaez; el Raisuli en occidente y el Burrahai en oriente lo son hoy; todos ellos antes de ser caudillos fueron huéspedes de las cárceles del imperio, en todos, la página más brillante de su vida la constituye el secuestro y el latrocinio y sus hazañas escritas con sangre de sus hermanos por fútiles pretextos, en los que el asesinato y la traición jugaron el primer papel, son hechos que escriben la apología de los defensores del suelo marroquí. Por excepción se puede citar alguno que no sea de esta estofa.

No puedo llamarlos defensores de su patria porque esto es ennoblecerlos y porque no es cierto. Se defiende una patria que existe, pero la anarquía, el latrocinio, la arbitrariedad y el derecho del fuerte, ni son patria, ni deben defenderse.

Por estos jefes calculad sus secuaces y el número de ellos. Cuantos viven fuera de la ley forman en la harca y persisten en ella por que no tienen bienes, profesión, oficio ni otro modo de vida y porque esta situación les per-

mite medrar, á espensas de los que todavía no están amparados por nuestras armas, á los que arrancan sueldos, alimentos y cuanto necesitan, porque si no lo dan son raciados; estas harcas que son dos ó tres en la actualidad, tienen como número de combatientes de doscientos á trescientos hombres cada una, suceptibles de elevarse á dos ó tres mil si son atacadas, porque entonces obligan á darles contingentes á los que no están amparados por nuestras armas y que no tienen más camino que acudir ó perecer con sus familias, que á tanto llega la presión de los foragidos contra la gente de bien.

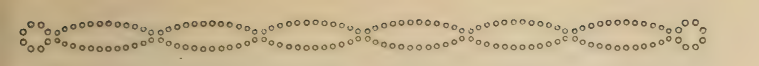
Comprueban este hecho las demandas que nuestros generales reciben de aduares y poblados, que les piden guarnición para sustraerse á estas presiones. Este número de foragidos se impone por el terror, pero sólo es ayudado con contingentes cuando se le ataca; para las empresas agresivas, lo más que se les da es hospitalidad silenciosa porque reducidas éstas á traiciones sobre destacamentos, aguadas, pequeños convoyes y secuestros, ramo á que más se dedican por que les produjo rescates, y para todo esto la mucha gente estorba, tienen con el número de que constan, fuerza bastante para causarnos pequeños quebrantos y mantener la alarma en la opinión.

No deducir de esto que para tal enemigo sobra gente de la que tenemos en Marruecos. Ya he dicho que las ciudades y los campos amparados, precisamente por estarlo, son los que forman el partido español; pero si se retiran las fuerzas, sus habitantes no podrán sustraerse á la presión de los harqueños y volveremos, si encuentran municiones, á fases de guerra grande.

No grandes batallas que no pueden darse, pues no hay enemigo á quien batir en grandes masas, sino fuerzas de ocupación, habilidad para atraer todo lo que sea susceptible de ello, astucia para comprar en su justo valor al que se venda y decomiso para exterminar lo antes posible todo lo que por malo sea irreductible, es bajo el aspecto militar lo que hay que pedir á nuestra gestión de este nombre en Marruecos; de la que hay que esperar, que así como hizo con victorias desaparecer la guerra grande,--que se hubiera ensanchado de no haberlas tenido,—con procedimientos diplomáticos y energía, acabara

con las escaramuzas y traiciones y después con los actos de bandidaje aislado, que siempre quedan en éstas guerras y en estos paises.





Nuestra acción militar en Marruecos - - - - - - - - - -

VI

No soy crítico de guerra y no hay que esperar en éste capítulo un trabajo de éste matiz, sino exposición de conjunto en la que pueda apreciarse el resultado de nuestra gestión militar en los diez años últimos, gestión gloriosa, esmaltada de hechos heróicos, de sacrificios sin tasa, de cruentos combates, de luchas individuales, épicas; que merecen, no un capítulo, sino un canto que no sé hacer, digno de las vidas sacrificadas, de los dolores sufridos, de las empresas realizadas, de las energías gastadas en ensanchar el suelo patrio, para dar seguro de vida á nuestros intereses y á nuestra independencia, é ideales á nuestra raza, no por combatidos menos preciados, pues de ellos se nutren los pueblos y ellos encierran el germen de grandezas precisas á toda nación que quiere subsistir.

Diré lo que en mil novecientos siete era la vida hispana en Africa, para que sirva de término de comparación con lo que és ahora.

Encerrados en el cinturón de nuestras murallas de Ceuta y Melilla, gastando en éstas plazas y en las del Peñón, Alhucemas y Chafarinas veinte millones de pesetas al año completamente improductivas y sin esperanzas de otra cosa, teníamos negado el paso á la rica zona de Beni-bu-Ifrur, de cuyos yacimientos mineros no sólo se tenía conocimiento, sino que habían sido ó iban á ser adquiridos por españoles, lo mismo que á Anyhera y el Hauz y si al-

guien, por iniciativa particular iba á estos puntos, era, previa negociación laboriosa en Melilla con el Rogui y con los Bulaich y los Vinagre en Ceuta, situación poco airosa para nosotros que hacía creer á los cabileños era nuestra prudencia,—inspirada en evitar conflictos,—impotencia para abrirnos paso por derecho propio.

En Tetuán, Larache y Tánger se habían organizado los Tabores de Policía que funcionaban mediatizados por los cónsules de todas las potencias allí representadas, pues en vigor las capitulaciones, á cada paso se tropezaba con un interés alemán, francés ó inglés, que creaba una dificultad á su gestión; esto és, teníamos la responsabilidad del orden y la obligación de amparar los intereses de todos, y se nos negaban los medios para ello en forma tal, que el regateo era una imposibilidad para nuestra gestión.

En uno y otro sitio, en la frontera de nuestras plazas y en nuestra actuación de autoridades en la zona asignada á nuestra influencia, la situación no podía ser más desairada, constituyendo una necesidad urgente, transformar esto en algo efectivo, que demandaban nuestras necesidades y nuestra dignidad nacional.

Este era el cuadro hasta que surgieron los sucesos que determinaron la guerra del nueve en Melilla y la ocupación de Larache, Alcázar, Arcila y Tetuán el año doce y de entonces acá hemos laborado con tal tesón, que las resistencias máximas de la empresa están vencidas, que las fronteras de nuestras plazas están á cien kilómetros de Melilla y á cincuenta de Ceuta, que aquel disputado límite de Sidi Guariach en el noventa y tres, que todo lo medía por metros y fracción de metro y que cerraba nuestro territorio á tres kilómetros de la ciudad, tiene hoy como jalones, Zaio, Muluya, Meshera-Kelila, Afsó, Zoco T'latza, Dar Azugar y Sammar, en Melilla; que dan á nuestro territorio aproximadamente dos mil quinientos kilómetros cuadrados, en los que están enclavados Nador, Segangan, San Juan de las Minas, Zoco el Hach, Monte Arruit y Cabo de Agua, núcleos de nueva población española, que han de hacer al país el servicio enorme de españolizarlo, y aquellos otros de Benzu, el Renegado y el Tarajal, en Ceuta, que están ahora en Alcázar Seguer, Reghaya, Fondack y Río Martín, teniendo

enclavados en su suelo el poblado de éste nombre, Tetuán y Rincón de Medick, donde otros núcleos de nuestros compatriotas tienen la iniciativa que los citados en la zona de Melilla.

Estos territorios unidos al que en Larache-Alcazar-Arcila-Tetuán, ha sometido la acción de nuestras armas, suma más de seis mil kilómetros cuadrados de superficie. Comparad la situación de antes en la que vivíamos mediatizados no solo por las potencias europeas sino hasta por los cabileños, que cometían secuestros, asesinatos y robos á diario, perturbando nuestra vida y poniéndonos en evidencia con los extranjeros,—fusiles y dinero hubo que dar á los Vinagres para rescatar dos secuestrados ingleses,—con la de ahora que tenemos supeditada quizá la cuarta parte de la zona, que explotamos en ella las ricas minas de Beni-bu-Ifrur, que tenemos cruzado el país con más de un millar de kilómetros de carreteras y pistas carrozables y con cuatro líneas férreas, la de Melilla-Batel, la de Ceuta-Tetuán, la de Tetuán-Río Martín y la parte hecha de Larache á Alcázar, bases de vida intensa comercial, industrial y agrícola, que ya nace en estos territorios; y que estamos en las nuevas fronteras con aire de lo que somos, de señores, única actitud que encaja en los pueblos que aspiran á colonizar.

¡Bien por los que tal hicieron! ¡Bien por el bravo Ejército español! ¡Bien por los que antes de cejar supieron morir como héroes, ganando puesto en el libro sagrado de la historia! ¡Benditos seais, hijos de España, que dísteis la vida en el altar de la Patria en aras de su engrandecimiento!

Sí, bendito sea el montón sagrado que forman los soldados hispanos muertos en el campo de combate, lejos de sus hogares de los que los arrancó la obligación de empuñar las armas cuando la Patria lo demandó; bendita la pléyade hija del pueblo, lo más sano y fuerte de nuestra raza, la que no tenía pecado, puesto que en los albores del existir, ni había tenido tiempo de actuar en nuestra vida pública, ni responsabilidad en nuestras desdichas y desastres. De ella surge el cabo Noval, que prisionero de los moros y llevado por ellos á la alambrada del blokhaus que hoy lleva su nombre, en noche tenebrosa, en vez de pedir paso para dar entrada en la posi-

ción á los que le conducían, dice: « tirad que vienen conmigo muchos enemigos»; y cae muerto por el plomo de sus hermanos de raza y profesión, escribiendo con ésta hazaña su nombre en las altas cimas de la inmortalidad; surge el sargento Prudencio Martínez Alonso, que en Sidi Hamed, el 18 de Julio de 1909 á las órdenes del hoy general López Ochoa,—entonces capitán,—situado en posición avanzada, para hacer la retirada carga á la bayoneta por espontáneo impulso,--ápesar de las advertencias de su jefe,--con cuatro hombres que quedaban de su sección, y dá su vida á la Patria en holocausto de la de sus compañeros, que merced á esto logran retirarse y su cuerpo á la chusma mora que pasea en triunfo su uniforme y sus restos por zocos y poblados; surge el cabo de la Guardia Civil Trinitario Navarro Castelló, que defendiendo su puesto en Avanzamiento contra muchos moros, salva al cuerpo de su compañero ya muerto y pone en dispersión á los enemigos, retirándose gravemente herido, heridas que le han costado la vida, sín lograr la cruz laureada para que fué propuesto por éste hecho; surge el soldado del Regimiento de San Fernando José Cañizares, que en las proximidades de un morabo de Beni-Bugafar, sino dá su vida, dá su brazo derecho á la muerte, pues cada vez que un proyectil de mano caía en la posición, se lanzaba á él sin vacilar á cogerlo, arrojándolo fuera en evitación de que al estallar siembre la muerte en la corta guarnición, operación repetida hasta que uno le voló el miembro derecho, y así otros y otros cuyas proezas en la tremenda lucha sostenida, han santificado ésta tierra.

¡Ah páginas de gloria! ennobleceros con los egregios nombres citados y los de aquellos valientes que se llamaron Velarde, Oficial casi niño, recien salido de la Academia de Infantería, que sabe morir en la Segunda Caseta, para que no cayese en manos del enemigo; con el del que en el mismo sitio, muere por igual motivo en otra ocasión Capitán de Artillería Roger; con los del Cororonel Alvarez Cabrera y Capitán Fernández Cuevas muertos en Sidi Musa al explorar la posición y que habiendo podido retirarse, como no saben cejar, saben morir; con los del Teniente Coronel Ceballos y Comandante de Artillería Royo de Diego, muertos en la alambrada de Sidi Hamet, que la chusma mora tenía asida, la terrible noche

del 18 de Julio; con el del Capitán de Artillería Guiloche,—cuyo nombre la musa popular ha escrito en el romancero en sentidas estrofas que llegan al corazón,—que cae al pie de sus cañones en lucha épica, en la que sin el empuje y la valentía de los nuestros, los moros hubiesen poseido las piezas que él defendió con su cuerpo; con los del General Pinto, Tenientes Coroneles Palacios y Ortega, Capitanes Moreno de Guerra, Melgar, Capape y La Portilla, á quienes después de muertos se les concedió la laureada y Oficiales, Pérez Seoane, cuya memoria alcanzó la misma alta distinción, Paso, Medieta, Veigveder, Torres, Sojo, Guevara y Labrador, á los que hay que añadir los de muchos de sus soldados, que al intentar resolver el problema de la guerra en una sola acción, que inspiró la audacia y valentía de la Brigada del mando del General citado,—venida de Madrid ganosa de triunfos y laureles, por propio impulso, se lanzan á escalar el Gurugú —dando su vida en el Barranco del Lobo, prefiriendo la muerte de los héroes al abandono de la empresa; con el de Ibáñez Marín muerto en las laderas de Mezquita; con el del General Diez Vicario, que en la dirección de la Academia de Infantería lució sus actitudes educativas y vastos conocimientos, desde la que vino á la guerra, para dar su vida á la Patria en el Zoco el Jemis de Beni bu Ifrur, como la dió el Capitán Ripoll, que á pesar de su mano de aluminio, sustituta de la perdida en otra acción en Cuba, enamorado del Ejército y de la guerra, sigue en sus filas activas y llena, aún muerto, de estupor á los moros, que intentan arrastrar su cadáver y quedan con la mano en su poder, lo que les hace aprender que los inválidos de España también pelean; con el del General Ordoñez, artillero, cuya ciencia dió á su arma cañones y leyes de balística y su valentía la vida á la Patria en Ishafen; con el del Comandante Cuevas, cuyos méritos le habían llevado en cinco años de oficial á comandante y al frente de un Tabor de Regulares de Tetuán, muere en lucha feroz delante del poblado de Beni Salem, como muere el Teniente Aizpurua, que en la Academia era el amigo preferido del Rey; con el del Capitán de Artillería Afranca, caido para siempre entre Arcila y Larache, en noche tremenda, donde la posición en que estaba queda en nuestras manos por un derroche de heroismo y vidas de los nuestros; con

los del Coronel de Ingenieros Padrós, Comandantes Vega y Muñoz Gui, Capitán Peña y Teniente Pacheco, después de muerto laureado, que al asaltar la posición del Biutz mueren dando alto ejemplo de valor, sacrificio heróico que á los nuestros dá la victoria; con el del Capitán Hidalgo de Cisneros, aquel simpatiquísimo y caballeroso oficial á quien todos sus íntimos llamaban Cosqui, que embistió con su Mía á la horda mora que intentaba asaltar la posición de Beni Salah establecida al otro lado del Martín, muriendo como héroe en la embestida en unión de los Tenientes Iribarren y Pérez; con los de Pérez Solís, Delgado, Domingo y Tapia, víctimas con los once españoles que formaban en la Policía de Malalien, de infame traición ya vengada por la justicia hecha en veinte y uno de sus asesinos en el mismo lugar donde cayeron los nuestros; con los del Capitán y Teniente de Artillería Seijas y Reche, recientemente caidos en Tetuán; con los de la misma Arma, Tenientes Astorga y Pezuela, en la zona de Larache y Capitán Estrada en el Dráa número uno; con los de aquellos valientes que se llamaron Coronel García Gómez, Tenientes Coroneles Bernárdez y Santaló, Capitanes Betancourt, Menéndez, Olivar y Ruiz Balando, Tenientes Requejo, Echenique, Serna, Arabayo, Pérez, Blázquez, Vilalta, Sanz y Marcones, caidos con cuatrocientos de sus soldados en las terribles acciones de Ifratuata, Tauriat-Zag, Tauriat-Budi, Izarrora la más sangrienta de todas, Yazanen y Sammar de aquella campaña de los últimos días del once, que se inició con un cartel de desafío enviado por el Mizian, jefe de la harca mora, al entonces General de la Plaza García Aldave, en el que le anunciaba su propósito de cenar en Melilla la Nochebuena y terminó rápidamente haciéndole repasar el Kert, en cuya desembocadura, el General Aguilera, en combinación con la escuadra ametralló sin piedad las harcas, y la caballería de Taxdir, que mandaba el hoy General Núñez de Prado, ascendido al generalato por éste hecho de armas, les acuchilló furiosamente, convirtiendo el festín proyectado, en hartazgo de cuervos cuyos corvos picos hicieron manjar, de los centenares de cuerpos abandonados por el enemigo en la desastrosa huida; con los del Teniente Coronel Murcia y Teniente Villalba, hijo del general de éste nombre, muertos en Cudia Federico;

con los de los jefes y oficiales laureados Moreira, Sanjurjo, Accane, Aguilera, Jiménez Ortoneda, Torres, Martínez, del Real, Ayuso, Castro Otaño, Carpintier, Herce, Cortés, Carrasco, Arredondo y Valdés, que después de heridos siguieron horas y horas luchando al frente de sus tropas hasta derrotar al enemigo en distintos sitios y ocasiones, como lo hicieron los Tenientes de la policía Morales Durillo, Rodríguez Galvez y cabo indígena Buzian Alal Gatif, que lucharon hasta morir llevando á los suyos al cumplimiento del objetivo señalado á su valentía en territorio de Melilla; con los de los Capellanes Castrenses Moreno y Martínez Verdazco, que al ver muertos ó heridos á los Jefes y Oficiales de sus batallones obtuvieron análoga recompensa, tomando el mando de ellos y organizando la retirada en el tenebroso Barranco del Lobo; con los de los soldados Fuentes, Collado y Mur, cuyos meritorios actos de valor traen á su pecho la preciada condecoración y con los de otros y otros que en los campos de Alcázar, Arcila, Larache, Ceuta y Tetuán hicieron con el sacrificio de su vida, sagrado éste suelo que ya solo puede pertenecer á España.

¡Loor á estos héroes hijos preclaros de la Patria que supieron dar su vida, en holocausto de su engradecimiento! ¡Loor á su memoria destinada á vivir siempre para enseñanza de futuras generaciones!

No aspiraba España á éstas luchas, aspiraba á penetrar en el pais por caminos de persuación, pero la agresión del nueve de Julio de mil novecientos nueve á los obreros del ferrocarril minero, inició la campaña del Rif en la que hubo días en que nuestras tropas tuvieron enfrente cuarenta mil hombres, de ellos veinticinco mil bien armados, pues no era solo el Rif, país de los guerreros más duros y valientes del Imperio, eran además de ellos, expediciones venidas de todo el Mogreb, empujadas por Muley Hafid de un lado y de otro por la codicia; tan seguro creían el botín.

Esta campaña llamada del nueve, aunque alcanzó con ráfagas de grande ó pequeña intensidad al año diez, la llevó y dirigió el general Marina, en aquella sazón Comandante general de la plaza, hombre de valor frío y sereno que demostró la valentía y tesón del que no sabe más camino que el de la victoria, lo que le hizo compar-

tir con sus soldados el peligro en muchos de los combates del nueve, diez y ocho, veinte, veintitres y veintisiete de Julio, en los que se ocupan Sidi Musa y Sidi Hamet el Hasch, se resisten furiosos ataques, que aún asombra no nos arrolláran, pues fieras no hombres eran los que embestían nuestras posiciones, cuyas alambradas cerraron con sus pechos nuestros soldados, hazaña épica digna de nuestra raza; en los que la columna Alvarez Cabrera en Sidi Musa y la columna Aizpuru en Mezquita, son dique que cierra el paso á las feroces hordas, en los que toman parte los Cazadores de Figueras, recien llegados, y su jefe Teniente Coronel Ibáñez Marín, el escritor famoso y el militar valiente, enseña á los suyos el camino de la gloria dando su vida á la patria; en los que en el Barranco del Lobo en el atardecer del veintisiete de Julio se dá una página de gloria orlada de luto á la madre patria, que aún reza y llora por los héroes allí caidos, y en los que el rifeño aprende á dominar sus ímpetus, pues á partir de aquí su acción es más de resistencia que de agresión, por que á costa de millares de bajas han aprendido que las filas de nuestro Ejército son de acero, no se pueden romper.

Siguieron á ésto los convoyes de Agosto, que cada uno significaba una acción de guerra y así hasta el veinte de Septiembre, día en el que en Taxdir sufren los moros tremenda derrota, seguida de las de Hidum y Zoco el Hach, de la toma del Gurugú y del combate del Zoco el Jemis en los días veintinueve y treinta del mismo mes y de la de Atlaten en Octubre; lo que nos dió Beni Sicar, Frajana, Nador, Zeluán y Beni bu Ifrur, por precio de sangre y valentía del que nosotros y ellos hicimos derroche.

Todas las armas tomaron parte en estos hechos, y todos, de jefe á soldado, supieron estar en su sitio, los infantes en las alambradas, en las descubiertas y en las embestidas; los artilleros al pie de sus piezas varias veces defendidas en terrible cuerpo á cuerpo; los de Estado Mayor cruzando las zonas de mayor peligro para dar órdenes y estudiando posiciones enemigas; los de Intendencia al pie de los bagajes que llevan víveres y agua á los que la necesitan; los ingenieros en el camino que trazan y en la posición que levantan; los de Sanidad en el cuidado y asistencia de tanto y tanto herido; y la Caballería flanqueando é interviniendo brava y fieramente en los mo-

mentos angustiosos de la lucha; en el instante preciso en que su acción decide y da la victoria, como lo hizo en Taxdir un escuadrón de Alfonso XII, mandado por el entonces teniente coronel, hoy general Calvacanti, que destrozó al enemigo y ganó para él y para su regimiento la Cruz laureada de San Fernando, como lo hizo en Tenain en mil novecientos diez otro escuadrón del regimiento de Alcántara, mandado por el teniente coronel Berenguer, hoy general y Alto Comisario de España en Marruecos, como lo hicieron en Budor, en mil novecientos once, dos escuadrones del mismo regimiento mandados por el comandante los Santos y lo hizo el veintisiete del mismo mes otro escuadrón del mismo Cuerpo mandado por el comandante Pérez Herrera, hoy coronel de Caballería.

Todas las Armas, Unidades y Cuerpos cumplieron como buenos, prontos á sacrificarse ó á vencer y sólo amargó el exito, aquella aventura del Barranco del Lobo, grave quebranto engendrado por la loca valentía de una hueste ganosa de gloria, parte de la que dejó en sus breñales la vida y que además del natural dolor por la pérdida, dió aliento á los enemigos de la empresa en España, haciendo una atmosfera que por fortuna ya no existe contra nuestra labor en Marruecos.

Siguió un compás de espera, una época de semiguerra en que nosotros organizamos lo conquistado y el Mizian, caudillo de los rifeños, organizó un plan que tenía por objeto hacernos volver dentro de las murallas de Melilla, arrancándonos Avanzamiento y el rico coto minero de Beni bu Ifrur, plan inaugurado por una agresión á la Comisión del Plano de Marruecos seguida de la irrupción en nuestro campo, de numerosas fieras, y bien armadas huestes, que entablaron los combates de Ifratuata el siete de Octubre de mil novecientos once, siguiendo una época de durísima guerra que termina en Sammar en Diciembre del mismo año, siendo de sus combates el más duro el de Izarrora, pues en su territorio en revuelto montón encontró nuestra caballería al día siguiente de la acción, más de doscientos cadáveres de españoles y moros, que lucharon cuerpo á cuerpo y dieron en la lucha el último aliento de la vida.

Estas enormes resistencias nuestras, éste derroche de tenacidad y valentía dió como resultado que las jau-

rias que el Mizian mandaba, huestes indomables de valientes guerreros, renunciaran á su proyecto repasando el Kert, después de dejar los cadáveres de muchos de sus caudillos y soldados en aquella tierra que pensaban reconquistar y en la que bastantes también de los nuestros hallaron lecho donde dormir el eterno sueño de la muerte.

Dirigió estas operaciones el general García Aldave, —cuyo jefe de Estado Mayor, Larrea, no necesita elogio— en forma tan bien estudiada y satisfactoria, que el Gobierno español dió á él y su descendencia el título de Marqués de Guelaya.

Siguió otro paréntesis de paz hasta que en mil novecientos trece, el general Jordana, á la sazón Comandante General de Melilla, con un bien meditado plan de operaciones ocupó en dicho año Ifri Aisa y Taserut, en mil novecientos catorce Buhasaren, Carus, Seb, Kudialut y Tistutin y en mil novecientos quince realizó el paso del Kert y ocupó Hassi Berkan y el morabito de Sidi Azujar.

Nombrado el ilustre General Jordana, Alto Comisario de España en Marruecos, puesto á que lo llevaron sus merecimientos y su gran conocimiento del problema marroquí,—cuya gestión merece capítulo aparte por ser el único Alto Comisario ya desaparecido de la vida,—fué nombrado para Comandante General de Melilla el General Aizpuru, que desde el año mil novecientos seis, se había distinguido en muchas ocasiones, entre ellas en los empleos de Coronel, mandando la columna que en Mezquita, el veintitrés de Julio supo contener la valiente embestida de los rifeños, y el Regimiento de Africa en la campaña de mil novecientos once, que tanto se batió en toda ella; y como general, la Brigada que formó éste Regimiento con el de Melilla después de dicha época. Su afortunada gestión nos dió en mil novecientos quince Tausalet Ben Muza y Tauriat-Haman; en mil novecientos diez y seis Tisingar, Kandussi, Ainmesauda, Sbu-Sba, Laarar, Busada y la meseta del Draá en Beni-Said, operación habilísima que puso en respeto á ésta poderosa kábila, una de las más valientes del territorio, por quedar parte de ella bajo el fuego de nuestros cañones; y en mil novecientos diez y nueve, Dar Azugar, Sidi Yagud, Arneb, Afsó, Ermila, Dar Ermerini, Amezdan,

Carrusiac, Mesaita, Zoco el Tlatza y Tenain el Hamara, ensanchando grandemente nuestros territorios con éstas bien realizadas operaciones y atento siempre á conse guir el triunfo con el menor costo de sangre posible. Alabar ésta gestión y al hombre que la realizó, es ocioso; queda alabada en la historia militar de éste bravo soldado á quien respetó la muerte á pesar de que á su alrededor en todas estas campañas hizo suyos á muchos.

En todas éstas operaciones secundó sus órdenes con gran acierto el General Monteverde.

En todo éste periodo de tiempo, nuestras armas no estuvieron ociosas en la región occidental, pues habiendo ocupado Larache, Alcázar y Arcila, porque así lo demandaba la amenaza que los Yebalas ponían ante las dos últimas poblaciones citadas, surgió un periodo de actividad guerrera cuando ya se había hecho cargo del mando de esta zona el General Fernández Silvestre, cuyo nombre va forzosamente unido á toda nuestra acción militar en Africa, pues fué desde su llegada—tras su brillante labor político militar en Casablanca—hasta mil novecientos catorce, organizador, alma y brazo de cuanto en ésta época se ejecutó brillante y gloriosamente en ella, demostrando en ésta labor sus excepcionales condiciones de hábil y valeroso soldado. Los moros comenzaron la campaña atacando el cinco de Junio de mil novecientos trece la posición de Cudia Traicatz, base de comunicación de nuestras plazas y aunque por sorpresa se apoderaron de ella, fué recuperada momentos después en brillante carga á la bayoneta que nos costó cinco muertos, por la Compañía de Ingenieros que la guarnecía, siguiendo á esto el veinticuatro del mismo mes, el ataque al Zoco el Tenain, posición de iguales condiciones que la anterior y que no consiguieron ocupar los moros por el derroche de valentía y resistencia de su guarnición, muriendo en aquella terrible noche el Teniente Bermudez de Castro, hijo del Coronel del Regimiento á que pertenecía, y el Capitán de Artillería Afranca; y el mismo día el ataque á Alcazar-Kebir repetido el siete de Julio furiosamente por miles de moros que fueron duramente castigados y tuvieron que retirarse. Sin el brío que el citado general supo infundir á sus tropas, sin las buenas disposiciones estratégicas en que supo situarlas, sin la valentía y sere-

nidad de todos de general á soldado, ésta embestida hubiera ocasionado un quebranto serio á España, pues los nuestros eran poco más de tres mil hombres y los atacantes de doce á quince mil, el sesenta ó setenta por ciento de ellos armados con fusiles de repetición y bien municionadados. Afortunadamente, castigándolos durísimamente, Fernández Silvestre, evitó que los rebeldes realizasen su propósito, que de haberlo logrado hubiera sido golpe definitivo para nuestra causa en aquella región. Este ataque nos costó veintitrés muertos y setenta heridos, pero á ellos les hicimos varios centenares de los primeros. Siguieron las operaciones y ocupamos en duros combates Tarkun, Cuesta Colorada, Xharquia, Zeguelda, Meyabah, Bu-Fas, Kudia-Abid, Gaitón, Sidi-Aomar y Huaty.

En mil novecientos catorce, el once de Enero, se hizo un reconocimiento sobre Kesiba, bastante sangriento, ocupando después de éste el diez y seis de Febrero Muley Buselhan, el once de Mayo Kesiba, el dos de Agosto Hayera, Tuila y Sidi Buhaya, el trece de Septiembre Xar-el-Haman, en cuya ocupación, el Teniente Coronel Sánchez López y el Camandante don José Bomes, ganaron la Cruz Laureada de San Fernando; el quince de Octubre Yenaf-el-Biban,—en la que por primera vez intervinieron las Fuerzas Regulares, cuya organización en el país se debe al actual Alto Comisario de España en Marruecos,—y Kudia-Riba, que para lograrla tuvimos que dar tres ataques violentísimos, en los que murieron el Capitán Astorga y el Teniente Ramírez, más doce de tropa, acabando el año con la ocupación de Rgaya, última operación que durante esta época de su mando dirigió el General Fernández Silvestre.

Al mismo tiempo que ocurría esto en ésta parte, partiendo de Ceuta, habíamos ocupado sin resistencia la Condesa, Cudia Federico, Monte Negrón, Rincón de Medick, Malalíen, Tetuán y Río Martín, y sangrientamente y con durísimos combates en el que el enemigo presentó más de veinte mil guerreros,—la mayor parte con fusiles Maüsers,—Laucien, donde nuestras tropas mandadas por Primo de Rivera, hicieron derroche de valor y heroismo bastantes á contener el feroz empuje de aquellos guerreros, que en éste sitio, en las puertas

de Tetuán, en Malalíen y en torno de toda la plaza, nos acometían como fieras sin conseguir otra cosa que herir, matar y hacerse matar, hasta que convencidos de que era imposible romper la resistencia de nuestros bravos soldados, huyeron á sus cábilas dejando el campo por nuestro, sin que faltaran las agresiones y emboscadas que constituyen su arma predilecta de guerra, en los días y meses que siguieron á éstas ocupaciones, seguidas de la de Izarduy y Kitzan al otro lado del Martín y establecimiento de fortines, que protegían el valle de éste nombre y amparaban la plaza, de paqueos nocturnos. Fueron dias de gloria que dieron ocasión á muchos de realizar hazañas y proezas, que con guerra menos intensa también hallaron campo en el tiempo que siguió, entre las que descuella la del Teniente Médico, Bertoloty, que dió ejemplo de valor sereno y caridad sin tasa, amparando y curando heridos delante de la línea de combate,—había ésta retrocedido ante el empuje enemigo y él se negó á hacerlo por no abandonarlos,—teniendo la suerte de que rehechas nuestras tropas, restablecieran la situación primera, sin lo que heridos y él hubieran sido víctimas de la ferocidad enemiga, hecho valiente, que dió ocasión á que luzca hoy en su pecho la Cruz Laureada de San Fernando, acaecido el veintinueve de Junio de mil novecientos diez y seis, en que la columna salida de Tetuán cooperaba á la toma del Biutz, llevada á cabo por las tropas de Ceuta, que mandadas por el General Milans del Bosch, consiguen la bien situada posición á costa de sesenta y siete muertos y cuatrocientos y pico heridos, casi la totalidad de ellos indígenas, mandados por los heróicos jefes y oficiales nuestros, que tuvieron cinco muertos y veintidos heridos, acabando así la fama de inconquistable que tenía ésta posición. En esta acción, entre los muertos enemigos figuran cinco jefes, entre ellos el famoso Vinagre que tanto nos daba que hacer.

Sustituido Fernández Silvestre en la zona de Larache-Alcázar, por otro ilustre soldado el general Villalba, que ya había actuado en Melilla, ocupó Maida y Megaret el quince de Abril y el diez y seis el Azit del Hach el Arbi y Amesan con la cooperación del Raisuli, que estuvo feroz castigando duramente á sus compatriotas en los que hizo tremenda matanza, no por servir nuestros intere-

ses si no los suyos, pues ésta zona le había negado los tributos; en primero de Mayo, Sella, Zinat y Sidi-Talha, donde se batieron sangrientamente los Regulares y en veintinueve de Junio, Anhel, Tafugar y Melusa.

Sigue un período de calma y bajo el mando del general Barrera, que había sustituido al anterior, en veintidos de Febrero del año diez y nueve ocupa Besbas, el veintiseis Taatof el veintiocho Gueisa, el veintiuno de Abril Kudia Majcen, Kudia y Fahamin, el veintidos de Mayo Saasa y Gorra, el veintiocho Borja, el uno de Julio Handak el Haman y Mesora, donde mueren el capitán de Caballería Llaneza y el teniente Fautil, el seis de Junio Ralta, todas ellas con combates durísimos que costaron la vida al capitán Izurretegui y al teniente Ramos y en la que próximamente tuvimos en cada operación de treinta á cuarenta bajas. El castigo durísimo infligido en estas acciones á los moros, facilitó mucho los avances que habíamos de dar para ocupar el Fondack y sin tiros ocupamos Dar el Atar Hixy, Buasaf, Maraya y Aulef el Kebir. Este periodo de enorme actividad y de continuados éxitos dice de Barrera más de lo que la pluma pudiera decir.

Combinadas con estas operaciones, las tropas de Ceuta-Tetuán, bajo el mando de Arráiz de Conderena, primero, bajo el de Fernández Silvestre y Casa Davalillos, después, las de Ceuta; y las de Tetuán bajo el de Vallejo, ocuparon Zoco el Tlatla de Tzagarautz, Alcázar Seguer, Bu el Hanma y Mingrel-la, en Anghera y las de Helila, Cabo Mazoni, Yebel Kaitán, Moquedarín y Beni Salah, en Beni Hosmar, realizadas las de éste sitio por el teniente coronel de Infantería Castro Girona, con la brillante mehalla de su mando, fuerzas regulares y harcas amigas, en los meses de Marzo y Abril; y en el de Mayo el Zoco el Jemis, Beni Madan, Zinat, Sidi Ali Fahal, Zadina, Bu-Rezal, Amaran y Cudia el Hara, que aseguran Anghera y amenazan las cábilas limítrofes, y en Junio Cudia Rauda, donde las tres posiciones establecidas son atacadas fieramente siete veces por el Raisuli, en lucha que dura dos días y tres noches, en la que consigue apoderarse de una posición y en la que mueren defendiéndola el capitán Zabaleta jefe de ella y los oficiales de la misma, hazaña digna de españoles, que permitió la retirada de parte de la guarnición, que logró alcanzar la posición

inmediata. Dejaron ante ésta y las otras posiciones los atacantes, doscientos cincuenta muertos y otros tantos heridos, pequeña parte de las bajas que les hicimos, que determinaron su huída y en la que nosotros tuvimos que lamentar la muerte de los valientes jefes y oficiales, Vera, Laguardia, Carreño, Vega, Montenegro, Díaz de Lastra y Alvarez Aranda, caidos gloriosamente en el combate con treinta soldados españoles y un centenar de regulares; en la que el teniente médico, Ruy Gómez, escribe una página épica, realiza la proeza de ir de posición en posición durante éste tiempo curando heridos, en cuya aventura van muriendo practicantes y camilleros y cuando queda solo con su asistente, que también muere al intentar trasladar el último oficial herido que quedaba en las breñas, lo carga sobre su espalda y así lo lleva á lugar seguro. Esto fué sangriento prólogo de las operaciones definitivas al objeto propuesto, operaciones que fueron para las tropas de Larache; la colocación de dos blokaus el veintisiete de Septiembre saliendo de Reghaya, lo que consiguieron con treinta y dos bajas de regulares; el veintiocho las de Tetuán que ocuparon el Cónico y Harcha, mientras la de Barrera ocupaban Aintin y Kudia Dahari y las de Ceuta, Ain Hammú y Garbaguas y el treinta las de Tetuán, Hedia y Sidi Danetz, las de Larache, Azib el Abbas y las de Ceuta Bus Curdus, llegando después al Fondack el domingo siguiente, ocupando éste sitio con ligera lucha, y sin ella, las extensas kábilas de Beni Mezaguar y Yebel Hebib.

De la dirección de toda ésta actuación militar que no pretendo juzgar, pero de la que he de decir, que en todo momento derrochó valentía, abnegación, tenacidad, sangre y heroismo, ajustándose á la realidad que las circunstancias impusieron, ley suprema que preside el desarrollo de los sucesos en lo individual y en lo colectivo, más aún que en nada en cosas de guerra, fueron gestores los Altos Comisarios de España en Marruecos, General Alfau, hombre conocedor del problema, que había estudiado en Argelia los elementos que lo integran, logrando quizá por ello llevar nuestras tropas á Tetuán, sin que en el accidentado y abrupto camino de tan facil defensa se le hiciera resistencia y dirigiendo luego los combates que en torno de esta plaza se desarrollaron; el General Marina, cuya gestión en Melilla, queda mencionada y en Te-

tuán fué la precisa para servir los intereses de la patria de acuerdo con el Gobierno, que en aquel tiempo y en el que le siguió hasta hace meses, estaba más por la diplomacia que por la guerra; el General Jordana que aún aherrojado por ésta política, preparó la etapa actual de nuestra acción militar; y el General Berenguer, hombre joven, de grandes arrestos, capacidad y autoridad según demuestran, la organización de las tropas regulares indígenas que tan meritorios servicios nos prestan, sus servicios en estas campañas antes de llegar al generalato y los recientemente prestados en la ocupación del Fondack, llave de la región occidental de éste territorio, en la que supo dirigir sin mermar el campo de acción y los fueros de los generales que concurrieron á ella, y que á éstas circunstancias añade, la de haber desempeñado la cartera de Guerra, esto és, la de conocer el mecanismo central, regulador del modo de conseguir lo que nos hace falta en ésta campaña.

En estas condiciones vive nuestra actuación militar en el momento que escribo y és de esperar, que de ellas se derive pronto y sin grandes quebrantos la solución del problema, que no és otra que la ocupación, pacificación y españolización del territorio, con el menor quebranto y el menor tiempo posible.





Lo que consiguió, lo que conseguirá y lo que necesita nuestra actuación militar - - - - - - - -

VII

Consecuencia de los triunfos guerreros conseguidos, ha surgido en estos territorios una situación para España tan beneficiosa y de importancia tan grande, que legitima nuestra actuación militar, pues és premio bastante al esfuerzo realizado.

Merced á ello, ya no són los territorios del Rif y el Yebala, recinto inabordable gobernado por bandidos fuertes, que tenían por ley la arbitrariedad, la codicia y las malas pasiones; ley caida sobre el pueblo, como castigo inacabable, pues sólo cambiaba ésta de tiempo en tiempo de mano, para seguir pesando como una maldición sobre una raza de valientes, que sufrían en espera de que llegara á cada uno de ellos el turno de ser el bandido jefe, aspiración suprema, ideal soñado y escondido en todos los pechos; ya no és el país de gente enemiga, en el que el Muecin y el Iman convocan el pueblo y sin una excepción, todo él en masa, acude contra nosotros para morir ó triunfar en la pelea, porque así viene educado de generación en generación, por bardos y juglares que de zoco en zoco, cantan leyendas de la invasión de España, hechos heróicos de Muza, Almanzor y los Abderramanes, noticias únicas que tienen del pasado, del que el pa-

triotismo borró los desastres; noticias que parecen confirmar, nuestro encerramiento sistemático dentro de murallas, nuestras transigencias y pactos con los limítrofes y nuestros rescates en metálico de los secuestrados; ya no és éste suelo lugar maldito donde el español ó vive en servidumbre ó reniega de su patria y religión ó es asesinado; ya no són nuestros enemigos en él, el hombre, el agua, el aire, la campiña, la religión, las costumbres, la tradición, todo aquello que sostiene y alienta un pueblo en su vivir, como lo fué durante siglos de constante enemiga, de hosca convivencia en los límites, donde la falsía, la traición y el odio, informaban su vida de relación para con nosotros; ya los golpes de nuestro Ejército han franqueado el paso á todo y á todos y el Rif y el Yebala están abiertos á la vida mundial.

En los dos mil quinientos kilómetros cuadrados de oriente y en los cuatro mil de occidente que nuestras armas dominan, la vida se desenvuelve en moros y españoles dentro de las normas del derecho y la justicia; trabaja el labrador sus tierras, acude el comerciante á los zocos donde un oficial español, con Policía indígena garantiza el orden y dirime las controversias, aplicando los preceptos del Korán á éstas justicias; cruza el traginante el territorio con sus carros y bestias cargados de mercancías, la locomotora lleva productos y hombres de un lado á otro en parte de lo ocupado y los autos en toda ella, modo de caminar que utilizan los indígenas siempre que sus medios lo permiten; de Argelia se trasladan aquí hombres que allí colonizaron, á quienes trae la sombra de su bandera, de la que esperan amparo y prosperidad; los antiguos seculares enemigos de España también lo hallan en la enseña bendita y unos establecidos con sus jaimas y ganados en nuestros campos, otros jornaleros en las labores de él, ó en la apertura de vías y caminos que transforman el territorio haciéndolo productivo, como transformó nuestro esfuerzo sus manos, de agente de destrucción en instrumentos de trabajo y paz; otros que aún sienten en sus pechos el ardor bélico en que se educó su raza, forman en nuestros tabores y mías de Tropas regulares, donde prestan útiles servicios, sin regatear su vida en el combate, ni hurtar su cuerpo en el peligro y otros, los que viven en la zona ocupada, funcionan como tropas de

Policía, garantizan el orden, con organización que hace compatibles sus quehaceres con este servicio, dirigidos por nuestros bravos oficiales, ó agrupados en harkas amigas que acuden con los policías al combate cuando las autoridad les llama.

Todo esto es fruto de nuestra acción militar que ha permitido vengan á servir en nuestras filas, ocho mil regulares aproximadamente y á ayudar en la paz y en la guerra más de treinta mil hombres, á que no es exagerado creer ascienden los que en las mías de Policía y harkas están á nuestro lado, restados al campo enemigo, por que sus intereses y vidas amparados por nuestra fuerza y regidos por sus leyes, rectamente aplicadas con criterio de justicia que imponen las autoridades españolas,—asesores de los chej, son los capitanes y oficiales de las mías de Policía en cada aduar,—que no dejan camino á que rijan los antiguos criterios, que informaban la vida de la región.

Este solo hecho, aparte de los otros consignados que han restado una cantidad respetable de hombres y energías al campo rebelde, integrado hoy por los bandidos que vivieron en lo ya sometido y no caben dentro de esta norma de vida, por los que siguen igual rumbo en la zona no sometida y por los que cercanos á nuestras fronteras, presionados por éste núcleo de gente maleante se ven obligados á asistirlo, en espera del avance de nuestras líneas para quedar dentro de nuestra protección, hace la apología de nuestra actuación.

Dió posibilidad á éste cambio, el hecho de haber sabido nosotros en todas las ocasiones resistir ó vencer, sin medir ni regatear la cantidad de esfuerzo, sangre y vidas para el éxito, en el que aprendieron que sus leyendas y tradiciones si fueron verdad en el pasado, ya no tienen ambiente en que reproducirse, ni modo ni medios de volver á llenar una sola línea de la historia y muertas sus esperanzas de dominio, fueles preciso resignarse dando lugar á la labor de justicia que siguió al vencimiento, en la que experimentaron que se vive mejor regidos por señores que no los explotan, ni los acucian, ni los mortifican, ni los asesinan, que por bandidos que los roban, los apalean, los encarcelan y los descuartizan sin más razón que la codicia, la lujuria ó la venganza, móviles únicos que impulsaron á sus gobernantes.

Esto és, expuesto á grandes rasgos, lo que consiguió nuestro Ejército—no entro en detalles de ello que darían la sensación completa de su labor—que puede resumirse diciendo: que ensanchó España y redimió una raza trayéndola á la vida civilizada, arrancándola á la esclavitud y á la barbarie.

Estos éxitos y nuestras necesidades nos obligan de consuno á seguir la empresa, á darle fin y remate pronto, tanto en beneficio de la patria, que no puede consentir se haga crónica la campaña, perjudicando nuestro nombre en el exterior, y nuestra vida interior, puesto que ella sirvió y puede volver á servir de señuelo en nuestra política y perjudicando nuestra hacienda, necesitada de disminuír gastos y de reforzar ingresos, lo que hemos de conseguir cuando ésta termine, fruto primero á recoger, de los muchos que ha de dar la empresa.

La guerra solo es buena por que trae la paz, y será tanto mejor cuanto más pronto consiga su objeto. A mayor abundamiento, el Estado actual de la política europea nos facilita el afianzar aquí nuestra condición de dueños de modo definitivo; y la situación de la zona que nos queda por someter nos invita á hacerlo pronto, antes que se amengüe el recuerdo de nuestros éxitos, antes que azares de la política mundial, pudieran traer organizadores más ó menos encubiertos á la horda, aumentando su potencialidad militar, antes que cualquiera de esos sucesos que el porvenir guarda en la sombra de lo desconocido, pueda salirnos al paso, dificultándonos ó haciendo más costosa la acción.

Sería un pecado de los Gobiernos—pecado capital—que por lenidad ó por estar más dóciles al clamoreo de la política que á los altos intereses de la patria, se difiriese el terminar cuanto antes nuestro problema aquí, poniendo en riesgo el éxito de un asunto en que llevamos invertidos más de un millar de vidas, torrentes de sangre, energías de hombres, lágrimas de madres y esposas y más de mil quinientos millones de pesetas.

Hay que acabar cuanto antes, llevando á todo el territorio lo implantado en la parte sometida, régimen excelente que añade al dictado de valientes que ganaron nuestros militares, el de hábiles diplomáticos y buenos

gobernantes; hay que conseguir esto, y el Ejércíto lo conseguirá, si le dan medios para ello.

Toda empresa tiene un margen de necesidades que hay que cubrir para conseguirla y ésta en que estamos metidos también lo tiene y hay que acudir á ellas, con prontitud y con gusto, puesto que está demostrado con hechos anteriores, que el ejecutor de ella es solvente, esto és, que tiene completa garantía para realizarla.

Comenzaré recordando aquella frase de Napoleón de que los factores del triunfo eran tres: dinero, dinero y dinero, para deciros á vosotros los afortunados, los que en el confort de vuestros abrigados hogares pareceis ignorar, que allá en una cumbre bajo lonas casi siempre, á veces á la interperie, de día y de noche, soldaditos españoles acampados tras una línea de alambres, viven vigilando un campo, donde el enemigo acecha el momento preciso, en que pueda hacernos una baja; que allá en un barranco otro grupo de los nuestros, abreva su ganado y llena sus cubas, operación donde muchas veces la traición espera y dá la muerte antes de que aquellas lleguen al sediento; que acá en un camino una tropa de Intendencia; sudorosa por la fatiga de la marcha, polvorienta y azotada por el duro poniente, del diestro las acémilas que llevan vituallas á las posiciones, prontas las armas, marcha avizorando el terreno que puede amparar la emboscada; que en ese otro la ambulancia de Sanidad, con sus conductores arma al brazo, conduce al hospital al herido por el plomo ó por la dolencia, cuyo germen hace la causa enemiga con bastante frecuencia; que en aquella ladera tropa de Ingenieros labra un camino que facilita los servicios de campaña; que por trochas y collados un convoy de víveres, municiones y material de todas clases, resbala siempre adelante, ahuyentando, cuando es preciso con sus disparos de artillería, los enemigos que acechan en cumbres y barrancos el paso de los nuestros, en la espezanza de hacerles unas bajas ó apoderarse de unas acémilas si resulta buen suceso para ellos la aventura; para deciros que éste cuadro, copia de la vida,—dentro de la zona de diez kilómetros á retaguardia de nuestra primera línea,—se transforma delante de ésta en los avances, en varias líneas escalonadas de hombres que avanzan luchando, repeliendo ataques ó produciéndolos, según demanda el su-

ceso, hasta llegar al fin propuesto, sin que nadie vacile, ni retroceda, ni se pare á pensar que la muerte está cerca, que la vida está en riesgo de desaparecer, que algunos van quedando atrás caidos para siempre.

Vosotros los que teneis fortuna, los poderosos de la vida que sosteneis Gobiernos, los grandes en el Parlamento que decidis con vuestra actitud de la suerte de leyes, de impuestos y del porvenir de la patria, los que por vuestros méritos y talentos influis en la vida de las colectividades y sembrais en ellas ideas que definen actitudes concretas en muchos asuntos; ayudad á esta empresa, mirad estos hijos de España, este Ejército de soldados forzosos los más, voluntarios los menos; estos núcleos de jefes y oficiales que hacen ofrenda de su vida á la patria y jugándola aquí dán ejemplo de valor y disciplina; estos generales á quien respetó la muerte en muchos combates guardándolos á la vida para darles sitio de alta responsabilidad en estas lides de guerra; y decid á todos en los que influis y cuya voluntad es vuestra, que la empresa de Marruecos hay que terminarla cuanto antes, incorporando su territorio á España en la parte que nos corresponde; decidles que así como el pueblo dá sus hijos y el militar profesional su vida, ellos están obligados á dar su dinero al Tesoro en la parte que corresponda, su apoyo al Gobierno los políticos, su iniciativa y energías todos los que con esto puedan aportar algo, su inteligencia los que no tengan otra cosa y su entusiasmo y aplauso todos; por que de este conjunto ha de salir lo que el Ejército necesita para un triunfo rápido y definitivo, inmenso beneficio que á todos deberá la patria.

Misión es del ilustre General Berenguer y de los no menos ilustres Comandantes Generales de territorio, determinar los elementos precisos para llegar á esto, pues informados y documentados como nadie para ello, habrán ya dado opinión al Gobierno, en la que se encierre la solución y sería pueril querer tenerla aquellos que no estamos en la trama íntima del suceso, lo que no excluye sea útil la colaboración de los que á asuntos de Marruecos dedican su pluma, puesto que ella puede hacer opinión y ambiente precisos á la gestión.

Solo á este objeto va lo que sigue, inspirado en dos cosas; una el juicio antiguo en mi, de que al soldado que

pone en riesgo y da en él á veces la vida,—valor el más grande de los que se cotizan en la tierra,—tiene la patria la obligación de darle el máximum de sus cuidados y otra lo que he visto y conozco de la vida en nuestra zona de acción.

En ella aprendí que la vida en los campamentos, aparte del riesgo, es penosa, y lo sería menos si en vez de tiendas de lona cuyo uso solo debe reservarse para las posiciones de tránsito, fuera el alojamiento en pabellones desmontables de hierro ó madera; aprendí que prolongando las líneas férreas que deben ir siempre a retaguardia de nuestro Ejército—el terreno permite hacer esto rápidamente, sino con líneas definitivas con líneas del servicio militar—nuestras tropas estarían más pronto y mejor avitualladas y servidas; aprendí que multiplicando los tanques automóviles, la necesidad de previsión de agua, no limitaría nuestra acción, como la ampliaría seguramente multiplicar el número de camiones, dotando del número preciso de ellos á las columnas, para la movilidad del soldado que no gastaría sus fuerzas en marchas y que llevaría en otros destinados al efecto, su impedimenta, su aprovisionamiento, sus municiones, su servicio sanitario, sus hornos y cocinas de campaña, cuanto pueda necesitar una columna, lo que multiplica enormemente la acción y aumenta la potencialidad de ella, pues el personal dedicado á convoyes se suprime, porque estos almacenes ambulantes recogen de la línea férrea que va detrás, lo que necesitan antes de agotar su repuesto, y se suprime la fatiga del soldado encargado de estos menesteres y se ahorra dinero por que hay menos bajas de ganado y menos hospitalidades de hombres, á quienes la fatiga hizo posible la adquisición de dolencias, y se suprimen posiciones por que esta movilidad garantiza mejor que ellas la seguridad del tránsito y las operaciones triplican su radio de acción con los mismos elementos de hombres y armas conque hoy se hacen.

El automovilismo ha llegado á tal grado de perfección y presta tan buenos servicios, que hoy á campo traviesa se recorren distancias de muchos kilómetros sin accidentes; que por improvisada pista que después se perfecciona ó se convierte en carretera si precisa, se escalan cumbres y se salvan barrancos, en los qué la sección

de Ingenieros que va en ellos, improvisa el paso con terraplenes y zig zag que apenas detienen la marcha. En estos lides de Marruecos, son los camiones arma tan decisiva como lo eran los antiguos carros de guerra en las pretéritas edades y suelo que atraviesan los autos y la vía férrea, es suelo sometido y supeditado.

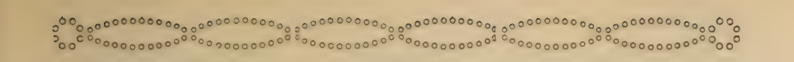
Añadid á esto un buen servicio de aeronáutica que siembre la intranquilidad y dificulte la vida en las zonas rebeldes; (1) añadid al material existente, lo que necesiten los servicios de campaña en Sanidad, en Intendencia, en Artillería y en Ingenieros; añadid si precisa un núcleo de tropas que desembarcando en el centro de nuestra zona, sea jalón movedizo que establezca el contacto con las de oriente y las de occidente, y vereis que pronto este territorio queda sometido por el bravo y sufrido Ejército, que tanto y tan bien trabaja en este suelo tan preciso á los altos intereses de la patria.

Sabeis lo que significa todo esto? Significa dinero dado de una vez con el que se compra en meses la tranquilidad y la paz de la patria, cosa más barata en oro sangre y vidas, que el dinero dado en años, que suma mucho más del que se dé en aquella condición; significa ahorro de energías y de hombres; significa la repatriación lenta después de los dos primeros años de ocupación de bastantes de nuestros elementos de guerra; significa la organización del territorio, que de pesadumbre de nuestro erario y pesadilla de nuestra vida política, se convertirá en fuente de producción y en hecho histórico realizado, que al garantizar nuestra vida demostrando lo que somos y lo que valemos, haga patente que nuestras desdichas del noventa y ocho, no amenguaron las características de nuestra raza.

A todos los de España me dirijo diciéndoles que es obligación sagrada ayudar á la empresa necesitada de dinero, cuyo límite será el que marquen las necesidades citadas, de apoyo al gobierno que se decida á acabar de una vez y de aplauso y simpatía á este ejército, que en cimas y barrancos, en convoyes y posiciones, en combates y en emboscadas, sufre y trabaja pagando contribución á la muerte para lograr el engrandecimiento de la patria.

---

(1) En los días que esto se escribe el Ministerio de la Guerra ha tenido el acierto de intensificar grandemente la aviación militar en nuestra zona.



Nuestra acción política - -

VIII

Fase importantísima de la actuación hispana es la que voy á analizar, pues sus dos caras, la que mira á la nación y la que mira á lo internacional son complejas, sobre todo ésta última, en cuyos perfiles la vaguedad y tonos de sombra puestas con exquisita cortesía, hacen difícil definir donde acaba la sinceridad y comienza la diplomacia, máscara puesta á ambiciones, que si consideran lejítimas los que las tienen, no lo son porque realizarlas significa perjuicio para nosotros, para un pueblo amigo que en horas de augustia sobre no crear dificultades á los de raza hermana, les ayudó sin regateos, dentro del molde que razones de su vida le impusieron, molde estrecho, quizá forjado en esta condición porque limitaron su plano, las dificultades que España encontró en Marruecos, engendradas por codicias, que ojalá no vuelvan á surgir desviando la corriente de simpatía, de amistad verdadera, que nace en el pueblo hispano hacia los que sabrán hacer grande,—más grande aún de lo que fué— su gloriosa victoria, laborando en la paz con sinceridad, con justicia, con modos y formas que hagan convivir en armonía los derechos y necesidades de todos, evitando que semillas de odio para las que nunca faltan cultivadores, germinen acá y allá y en el andar de los tiempos, ese desconocido porvenir que parece guardar en oriente muchas incógnitas entre sombras, encuentre en occidente en vez de odios en flor y fruto, unidad de acción, solidaridad, bloque fuerte al servicio de una causa única; salvar

la civilización, la vida mundial que organizaron miles de años del vivir humano; esta vida, este modo de ser dentro del que caben todas las iniciativas, todas las grandezas, todos los ideales al servicio del mejoramiento, de pueblos, de razas, de tierras, de mares, de pequeños y grandes, de humanos y de bestias, de flores y de frutos, de todo lo queexiste dentro de los conceptos de ciencia, de investigación, de progreso, de libertad; esta vida amenazada hoy seriamente, por hordas de fieras dedicadas á la destrucción universal, aspirando á que fenezca todo lo organizado, sin que sexo, edad, valor científico, de trabajo, de inteligencia, de arte, escape á su saña, saña de chacales al servicio de todas las malas pasiones.

No es en los tratados donde está el riesgo de una divergencia entre franceses y españoles; lo firmamos acompañados de un testigo serio, Inglaterra y obligados estamos á cumplirlo todos, siquiera para dar un mentís á la teoría alemana de que son papeles sin valor; donde está el riesgo, es en las modificaciones que puedan sufrir por nuevos convenios, en los que debemos ser irreductibles, si Tánger no pasa á nuestro dominio, aspirando además á que sea el Sebú la frontera de nuestra zona; está en la conducta de los que hayan de ejercer acción en nuestra frontera marroquí, si al interpretar el tratado, al traerlo á la realidad, no se inspiran en política de convivencia, de compenetración de intereses, de perfecta y completa lealtad.

No es de esperar ocurra esto; es de creer que la acción común vaya hermanada, lo que sobre simplificar el trabajo de civilización en lo de ellos y en lo nuestro, será argumento decisivo para que se borren diferencias de criterio en España en estas cuestiones y que todos vengan á formar en las filas, de los que en días tremendos defendimos la causa de Francia en España.

Este aspecto internacional de la situación, nos obliga á que los elementos españoles que laboran en Marruecos sean lo que deben ser, esto es que estén contrastados en capacidad, conducta y conocimientos en sus ramas respectivas, con riguroso cuidado, porque Marruecos es el escaparate donde todo el mundo mira nuestro modo de ser y nuestra actuación y parte de él tiene derechos mal definidos, pero en la realidad derechos—por lo

internacional que en la vida de Marruecos rige aún—para indicarnos algo sobre las bellezas ó defectos que se observen en la actuación.

Lo mismo que el descrédito vendría á un comerciante que pusiese tras los cristales lo malo ó mediocre de su establecimiento, vendría el descrédito á España si nó colocásemos en este escaparate de Africa lo bueno, lo mejor que tengamos en todo, lo que ofrezca garantías de una gestión brillante, con lo que se afianzará nuestra posesión y aumentará nuestro crédito en todos los órdenes, evitando advertencias molestas, indicaciones insidiosas, que alguien con autoridad ó sin ella pudiera hacernos y haciendo fácil la competencia con la gestión de Francia en su zona, que así procede, sin escatimar técnicos, prácticos y dinero á su acción, ni ahora ni en los días terribles de la guerra.

Quizá una revisión de valores en lo burocrático fuera útil en Marruecos, quizá diera resultados prácticos averiguar si todos los destinos que tenemos allí son precisos ó hay algunos de lujo, si están justa ó excesivamente pagados, si la gestión de cada uno es remuneradora para la patria, si esta cosecha lo que debe cosechar, si debemos modificar la actual organización de servicios aumentando el rendimiento útil, y dando al extranjero la sensación de que nosotros sabemos y podemos hacer las cosas, como las saben y las hacen ellos.

En todo esto de Marruecos, hay que tener un cuidado exquisito en la elección de personal y en la creación de cargos, no solo para ceñirnos á la realidad de nuestra potencia económica haciendo con ello labor de africanismo en España,—que verá con buenos ojos cuanto pueda economizarse,—sino para que nuestra causa esté lo bien servida que su bondad reclama. Una información equívoca, no por mala fé que en nadie supongo existe, sino por deficiencia de condiciones en el personal, puede traer consecuencias tan malas, como trajo la excarcelación de los jefes del partido del Raisuli que teníamos prisioneros, por razón política que supongo basada en informaciones erróneas, á quienes se dió libertad, surgiendo la guerra de la que fueron caudillos, después que otra equivocación hizo aceptar como buena la promesa del Raisuli de venir á España á rendir pleitesía á nuestro

poder, cuya añagaza sirvió para que este sacase su familia de Arcila y la internase en Beni-Arós, desapareciendo así el unico resquemor que le detenía para abrir campaña contra nosotros, pues en su mentalidad Yebala, juzgaba que su rebeldía la cobraríamos en sus deudos á usanza mora.

Estábamos entonces en los albores de nuestra actuación militar y sospecho que se desoyó la opinión de ésta y el resultado fué de malas consecuencias, pues favoreció la revuelta de los yebalas. Afortunadamente, parece que ya nos decidimos en esta clase de asuntos y que hoy no hay duplicidad de informaciones, lo que indudablemente traerá beneficios á nuestra actuación.

Carecemos aquí de política definida en muchas cosas y en alguna tan importante como la financiera, hacemos triste papel, porque ni siquiera hemos sabido ser copistas de lo que hacen los demás dando facilidades al desarrollo de iniciativas é intereses de sus colonias, mientras las españolas que por su laboriosidad, inteligencia y modo colectivo de vida hacen honor á la patria, abandonadas á sus propios recursos se ven constreñidas á ir viviendo lánguidamente, á ser tributarias de bancos extranjeros en el orden comercial y á no encontrar apoyo en sus iniciativas, cuya falta perpetúa en nuestros compatriotas, el papel de braceros al servicio de intereses extraños.

Francia lo entendió de otra manera y tiene en estos territorios cinco bancos, que dan facilidades á sus compatriotas en todos los asuntos que llevados al estudio de ellos, ofrecen garantías de solvencia y prosperidad, merced á lo que no solo, la obra de dominio se realiza rápidamente, porque los intereses de sus nacionales se agrandan y se afirman, sino que en Tánger donde hace quince años casi no había otros intereses de esta nación que los de tránsito comercial, hoy por desarrollo de negocios por estos bancos amparados, han vinculado en sus nacionales terrenos, industrias y establecimientos de comercio, que quieren convertir en título posesorio de esa zona, olvidando que nuestros intereses tienen más valía que los de ellos en el orden material y son en el orden político mucho mayores que los suyos. No tendrían nuestros copartícipes el desarrollo que han tenido, si nuestra colonia de esta

plaza que siempre osciló entre diez y doce mil españoles, hubiera estado servida en igual forma que la francesa, pues hubiera sabido competir y triunfar.

Nos limitamos á llevar allí una representación del Banco de España para convertir nuestro primer establecimiento de crédito, en oficina de cobro de letras y de pago á los empleados del Estado, sin dejar margen—atendiéndose estrictamente á su reglamento—para que pudiesen prosperar los intereses españoles, dándoles el cré dito preciso á ello.

Pero aún hay algo más en esta desdichada gestión; hay, que habiendo un grupo de españoles modesto, estudiado la creación del Banco Español de Marruecos,—que había de servir únicamente los intereses de España,—en cuyo grupo formaba el que esto escribe y al que dedicó todas sus actividades y entusiasmos buen espacio de tiempo, consiguiendo entre sus amistades la aportación documentada de cinco millones de pesetas, por elementos adinerados de Tánger—tanto ambiente tuvo la idea en esa población—y habiendo este grupo entrado en combinación en Madrid con el marqués de Benavites, patriota cuyo dinero é inteligencia están siempre al servicio de toda idea grande; se llegó á constituir la sociedad en escritura pública otorgada en Diciembre del año doce ante el Consul de España con capital de veinte millones de pesetas, cantidad precisa á la magnitud del negocio y al título de ella. Tales frialdades y falta de amparo encontró ésta en el Gobierno, que le negó apoyo y pequeñas concesiones sobre monopolios, cédulas hipotecarias y otras, que logró dificultar la aportación del grupo español—el de Tánger estuvo pronto siempre á contribuir con concesiones y sin ellas—lo que dió tiempo á que sobreviniera la guerra, dejando el proyecto para después; error grave, pues la guerra elevó todos los valores de bancos españoles.

Si aquel patriota que se llamó Canalejas no hubiera sido asesinado, seguramente el Banco hubiera surgido y llevarían los intereses de España siete años de tener á su servicio el dinero preciso á su desenvolvimiento, porque enterado del proyecto, hombre de grandes concepciones, se percató pronto de lo que significaba para España la realización del mismo y todas las dificultades que en-

contró la empresa en los gobiernos que le sucedieron, hubieran sido facilidades bastantes para su creación y funcionamiento. He leido en un periódico que el Banco Hispano-Africano de reciente creación, comienza á interesarse en los asuntos de Marruecos. Si esto es así y tiene capital bastante al desenvolvimiento de la zona, el Gobierno debe auxiliarle con cuanto necesite, para que lo antes posible lleguemos á crear intereses sólidos, capaces de españolizar el país.

Pasó á la historia este proyecto, pero este ú otro similar hacen falta á nuestra vida aquí, pues no es posible si el dinero español no acude al servicio de los que así intentan colonizar el país,—que cuentan con capital modesto, ó sólo con sus brazos é inteligencia,—que estos desarrollen los intereses hispanos en combinación con los marroquíes, lazo el más fuerte que puede establecerse para llegar á la completa pacificación; que nada ata tanto las voluntades, como la comunidad de intereses que para su prosperidad necesitan los beneficios de la paz.

Esta carencia de política financiera cierra las puertas á la vida de las industrias, que no pueden ensanchar su acción por falta de medios y que tienen un porvenir brillante, si se inspiran en crear y producir aquello que es de consumo en el país, bastando para documentarse estudiar la estadística de Aduanas y ver la importación que de estas cosas se hace y si la materia prima de fabricación se dá ó es suceptible de darla el país. La industría de tejidos de lana, algodón y esparto, la harinera, la de cerámica, la alcoholera y la del azúcar, están en condiciones de desarrollarse, con lo que se haría no sólo gran beneficio á los industriales, sino á los agricultores que encontrarían salida fácil y pronta á sus productos, lo que avalora más la utilidad de una buena política financiera.

Tampoco ha sido afortunada nuestra política comercial, tremendamente castigada por los transportes que encarecen la mercancía en tal forma que no dán facilidad á su venta. Era más barato traer á nuestras plazas mercancías desde Londres, Hamburgo ó Marsella, que desde Barcelona, Málaga ó Cádiz, á pesar de la gran subvención que percibe la empresa marítima al des-servicio no al servicio de estos intereses y volverá á serlo cuando la vida se normalice, mejor dicho lo es ya, por que un billete

de primera de Melilla á Gibraltar cuesta treinta y cinco pesetas en los vapores de la Compañía Bland y en los de la subvencionada por España, de Melilla á Ceuta, que es distancia igual, sesenta. Son tarifas de transporte prohibitivas las de la Compañía Transmediterránea, barrera que imposibilita al comercio, inhabilitándole para la competencia en precio de los productos. Si esto no se modifica y cesa, presumo que va á llegar el día en que así como en los establecimientos que interrumpen su vida aparece un cartelillo explicativo de la causa, en las rutas marítimas se va á fijar uno que diga: «Cerrado por ineptitud el tránsito al comercio español».

A todo trance y cuanto antes hay que modificar esto, llegando á cuanto sea preciso, incluso el aumento de la subvención, para que el comercio español pueda competir con el extranjero.

Otra cosa que puede perjudicar nuestro comercio, és el modo de vida que rija en nuestras Aduanas, por que en Marruecos pagan las mercancias al llegar al puerto, y después el tránsito es libre, lo que significa que si una mercancía encuentra dificultades para desembarcar en Larache, por ejemplo, puede seguir ruta á Rabat y Kenitra ó á Tánger, devengando en la zona francesa ó en la internacional los derechos que pudimos percibir nosotros, sin que por ello se perjudique el dueño, por que siendo las mercancías que entran por Larache, artículos de tránsito á Alcázar, Wazan y Fez, el transporte por tierra en unos casos se grava muy poco y en otros hasta se beneficia con la modificación de ruta. Quiere esto decir, que si no queremos perjudicar nuestros ingresos en la zona y el movimiento comercial de ella, ha de haber en las Aduanas de las mismas, flexibilidad que tenga como límite no perjudicar nuestros intereses, y agrado, diplomacia y buen trato, capaces de ayudar en la competencia establecida por ley de vida en las distintas zonas.

Quisiera decir la importancia grande que tiene en el comercio extranjero, la concesión de primas á la exportación, pero éstas son exquisiteces que no encajan en el momento actual de nuestra Hacienda. Además, en la mano tenemos conceder una prima que alcance por igual á todo el comercio; rebajar los transportes un treinta por ciento por bajo de lo que por milla y tonelada cuestan en

el extranjero, lo que sin alharacas y con rapidez pudiera efectuarse.

Otro ramo de política, la pedagogía, merece que nuestros Gobiernos le presten especial atención y la cultiven con el mayor cariño, puesto que ella ha de formar los cerebros y encauzar las voluntades de la generación que hoy se halla en condición de estudio y de las que han de sucederle.

Confiada esta función en tiempo antiguo á los Reverendos Padres Franciscanos, la llevó con constancia y fé muchos lustros, dando educación de primeras letras á los hijos de nuestras colonias y á los mahometanos é israelitas que llamaron á su puerta en demanda de cultura, mereciendo bien de la patria por ésta labor, que acertadamente le adjudicó en tiempos pretéritos bula pontificia; pero el andar de los tiempos trajo á Marruecos nuevos modos de vida y ésta función que exclusivamente ellos ejercían, encontró competencia principalmente en Francia, que ganosa de adquirir influencia en el país capaz de servir sus ambiciones, creó la Alianza Israelita y llevando á París hijos de ésta raza, hizo generaciones de profesores de ambos sexos, erigiendo escuelas para ellos en las ciudades, con sueldos fijos, con buenos locales y con base de cultura, donde el matiz religioso casi no figura; dando en cambio á los demás conocimientos que mejor sirven á la lucha de la vida terrena, cuanto pudo y supo dar. Creó pedagogos láicos, especiales para Marruecos y el resultado fué llevar á sus escuelas no sólo los de su raza, sino los elementos extranjeros y muchos españoles, que acudían al cebo de aprender y practicar el francés, casi sin esfuerzo y sin sacrificio pecuniario.

No supimos ó no quisimos nosotros, llevar á tiempo pedagogos profesionales á las Escuelas Franciscanas y dotarlas de profesores de francés, completamente idóneos,—por lo tanto bien pagados—, reforma que cabía sin menoscabar los fueros de los Franciscanos, que podían y debían quedar al frente de la dirección de todo ello y el resultado ha sido que á éstas escuelas y establecimientos de enseñanza, hoy asisten solo españoles y no todos los de nuestras colonias. Díganlo las escuelas de la alianza israelita fuera de nuestra zona y el Liceo francés de Tánger. Consecuencia de ésta torpeza ó lenidad, és que nosotros

no influimos en enseñanza, más que en un sector de nosotros mismos y Francia, nuestra rival, influye hasta en nosotros.

A remediar éste mal acudió con lo que pudo Merry del Val, primero y Villasinda después, surgiendo en tiempo de éste último las escuelas hispano - árabes, que prestan un buen servicio, el de difundir el conocimiento y estudio del idioma español entre los moros, amén de otras materias precisas á la lucha de la vida; labor importante para españolizar el país, pués lo más preciso á ella és que en él se hable nuestro idioma, de la que conseguiremos, que así como hoy en la Argelia el francés se habla como idioma nativo, el español sea el básico de la vida en nuestra zona.

Multipliquemos el número de éstas escuelas que prestan servicio utilísimo, que están bien regidas é inspeccionadas, pero completemos su acción convirtiéndolas en plantel de profesores indígenas, escogiendo los alumnos más aventajados, llevándolos á nuestras Normales y haciendo de ellos maestros de raza árabe, con mentalidad y cultura española, elemento de utilidad innegable, cuyos medios de vida y porvenir quedan ligados á nuestra acción, siendo esto fiador de su lealtad. Hay que lanzarse en el camino de utilizar lo inteligente y nuevo de la raza, pues en ésta coopartición en funciones vitales del país, hay margen para afianzar pronto nuestra labor. Esto sería crear un agente de penetración dentro del alma colectiva marroquí, como lo sería la creación de practicantes, sacando los alumnos de nuestras tropas de Policía y Regulares, en rigurosa selección entre los más idóneos, que se educarían en nuestros hospitales militares un año y otro en un centro de estudio que se debe crear; y destinados después á prestar servicio en uno de los Consultorios del campo á las órdenes del médico de aquél, después de obtener certificado de aptitud, irían á hacer labor humanitaria al servicio de España en las kábilas de la zona no sometida. Esta idea, que expuse en una Memoria presentada en el Ministerio de la Guerra en mil novecientos doce, la repito ahora, por que soy un convencido, de que estos agentes con porvenir definido y garantizado, darían buenos frutos.

El asunto enseñanza lo tenemos mal enfocado en trés

órdenes: uno el de gastar dinero inútilmente en el intento de difundir el árabe en España, otro el de no cuidar la segunda enseñanza en estos territorios y otro el de no auxiliar las iniciativas particulares que se dedican á la misma.

Hacer lo que estamos haciendo en nuestras escuelas de comercio, donde se dan cursos de árabe, que es asignatura libre,—el número de matriculados y los resultados prácticos dicen el poco fruto de ésta labor, que no puede prosperar lejos del medio ambiente donde el idioma se hable—, es perseguir una utopía de la enseñanza, á que catedráticos laboriosos, inteligentes y con gran base de cultura, dedican actividades que podrían ser aprovechadas mejor y dar sazonadísimos frutos.

La acción de éste plantel de intelectuales, unos hijos del pais, otros residentes en él mucho tiempo, todos perfectos conocedores del idioma y del modo de vida de ésta raza, tiene su campo natural en Marruecos, donde al frente de centros docentes superiores, de establecimientos análogos á nuestras escuelas graduadas, harían el gran servicio de difundir el idioma, haciendo españolas la inteligencia y la cultura en los indígenas y encontrando además facilitada su enseñanza del árabe á españoles, por vivir los alumnos en el medio donde ésta puede practicarse. Todo esto sin perjuicio para ellos, que seguirían figurando en el escalafón respectivo y en comisión en Marruecos, con otros, que paso á decir, pues no son ellos los únicos profesores que deben venir á Marruecos de esta categoría pedagógica. Dos grupos de profesores de segunda enseñanza deben darse á nuestra acción: uno para la región oriental, otro para la occidental, que estabilicen y den facilidades á esta parte del saber que además de dar —si se estudia—gran base de cultura general, abre las puertas de las Universidades á los intelectuales del porvenir en Marruecos, lo que nos importa ocurra, sin mermas en la participación que nos corresponda obtener, entre los futuros profesionales del saber en Marruecos.

Porque si ocurre de otro modo, la juventud inteligente, encontrará abiertas las universidades de Francia y no las nuestras y en un plazo de veinte años, los intelectuales del país estarán forjados en el crisol del alma francesa, y ellos con arreglo á Tratados y convenciones pue-

den actuar en nuestra zona y ser de ésta forja parte de los intelectuales del Marruecos español.

A evitar esto tendió la fundación de una «Institución española de enseñanza», creada en Tánger por el que esto escribe y un ilustrado farmacéutico muy experto en estas materias, en mil novecientos nueve, en cuyo centro se estableció la segunda enseñanza y cursos de cultura general. Del resultado de la enseñanza que allí se adquiría, son fiador las notas de curso obtenidas por los diez ó doce alumnos matriculados, ante el tribunal examinador, que procedente del Instituto de Cádiz vino á Tánger, concesión obtenida por Merry del Val, que sigue aún en vigor y que examina los alumnos que hoy existen en las escuelas Alfonso XIII á cargo de los Reverendos Padres Franciscanos.

Pero no és bastante esto á las necesidades pedagógicas de Tánger y de nuestra zona occidental. El que esto escribe publicó en «La Correspondencia de España» dos artículos, pidiendo el establecimiento de un centro docente en Tánger, cuyo profesorado debía salir de los doctos y bien reputados pedagogos de nuestros centros de enseñanza, por lo mismo que había de ser una muestra de cultura y modo de educar en país extranjero; centro que había de estar integrado por dos profesores de Ciencias, dos de Letras y un auxiliar de cada sección de éstas y completado por españoles residentes en Tánger en posesión de título universitario, fiador de su competencia en estos asuntos.

Cayó ésta petición en el vacío pero fué señal de alarma para Francia, que inmediatamente trajo aquí lo que yo pedía para España y estableció un Liceo, en el que se daba toda la segunda enseñanza con validez académica para ingresar en sus Universidades. El efecto fué instantáneo; los franceses, los israelitas, muchos españoles y algunos moros no sólo de Tánger sino de las ciudades de la costa, llevaron allí sus hijos y limitaron la acción española, que huérfana de protección estuvo en condición de inferioridad para luchar, pués mientras los que habíamos creado «La Institución Española de Enseñanza», teníamos que pagar casa y profesores de primeras letras, de francés, de inglés y de árabe, lo que nos obligaba á imponer el pago de mensualidades elevadas, restando alumnos

á la Institución, además de prestar trabajo gratuito, suplíamos mensualmente el déficit de ésta situación y los franceses suplían éstas necesidades de la enseñanza, pagando el Estado los gastos de ella. En éstas condiciones aquello no podía subsistir y no subsistió, por que el Estado español no subvencionaba éstas empresas, á diferencia del francés, que en cuanto un maestro de escuela llegaba á Tánger y presentaba el título en su Legación, le buscaba casa, hacía en ella obras de saneamiento y distribución, le pagaba los alquileres y les daba seis mil pesetas de sueldo, mientras los españoles á esto dedicados, faltos de toda protección, vivían mal y tenían los discípulos hacinados en estrechos locales.

Así és como los franceses han creado intereses en Tánger, de los que hoy quieren hacer título posesorio, pretensión que la realidad de la vida hispana hace imposible. Hay que superarles en éste camino, haciendo en los locales de las escuelas de Alfonso XIII, un centro de enseñanza integrado en la forma y modo que he citado antes, por verdaderos pedagogos profesionales, que á más de la segunda enseñanza, establezcan la de árabe y español confiada á los catedráticos de árabe de las escuelas de comercio ya mencionados, la de idiomas europeos con nacionales de cada país que sean pedagogos de profesión, la de industria y comercio con profesores de centros españoles, dotando éstas enseñanzas, de talleres para artes y oficios y de gabinetes de Física, Química, Historia Natural, Agricultura, y sin más estipendio ni pago por los alumnos, que los derechos de matrícula que se exige en nuestras Universidades, dando así validez académica á los estudios.

Si nuestra política internacional reclama que se haga esto en Tánger, también lo demanda nuestra política nacional, pues siendo hoy fáciles las comunicaciones entre ésta plaza y las de Ceuta, Tetuán y Larache, los intereses educativos quedarán servidos en la zona occidental, bien con la creación de un internado como lo tienen los franceses, bien llevando á examinar á éste punto los alumnos de los distintos centros de enseñanzas que en éstas plazas existen. Aplicando todo lo dicho á la zona oriental, esto és, creando en Melilla un centro igual, los intereses patrios en éste orden de cosas estarían servidos, mien-

tras que siguiendo la marcha que hasta ahora y que he demostrado nos perjudica, vamos á llegar á la anulación.

El Gobierno tiene la palabra sobre éste importante tema.

Hay otra política que llamaré de equidad y que también está necesitada de auxilio ¿Por que regla de Etica se rige el principio que asigna á los funcionarios de orden civil el ciento por ciento de su sueldo y á los militares el cincuenta por ciento, á pesar de que con las últimas reformas el sueldo regulador de las categorías es mayor en lo civil que en lo militar? ¿Es que los servicios que en las plazas, campamentos y posiciones prestan los militares es menos meritorio que el que prestan los civiles en ciudades y poblados? Hábil será el que demuestre la razón de ésta sinrazón que debe desaparecer. Hago punto por que el hecho no necesita comentarios.

Otra acción política nuestra, debe ser la revisión de cargos en toda la organización del Protectorado, trayendo á justo límite los sueldos altos, suprimiendo cargos burocráticos que no sean indispensables, estudiando la forma de que disminuya el personal donde deba disminuír, haciendo en una palabra la reducción mayor posible en el gasto sin perjudicar los servicios, que pueden ser reorganizados en muchos órdenes con evidente economía. Basta para ello un poco de entereza y un gran espíritu de rectitud.

La más importante acción política por su carácter humanitario y por sus resultados es la sanitaria, confiada á los médicos militares que hace muchos años laboraron en Marruecos, en las ciudades del litoral y al lado de los Sultanes, abriendo un tiempo la vida marroquí á la influencia hispana y que hoy, desde la zona sometida irradian á la que se ha de someter, acudiendo á las necesidades de amigos ó enemigos que demandan su auxilio en los momentos difíciles ó angustiosos, que accidentes ó dolencias engendran en los hogares, completando éste servicio los médicos civiles, que en nuestras plazas de Africa prestan servicio.

En raza tan materialista como la bereber, el beneficio de la salud recuperada, del dolor suprimido, ejerce influencia decisiva y nuestros médicos ensanchan con su acción los linderos de la patria, pués á nuestros dispen-

sarios acuden de todas partes y los beneficios materiales que la acción médica les produce, son pregoneros de la bondad de nuestra causa que tales beneficios proporciona. Es labor meritísima que honra al Cuerpo de Sanidad Militar, á la que hay que conceder cuanto pida, pues cuantos más medios se le den mejor será su resultado.

Avance és ésta política sanitaria, de la militar que se viene desarrollando en la línea movediza de nuestras fronteras, labor hecha directamente por nuestros Comandantes Generales de la que son organismos las Mías de Policía, cuyos oficiales intervienen controversias de los indígenas y asesoran á los Chejs para que sus fallos se inspiren en la justicia, haciendo después que sean respetados y ejecutados en nuestra zona, lo que sirve de ejemplo á los limítrofes, que acaban por comprender las ventajas que tiene nuestra organización y modo de vida, donde todo está ajustado á razón y derecho, mientras en la suya rige la arbitrariedad al servicio de codicias y malas pasiones.

Estas Mías de Policía son á un tiempo, garantía del órden en lo sometido y oficinas de información en lo nó sometido, en lo que actúan desde la línea de contacto, trayendo á nuestro conocimiento cuantas informaciones interesan á la acción militar y amistades más ó menos interesadas, que facilitan el desarrollo de operaciones militares y son después de la ocupación, base de nuevas Mías de policía y de harcas amigas, cuya cooperación además de sernos útil por acción, lo és porque resta elementos al campo enemigo y sirve de ejemplo á los que han de venir más tarde á copiar el procedimiento. Por ésta misma razón tiene también gran fuerza política, la creación y existencia de tropas regulares indígenas.

Prestan servicio en éste mismo orden político las comisiones topográficas del cuerpo de Estado Mayor, entre las que hay, una integrada por los Comandantes de este Cuerpo, Villagómez y Adalid, que se ocupa en combinación con otra francesa en determinar la línea de separación de ambas zonas y cuyos trabajos merecen elogio, como lo merecen los planos que ésta y otras han levantado en los diez años últimos de estos territorios, pues en ellos no hay nada de referencia, todo es de visu, siendo la aviación, avanzada de éste servicio topográfico,

pues donde no llegan éstas comisiones, llegan las fotografías obtenidas por nuestros aviadores, que convenientemente ampliadas dan idea de los terrenos á ocupar aunque imperfecta, porque las cotas y los detalles no aparecen en ellas con su valor real.

Presidido todo éste movimiento político militar por un espíritu de justicia, dá los excelentes resultados expuestos en el capítulo anterior y de hoy en adelante lo dará mayores, porque la justicia hecha en los traidores de Malalíen, ha tenido resonancia bastante en el campo marroquí á aumentar el respeto á nuestra acción militar y política, que en éstas empresas, el contraste entre la dureza y la benignidad según aconseja la conducta de los administrados, dá siempre saludables frutos.

Detrás de éstas zonas de contacto, nuestros centros de Tetuán, asesores de los ministros del Halifa hacen labor, organizando la propiedad, desarrollando la vida del país con carreteras y ferrocarriles, velando por la salud pública con organismos de Sanidad que van dotándose de elementos precisos á su misión, con la creación de Consultorios y servicios médicos, con la de escuelas difusoras de nuestro idioma en Marruecos y del árabe entre los colonos españoles, con el establecimiento regular de Correos, Telégrafos y comunicaciones, interviniendo en una palabra todo lo preciso á la vida de un pueblo que se quiere civilizar.

Dotar la acción política militar de cuanto precise á su más amplio desarrollo, para evitar pérdidas de sangre y vidas que son riqueza efectiva, la más sólida de las naciones; llenar las necesidades que en lo financiero sienten nuestras colonias del Mogreb, ya apuntadas en éste capítulo, de las que hay que esperar la parte más meritoria de la empresa, que és llegar por la acción individual de cada uno de ellos á sembrar el territorio de intereses hispanos-marroquíes, que hagan de éste suelo venero de riqueza, fuente de ingresos para el tesoro y mansión de paz; dar al comercio, á la industria y á la cultura cuanto se pueda; dejar desenvolverse libremente nuestros centros de Tetuán, garantía de que el Gobierno del Halifa se ha de inspirar siempre en lo justo y en lo legal; respetar la religión de indígenas é israelitas, puesto que la religión no és problema de colectividades sino de indiví-

duos y no debe perturbar el desenvolvimiento de la vida de los pueblos como lo perturbó en lo antiguo; es misión de los gobiernos españoles y aquellos que á estos dediquen atención preferente, dando al problema cuanto necesite para llegar al éxito, habrán engrandecido la Patria y serán beneméritos de ella.





La gestión Jordana - - - -

IX

De los cuatro generales que han ejercido el cargo de Alto Comisario en Marruecos, el único desaparecido de la vida és don Francisco Gómez Jordana, y por ello y por la importancia de la labor que realizó, merece ser analizada su gestión, que fué la que le impuso la realidad de la vida española, razón del existir á la que nadie puede sustraerse, pues cadena és que aherroja la voluntad y hace prisionera la inteligencia de los que siempre tuvieron como culto el cumplimiento del deber.

Al evocar su nombre surge ante mí la figura prócer, la mirada viva y penetrante, la dicción segura y reposada de éste soldado de la Patria, á la que dedicó actividades, energías, cariño y laboriosidad, que comienzan desde que la luz de la razón surge en su cerebro y acaban cuando cae muerto sobre las cuartillas de una carta histórica, en su mesa de trabajo, en la que diariamente pasaba horas y horas estudiando y resolviendo asuntos, con la atención y el cuidado de quien tiene concepto de la responsabilidad y de lo preciso que es al interés hispano, proceder y resolver en justicia los complicados asuntos de la zona.

Desde el punto de partida al de llegada, cincuenta años de honrada labor que le hacen morir sin legar fortuna á los suyos y en todo éste periodo de tiempo, un rendimiento de trabajo útil enorme, como jefe de la comisión topográfica del cuerpo de Estado Mayor en Marruecos, como jefe en Ceuta de su cuerpo, como Direc-

tor de la Escuela Superior de Guerra, como jefe de Estado Mayor de Melilla,—cargo al que fué llevado siempre en circunstancias difíciles, que tuvo la fortuna de resolver pronto y bien,—como Comandante General de la misma plaza y como General y Alto Comisario de España en nuestra zona.

Con hechos está escrita ésta labor brillante: Durante muchos años ambuló por los campos y ciudades del imperio, tomando alturas, midiendo distancias, acopiando datos que tienen como resultante planos, informes y referencias precisas á la futura labor que en el Imperio habíamos de desarrollar y que él va recogiendo sin que le amedrante dormir bajo tiendas, comer sin comodidades habitar ciudades malsanas, ni vivir entre bárbaros y fanáticos; con hechos se revela su labor cuatro años en la Jefatura de Estado Mayor de Ceuta y dos en la Escuela Superior de Guerra y en la misma forma en dos periodos de Jefatura de Estado Mayor en Melilla, en el periodo más activo de la campaña, donde todo son responsabilidades graves que arrostrar, operaciones que realizar, planes que desarrollar, dificultades que vencer y problemas que resolver; todo de momento, según demandó la realidad movediza de cada instante; y con hechos dejó escrita su brillantísima labor como Comandante General de aquel territorio que le hizo su hijo adoptivo predilecto al ausentarse, en el que las obras públicas, —carreteras, ferrocarriles, puentes, ensanche de poblaciones, que hacen de Melilla una ciudad exuberante de vida, ornato é higiene—se realizan al mismo tiempo que operaciones militares, en las que se logra la muerte del Mizian, la ocupación de Monte Arruit, el dominio del Garet, la posesión de Hassi-Berkan, Tistutin y montes de Ziata, que nos dan doble territorio del hasta entonces poseido y el incruente paso del Kert, actos que pregonan por sus resultados y por su escaso costo de sangre, un cerebro potente al servicio de un ideal útil y grande para la patria.

Con ésta experiencia de la vida marroquí, con este bagaje de hechos y conocimientos que hacían de él un profesional de nuestro problema africano, vino á ocupar el puesto de General en Jefe y Alto Comisario, que en todo momento desempeñó, sin regatearle trabajo, inteli-

gencia, fé y entusiasmo, á veces encerrado dentro del límite estrecho, que los que regían el país le marcaban como barreras para la acción, barreras que más de una vez le hicieron presentar la dimisión, quizá porque limitaban su espíritu militar, teniendo apesar de ello que seguir en el cargo por imperativos de su conciencia de patriota á que los gobiernos apelaban al rechazarlas.

Sucesor del ilustre General Marina, que había establecido por orden del Gobierno,—quizá obligado por el clamor político—, contactos diplomáticos con el Raisuli, que con la versatilidad y falsía que constituyen el fondo del alma marroquí, se brindaba á convertirse, de agitador incansable y jefe de rebeldías, en sostén del orden y brazo de pacificación al servicio de España;—falsía que con gran clarividencia supo ver el General Fernández Silvestre, partidario decidido en todo momento de la acción militar enérgica contra el Raisuli, opinión sustentada con actos y á la que sacrificó el cargo que ejercía—, se encontró el problema planteado en forma, que solo había un camino á seguir y en él tres problemas: utilizar al Raisuli como agente nuestro, ensanchando dentro de ésta pauta la acción de España, consolidar todo lo poseido con mejoras que lo ligaran para siempre á nosotros y preparar planes para el momento político en que nuestros gobiernos estimasen oportuno el avance.

Del modo como realizó las dos primeras son muestra, el desarrollo de la vida social, comercial y agrícola en la zona dentro de las posibilidades que la realidad permitió; la construcción y establecimiento del ferrocarril Ceuta-Tetuán; el ensanche de ésta última plaza, y los de Larache y Arcila; la creación de escuelas indígenas y españolas, en ciudades, poblados y zocos, que educan millares de niños de ambos sexos y de todas razas y religiones en locales de nueva planta gran parte de ellos; la de Consultorios Médicos, además de en las ciudades en el campo,—nueve en el territorio de Melilla, uno en Laucien, otro en Ain-yir y otros y otros en sitios estratégicos, al fin político y humanitario que persiguen—la de hospitales indígenas en Melilla y Tetuán, donde se construyó también el sanatorio Dar Murcia y mixtos en Alcazar, Arcila y Larache; la creación de Juntas de Sanidad y Cámaras de Comercio, organismos precisos á la amplia-

ción de la vida en estos órdenes; el desarrollo amplísimo de las líneas de comunicación con obras importantes para salvar los ríos y cuyo desarrollo puede colegirse citando la plaza de Melilla en la que hay mil cien kilómetros de carreteras, setecientos de hermosas pistas carrozables y ochenta kilómetros de línea ferrea; la construcción del Mercado, la de la Merdasa,—antigua residencia de los Tolba, donde éstos aprendían los ritos Koránicos—y de una escuela graduada y otra de Artes y Oficios comenzadas en Tetuán; la pavimentación á la moderna de gran parte de ésta urbe, la edificación de Mezquitas é Iglesias Católicas en Rincón de Medik y Río Martín, el establecimiento de faros en Larache y otros puntos y otras cien cosas producto de su constancia é inteligencia, dicen lo que fué y lo que hizo en el orden de civilización al servicio de los ideales hispanos, éste ilustre General español.

No fué menos brillante su labor en el orden administrativo. La pauta política que el Gobierno que le nombró y todos los que le sucedieron le marcaron y que puede encerrarse en la fórmula de «hacer cuanto fuera posible en bien de España á condición de no derramar sangre ni tirar un tiro»,—fórmula que seguramente imponía á todos los Gobiernos la situación internacional y la condición en que se desenvolvía nuestra política interna, pues és rara ésta unanimidad de criterio—permitió al General Jordana reorganizar los servicios militares y repatriar á España veinte mil quinientos hombres y tres mil cabezas de ganado, llevando al presupuesto nacional una economía de más de veinte y tres millones de pesetas anuales, teniendo la satisfacción de que al mismo tiempo que se obtenía ésta disminución en el gasto, nuestro comercio se elevase en Melilla en mil novecientos diez y seis á setenta millones de pesetas, habiendo producido en el mismo año la aduana de Larache cerca de cinco millones, doce y medio por ciento de lo que por ella había entrado y salido.

En el orden político su acción no fué menos beneficiosa, pues merced á medios de persuación constituidos más por hechos que por palabras, se consiguió la pacificación absoluta del territorio de Melilla, gloria que con él comparte el jefe inmediato del mismo, General Aizpuru, logrando ambos incorporar el Garet á nuestro domi-

nio y hacer posible su colonización, y en Larache, que en mil novecientos quince tenía en su territorio mil quinientos kilómetros cuadrados se ocupan Garet, Maida y Hauta Mesauda, que amplian grandemente el territorio y cierran casi por completo la zona internacional.

La preparación de los futuros avances no se descuidó durante éste tiempo estudiándola incluso con detalles del terreno, que en su excursión primero al Fondack y su paso por él á Larache después, pudo comprobar de visu, y con la adquisición de datos sobre fuerza y armamento de las kábilas, nació en él la convicción como consecuencia de éste estudio, de que los elementos á que había quedado reducido el ejército de Africa eran bastantes á la misión que éste tenía que realizar, siempre que se le repusiesen al producirse, las bajas en hombres y en ganado y se le dotase de aviación y medios de transportes, bastantes al mejor fin de estos servicios.

Y mientras realizaba toda ésta obra, diarias amarguras amenguaban su salud, que la contínua labor esquilmaba hasta el punto que el consejo médico fué abandonar el puesto, lo que intentó presentando la dimisión irrevocable en mil novecientos diez y siete, que el Gobierno no aceptó, concediéndole en cambio dos meses de licencia para Madrid y obligándole á volver á él en nombre del patriotismo. Estas amarguras tenían dos orígenes, uno la crítica injusta, violenta y apasionada que algunos políticos hacían de su gestión, otro las veleidades é incongruencias del Raisuli que le ponía en trance de romper violentamente por todo, á pesar de las diarias advertencias del Gobierno para que siguiera negociando y utilizando en lo que pudiera á éste, hasta mejor ocasión política para nosotros.

Mucho debió sufrir el General Jordana aherrojado por órdenes terminantes del Gobierno, que inspirándose en la realidad de la vida española no daba más que una consigna, «ganar tiempo manteniendo en absoluto el estatu quo» y la realidad de las cosas que la conducta del Raisuli creaba, atento no más que á sus intereses personales, siempre al servicio del mejor postor, que unas veces suponíase ser Alemania cuando la retirada de los aliados de los Dardanelos le hizo creer en el triunfo de aquella y otras alguno de los elementos interesados en

que nosotros desaparezcamos de Marruecos, cuando el triunfo parecía ser de ellos; cuya desaparición, que nuestra lenidad hacía creer posible, era anunciada en conversaciones y corrillos de extranjeros, moros, judíos y hasta de españoles, inconscientes de lo que los deberes imponen y de á cuanto obligan las realidades de la vida nacional.

Porque creer que Jordana, ni ningún General iba por sí ó ante sí á desobedecer las órdenes del Gobierno movido por las dificultades del aspecto regional del problema; creer que éste ni ningún otro hombre bien equilibrado podía afrontarlo, desentendiéndose del aspecto total de la política general del país, pauta obligada de la acción de los Gobiernos; es creer que los asuntos nacionales se resuelven como un asunto particular, acomodándolos al riesgo ó perjuicio individual que al que acomete su resolución puedan traerle. Si esto fuera así, estábamos lucido los hispanos, pues saldríamos á estallido diario, que darían al traste con España en breve plazo.

Que su sentir y pensar no era conforme con la actuación, lo dicen bien claro las dimisiones presentadas; que su patriotismo era grande, lo dice su vuelta al cargo cuando eran rechazadas, porque las razones del Gobierno le convencían de la necesidad de seguir la gestión, no porque se esperase de ella el triunfo, sino el beneficio de ganar tiempo hasta el momento oportuno; y que su opinión era juiciosa y sana, lo dijo él mismo en el discurso que pronunció en el banquete ofrecido por la población de Tetuán al Infante D. Carlos, venido en nombre de S. M. el Rey, en el que después de cantar los beneficios de la colonización con sus escuelas de industria, comercio, agricultura, comunicaciones y escuelas, dijo lo siguiente:

«Pero no os forgeis ilusiones; siento decíroslo, porque aquí, en éste cargo que desempeño, quiero ser más político que guerrero. ¡Ojalá me equivocase y todos esos medios que os indico bastaran por sí solos para conseguir nuestros deseos! Por desgracia, no és así; la experiencia adquirida en los mandos que he ejercido en Africa me lo enseñan. No llevaréis todos esos medios que os indico á las kábilas contiguas á la zona ocupada, mientras no las rodeeis con un círculo de hierro. Os lo pedi-

rían ellas mismas, como me lo han pedido á mí secretamente, en todos los avances que he llevado á cabo. Nada de guerra á sangre y fuego; nada de luchas innecesarias que siembren de odio y rencores el terreno que separa protectores y protegidos. Solo amputación necesaria, indispensable para abrir paso al progreso, cuando no haya otro medio de conseguirlo. Y para ello, primero la acción política intensa, que anestesia; después, la operación quirúrgica, limitadísima, luego, cicatrizar rápidamente la herida, aplicando para ello todos los medicamentos que antes os indicaba».

Esta és la verdadera teoría de lo que ha de practicarse en Marruecos, y ella revela que Jordana, solo permanecía en su puesto en espera del momento en que el Gobierno ordenase su aplicación, que no llegó á realizar porque la muerte llegó para él antes que el momento deseado.

Su labor ha sido utilísima al actual Alto Comisario, General Berenguer, que de modo tan brillante ha dado realidad á lo que fué aspiración del ilustre fenecido, como á éste le fué útil el trabajo del General Marina y á éste el del General Alfau.

El concepto que el General Jordana tenía del problema hispano-marroquí, está esculpido en el final de un discurso que pronunció en la Cámara de Comercio de Tetuán, el día de su inauguración y que decía así:

«Yo no sé lo que va á ocurrir en ésta zona de Protectorado andando el tiempo; pero quiera Dios, que si se pone á prueba en ella nuestro patriotismo alguna vez, no olvidemos que aquí están nuestras fronteras meridionales, nuestra independencia, nuestra personalidad como nación; que estamos unidos á éste pueblo por lazos que no pudieron destruir los siglos; que nos ligan á él sagrados intereses y hemos empeñado nuestro honor en realizar aquí una obra de paz, de amor, de cultura y de progreso».

¡Palabras hermosas, dignas del ilustre hombre que las pronunció, que revelan la posesión completa del problema y que encierran un dejo de duda, que quizá las amarguras sufridas en su gestión trajeron á sus labios!

Descanse en paz el ilustre soldado, cuya ejemplar conducta quedará siempre como modelo de valor, labo-

riosidad, patriotismo é inteligencia, cualidades que le caracterizaban y que él ofrendó á su patria, con el entusiasmo y la fé de los que tienen concepto del sagrado deber que obliga á dar la vida en sus altares.



TERCERA PARTE

COMO ERA LA VIDA EN MARRUECOS ANTES DE SU DESMEMBRACION



Una visita á Sidi Mohamed Ben el Arbi el Saidi - -

I

Mi buen amigo el competente arabista, D. Francisco Marín, cooperó conmigo el año noventa á un servicio médico, que fué el primero que yo presté en tierras del Mogreb y que relato, por ser punto de partida de mi intromisión en asuntos de Marruecos, que he seguido cultivando unas veces activa y otras platónicamente.

Como «cualquiera tiempo pasado fué mejor», el recuerdo de éste servicio trae á mi ánimo añoranzas de tiempo viejo, cuyo recuerdo está esculpido en mi cerebro con huella imborrable; tal fuerza tiene lo acaecido en época de vida donde el porvenir parece inacabable, donde todo alienta con espíritu amplio y generoso, donde el vigor dá á la inteligencia alas, á la pasión vehemencias y al alma ilusiones, donde la vida es todavía libro en blanco, cuyas mejores páginas aún no han sido escritas y por eso las espinas no han desgarrado ninguna de ellas.

En aquellos tiempos, la ciudad murada, asentada en la cumbre de una peña cuyo horizonte limitaba el arcano del Gurugú, era tacita de plata, limpia, limitada, pequeña, en la que la vida transcurría plácida y tranquila, con días iguales todos, que comenzaban en el toque de diana, que se llenaban con el diario quehacer y terminaban con cierre de puertas enormes, chapeadas de hierro y alzamiento de puentes levadizos cuyas cadenas chirriaban aspera-

mente, quizá en protesta del trabajo que siglo trás siglo venían prestando. Solo alteraban el ritmo de ésta vida, dos sucesos: la llegada del correo decenalmente y acontecimientos del campo, que unas veces por riñas entre los cabileños y otras por agresiones á nuestras patrullas de vigilancia en los límites, ponían en sus horas asuntos nuevos que comentar, rompiendo la monotonía del existir.

Se realizó una de éstas agresiones el año noventa, siendo Gobernador de la Plaza el General Mirellis, que engendró un estado de agitación no solo en la plaza sino en la península, pues la prensa se fijó en el suceso, y el Gobierno inspirándose en el estatu-quo, obligó al Mahcen á que enviase una Mehalla á los límites para evitar que las agresiones se repitieran. Vino ésta Mehalla, embarcada desde Tánger y los que la vimos desembarcar la creimos burla sangrienta que se hacía á España, pués en la vida se vió un conjunto tal de piojosos y desharrapados, que dijera por su aspecto cuán á menos podía venir lo humano, pues tales eran las condiciones de energía y vida que ofrecía aquel conjunto de niños imberbes, viejos astrosos y hasta lisiados que integraban la hueste, que á juzgar por ella, la humanidad tenía que acabarse por agotamiento, pués las generaciones habían terminado de producirse en ellos. Una treintena de espingardas atadas con tomizas, unos cuantos sables mohosos y unas gumías, eran el armamento de la Mehalla, que habia sido reclutada en Tánger, entre esportilleros y mendigos, únicos que no podían sustraerse á la orden del embarque, porque su infelicidad y desamparo no les daba medio para ello, que ya entonces, los sultanes no tenían poder bastante á hacerse obedecer por su pueblo, como no fuera en el medio ambiente donde vivían éstas lacras de las colectividades humanas. Así és que no era burla, era que mandaba lo que tenía, aquello de que podía disponer y como lo reclutó cazándolo á lazo, apenas llegados á Frajana y con la noticia que les dió el Bajá, de que el haber era completamente honorario, se apresuraron á volver á Tánger por tierra, resultando unos turistas que solo sirvieron para justificar en las nóminas del Estado, cien soldadas, que integras por varios años pasaron á formar en los ingresos del Bajá.

Estas idas y venidas de gente y los odios entre las cábilas crearon una situación en el campo, de contínuo combatir, pues á tiro limpio liquidaban sus cuentas los distintos bandos que en él había.

En éstas condiciones fuí llamado por el General, para pedirme un servicio, «que no podía mandarme»—así me lo dijo él—y que era, pasar á Frajana, en cuya Alcazaba padecía enfermedad grave el Bajá y pedía un médico que le asistiese, lo que me comunicaba esperando aceptase, en la inteligencia de que el servicio era por mi cuenta y riesgo, manera de decir las cosas que obliga más que una orden.

Y aceptado éste, un buen día, el siguiente al de la petición, salimos á caballo mi buen amigo citado, en funciones de intérprete y yo, por la puerta de Santa Bárbara al llano, donde nos esperaba buen golpe de rifeños á caballo y á pie, armados hasta los dientes, que habían de darnos escolta. Apenas dejamos á la espalda la última fortificación española que era el Fuerte de Cabrerizas Bajas, aún á medio construir, se abrieron en ala delante de nosotros los ginetes de la escolta y emprendieron carrera loca disparando sus armas, carrera de pólvora que hacían en nuestro honor y cuyos estampidos, repetidos una y otra vez despertaban ecos en las quebraduras del terreno, siguiendo así hasta el Alcazaba, morada de la primera autoridad del Rif, edificio mezquino, chato, aplastado, constituido por enorme corralón con cerca de mampostería aspillerada, al frente del cual un cuerpo de edificio que apenas levantaba metro y medio sobre la cerca, dió al traste con su aspecto sucio y antiestético, con todos los prejuicios que había engendrado en mi conciencia, el largo vagar por la Alhambra y el Generalife, en cuyo recinto inspiré creencias de la vida moruna, que pronto deshizo el primer contacto con la realidad.

Porque había que ver aquel zaguanejo y aquella roñosa y mezquina escalera que nos llevó hasta el desván, —que aunque bien tapizado de alfombras morunas y jaitis, desván era—en el que la posición vertical solo era posible en el centro, y en uno de cuyos costados sobre alfombras de Rabat, colchoneta roja y cogines de forma y materias varias, yacía tendido un anciano vestido con blanco alquicel de seda que tocaba su cabeza y abro-

chaba en el cuello, dejando escapar puntiaguda barba blanca, con blancura de nieve que ponía respetabilidad en el rostro, en el que dos ojos brillaban con fuego de ansiedad, con mirada que interrogaba y estudiaba á éste médico, cuya atención se concentró en la venerable figura del anciano, que parecía una excepción en aquellos campos, por la riqueza de sus vestidos, por la pulcritud de la mezquina estancia, por la actitud yacente y resignada del que padece, por las atenciones de que era objeto por los que le rodeaban y sobre todo, porque aquella figura bíblica, decía al espíritu mucho de tradición, de vida en las épocas medioevales, de algo aprendido en libros y consejas, en cuentos oídos en el hogar de labios de la abuela, al amor de la lumbre, en noches en que la lluvia azota los cristales y el rincón del hogar es para todos, pobres y ricos, palacio de encantos y bienestar, porque en él luce el amor santo de la familia.

La figura, borró el marco por completo y ante mí, ya no quedó nada que no fuera el hombre yacente, cuya mirada tenaz me perseguía observando rostro, movimientos, expresión y actitudes, queriendo adivinar lo que había en mi pensar y sentir, aún antes de haberlo explorado, de haber cambiado una palabra sobre su dolencia.

Brindáronme asiento en un cojín al lado del enfermo y no acabé de ocuparlo, cuando éste cogió mi mano y la llevó á la pared de su vientre, extendiéndome los dedos para que la apoyara sobre él, y aún antes de situada así, estaba hecho el diagnóstico, pues á través del ropaje percibí claramente el isócrono tic tac de unas pulsaciones violentas, un repiqueteo constante, que no podía ser otra cosa que un aneurisma de la aorta abdominal, ésto és, un pleito perdido, una lesión incurable y mortal en todo momento, pues bastaba una alteración ligerísima en el equilibrio circulatorio, que dificilmente debía sostener un corazón que durante setenta y tantos años había latido setenta y dos veces por minuto, para que todo fuera acabado y el fuego de aguellos ojos se apagara en la tiniebla de la muerte.

Era peligroso y cruel dejar traslucir en el rostro el juicio formado, y requerí mi voluntad para dar placidez á la expresión, mientras sentía bajo mi mano, los aldabonazos con que la muerte llamaba aquella vida, prestada á

precario con usuras y réditos de padecimientos y congojas, empresa en que me ayudó, don Francisco Marín, traduciendo fidelisímamente las seguridades que dí, de que aquello era una indisposición molesta pero pasajera, que se remediaría pronto. A medida que las palabras iban cayendo en sus oídos, desaparecía la expresión de angustia de su rostro y el mirar de sus ojos se hacía plácido y suave, y como habían traido bandejas con pocillos de té y dulces, quiso El Arbi hacer los honores, é incorporándose tendió la mano á uno de los pocillos, que no llegó á tocar, por que cayó desvanecido en la colchoneta que le servía de lecho, momento angustioso para todos, especialmente para mi, que sabía que la muerte por síncope es una de las terminaciones más frecuentes de la dolencia. Acudí á él y un pulso filiforme, raro, me dijo que la muerte y la vida libraban batalla tremenda en el pecho de aquel anciano, que por fortuna se rehizo, y nuevos latidos del corazón trajeron, color á sus labios y expresión á su mirada.

Era urgente salir de allí donde nada podía hacer y donde en cambio podíamos encontrar mi compañero de expedición y yo un disgusto, si el síncope se repetía y la muerte acaecía en nuestra presencia, por que éstos pueblos bárbaros, tienen fé completa en sortilegios y hechicerías, á que no creen extraños los médicos.

Acabamos pues de tomar el té con alguna diligencia y recomendando al doliente tranquilidad, calma, y cucharadas de un medicamento—que aunque inútil, era diplomático prescribir—, que le enviaría desde Melilla, dejamos el desván después de despedirnos del Arbi, que apretaba mis manos con ansia, con el ansia del que esperaba de ellas la salud y el bienestar.

Vueltos al zaguan, Ali el Rubio, cacique máximo de Benisicar, nos llevó dentro de la Alcazaba, enseñándonos los sitios donde el día anterior se habían apostado los suyos y rechazado una acometida del bando contrario, que había tenido muertos y heridos, por lo que era preciso estar siempre alerta. Ganoso de mostrarnos lo duro del combate, nos hizo recorrer la tapia por fuera y que viéramos los numerosos impactos que el fuego enemigo había dejado y nos enseñó los sitios donde muertos y heridos habían caido, algunos de los del bando contrario.

Creí que con ésta enseñanza bélica había acabado mi misión, pero no fué así; ante el zaguan había colocada una silla sobre una estera y en torno de ella me esperaban una veintena de enfermos, la mayor parte de ojos y piel, y tirando del lápiz fuí dando consejos y recetas á aquella chusma morbosa y la llamo así, porque la suciedad congénita de aquellos desdichados, era en todos causa principal de sus dolencias.

Todavía, Ali el Rubio, quiso obsequiarnos con un té, pero accedió á nuestro ruego y nos trajeron los caballos.

El bullicio y la algazara de la ida se habían transformado en silencio y soledad á la vuelta; solo el cacique citado, ginete en poderoso caballo, á cincuenta metros delante de nosotros, con el fusil enhiesto sobre el muslo, y otro moro detrás, nos daban escolta y así cruzamos el poblado oyendo cuchicheos de voces femeninas y ladridos de perros, trás las cercas de chumberas que ocultaban las viviendas.

Pasado el tiempo bastante á ello, apareció en la lejanía al salir de una barrancada, Melilla ante nosotros como centinela avanzado de España en la peña que le daba asiento, y anochecía, cuando entramos por la puerta de Santa Bárbara en demanda de nuestros hogares, sin que lograra apartar de mi imaginación la figura y el rostro genuinamente árabes de aquél anciano, que sólo vivía por un milagro de equilibrio del aparato circulatorio.

o ° o



Costumbres, usos y aspectos de la vida ciudadana - -

II

En todas las ciudades del Mogreb, la vida tenía y tiene como nota dominante de color, la mezcla extraña de razas y dentro de ella, el no estorbarse unas á otras para el desenvolvimiento de la tendencia que á cada colectividad caracteriza.

Lo primero que advierte el que llega á las ciudades marroquíes, és que existe de hecho la libertad de cultos. Aquí no diré se adora,—porque los tiempos que corren no son de fé,—diré se pide á Dios, en todos los idiomas y en todas las religiones, el perdón de los pecados y el pan nuestro de cada día.

Las colonias hebreas, acuden á las múltiples sinagogas los días de precepto y con fervor religioso que demuestra son devotos convencidos, elevan sus cánticos, en orfeón siempre armonioso, al Dios del Sinaí, que si no ha llegado aún á redimirles, dándoles una nueva Jerusalén, no desatiende sus terrenales intereses y convierte sus arcas en silos, á donde va á parar toda la riqueza del país.

Los moros son menos devotos que los hebreos, tienen menos fiestas religiosas en los templos, porque la característica de sus solemnidades está más en las calles, en el culto externo, que en las mezquitas, y como á ellas va mezclada siempre la representación oficial, no puede separar bien el que contempla la muchedumbre, lo

que hay de político de lo que hay de religioso en el espectáculo. He oido decir á moros muy inteligentes, que Marruecos está mal porque se ha perdido la fé. El hecho és, que sea porque ellos no piden á Mahoma con toda la precisa, ó porque Mahoma los desatiende, se van quedando sin dinero y sin país. Orar en las calles á la salida y puesta del sol, por excepción se ve, y en cuanto á abluciones, su aspecto dice en los más, que no se lavaron nunca. Estoy hablando de las ciudades del litoral, que son la mayoría, mejor dicho, casi todas las del Imperio y en ellas las religiones cristianas, las que tienen como bandera la civilización, las que han emancipado la humanidad, fundamentando sobre bases sólidas la moral, tienen representación; muy nutrida y prestigiosa la católica, que ha sembrado todo el litoral de templos, que tiene en todo él abiertas escuelas, que practica la caridad y el culto y que cumple con todos los deberes que su elevada misión le impone, lleva la voz cantante en las colonias europeas, marchando á la zaga, las protestantes, cuyos ministros viven en el país, muchos de ellos, ejerciendo de médicos sin serlo y por consiguiente expuestos á diario fracaso.

Como se vé, aquí se ha llegado á la perfección en lo de libertad de cultos, pues todas las confesiones tienen su templo, sin que nunca se estorben unas á otras, ni con actos, ni con discusiones.

La segunda característica de la vida urbana, para los que están ejercitados en la febril actividad de Europa, era el tedio. Hablo del aburrimiento por falta de asunto para la inteligencia, de emoción estética, artística, que haga vibrar el espíritu con placeres á que está acostumbrado, que diga algo grato á los sentidos, algo que conmueva y que deleite. Exceptuando Tánger, nada de teatros, nada de música y hasta nada de mujeres en las calles, había en lo antiguo. Para matar el tedio, en la inmensa mayoría de las ciudades, se esperaba el correo el día de turno con impaciencia febril, y los periódicos, comenzando por la fecha más reciente, se devoraban, más que se leían. Como el idioma español és el más difundido, la prensa española es la que más se lee y su política la que más se comenta, lo que nos perjudica, porque como no son muchos nuestros aciertos políticos, nuestras torpezas

se difunden y dan armas á nuestros enemigos en Marruecos, que tienen la ventaja de que la prensa que maltrata á los personajes de su país, queda esfumada en la distancia por la bruma que engendra ésta y el desconocimiento del idioma, cendal fortuito que oculta sus luchas, sus pasiones y sus miserias, más grandes aún que las nuestras.

En tercer lugar, predominaba en las urbes mogrebinas la suciedad en personas, calles y mercados, lo que engendraba una de las plagas peores que pueden existir: una abundancia de moscas que en algunas ciudades del interior como Alcazar Kebir, al levantar su vuelo producían un ruido ensordecedor.

Si los habitantes indígenas--no hablo de los europeos y moros y judíos adinerados—se lavaran, sería un negocio colosal montar una fábrica de jabón, pero no pudo prosperar ninguna que tal nombre merezca en todo el Imperio y dos ó tres tentativas de fabricación intensa, fueron seguidas de fracaso. ¡Con que juzgue el lector y comprenderá, cuanta razón tuvo Mahoma al poner entre los ritos religiosos las abluciones! Ni aún con eso se ha conseguido nada.

En lo antiguo, solo en Tánger había servicio de limpieza pública y se barrían las calles; en las demás poblaciones las lluvias torrenciales eran la única escoba, que cuando Dios quería, se encargaba del barrido, resultando cuando no tenía carácter torrencial, un fangal que autorizaba á llevar botas de montar y extremidades de ciclista á los que ni vieron una bicicleta, ni tuvieron más caballos que los de la baraja, cuando alguna vez jugaron. Además todo el mundo dejaba en las inmediaciones de la casa los resíduos y en muchas calles el suelo y subsuelo, serían una riqueza bien repartida en las tierras de labor.

No era infrecuente, encontrar animales muertos que el sol, el benéfico sol de Africa, desecaba rapidísimamente, lo que explica que se defendiera la salud en éstas urbes; que la vida fuera compatible con ellas.

Los mercados eran ofensa grave inferida al estómago del que los contemplaba. Sobre el santo suelo se exhibían verduras y pescados, y con intermedio de modesta estera de anea cuando más, la carne en piltrafas, no decía á la gula promesas placenteras de platos que con ella puedan confeccionarse. Cuando se comía, había que no recor-

dar el camino recorrido, por las mercancías desde su punto de origen á la cuchara.

En las casas de los moros se observaba alguna limpieza, pero en las de los Melah, excepto en las de los adinerados, se necesitaban zancos para estar.

El primer beneficio que nuestra acción ha traido á Marruecos, es hacer cesar éste estado de cosas, modificando la vida de las ciudades, con el establecimiento de mercados higiénicos, dentro de los elementos con que aquellas cuentan, de servicios de limpieza y de instrucciones de policía, que han modificado la higiene colectiva muy beneficiosamente.

Cuarta característica, los sport. El tennis, el foot-ball, y las cacerías, eran cultivadas por los europeos que encontraban en estos ejercicios, lenitivo á sus tedios. El último citado, estuvo muy en baja porque los Raisuli, Valientes y sus imitadores, fueron causa justificada de que no se practicase con toda confianza, que es la base del placer. Y cuenta que era para los aficionados el mayor aliciente de la vida de Marruecos.

Otra característica, eran los transportes.

El medio de locomoción empleado desde las playas á los almacenes y fondak, era los pequeños asnos del país, que en incesante cordón y á la carrera, acicatados por mozos haraposos cruzaban la población á la voz de balae, —fuera—con que los encargados del porteo pedían al público vía libre á su tráfico.

Si el objeto era pesado y voluminoso, se ataban dos burros ó tres, formando el plano sobre que el bulto descansa, las albardas, y en muchas ocasiones, los brazos humanos empujaban pesadas moles sobre rodadizos de madera y en esfuerzo colosal las conducían á su destino.

Como es regla general que las poblaciones de la costa marroquí, tengan una calle central no muy ancha y siempre tortuosa, que va desde la marina á las afueras, con estos elementos podéis figuraros el aspecto que dicha calle ofrecería en su diario movimiento. Todo animación, todo vida, hombres de todas razas y colores en agradable confusión, gritos en todos los idiomas, moras arrebujadas en sus jaiques, europeas amazonas en pacientes rucios, pilluelos que acosan al público en los cafés y en sus aceras en

demanda de recados que hacer, paquetes que llevar, ó calzado que poner brillante, berrat—pregoneros—que pregonan objetos en subasta, ó anuncios del Mahacen, aguadores que anuncian su mercancía á toque de campanilla, vendedores de periódicos, desocupados que en vez de flirtear como en Europa, andan á caza del negocio de cambios, de compras y ventas á plazo, de todo aquello en que juega más la inteligencia que el dinero efectivo, diplomáticos que en fuerza de andar estirados parece tienen una barra por columna vertebral; un conglomerado en fin de gentes, que impulsadas por el asunto que les preocupa corren como cuerda sin fin, como visión cinematográfica, entre las dos aceras esmaltadas de pequeñas tiendas morunas, en las que tumbado el dueño, lleva las manos desde las pasas ó el azúcar á los dedos de los pies, que acaricia constantemente, cual si fuera la parte más querida de su organismo.

Esto durante el día; cuando la noche tiende sus alas negras sobre mezquitas y viviendas, la vida de la calle cesaba en su mayor parte; comienza la vida del hogar, la vida íntima, cuyos detalles en la raza señora del país, están vedados al ojo indiscreto del cronista y aún del amigo. Sin embargo, puedo deciros que debéis borrar de la idea los relatos de harenes, fastuosos centros de placer y de belleza, eso es lo excepcional. Lo corriente en la vida marroquí, es un hogar menos tranquilo y más mísero que los de nuestras clases pobres de Europa, un sueño lleno de sobresaltos por el pan de mañana, un temor enorme á las arbitrariedades del Bajá, y una desconfianza que justifica los odios sentidos y tocados, odios de familia, trasmitidos de generación en generación.

Irredenta la mujer por ley religiosa, emancipado el hijo por costumbre social, no deben ser grandes los idilios que pueden escribirse de éstas sociedades polígamas. En ella el hombre será el amo, el señor, nunca el esposo y el padre.

Por los resquicios que á la observación, da el deseo de conocer y juzgar, algo se puede deducir y citaré algunas cosas producto de aquella forma del hogar.

La mujer languidece y se marchita en el aire confinado de la casa, donde los quehaceres domésticos están influenciados por la constante intriga de la mujer rival

que ha de sucederle ó le sucedió ya en los favores del amo, lo que engendra verdaderas guerras civiles que el dueño estimula entre ellas, para que unas y otras se vigilen y le cuenten cuanto de pecaminoso se piensa, diga ó haga por todas, encauzando estos detalles á sus fines particulares de divorcio ó lanzamiento. Esto es lo general, pero hay bastantes casos en que la vida se ha modificado, por el ejemplo de los hogares europeos y es más tranquila y sosegada, pero por bien que vaya, el encerramiento es habitual; cuando sale el amo echa la llave en la puerta y deja como única salida al aire libre la azotea—que á veces es camino para infidelidades amorosas, pues en la mayor parte de las ciudades, de azotea en azotea se recorre la población—y cuando salen á la calle van arrebujadas completamente si son moras de calidad y belleza. A veces, en días solemnes, vistiendo negra chilaba, á horcajadas en sendas mulas, van en grupos á las huertas, donde las esperan sus señores para pasar un día de solaz en el campo.

La prole tiene suerte varia, pues son muchos los émulos de la golfería que no han encontrado aún el escritor que los comente. Sin casa ni hogar, desatendidos por sus padres, pululan buscando el diario sustento durante el día, haciendo en la noche alcoba de aceras y sotechados, que dicen asilo de infames promiscuidades, que encenderían del rubor de la vergüenza los rostros curtidos de la más soez canalla.

Entre ellos los hay inteligentísimos, aunque siempre unen el más inaudito descaro, á sus actos y conversaciones. Llevan, puede decirse, el sello de la desvergüenza en rostro, actos y palabras.

Un día pidióme diez céntimos para pan, sin tonos quejumbrosos en la petición, esto és, sin humillarse, un morito de seis á siete años, de cabeza lanuda y rizosa, color tostado, nada de zaragüel, algo de camisa y una americana como sobre-todo ó como sobre-nada, á la que si pudo cortar las mangas, no logró pegarle botones.

Dile lo que me pedía y se marchó al puesto de una mora vendedora de panes, adquiriendo la mitad de uno con la moneda, pero apenas dió el primer bocado, mientras se sentaba al borde de la acera, mirándome con picaresca expresión en la que había gratitud y algo de hon-

rado orgullo, porque me demostraba con actos, no haber pedido limosna para malos fines; cuando se acercaron dos camaradas que podían envidiarle la chaqueta y ocuparon sitio á derecha é izquierda. Apenas sentados, mi morito dió un pedazo de pan á cada uno de ellos, que mordieron en él, como jamás fué mordido manjar, por mortal alguno.

El hecho, por lo espontáneo, merecía recompensa y queriendo dársela le llamé, autorizándole á que tomaran los tres café en el inmediato moruno. La larva de hombre me miró fijamente, puso en sus pupilas toda su alma, se asomó á ellas toda la gratitud que puede concebirse y torciendo á la derecha, plantóse ante la puerta del Cajua—café—y con el aire más insolente que puede concebirse, con actitud y voz de tirano, en correctísimo árabe, recalcando las palabras dijo:

—¡Ah, el Cajuayi!—cafetero:—Tres cafés para mí, por cuenta de éste señor. Tráemelo á la puerta de la Posta francesa.

Y se adivinaba en voz y en actitud, el placer vengativo que sentía, al poder ordenar como amo, á aquél burgués de la Mauritania que cien veces lo había echado á escobazos de la puerta, donde sus enredos y gritos, ponían del mal humor á los parroquianos.

Estos Uld el Zanka,—hijos de la calle,—son producto de la vida que engendra el hogar constituído por la ley mahometana, de donde no es infrecuente se lance á los hijos de esclavas y divorciadas, para librarse de gastos y cuidados, que vendida ó expulsada la madre, son molestos y se tienen como innecesarios.

Como todo en la vida es vario, por contraposición á ésto, otro día tuve ocasión de presenciar algo grandemente conmovedor. Se trataba de un entierro, no de esos en que el cadáver es llevado en angarillas más ó menos lujosas, precedidas y seguidas por parientes y amigos, que en imponente coro cantan majestuosa plegaria entonada por todos los acompañantes, cuyos ecos llegan al alma; era un entierro de menor cuantía, de un párvulo de unos tres años á juzgar por el tamaño.

Un hombre, joven aún,—el padre según me dijeron—marchaba entre los dos cementerios, llevando tendido entre sus brazos sobre un afelpado nuevo, los restos inani-

mados del que fué. La mitad del felpudo caía sobre el cadáver y por el extremo se veía la pequeña cabeza, ceñida por pañizuelo de brillantes colores, que desaparecía en el fleco de esparto, cuyas hebras cosquilleaban el rostro, como en un tiempo lo cosquillearan los besos amorosos de la madre. Seriedad, quizá careta de dolor intenso, era la expresión del portador; indiferencia absoluta la de los dos moros que le seguían.

Llevábamos el mismo camino y andábamos al mismo compás, torturándome el espectáculo de aquellos flecos duros, que con el movimiento del andar, rozaban rítmicamente el rostro infantil más bien adivinado que visto; al fin torció hacia la izquierda el fatídico grupo, librándome del espectáculo, pero persiguióme aún buen trecho, el ruido de los golpes de azadón, con que aquellos tres hombres cavaban la exigua fosa del pequeño.

Quisiera poder contar lo que es el amor en los hombres y mujeres de ésta raza; no puedo hacerlo porque no estoy en autos, pero sí quiero decir lo que colijo por los hechos, no por deducciones.

En primer lugar, en las poblaciones de Marruecos, no hay riñas violentas por amor, no hay quien se desafíe por su dama, ni quien tome á ofensa que la sangre solo lava, el desafuero ó desaguisado más grave que la mujer puede cometer. Cuando más, se llega al apaleamiento ó al asesinato de ella, pero al Tenorio no llegan nunca los palos.

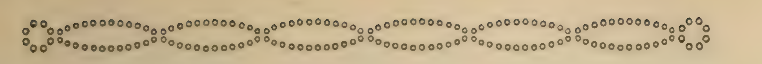
Ahí está el divorcio que todo lo remedia y que es de lo más completo que puede desearse.

Por eso, siempre que veo las noches de jueves y domingos, días de precepto para contraer matrimonio, cruzar la población la comitiva de luces, amigos y música, conduciendo la mula portadora de la Hamaria, camarín de tela donde la novia va oculta á la casa del marido, pienso en los divorcios que aquel día habrá decretado el Cadi, pues en la semana, hay más divorcios que casamientos, por lo que aquí el casarse no es problema, ya que quince días después puede tornarse á la más completa soltería.

No pongo en duda que haya casos de verdadero amor, pero por cada diez de éstos, hay ciento de lujuria, que una vez satisfecha, lanza la mujer á la calle como quien lanza un trapo servido.

¡Pobres mujeres del Mogreb, si la compasión que merecéis vosotras, prisioneras en el hogar paterno, esclavas en el conyugal, meretrices en el del dueño, sin más salida que ir al cementerio á visitar las tumbas de vuestros muertos, ni más ambiente que el del hogar compartido con otras, tomara realidad y se transformara en fuerza efectiva! Entonces las fases de la vida á que tenéis derecho, la libertad por que han llorado miles de generaciones de vuestro sexo y raza, la emancipación del yugo del hombre, dirían á vuestro espíritu cosas íntimas con las que jamás habríais soñado, placeres del alma que ni aún podeis concebir y vuestra gratitud levantaría el pedestal más alto del universo á vuestros redentores.





La Pascua de Aachor. Santos y Locos - - - - - -

III

Estamos en plena Pascua de Aachor, del año mil novecientos cuatro en Tánger y como no ha sido anunciada todavía, más que por el tañer de los panderos y los puestos ambulantes de frutas secas, dulces de sartén y confites baratos, háme ocasionado una sorpresa cuando ésta mañana, quehaceres de mi cargo muzlínico me llevaron á cruzar los Siaguin, las dos puertas de la Medina y el Zoco Du Barra, cuajados de moros de la ciudad, del Fash, de Aindalia, de Zinat, de Mogoga y otros aduares y kábilas del contorno.

Mi automóvil, un rucio corredor de poca alzada, mi chauffeur, un distinguido borriquero de cara negra como el betún y chilaba astrosa como un pingo; un equipo andariego de ocasión para urgencias de momento, al alcance de todo poseedor de media peseta Hassani, me hicieron entrar de lleno--acabando con mis incertidumbres--, en medio de aquel mar de gente musulmana, sobre el que descollaban ginetes escasos y multitud de cañones de espingarda y fusil, cuyas puntas rígidas, eran como admiraciones puestas al borde de las rapadas cabezas y de las puntiagudas chilabas, con que los menos se resguardaban de la luz solar que como ola de oro, formaba el nimbo del conjunto abigarrado de la muchedumbre.

¡Balac, abrid camino!, gritábamos á duo hasta enronquecer el espolique y yo, sin conseguir adelantar un paso en la masa impenetrable, y cuando prisioneros de ella

empujados por la corriente, después de veinte minutos de lucha, logramos atravesar treinta metros de calle, antesala no más del resto del conglomerado, decidí tomar por una transversal que me condujera á lo menos fuerte del mismo, en evitación de añadir nuevos epitetos, á los no muy cariñosos con que algún fanático puso en duda mis creencia religiosas,llamándome el Neserani y Alijud—cristiano y judío,—ofensas graves para mi conciencia musulmana y para mis ascendientes, todos ellos del reino de Landaluz.

Llegué al cabo al final del inmenso enjambre y dilucidaba en mi fuero interno, la cantidad de belleza artística, de efluvio de poesía que emanaba de la gente muzlínica, entregada al placer de comprar dulces y golosinas para festejar los suyos; cuando al cruzar los dos cementerios ví un cordón interminable de mendigos, la voz plañidera, la expresión lastimosa, la mano tendida, acurrucados contra el muro, en demanda de limosna con que atender á su sustento.

Acá, siete ciegos, los siete pecados capitales sin duda, pues la inmensa mayoría de ellos pierden la vista á manos de la justicia del país, entonaban inacabable letanía; más allá un grupo de tullidos, luego leprosos y así sucesivamente, un muestrario de todas las humanas miserias, salido á luz africana, como muestra fehaciente, del abandono y la desgracia en que los humanos pueden vivir.

Y al apartar los ojos del lastimoso cuadro,agobio del espíritu, dieron en la verde alfombra salpicada de tumbas poco elevadas, donde duermen los cuerpos de los idos al paraiso de las huríes, y hallaron novedad en el aspecto que siempre ofrecen de lugar desierto, en que cabras y alimañas buscan solaz y alimento.

Al borde de aquellas tumbas chatas y mal cuidadas, habían surgido innúmeras estatuas de blanco ropaje, que el viento movía para diferenciarlas de las marmóreas de nuestros cementerios. Aquellas eran estatuas vivas, enhiestas unas, arrodilladas otras junto las tumbas de padres, hijos y esposos, todas blancas, con el jaique de elegantes pliegues, que cae ondulado por la espalda hasta el carcañal, y por delante se cierra con las manos, dejando solo á la altura de los ojos un resquicio, atisbo de la mirada que escudriña el camino en la marcha. Y por más que registré buscando hombres que estuvieran cabe los

restos de seres queridos, solo mujeres y niñas ví en toda la extensión de aquel campo de la muerte, cual si en él no hubiera esposas, hijas, ni madres por quien llorar ó á quien llevar una triste ofrenda. Y como las mujeres y las niñas no tienen fórmula oficial para el rezo de sus difuntos, en lenguaje corriente, palabras sueltas de dolor, remembranza de amores perdidos, venían en el murmullo de conversaciones evocación de lloradas dichas, que aquellas afligidas tenían entabladas con los que fueron su ilusión.

Y éste pueblo, que goza en correr tras las golosinas, delicia del paladar de mujeres é hijas que lloran en sus solemnidades junto al lecho de muerte de sus fenecidos; que socorre en el día de Aachor, con el diez por ciento de su peculio las necesidades de sus desdichados; que con estos tres detalles revela tres virtudes; pueblo de estoicos ante la desgracia y de rebeldes ante la injusticia; raza de grandes y esforzados en pasadas centurias, de decrépitos y de ignorantes en la presente; ni por un momento se ocupa ni se preocupa de otra cosa, que de hacer deslizar su vida dentro del marco viejo de sus costumbres y festivales, en las que hay todo un mundo de remembranzas de edades muertas, cual si el tiempo para ellos se hubiera detenido en los siglos medios de nuestra era.

Como en aquellos, la jerarquía subsiste y da preminencias, aún cuando la fortuna lleve á sus dueños el último escalón de la miseria, dato que doy, para que no me juzguen mal mis lectores cuando les noticié, que mi aguador es un santo tal y como suena y si hubiera canonización aquí, les aseguro que las futuras generaciones le contemplarían en efigie en más de una mezquita,—si en ellas se estilaran santos—armado de cuba, para gloria del gremio de los Guerraba,—aguadores—que verían encantados á uno de los del oficio en las milicias celestiales mahometanas.

Es cherif por abolengo, y que es cierto, lo acreditan á diario los que le piden bendiciones ó besan la orla de su chilaba; lo pregona la dignidad con que hace su oficio si alternar nunca en las pendencias y disputas de los del gremio, que con él no las entablan; y su carácter manso, dulce, generoso, que le tiene en la mayor pobreza, es garantía de la alcurnia de sus mayores.

Casto más que José, ni tiene relación con mujeres ni las ha tenido nunca, á pesar de sus cuarenta y pico, voz potente y negra barba, indicios de virilidad; caritativo, hasta el extremo de darle lástima del burro, compañero de glorias y acarreos y dejarlo en la cuadra días seguidos á que descanse, mientras él lleva al hombro la carga; sobrio, hasta alimentarse con lo que encuentra, estimar el pan blanco como regalo pecaminoso y no tener ni la aspiración de una cocina donde aderezar el condumio gustoso y sano; necesitado, como el que tiene que pedir el día veinte un duro de anticipo para pagar el mezquino tabuco donde pasa sus noches; asceta, hasta el punto de dormir siempre vestido, no tener más lecho que el duro suelo y no mudar la ropa de su cuerpo más que de tarde en tarde, cuando fiestas señaladas lo prescriben; sufrido, hasta pasar muchas noches en vela, cuando enfermedades de su clientela reclaman su presencia para recadero; creyente, hasta orar en todo momento pidiendo la intervención de Alah para remediar males agenos; observador de la ley, hasta no probar bocado en casa donde él tenga la sospecha de que alguna vez consumieron tocino; cuidadoso, hasta el caso de al no poder servir el agua por enfermedad, enviar siempre quien lo haga; desprendido, hasta no aceptar por su trabajo más que lo sucinto al sostén de sus necesidades; leal, hasta darse el caso, de que una noche que fué al teatro con unas amigas las señora de la casa donde servía, estando ausente el marido, como viera que al llegar al teatro, le dieran el brazo para entrarla, el hombre se cuadró y dijo: «No debes venir al teatro estando ausente tu marido para que otro te dé el brazo»; fiel, hasta ser capaz del homicidio si alguien le acusa de ladrón.

Casto, caritativo, sobrio, necesitado, asceta, sufrido, creyente, devoto, cuidadoso, leal, fiel... ¿queréis más virtudes? ¿Creeis que en cualquier religión se exija más para figurar en el santoral? Pues así es mi hombre y en Dios y en mi ánima os juro, que ésta criatura del Señor, que se pasa la vida trabajando en el duro quehacer de sacar y llevar agua, es tal y como la he pintado. Trabaja, come lo sucinto, no tiene pasiones, ni aspiraciones, ni vicios... Decidme si con arreglo á todas las leyes que marcan los caminos para llegar al cielo, éste cuitado no está más cerca de él que de la tierra.

Sólo tiene un resabio que le acerca á los demás que no aspiran á santos, de su nación. Debajo de la chilaba, lleva una cortante gumía que utiliza en los menesteres de su oficio y que á veces esgrime en fiera actitud. Dice él solo la emplearía en defensa de Mahoma y de sus amos buenos.

¿Es un simple? ¿Es un santo?. Desde luego no es jerarquía en las escalas del talento y de la santidad, pues no lleva tras sí colectividades fanáticas; es un soldado de filas sin iniciativas, que anda por la senda de la vida en el camino que le depara la suerte y que muchos estiman como el ideal de la perfección. A veces pienso que es un simple, pero en un simple, no caben tantas virtudes ni el amañamiento que él tiene, para todas las cuestiones de mecánica usual en su oficio y en los menesteres de una casa.

Como los europeos le llaman santo y los moros cherif, en santo le dejo.

Los que sospechen que bajo la capa de santidad se oculta un pillo redomado se equivocan, tanta es su buena fé, que el primer convencido de que Dios le oye es él.

Recuerdo, que un día que se perdió un cubierto y la criada insinuó la sospecha de que tenía participación en la pérdida, nuestro hombre se puso densamente pálido, levantó los grandes negros ojos á la altura, tendió las manos juntas y en la actitud del que pide y ora fervorosamente, mientras en su rostro transfigurado se iba borrando todo lo que tenía de aguador y aparecían los rasgos del hombre todo fé, todo convencimiento de la grandeza de Alah, todo respeto, todo sumisión humilde y temerosa, se puso á orar.

Y acaeció, que mientras él oraba pareció lo perdido y entonces cambió de actitud y siguió orando en acción de gracias, con la expresión beatífica de los santos de nuestros altares.

Doy el retrato como muestra, pues no es el único ejemplar que Marruecos posee; aquí hay santos vivos, ascetas que no se dedican á la penitencia por que no se creen delincuentes y queriendo ser útiles, amalgaman el misticismo con el trabajo que les proporciona lo sucinto para hacer una vida independiente y no pesar sobre el país. Su primera virtud, es la de no preocuparse de la religión de los de-

más, ni de sus vicios ni buenas cualidades. Se limitan á edificar con el ejemplo, sin pretenderlo ni saber que edifican. Hombres de este temple y estilo, entre los que van á la Meca á la sagrada peregrinación y entre los humildes de la gleba, no son raros.

Allá va otro santo, pero á éste le ocurre lo que á la moneda hassani, que sólo pasa en Marruecos.

Es también cherif y hace ostentación de ello en el traje verde y en la lanza que siempre lleva en la diestra mano, larga como vara de alcalde de montera y negra de mohosa.

Su tipo, no deja de ser venerable, ni exento de majestad, pero él se lo sabe y lo explota, vive de ello, cobra las bendiciones en ochavos ó en especie, según la ocasión, cura enfermos echando el aliento sobre el pan que han de consumir, ahuyenta los espíritus con el gran rosario de gordas cuentas que siempre lleva en la siniestra mano y cuando no tiene ocupación, canta con voz potente versículos del Korán, bien andando majestuosamente bien sentado entre las dos puertas del zoco, sitio por donde pasan los campesinos, los humildes que ofician de bestias de carga, quizá por lo que tienen de humanas bestias, entre los que él tiene lo más sano de su clientela.

No tiene altar, pero tiene el pie del mismo y como el Estado no le pasa sueldo, del pie vive y á él se aferra, huerta feraz que alimenta su cuerpo algo obeso, pero con un aire de dignidad y suficiencia mística, que para sí la quisieran los del oficio de las demás religiones.

Este más que santo, es un punto que nació Cherif y vive de su nacimiento.

Este otro no es un santo, aunque por tal lo tienen; es un desequilibrado, pacífico, inofensivo que va paseando sus locuras y sus miserias día tras día, de zoco en calle, de puerta en plaza, sin que se le de un ardite, de la humanidad, de sus miserias, de sus pasiones y de sus luchas.

Figurarse un hombre alto, de las mayores tallas, que en lo humano podeis concebir sin llegar á lo deforme del gigante; darle la robustez propia á su estatura para ser proporcionado, piernas que parecen columnas, brazos que semejan palancas; poner un rostro semítico puro en una cabeza caucásica y tendréis el tipo tal y como es. Dentro

de la raza humana, quizá la perfección; trae á la memoria viéndole, á Adan ó Noé.

El torso y el arranque de piernas y brazos no se ve, porque innúmeros harapos, mayor el que más de diez centímetros cuadrados, pendientes de un pico á la chilaba, ocultan por completo la forma y son tantos y tan sucios que suman arrobas de peso; anudados unos á otros sin orden ni concierto, forman en el cuerpo del atleta, jorobas, tumores, barrigas, hondonadas y colinas de lo más grotesco que la imaginación pueda pintar. La cabeza se cubre con enorme paquete formado del mismo género, y las piernas por una soga hecha de trapo, en forma que cuando el hombre se tiende y encoge como para dormir, el que pasa no sospecha que allí hay un ser humano, cree que es un montón de basura al que da gana de rociar con petróleo y hacerle arder si se piensa en la higiene pública. No hay exageración, yo os lo fío.

Creo firmemente que este mísero desprecia á los humanos con toda la fuerza de su existencia. Con nadie habla, á nadie mira, para él no hay sorpresas, todo le es indiferente menos dos cosas, el mar y el cielo. Tiene dos horas en que se vé diariamente en el mismo sitio, á prima tarde en la orilla del mar, abstraido, dejando vagar la mirada por olas y brumas sin que un momento de ellas la aparte. Si algún grupo de chicos se acerca y le injuria ó le hace burla, no tiene para él ni una mirada de protesta, como si fuera sordo, mudo y ciego; digérase que no se entera de la que en torno de él se agita.

Vive de la limosna, que no pide pero que le dan arrojándosela desde lo alto de su cabalgadura, los moros ricos que pasan por su lado y solo en casos de penuria absoluta, se acerca á sus conocidos y les tiende la mano.

La otra hora fija para verle, es cerca de la media noche, en una de las aceras del zoco, no lejos de una tienda de pescado frito, sitio elegido por él para comedor.

A él llega invariablemente con un pedazo de torta de cebada y condumio del puesto inmediato, acompañado de un perro, que apenas toma asiento en el escalón, se pone delante á verle comer agitando la cola y exhalando ligeros gruñidos de alegría. A estos gruñidos respondió así la otra noche:

—¡Oh perro amigo, quizá el único que tengo! ¿porqué

vienes todas las noches á la hora de mi comida?. Tu vienes según sospecho, no por amistad, si no por afán de las raspas que te doy para engordarte. Pues en descargo de mi conciencia te digo que te las doy por que no puedo comérmelas y no tienes que agradecerlo.

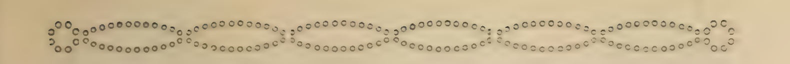
Siguió una carcajada sonora, clara, prolongada al final de la que arguyó en esta forma, mientras el perro gruñía y movía la cola impaciente:

—¿Qué te parece si yo diera otro viaje al puesto del pescado y repitiéramos la comida? Parece que te alegras, pero guarda tu alegría para mañana que por hoy no hay más.

Y puesto de pie, la figura borrosa del infeliz, se puso en movimiento y se esfumó en la sombra de la inmediata callejuela.

Y sin saber cómo, al verle fuerte, varonil, arrogante, pero sucio, haraposo, indiferente, pensé que esté loco pacífico, era la imágen exacta del vetusto imperio, cuerpo ágil bajo inmensa pesadumbre de harapos y miserias, imaginación razonadora sujeta al verdugo del fanatismo, salud de acero empleada solo en la visión del mar y el cielo, una potencia en inacción á la que por caridad hay que despertar para llevarla, mejorándola, á la vida colectiva de la humanidad.





Cajuas y Guembris - -

IV

Era el día caluroso y pesado, un día de esos de Larache—diez años antes de su ocupación por nosotros—en que la atmósfera en calma llena de brumas y de nieblas, agobia con su húmedo contacto. Las tiendas cerradas en todo el Melah y las calles sin tránsito comercial, pregonaban á la legua que el sábado, el día de descanso para los israelitas, discurría en el tiempo como un día muerto para el negocio.

Llevaba cinco horas de soledad y silencio invertidas en pasear en mi habitación ó en fumar, agotando el discurso de la imaginación cuantos temas acudían á la palestra; cinco horas de esos días del Mogreb, que parecen engendrados por el ayuntamiento de la melancolía y del pasado, que sino merecen señalarse con piedra negra, son peores que los que esto merecen, porque no tienen entretenimiento ni asuntos; días harto frecuentes en estos países, lo bastante á ser la impresión de ellos, el más culminante de los recuerdos.

Ráfagas de viento que esfumaron la niebla y deseos de perder de vista las blancas paredes y las oscuras vigas de mi hogar, me empujaron á la calle y de ella á la marina, buscando en las rotas olas de la barra nuevo panorama para los ojos, nuevas impresiones para el espíritu.

Los hebreos de azul y flamante choja,—el fondo del arca—sentados acá y allá sobre las piedras, tomaban sendos polvos de rapé, para entretener el vicio de fumar, prohibido los sábados, parloteaban los chiquillos subidos sobre una barca en la orilla; los pescadores de caña, vistiendo

parda chilaba, inmóviles sobre las piedras que la marea había convertido en islas, cobraban piezas que al salir á flote sacudían desesperadas al hilo del artefacto; los Umanas—administradores—sentados sobre sus piernas tras los pupitres, esperaban en balde asunto, envueltos en sus lujosos suljanes y cobijados por el blanco turbante; allá, tras de la barra, entre la niebla, pitaba un vapor avisando su presencia, y el viento jugaba caprichosamente con la bruma, amontonando sus moles gigantes, ora sobre los montes vecinos, ora sobre el ancho mar, cuyos rumores salían del caos blanquecino con tonos graves y dolientes.

No saciaba el panorama los sentidos ni el espíritu y cambié de rumbo, echando por las pendientes y torcidas calles, hasta dar en un Cajua, café moro, á cuya puerta me instalé sentado en un cojín de anea, dispuesto á ocupar mi tiempo con el cafetero y su clientela, modo de que el tedio me tocase en menos proporción.

Un Cajua, esto es, un tabuco largo y estrecho, pavimentado con una esterilla sobre la que se tienden los parroquianos, en cuyo fondo un pequeño hornillo y media docena de vasos esperan demanda de té ó café para ser utilizados, es en Marruecos el similar de nuestros casinos ó cafés, el punto de los comentaristas de sucesos del día, la matriz que engendra esas bolas de nieve que cuanto más ruedan más crecen y que tan del gusto son de las imaginaciones exaltadas.

Había cierto ornato en el que tomé asiento. Parte de la pared estaba cubierta con esteras de junco y la otra parte tenía pintado un jaiti, tapiz que los moros tienen en gran estima, formando entre una y otro, vistoso zócalo en toda la habitación; los vasos boca á bajo sobre el mismo fogón, alternaban con tarros de lata recipientes del té, café y azucar; sobre el fuego una vasija de metal llena de agua, cantaba las proximidades del hervor; alguna maceta de albahaca y dos jarras rebosando olorosa yerba buena, eran pregoneras del gusto corriente en los marroquíes, y colgadas sobre el fuego, los manojos de quif, brindaban al público los sueños poéticos que dormidos entre sus hojas pasan al cerebro de los aficionados á fumarle.

Había plenitud de público: ocho ó diez moros, máximun de cabida en el tabuco, de cuyas largas pipas se

desprendía el humo acre del achis que saboreaban medio tumbados ó tumbados del todo, entre sorbo y sorbo del aromático té; el proveedor de las pipas, picaba el achis sobre un tablero, con acerada navaja; el cafetero servíavasos del humeante líquido,y la orquesta,dos Guembris y una pandereta, apagaban sus melodías en el cantar estrepitoso que á grito herido y á boca abierta, en toda su magnitud lanzaban al aire los instrumentistas; un cantar de amores todo lamentaciones, cuyos ecos recuerdan las soleares de nuestra flamenquería; un ¡ay! continuo, alternando con «mis ojos, mi luz, mi estrella, mi vida», el antiguo cliché de nuestros bardos de la Edad Media.

Cuando cesaba el cantar, la conversación se entablaba animadamente. Era el asunto de ella los franceses y el Tuat y había que ver la facilidad con que el patriotismo improvisaba epopeyas y victorias que hacían de las kábilas, heroicas legiones cuya honradez les impedía apoderarse de la Argelia.

Un camellero, que venía del Este, según decía de la región de Tafilete, traía noticias frescas de los últimos sucesos, cruentas batallas en que los franceses de tal modo habían sido derrotados, que los que no eran muertos eran prisioneros, dándose el caso de venderse cada neserani—cristiano—á jansá de rial—cinco duros—. El camellero no afirmaba haberlo visto, pero gente de Fez con quien él había acampado la última noche, lo había asegurado y pronto vendrían las noticias oficiales á los kaids y Bajás de ésta zona.

Y aquí los ¡Aláh! y los ¡Handu li Lah! y demás alabanzas con alguna mirada de triunfo y conmiseración hacia mi persona, por lo que tenía de cristiano—ya sabían ellos que no era francés, — y que colegía el asunto por las frases del idioma que se me alcanzaban y por la actitud de aquellos patriotas, de tan fáciles tragaderas para todo lo inverosimil como esto redundase en gloria de los suyos.

Fué interrumpida al fin la conversación por un nuevo cantar que me llamó poderosamente la atención porque la palabra Landaluz, Andalucía ó andaluz parecía formar el cuerpo de doctrina del mismo, tanto que pasando un judío que formaba parte de una orquesta musicante, — que

dicen en el país—le invité á tomar té y le pedí me tradujese el cantar que resultó ser como sigue:

«Se alegró mi enemigo de mi desgracia; la celebró con fiestas y torneo. ¡Aláh te dió mis tiempos y las suertes cambiaron! ¡Qué lástima de mi hermosa Andalucía! ¡Ya volverán días nuevos y mis penas serán tuyas! ¡Pido á Aláh que me vuelva a mí tierra y que me ayude en la empresa! ¡Aláh, por tu edén pido y por el sitio que en él me toca, me ayudes á conquistar la casa de mis padres y que llegue la hora alegre de habitar en ella con los míos! ¡Qué lástima de mi hermosa Andalucía! ¡Granada hermosa, la patria de los míos, paraíso de descanso y hermosura! ¡Qué días tan alegres pasaré en tus florestas y en tus jardines! ¡Cómo en tus tardes, entre azahar y claveles, gozaré de la hurí de mis amores! ¡Qué lástima de mi hermosa Andalucía!»

Canción histórica llena de dulces y tristes recuerdos que parecían vibrar entre las cuerdas de los guembris que cada vez que Landaluz sonaba, dejaban escapar trémulos trinos y arpegios, cual si llorasen la casita blanca, el hermoso cielo, la floresta humbrosa, el idilio de amores; perdido todo á golpes de maza y botes de lanza, que lloran veinte generaciones, cuya impotencia dejó morir la ira guerrera, y guarda en aquellos cantares el dolor que causa el bien perdido para siempre.

Acabó la canción á punto, que en uno de los fumadores había hecho el quif el sumum de sus efectos, dando ocasión á que tomasen cuerpo en él los belicosos sentimientos que las relaciones del camellero habían despertado en su pecho, y abandonó el café con actitud resuelta, tomando plaza entre los moros que sentados en la acera de enfrente, á la puerta de un expendedor de quefta—carne picada—sazonada de muchas especies y asada en forma de cilindro que se arma alrededor de su eje de hierro, iban por turno consumiendo aquello que de las ascuas pasaban á un trozo de pan que cada uno tenía en la mano.

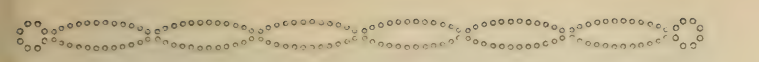
El saturado de quif comenzó á dar noticias, en las que hasta creo él figuraba como héroe y sabe Dios, hasta donde hubiera ido en aquella apología del valor mauritano, si uno de los que le escuchaban no asegurase, que él venía de Fez donde nada de aquello se decía y que había encontrado en el camino un correo de Tafilete que le

aseguró que aquellas batallas, habían sido derrotas paralos moros, á los que los franceses habían tomado terreno y hecho muchos muertos y heridos.

Conforme esto oyó el embriagado, comenzó á apostrofar al sensato, llamándole perro cristiano y de ahí para arriba, lo que dió lugar á que se armase un tiberio entre musulmanes, en que las palabras ¡Cafer!, ¡Carrán!, ¡Jarami!, ¡Jara! y otras lindezas que no quiero traducir, sonaban como tiros.

Los del café, habían tomado parte por el del quíf, los compañeros del otro, por su compañero, y todo eran voces extentóreas y brazos en alto, que jamás llegaban á caer sobre los contrarios, hasta que unos y otros tomaron en revuelto montón el camino de la alcazaba, decidido cada uno, á ser el primero que diese parte al Bajá de los desmanes de su contrincante, modo que tienen de acabar siempre sus cuestiones, pues es muy raro que estos hijos de Mahoma pasen á vías de hecho por discusiones y palabrería.

En tanto, los guembris volvieron á hacer vibrar sus cuerdas, el cafetero siguió acurrucado junto al hogar como hombre acostumbrado á estas revueltas, la noche se acercaba enviando su crepúsculo, y un moro tumbado en una estera colocada sobre un terradillo, desde donde el mar se dejaba ver, seguía compartiendo su atención entre éste, una maceta y un canario colocados al alcance de su mano, en cuya ocupación, transcurrían largas horas, para él dulces y plácidas, como el mayor bien y el más regalado deleite.



Zambra, Música y Poesía

V

¡Zambra! Alegría, orquesta, cantares, panderetas, bulla, mujeres que bailan, manos que palmotean, gritos de ¡uy! ¡uy! representación viva de todos los placeres del Mogreb. ¡Zambra! No la corriente de la flamenquería, amanerada, empalagosa y falsa, sino la genuina, la que practican los que no saben otra manera de celebrar sus faustos sucesos, sin que lo inocente sea substituido por lo indecente, sin que el genio artístico de la que baila, se permita intromisiones que no autoriza la preceptiva de este género de sport, sin que el sexo fuerte tenga representación en los números.

Estaban allí sentados á la moruna sobre una alfombra los Musicantes, ante la surtida bandeja de té, al lado de la botella de aguardiente, empuñando violines, cítaras y panderetas, manejadas con todo vigor.

Allí estaba el famoso Hadan, la cabeza cubierta como las mujeres, con amplio pañuelo de hierbas al uso judío, cuyo nudo tapa la canosa barba de luengas guedejas, arrancando tremolos con el arco, que le valieron hace años una casa regalo del sultán; allí Musi, artista en metales y violinista entusiasta; allí Mohamed el Faci con enorme cítara, que hería en sus cuerdas con acerada punta con tanto vigor y energía, que plenamente quedaba confirmado el epiteto de incansable que la fama le adjudica: allí los hijos de Hadan, que comenzaban su carrera artística tañendo guzlas y panderetas; un sexteto en regla, la mejor orquesta del país en toda esta zona, desde Fez á Tánger, desde Larache á Tetuán.

La larga y estrecha sala rebosaba de invitados é invi-

tadas—más de las segundas que de los primeros—casi todas hebreas; las casadas con las cabezas cubiertas por el pañuelo de irisados colores, en cuyo borde,los alfileres de oro prendidos lucían esmeraldas y otras piedras; las solteras sin otro tocado que sus cabellos, y todas con colores de tonos subido en faldas y cuerpo; entre ellas dos ó tres moras casadas con argelinos — que merced á la influencia de la educación francesa, habían pasado de la categoría de enjauladas á la de libres—mostraban su belleza realzada por el traje nacional; pañuelo con fleco de oro á la cabeza, no anudado bajo la barba, sino ceñido de la frente al occipucio, marco de cabellos en torno al ovalado rostro, aretes grandes como pulseras en las orejas, túnica roja ceñida á la cintura por faja de seda, una segunda túnica de vaporoso encaje que amortiguaba algo el color de la primera, y una carga de aros de oro y plata en todo el antebrazo.

Negras garridas, esclavas del anfitrión, pasaban sirviendo té y dulces morunos, completando el cuadro, unos cuantos moros de blanco alquicel y varios europeos invitados por el dueño de la fiesta; un hebreo adinerado que circuncidaba su primogénito.

Todos allí mezclados, sentados á la moruna sobre la estrecha colchoneta que corría álo largo de la pared,algunos en sillas, otros en cojines en medio de la estancia;cuadro animado, verdadero popurrí de trajes,colores y razas.

En torno de la música, cuatro ó seis hebreas dignas por su belleza de figurar al lado de las Rebecas y Judit de la Biblia, batían palmas al compás de aquellos músicos cantores, formando entre cuerdas, voces y batir de manos, un ruido acompasado que no me atrevo á llamar músico, porque creo firmemente que no hay pentágrama para sus notas, ora prolongadas, ora fugaces, cual si tuvieran miedo de ocupar unas el sitio de otras; pero siempre agudas, estridentes, ganosas de llenar todo el ámbito de la estancia y escapar luego por puertas y ventanas, llevando sus ondas, pregón de alegría, lo más lejos posible, para que pueblo y campos supiesen del festejo y de la esplendidez de aquel señor.

No me atrevo á decir que aquello despertara el sentimiento músico,pero sí que hizo mella en mi ánimo, cuando el ¡Ya Saffi!,la canción de Andalucía que en el anterior

capítulo cito, seguida de otra que se ocupa de la pérdida de Málaga por los moros, dió sus lamentos al aire, con tonos dulces del que llora irreparables desgracias, con acento de imprecación del que á tiempos y á dioses llama en su ayuda, mella que se acentuó, cuando una israelita moza de dieciocho años, alta, esbelta, formada como escultura del mejor artífice. con unos ojos más negros que el pelo casi azul de negro; se levantó con el pañuelo cogido por las puntas de la diagonal y tomó la actitud académica del baile, haciéndonos sentir á todos algo que vibró á compás de los !uy! ¡uy! que los agolpados á la puerta, sirvientes de la casa y algunas de las hembras que en el salón estaban, lanzaron al aire alentando á la bailarina.

¡Y que baile! un compás de pasos menuditos con estremecimientos de las bien formadas caderas, sin levantar los pies del suelo, corriendo el hueco que dejaban los espectadores, intercalado con algunas vueltas en redondo y algunos cambios de posición en el pañuelo, que dejaba admirar el busto, de vez en cuando, en toda su soberana esplendidez. Que aquello no tenía nada de pornográfico se echaba á ver en el decoro y seriedad de la bailarina, á quien madre y hermanas alentaban con palmoteo y ¡uy! ¡uy!, y que tenía mucho de incitante se veía en moros, judíos y cristianos. Duró aquello unos diez minutos; calló la orquesta al sentarse la hermosa zagala, y los vasos de aguardiente, los dulces, el café, la cerveza, y el té, corrieron en profusión de mano en boca, sin que faltara alguno que hiciera correr los sólidos de la mano al bolsillo, para llevar á los suyos muestras del festival.

Y á las dos horas de estar allí, entre cantos, bailes, palmadas, aguardiente, en zambra en una palabra, á pesar de las olorosas pastillas, que en pebeteros de metal se quemaban de tiempo en tiempo para perfumar el ambiente; el olor de las multitudes, impregnaba la atmósfera y unos cuantos abandonamos el local.

. . . .

Tomando una empinada cuesta en cuyo centro un arco antiquísimo ostenta su graciosa curva, llegamos al Zoco, en uno de cuyos lados multitud de moros sentados formaban ancho semicírculo, campo de acción de un gallardo mozo, cuyo airoso porte, salía de los deslucidos trapos de su vestimenta, con tanto brío, cual si sedas y

brocados fueran aquellos. Al aire la musculosa pierna, desnudo el pie negro y calloso de las jornadas, cruzado el pecho por el tahalí rojizo del que pendía arabesca gumía, la voz algo velada por el continuo charlar, con velos que no apagaban las inflexiones de aquella oratoria de la que todos estaban pendientes, suspensos, maravillados, el moro declamaba; sin que de la turba de niños, hombres y ancianos, del confuso montón de turbantes, chilabas, suljanes y harapos guiñaposos, saliese una voz, un susurro á interrumpir la interesante narración.

Frente al grupo, á espalda del narrador nos colocamos, dedicado yo á estudiar el movedizo orador, que llevaba su mímica hasta cambiar de actitud y sitio en cada momento, y algunos de los de mi grupo á enterarse, pues poseían el idioma.

«Es un Bardo histórico—me dijo uno—que se ocupa de Almanzor» y allí seguimos un cuarto de hora más, estudiando en el rostro colectivo del público, la ansiedad que despertaba el relato de épicos combates, de gloriosos triunfos y de brillantes hazañas.

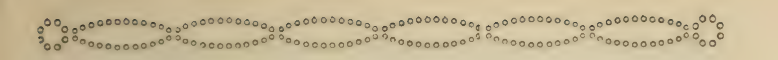
Al final, lo de costumbre, la bandeja de metal haciendo colecta de chapas—moneda mínima—sustento del juglar, era llevada por un chico ante el apretado público, que depositó en ella mugrienta calderilla, hasta que uno de los nuestros sintiéndose Mecenas, llamó la atención del Bardo con las palabras ¡Ah Rayel! mostrándole una peseta, tributo de su compasión ó de su dádiva.

Volvió el moro la cara, miró al generoso y tornándola al público exclamó:

¡Aláh sea con nosotros el día de la guerra santa! sin dignarse aceptar la extranjera limosna.

La vanguardia de las tinieblas caía de lo alto y todavía la bandejilla cargada esta vez de realitos, premio de aquel decir patriótico, iba de grupo en grupo aumentando cada vez su montón.

Nuestro compañero quería armar camorra por el desaire, de lo que le disuadimos, primero porque á nada bueno podía conducir, segundo, porque era hermosa la actitud y la frase de aquel mozo, libro viviente que en las hojas de su cerebro, llevaba escrita la Mauritana historia y que hubiera sido mal libro, si en sus líneas no palpitáse el entusiasmo patrio.



El Zoco de Alcázar

VI

Con los primeros albores del día, se abrieron mis ojos apenas tres horas cerrados por el sueño.

Ya mi compañero á medio vestir, la había emprendido con el Wyski que apuraba á sorbos, partiendo el campo con un moro que con estrépito de sorbetones bebía té del que vino á mis manos un pocillo.

Media hora después estábamos en franquía, pasando revista á las tiendas y visitando enfermos, que enterados de mi estancia en Alcázar, en aquellos tiempos—mil novecientos—esta ciudad no tenía médico, acudían en demanda de remedio á sus cuitas.

Tiene la población faz propia, legítimamente moruna y en aquel tránsito por el Melah y por el barrio moro, el olfato y la vista esquivaron temerosos más de una vez, focos de inmundicia, propios de pocilgas no de pueblo; no faltando otras en que sirviendo de puertas al espíritu diéronle solaz y recreo, permitiéndole analizar el conjunto que ofrecían, aquellas calles cubiertas de toldos, esteras y ramaje, barrera puesta á las fogosas caricias del sol, cedazo por donde la luz se filtraba á duras penas; aquellas tiendas y aquellas Fondak, que sirven de hospedería á los caminantes, de bolsa á las transacciones mercantiles, de solaz á los vagos que encuentran en ellas café, aguardiente y música, y de apeadero á los mercaderes ambulantes que en ellos establecen sus tiendas portátiles; aquellas casas en cuyas puertas—más de madriguera que de hogar—alguna judía nos miraba pasar con espantados ojos, ro-

deada de una caterva de chicos, ó mirábamos nosotros á algún moro de aire indolente, sentado en un cojín de anea que maldito el caso que nos hacía; aquellas vías en las que hombres y animales discurrían en tranquilo consorcio camino del zoco, los primeros gritando ¡balak! para no arrollar al público y de entre los segundos, los camellos dando mugidos tremendos, protesta del cansancio ó síntoma de rabiosos amores.

Dimos al fin en el zoco que ya llenaba, esto es, que estaba en plenitud de víveres y criaturas, emplazado en el lecho mismo de un riachuelo, que en las grandes lluvias inunda toda la población, pero que en aquel tiempo estaba seco.

Dátiles de Fez, butiro, leche, reses, aceite, cereales, lana, lienzos, acémilas, miel, cera, gallinas, conejos, palomas, azúcar, fruta; todo, todo cuanto el país da para la industria y la mesa estaba allí apilado, dispuesto á ser trocado bien por dinero, bien por efectos de necesidad para el poseedor, y allí blancos y negros, judíos y algún europeo, chicos, mujeres, peones y jinetes, vigilaban su mercancía ó discurrían de acá para allá, comprando y vendiendo, presentando á la vista innúmeros harapos, mugrientas chojas, jaiques blancos un día, enormes turbantes, raidos suljanes, negros bonetes, gorros colorados; todo en montón informe y movedizo, surcado de vez en cuando por las De-lal—vendedores de objetos en subasta,—que el brazo en alto, en el que muestran el objeto de venta, van gritando « jaras jaras » — tal y cual—el precio del mismo, y así cruzan el zoco de punta á punta varias veces, dando salida á trapos usados, armas ó menage de casa, artículos que se expenden en esta forma, por ser la mayor parte de las veces presas del fisco, ó remedio de necesidades del momento, que obligan á realizar en el día.

Una moneda antiquísima de peso de seis pesetas, con el sello del sultán grabado á martillo, adquirí yo de uno de los De-lal y renuncié á espingardas, gumías, rollos—pulseras—de plata y oro y besines—alfileres de estos mismos metales—con que las moras se prenden los vestidos en el pecho, por que mis amigos no consintieron me dejara explotar, por aquellos comerciantes de la puja, que saben manejarla en forma adecuada para coger incautos fácilmente.

El cuadro era animadísimo; las transacciones fáciles aumentaban el movimiento con el cargar de mercancías, en camellos, mulas y borricos, que salían al campo, á Larache y Tánger, muchas de ellas con buen golpe de moros armados, ó iban á esconderse en los almacenes de los acaparadores, en espera de mejor precio; á veces surgía un escándalo, en el que por regla general, figuraba un judío comprador, que ó daba menos dinero del estipulado, ó se llevaba más género del pagado, jurando con grandes voces que aquel trato le había arruinado, mesándose cara y cabellos, pero sin soltar el género ni el dinero, mientras el moro clamaba á Aláh, hasta que acudía el jalifa y dirimía la contienda partiendo la diferencia, con lo que el hebreo salía con su propósito y el moro clamando ¡Alatif!, ¡Alatif!; imprecación que adoba la conformidad con el despecho. Y menos mal si la justicia, que por artes nefandas está siempre al lado de los acaparadores, no seguía las actuaciones y en un día acababa con la mercancía en concepto de costas, por lo que muchos moros, cuando el judío comienza á gritar, se dan por satisfechos, temerosos de que la justicia ¡les haga justicia!

También vimos grupos humanos de hasta cinco personas, sentados en el suelo, en espera de comprador, exhibiendo casi por completo las carnes, mirando con estúpida indiferencia su triste suerte, como quien está resignado ó convencido y sólo desea un amo, que le pegue lo menos posible y atienda á su sustento, conformidad mahometana, que es lo más típico de su moral. Hasta creo que una mulata joven, de facciones bastantes regulares, estaba deseosa de colocarse pronto y cambiar de amo, según clavaba los ojos en los moros que entraban en trato, sobre todo si eran jóvenes y de señoril aspecto; deseo de fácil explicación, pues cuando las esclavas se convierten en madres, tienen abierta la puerta de la libertad, esto es, no pueden ser vendidas á otro según las leyes del país y si el amo se cansa de ellas, tiene que declararlas libres.

Entre estos lotes de carne humana, ví uno que debía de ser de mucha estima, según el número de compradores que traían al dueño de él de acá para allá, con recados y ofertas. Consistía éste, en dos mujeres que arrebujadas en sus mantos, sólo se descubrían al que intentaba

comprarlas, pudiendo colegirse por su apostura y gallardía, que no eran saco de paja y afirmarse que eran blancas por lo que se veía de los carcañales y manos.

Aquella idas y venidas con secreteo y aspavientos, tienen explicación, en el hecho de estarse vendiendo á la puja y de no ser esta pública como en Fez y Marrakés, para evitar la protesta de los agentes consulares que varias naciones tienen en Alcázar, que si en parte dificulta el tráfico de seres humanos, no lo anula por completo, pues allí está el mercado y no lejos de él el notario, que pluma en ristre espera la hora de extender contratos de esta clase.

Lo único que se hace es cubrir la forma, suprimiendo el pregón y la subasta pública y cuando se trata de venta de mujeres guapas y el mercader las presenta vestidas para mayor realce de su belleza, cubren ésta y trajes, con el manto clásico de las mujeres marroquíes.

Ya era hora de ver al Jarjali—motivo de mi ida á Alcazar el día anterior — y cruzamos el zoco, llenos de conmiseración hacia las reses humanas en venta, que indudablemente estaban más resignadas que nosotros con su suerte, pues ni sombra de despecho se vió en miradas ni ademanes de ninguna de ellas; atravesamos la compacta masa, sin aceptar los vasos de leche que nos brindaban los vendedores ambulantes, ni las escudillas de agua que con campanillas anuncian los guerrabas --aguadores--cuyo único vestido por delante, es un mandil que apenas si les cubre lo que al pudor ofende y por detrás, un harapo, sobre el que el odre lleno, brinda á los sedientos el placer de convertirse en saciados, hasta que al fin, saliendo de la muchedumbre, dimos en la calleja do mora el Majácen, encarnado en la persona de mi cliente.

Tan mejor estaba mi gobernador, que Aláh el Barec Fic—Dios te bendiga—fué su primer palabra, á la que yo correspondí con otras propias de la más legítima galantería marroquí, extremando los dos tanto la nota amistosa, que me juraron mis acompañantes que había estado muy en mi papel y que creían expontáneos en el Jarjali aquellos ofrecimientos de sus huertas y jardines, para cuando quisiera traer los míos á gozar de los idilios campestres, amén de sus caballerizas, lo mejor de esta zona en sendas mulas y briosos caballos, para el transporte y lucida

escolta, para caminar seguro y tranquilo. Agradecí aunque no he utilizado tan corteses ofrecimientos y después de ponerle plan me despedí, pues aquel mismo día había de tornar á Larache, obligado por quehaceres de mi profesión.

Y tan decidido fué mi propósito, que después de dar otra vuelta por la población, hacer hora para el almuerzo jugando un mate con un Cherif de gran influencia en esta zona, que maneja muy bien sus piezas, y almorzar; hetenos otra vez á caballo camino de mi hogar, bajo el chaparrón de fuego con que nos obsequiaba el rutilante astro, que inundaba de polvo luminoso cielos y campos, verdadera orgía de luz brillante, danzando en los rastrojos y en las doradas cañas de las mieses.

Todavía antes de llegar al vado, volvimos la vista á Alcazar, que anegada en las olas de aquel mar luminoso, nos mostraba la parda cinta de sus murallas guarnecidas de cigüeñas, la elegante silueta de sus trece minaretes, en las que el ligero viento desplegaba la bandera blanca que indica el sol llegó á su mayor altura, las nítidas cúpulas de sus Marabus, los reflejos metálicos de las tejas vidriadas de verde, que pregonan la gran estima del lugar que cubren, conjunto medio de ciudad, medio de necrópolis, que dá al espíritu idea de grandeza caida, que hace sentir la melancolía del pasado.

Picamos y ya pasado el río, que para hacer más melancólico el sitio, se desliza sin ruido, más como el que huye que como el que transita, avistamos un campamento; media docena de tiendas de campaña como á unos dos kilómetros á la derecha de nuestro camino. En derredor de él se veía hormiguear buen número de gente y partimos en su dirección para verlo más de cerca, pero no habíamos andado la mitad del camino, cuando un moro se destacó del grupo, y al galope de un caballo de raza, vino á nuestro encuentro.

Era el tal un hijo de mi enfermo, cuya jerarquía estaba escrita en sus lujosas vestiduras y los ricos jaeces del caballo, que no nos permitía el paso mientras no nos dejáramos agasajar, muestra de gratitud á mis cuidados para con su padre, y cruzando campos de mieses en los que unos trecientos segadores, casi encueros algunos, la cabeza al aire, otros, los menos, con ancho sombrero de palma,

abatían á golpes de hoz la sábana amarilla, dejándola en los surcos, desde donde hecha haces por mujeres, era trasladada á sitio oportuno para formar montón enorme, destinado á la trilla. Muchos montones se veían en todo aquel campo pues ya la siega tocaba á su término.

Conforme íbamos cruzando, se incorporaban á nosotros ginetes que esparcidos acá y allá entre los segadores vigilaban la operación, todos apuestos, gallardos, bien vestidos, la flor y nata de los moros de Alcázar, que acude á las faenas agrícolas en son de diversión y esparcimiento, como quien halla ocasión de echar un día fuera, en la libertad que brindan los campos, donde al mismo tiempo que se cuida el fruto, se hacen carreras de pólvora, se tira al blanco y se cobran liebres y conejos.

Cuando echamos pie á tierra y entramos en la amplia tienda, cuyo suelo cubría mullida alfombra morisca, nos sentamos á la redonda y las bandejas de té, las frutas sazonadas y los perfumados dulces de la cocina mora, hicieron menos sosa la conversación que mis amigos, perfectos poseedores del árabe sostenían con nuestro anfitrión. Mientras tanto allá fuera los infelices segadores, que no tenían jornal, porque el bajá impone como tributo á cada aduar un número determinado de hombres y mujeres,—brazo gratuito,—seguían abatiendo el dorado fruto, bajo el sol de fuego.

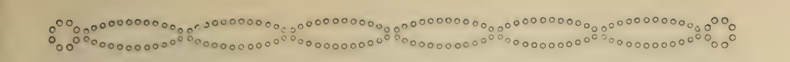
En honor de la verdad debo hacer constar, que aquel trabajo al caer la tarde iba á tener su compensación. En una de las tiendas vi rimeros de pan, odres de leche agria y enormes ollas de cuzcuzú, destinado todo á refrigerio de la pobre gente; generosidad no muy corriente en los kaid, que por regla general utilizan la gente y luego la envían á cenar á sus jaimas.

Pasamos hasta una hora, en la que no faltaron las consultas de rigor cuando hay un médico en un sitio, y partimos al fin acompañados hasta el Adir, por los galantes kaseris, que formaban lucida tropa de agradable aspecto. Cuando nos separamos corrieron á todo empuje de sus caballos y el viento al agitar sus amplias vestiduras daba al grupo aspecto fantástico, que pronto se esfumó en la nube de polvo que levantaban los hermosos brutos.

Encontramos en el Adir, ganados, praderas, muje-

res majando mies, chiquillos que pedían cigarros; luego hallamos las huertas de Larache con su fuerte olor de azahar, con sus verdes setos, tras de los que melodías de guembris, cantares del país y alegres risas, bullían en grato murmullo; y luego las murallas y sobre ellas la azotea de mi casa, desde la que los míos me saludaban agitando sus pañuelos.





De Tanger á Arcila

VII

No era aun la del alba, cuando á caballo, á mulo y hasta á asno, estábamos todos en demanda del Mediar, primera etapa de nuestro viaje de tres días, para desde Tánger alcanzar Larache. Habíamos montado en la puerta del convento franciscano, cuando las cuatro aún estaban por sonar y por cierto que si me tardo un poco más, hubiera hecho sólo esta primera etapa, pues ya caminaban los demás y mi cabalgadura atada á la verja de la casa, debía estar temerosa de la separación de sus congéneres.

Pero llegué á tiempo de que la querencia avivase el paso de ésta y la puerta del zoco de afuera nos dió salida á todos juntos.

Aún estaba éste desierto de vendedores y solo en torno de algunos kaitones,—tiendas de campaña bajo las que dormían traginantes y mercaderes--los camellos echados sobre sus rodillas, avisados por el ruido de nuestra marcha, movían en la sombra sus largos cuellos, de cuya punta pende su insignificante y estulta cabeza.

La penumbra de las claras noches del estío africano nos dejaba adivinar estos campamentos, establecidos entre las pilas de basura que los detritus del mercado siembran acá y allá, para mostrar, según decía el eximio pintor Benlliure, hermano del escultor del mismo apellido, que coincidió conmigo años atrás en el Bristol Hotel «Las bellezas de la inmundicia».

Era ya la del alba, cuando no por el camino corrien-

te y usual sino por el atajo, estábamos sobre una eminencia que domina Tánger y su bahía. Nos detuvimos para admirar el paisaje que pronto perderíamos de vista y sobre mi conciencia digo, que pocas cosas tan hermosas he visto.

La línea blanca y rosa de la luz que nace primero, luego el sol levantando su disco rojo, ofrecieron á los ojos como manjar delicioso para el espíritu, en el confín lejano las costas de la hermosa España, cuyas colinas, en días sin brumas como éste, enseñan sus blancas casitas rientes en sus verdes nidos de follaje, Tarifa puesto avanzado como una amenaza, en las aguas del entonces tranquilo estrecho y más á la derecha, un mogote negro como una mancha en una conciencia, el monte de Taric, Gibraltar, la plaza inglesa, conmisura sombría de la siniestra boca del Estrecho.

Luego el mar azul, en cuya tersa superficie la luz se extiende perezosa y ténue como en lecho blando de amores, que cubre de castos besos, cuyos ecos mueren en las rompientes de la africana playa, cinta de arena encorvada entre Cabo Espartel y Gibel Muza. A la izquierda el mar inmenso, delante el mar prisionero entre España y Africa, á la derecha la boca del Estrecho y los montes azules que el año sesenta fueron teatro de épicas hazañas de la raza hispana, á los pies Tánger, mostrando el tablero de sus blancas azoteas, entre las que se levantan los minaretes de las mezquitas, menos altas que la vestuta Alcazaba de rojizos torreones, inofensiva fortaleza; y más cerca el Marchand y el monte, cuyos hoteles y blancas casas, parecen fugitivas del cerco de ruinosas murallas, escondidas en un bosque de jardines y huertas, y como nota de vida en el conjunto, velas latinas como copos blancos y vapores cubiertos de negro penacho de humo, surcando el limpio espejo de las aguas.

No suspiré como Boabdil el Chico ante la Granada de sus ascendientes, pero si dije como muezin creyente ¡Dios es grande! mientras procuraba guardar en mi espíritu le impresión recibida.

Pero no había que detenerse, pues convenía estar en el Mediar, antes que aquel que tanto me entusiasmaba escalase las alturas, un sol de Agosto que si poético le encontraba al escalar el cielo, era capaz de freirnos una

vez que hubiese escalado las cumbres, por lo que picamos, comenzando á bajar la pendiente que había de llevarnos á puerto de abrigo.

Delante iba el Reverendo Padre, Fray Francisco Cervera, Prefecto de las Misiones Católicas de Marruecos, varón de preclaro talento y más preclaras virtudes, montado en senda mula, enjaezada á la moruna, todo regalo del Sultán; á un lado de él, el hermano Fray Domingo, el fraile más simpático que he visto; al otro, el guía, Sidi-Mohamed El Afia,--el fuego—que cubría su cabeza con el distintivo de los askaris, el gorro colorado terminado en punta y su cuerpo con las farachias, chilabas y suljanes que uno encima de otro se encajan en las solemnidades los moros; luego formábamos otro grupo el hermano jardinero y cajista de la imprenta, un moro de Racada, aduar próximo á Larache, que venía con la menor cantidad posible de ropa y la cabeza al aire, al cuidado del burro, portador del condumio, lo más preciso para acampar y mi maleta, y yo que me había provisto de un helmet colosal adicionado de una cogotera, precaución muy legítima en éstas empresas de caminante africano; y en fin alternando en uno y otro, dos señores de Tánger, condueños del Mediar, que ginetes en buenos caballos enjaezados á la europea, nos acompañaban hasta este punto.

Mi cabalgadura, un mulillo de poca alzada, con paso de filósofo resignado y trote cochinero y desesperante, también había sido enjaezado de ésta última manera, pero ¡que jaeces!; el bocado sin cadena de barbal, que hubo que sustituir por un bramante, la silla con la correa de la baticola rota, los estribos pendientes de cordeles, en fin era cosa de preguntar si el alquilador tenía intenciones de que yo quedara en el camino, ó convertido en infante á las pocas horas de ginete.

Fray Domingo entre bromas y veras se mostraba incomodado con aquél, pues él había sido el que el día anterior, cuando convine con el reverendo Prefecto hacer el viaje juntos, buscó la caballería que había de transportarme, pero no había más que conformarse y por vericuetos y despeñaderos seguimos, cruzando nuestro paso con algunos campesinos moros é infelices moras, que cargadas como acémilas acudían al zoco. Después de todo, prefería los jaeces malos de mi jamelgo á aquellos

otros que llevaban la demás caballerías, una silla moruna de altos borrenes y tan abierta, que nunca he podido acostumbrarme á su uso.

Bajábamos por un derrumbadero de suelo pedregoso y desigual, cuando avistamos el Mediar, todavía á una legua de nosotros. A medio camino, el Meserah Hadar, algo lleno por la marea, nos cortaba el paso, por lo que había que esperar la baja mar para vadearlo, ya que los puentes aún estaban por hacer en los ríos del Imperio.

En la orilla en que nos hallábamos, un grupo de higueras solitario, única arboleda que habíamos visto desde nuestra salida de Tánger, podía defendernos del sol y destacamos al guía para que tomara posesión de una de aquellas mezquinas sombras. Cuando llegamos, vi acá y allá esperando el paso ó sesteando, los grupos de musulmanes que iban hacia Tánger, y tres kaitones, que encerraban otros tantos kajuas, establecidos para los tragineros, por moros comerciantes del camino.

Por seis blanquillos—cinco céntimos—se toma café ó té en estos sitios, adicionado este último con hierbabuena.

No tuve tiempo de echar pie á tierra, cuando un moro se destacó de uno de los grupos y en español un tanto arabizado me saludó afablemente.

Al punto le reconocí. Era éste, un hombre de veinticinco años, fuerte, de mirada expresiva, locuaz en extremo cuando empleaba el árabe ó el francés, un tanto tardo en el decir cuando empleaba el español, pues los trés idiomas poseía, que había sido mi cliente en una ocasión.

Pero he dicho un moro y dije mal, un europeo con traje de moro es el tal Mohamed el Kaseri, sabedor además del Korán, de las Matemáticas, la Filosofía, la Geografía, la Literatura europea y la Historia, sobre todo la de Francia; en fin una obra maestra en clase de profesor de escuela en Alcázar Kebir, punto donde los franceses, que le habían educado desde la infancia en un buen colegio de Orán, le tenían subvencionado y con escuela abierta de día á los niños y de noche á los adultos y que según mis informes estaba bastante concurrida. En resumen, una semilla francesa colocada en el centro de Marruecos, arrojada blandamente entre las ideas dominantes en el Mogreb.

Senteme á la moruna en la esterilla que junto á un Kajua

compartía mi amigo con cinco ó seis compañeros de Alcázar, blancos unos, negros otros, pero todos fuertes, robustos, rapada la cabeza, excepto en las regiones temporales, de las que pendías negros rizos sujetos arriba por la funda de la espingarda, arrollada en torno del cráneo, único sombrero que les cubría, vestidos con una camisola que llaman farachía, sobre la que lían un mugriento jaique y descalzos de pie y pierna, gente pobre, medio sirvientes, medio amigos del maestro, que armados de largas espingardas venían desde Alcázar, para echar un nudo más en el lazo de la amistad, que aquel protegido de Francia les otorgaba y que les podía sustraer, en momento de apuro, á las arbitrariedades del Bajá.

Humeaban en las manos los vasos de Mogoli—el té de que he hecho mención—cuando Mohamed me contaba, que por haber enseñado á sus alumnos además de la lección del Korán, un poquito de constitución francesa, el Bajá, á cuya autoridad estaba él sustraido, había logrado del moro dueño de la casa en que habitaba, le lanzase de ella prohibiendo fuesen á su escuela alumnos genuinamente moros, bajo pena de apaleamiento, razones por las que, él iba á Tánger y hasta París si fuese preciso, en demanda de garantías para el buen desempeño de su cometido.

Aplaudí su actitud y sus propósitos, dí consejos médicos á los que los pidieron, pues se enteraron, por la conversación, de mi cargo, apuré el Mogoli y con expresivos apretones de manos que terminaron por llevarlas al pecho y á los labios, les ví montar y bajo un sol de fuego partir por el camino que habíamos traido.

Bajo las higueras, tendidos en el santo suelo dormían el guía y el otro moro; en la orilla del rio, con cañas llevadas á prevención pescaban los legos, celebrando con grandes risotadas los éxitos y desgracias de la pesca; mis demás compañeros de viaje andaban á tiro limpio con pájaros y conejos por aquellos vericuetos, pues pescadores y cazadores habían de proporcionar los tropezones para un arroz, que debía guisarse en el Mediar; el Reverendo padre Cervera paseaba en un ribazo de sombra; los moros de los Kajuas y los traginantes fumaban la pipa ó dormitaban; las caballerías trabadas de las manos pacían... y opté por ser moro; encontré una almohada, tendí una manta en la sombra, me eché, coloqué el hel-

met, algo más grande que el yelmo de Mambrino pero de la misma forma, sin escotadura por supuesto, sobre el rostro, para evitar la fuerte luz y los mosquitos, y quedé como un leño, completamente dormido.

A la hora me despertaron, pues el río era vadeable. Todos á caballo, ya se reían de mi actitud soñolienta; requerí mi cabalgadura y después de cruzar el Meserah Hadar, dimos con nuestro cuerpo en el Mediar, un edificio especie de cortijo de una sola nave, tras del que hay grandes cercados para ganado.

La comitiva se había aumentado con el Intérprete del consulado de España en Larache, que era uno de los que más bulla metían, en el degollar gallinas y pelar conejos para el arroz, que á poco humeaba en el centro de una mesa, entre unas fuentes de pescado frito, una pierna de carnero asada, unas botellas de Valdepeñas, queso, pan blanco, frutas y ensalada.

Después de la bendición, la emprendimos con ardor bélico contra aquellas fruslerías, que murieron primero en el silencio de la concurrencia, después entre risas y locuaz algazara, muerte que tuvo como epitafio una humeante taza de riquísimo café.

Nada más apropósito para ahuyentar uno de los enemigos del alma, que aquellas mujeres sucias y harapo-sas; nada más apropósito para demostrar cuan poco basta á la vida, que aquellas chozas de retama, de suelo terrizo, sin más menaje que esterillas ú hojas secas en vez de lecho, algunos cacharros de arcilla para agua, uno ó dos cuzcuseros para las viandas y en las mejor alhajadas, alguna espingarda, alguna gumia, algunos asientos, cojines de anea acá y allá, algún arca y cuando más, un trozo de lienzo, cubriendo el interior de la vivienda; detrás de cada choza, un cercado para las reses, y al lado del aduar una era; todo decía, que el pastoreo y la labor subvienen á las escasas necesidades de este, razón por la que los hombres y mujeres fuertes, estaban entonces ausentes de él.

Dejamos el poblado, en el que nos ofrecieron unos cuencos llenos de leche agria, que no bebimos, pero que pagamos y volvimos al Mediar, á donde unos tras otros se acogieron y después de cenarnos acostamos en buenas camas propiedad de los dueños, de cuyo utensilio tienen

bien surtida la finca para ellos y para los viajeros, que son uno de los ingresos del cortijero.

Y pensaba yo, desde que me acosté hasta que me rindió el sueño, que no vivía en la época actual, que aquello de viajar en mulas, sin caminos, en la buena compañía que siempre agradeceré de Hermanos Franciscanos, era trasladarse á épocas ya pasadas, viajar y vivir como se hacía hace un siglo.

A la mañana siguiente, cuando aún el sol debía estarse vistiendo su rojo ropaje de luz para dejar el lecho, picábamos nuestras cabalgaduras en demanda de Arcila. Cruzábamos una loma llena de monte bajo, al pie de Akba el Hamara,—la cuesta roja,—cuando nos despedimos de aquellos hospitalarios dueños del Mediar que tornaban á Tánger.

El camino que íbamos á recorrer hasta Arcila es uno de los más frecuentados del Imperio, por ser el que pone en comunicación á Tánger, puerto el más importante de Marruecos, con Arcila, Larache, Alcázar Kebir, Fez, Mequinez, Sefru, Wazan y las zonas de producción agrícola que ésta parte del territorio comprende. Ya eran señales de ello, aquel cordón de caravanas que bajaba la vertiente de la cuesta roja, que íbamos á subir.

Borricos de corta alzada, mulos, jamelgos, camellos de faz estulta y andar tardo al parecer, pero rápido gracias á la longitud desmesurada de sus piernas, llevando en los lomos la Crosha, especie de serón hecho de palma y cosido, lleno de cereales, formaban aquellas caravanas en cuanto á animales; y en cuanto á hombres, blancos, negros, mulatos, unos de Fez con sus rizos de pelo sobre las orejas, otros de la campiña, la cabeza toda rapada, otros del Rif con una crencha en la coronilla y todos descalzos, sumamente lijeros de ropa que consistía en la mayoría, en una camisola haraposa y un zaraguel de la misma tela, pululando en medio de aquellas acémilas, animándolas con la voz de ¡arra arra! y ¡riá riá! á continuar su camino. Los menos llevaban espingardas, la mayor parte una varilla para estimular el ganado, al que seguían á pie, lleno el rostro de polvo y sudor, representando la efigie del trabajo duro y mal pagado del traginante.

En ésta época del año, aquel camino, lleno de hom-

bres y caballerías, constituye una verdadera arteria del comercio marroquí.

Pero no todos eran precisamente arrieros. Encontramos también en el camino cuando hubimos ganado la parte superior de la cuesta, una familia de judíos ricos con gran escolta de moros armados hasta los dientes; los primeros, ginetes en buenas mulas, las mujeres sobre cargas ligeras cubriendo traje y rostro con blanca chilaba; vimos también algunas infelices moras, haraposas, con el chico á horcajadas en la espalda sujeto á la cintura por un lienzo, modo especial que tienen de llevar los hijos desde recién nacidos, y otras enormemente cargadas con un promontorio de espuertas de carbón y otros artículos, puesto como montaña sobre sus costillas y sujeto con cuerdas al pecho, lo que obliga á las infelices á ir dobladas hasta el punto de su destino; y ¡colmo de la galantería marroquí!, al lado de ellas, solía verse ginete en asno, mula ó caballo, al marido, padre ó hermano, en conversación tranquila con la mísera.

En resumen, un cuadro lleno de vida y color era el que se ofrecía á la vista, lleno de detalles que solían arrancar la protesta de nuestros labios, al ver tanta miseria, tanta fatiga y tanta resignación de que no podemos formarnos idea cabal, los que hemos nacido en paises civilizados.

En algunos rincones del camino, había grupos de cuatro ó cinco mendigos, ciegos casi todos: unos por enfermedades, generalmente engendradas por la falta de higiene y otros por la mano justiciera de sus compatriotas, que aplican éste castigo á los ladrones contumaces.

Todos ellos, con la mano tendida, de rodillas ó sentados á la moruna clamaban, ¡Alah Sidi Arbin! con voz plañidera y melíflua.

Junto á uno de estos grupos, tuve ocasión de ver á un cherif, que vertía su escara,—bolsa que llevan los moros al costado—en el cuenco de madera en que aquellos depositaban las limosnas.

Un cherif, esto es, un hombre vestido de harapos, con las barbas y la cabeza inculta, mostrando el pelo de muchos años, con la mirada entre agresiva y mística, en la mano una lanza de poca altura, indicio de su rango y en cuerpo y ropas el mugriento paso del polvo y de las

lluvias, un ser que vive al azar, comiendo cuando le dan y encuentra, durmiendo donde puede, pidiendo á unos para dar á otros, recibiendo en todas partes por donde pasa, pruebas de supersticioso respeto. Estos hombres que van de ciudad en ciudad, de aduar en aduar, pasan así la vida y deben dividirse como dije en otro capítulo en tres categorías: bribones de tomo y lomo, que explotan el papel, la primera: locos rematados la segunda y Diógenes la tercera.

No sé en cual de ellas, encajaría aquel donante de los mendigos.

Como dije, ya habíamos subido la cuesta y cruzábamos una meseta en la que se veían chozas y kajuas, puntos de refugio para los caminantes en momentos de calor ó lluvia excesiva. A derecha é izquierda, vagaban manadas de ganado de todas clases, pastando en los rastrojos, seguidos de los pastores, zagales y mozuelas haraposas y sucias, y en segundo término algunos aduares y una kuba ó lugar santo.

Al fin llegamos al punto donde comienza el descenso, ó sea al extremo superior de la cuesta que baja por cañada sombría de gran pendiente, encajada entre dos colinas y que parece lecho de un torrente, según el número de piedras movedizas, algunas de gran tamaño que contiene. La bajada era peligrosa y si no fuera por que nuestras cabalgaduras conocían el terreno, podían correr la suerte de aquellas otras cuyos esqueletos, algunos no todavía limpios de partes blandas, revelaban los accidentes á que Akba el Hamara expone.

Hubo que llevar mucho cuidado con las bestias, que iban paso á paso por aquellos derrumbaderos, desviándolas de los sitios donde sus congéneres yacían, pues se espantaban á la proximidad de ellas, por lo que tardamos más de una hora en llegar al final de la cuesta, donde el sultán tenía una guardia para garantir la vida y hacienda de los pasajeros quienes antes de que fuese establecida, corrían serios peligros en aquellos desfiladeros que parecen hechos para auxilio de ladrones y gente maleante.

Cuando nosotros dejábamos la cuesta, entraba en ella una vistosa caravana de moros ricos, que debían ser personas de rango según la longitud y el lujo de aquella.

Eran diez ó doce las bestias de carga, bien atalajadas,

que llevaban material de campamento, en el que se veían tiendas, buenos tapetes de Rabat, utensilios de cocina, colchones, cojines morunos, cestas de vianda y hasta dos canarios en sus jaulas, todo ello acomodado en buenos choaris ó serones de palma. Moros á pie cuidaban de estas cargas y atendían á dos ginetes, tipo perfecto de raza árabe que vestían blancos alquiceles de finísima seda, sobre los que el suljan azul abrochado al cuello, hacía muy buen efecto.

Los amplios turbantes y la silla moruna, con varias cubiertas de distinto color, los estribos de plata, las bien cuidadas armas de repetición, la belleza de los caballos, el número de criados, los cuatro Mojaznis que precedían á la comitiva, las dos esclavas negras que solo dejaban ver los ojos, entre el borde del manto por arriba y el borde del rebozo por abajo, pues hasta los pies escondían, sentadas sobre la carga, las dos mulas de buena alzada y lustroso pelo, llevadas cada una por un negro del diestro, portadoras de la Aamaria, que ocultaba á la vista, la mujer preferida ó la más hermosa esclava, todo ello pregonaban el estado pecuniario y gerárquico de aquellos mortales. Según me dijo nuestro guía, era un rico comerciante de Fez, destinado por el sultán, no recuerdo bien, si á la aduana ó al bajalato de Tánger.

Allá tomaron ellos para arriba y nosotros picamos ya en la llanura para atravesar el Meserah el Haxef, antes que la marea nos cortara el paso, lo que hubiera sido sensible, pues ya el sol calentaba demasiado y no se veía un árbol en todo el contorno. Pasamos al fin por el único vado que el fondo cenagoso del río ofrece y dejando á la izquierda el camino de Alcázar y Fez, en el que seguía el ir y venir de los caminantes, tomamos el de Arcila por la Garbia, región pobladísima de aduares, logrando cortar el Garifa, otro río, una hora después en buenas condiciones.

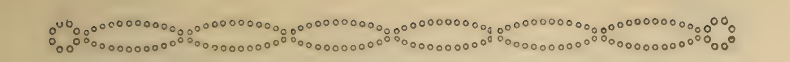
Ya allí, echamos pie á tierra frente á los árboles seculares que en el vado hay, y unos fiambres adicionados con una copa de buen vino, dieron pretexto á media hora de descanso.

Después, otra vez el camino, los aduares á derecha é izquierda, los rebaños, y al llegar á una loma, se dejó ver Arcila en su cerrado cuadrilátero de murallas, besa-

das por el mar, ocupando una bonita posición á orilla de éste, azulado y tranquilo entonces.

«¿La ve usted? me dijo uno de mis acompañantes, tan blanca desde aquí, tan cuadradita, tan pinturera, pués no es más que una pocilga, una ruina que se desmorona por la acción del tiempo y de la incuria.»





Un día de estancia en Arcila - - - - - - - -

VIII

Llegamos al fin al recinto de la ciudad y por mezquinas callejas llenas de fango y orladas de edificios ruinosos de poca alzada, cruzando entre moros haraposos vendedor de pescado y verduras, fuimos en demanda de la casa que había de albergarnos.

Esta era propiedad de un judío, cónsul en Arcila de todas las naciones habidas y por haber, pues desde tiempo inmemorial representaba á todas. Cuando la ví pensé en un barco de vela grande, tal es el número de mastiles que se alzaban en la azotea, dispuestos á dar al viento las banderas de España, Portugal, Francia, Italia, Rusia, Brasil, etc., etc., pues hacer la lista completa sería demasiado largo.

Ante la puerta nos apeamos y fuimos algunos á dar una vuelta por la población, mientras se confeccionaba el almuerzo, pues las tres horas y media de camino habían abierto un apetito digno de una buena mesa.

¡Válgame Dios y que desdicha más grande era vivir como se vivía en estas poblaciones marroquíes! No es que se eche de menos las calles y paseos de las poblaciones europeas, ni los cafés, comercios, carruajes, mujeres, en fin el movimiento de los grandes centros; es que se buscaba el color local, con que la fantasía adorna las moriscas ciudades y sólo se encontraba un conjunto miserable: harapos, cieno, desdichas.

¿Do está la tapada airosa que sólo deja ver sus ojos entre el rebozo de finísima seda? ¿Do el rico palanquín llevado por esclavos negros, custodios de la beldad en él escondida? ¿Do el corcel brioso y el ginete guerrero? ¿Do los calados ajimeces bajo los que suspira el doncel enamorado? ¿Do el séquito lujoso de los preclaros hombres de guerra? ¿Do el jardín ameno?

¡Ay! esas que pasan, carcañales al aire salpicados con el lodo de las calles, arrastrando las mugrientas zapatillas, ocultan bajo el sucio y deshiladrado jaique, no bellezas sino la carga del hijo desnudo ó la espuerta de las verduras; sus ojos no dejan sitio á los pensamientos amorosos, velados por el casancio del brutal trabajo, no son mujeres, son bestias de carga que arrastran la vida por el fango...¿Y como compararé con guerrero ginete, al Jalifa de la población que ahora mismo cruzó montado á pelo sobre jamelgo escuálido y matado, lleno el mugriento traje de lamparones y la mirada de deseos, no de guerra, sino de víctimas á quien encarcelar para cobrarle la Sojora ó sea la cantidad de su liberación?

Mentira todo, ni la Alhambra la hicieron los árabes, ni la historia es hija de la verdad. Caer desde las filigranas de la arquitectura á los desconchones de la rugosa fachada, desde el vestido de seda y oro al mugriento harapo de la rota farachia, desde el primoroso alfanje cincelado, al asador con empuñadura de cuerno, no es caer, es hundirse sin dejar idea de la antigua altura, rodar desde la quinta esencia de la poesía al último escalón de la materia.

Buscando reposo para los ojos cansados ya del cuadro mugriento, nos refugiamos en la hospedería en la que hicimos los honores á un almuerzo condimentado á la judía servido por dos hijas de Israel, ya en sazón de ser madres, guapas ellas, pero serias como quien está asustado ó inocente. Allí en el ancho patio, bajo el fresco toldo, después de almorzar, pasamos la fuga de aquel día de Agosto fumando y tomando café y al caer la tarde todos fueron á la huerta de nuestro huesped, y yo, requerido por un moro, á visitar una enferma, su sierva, que le inspiraba cuidado, no por ella sino por la pérdida pecuniaria que su muerte le representaba.

Era el tal, un comerciante que ya me conocía, por

haberle prestado idénticos servicios en Larache y que á la sazón moraba en Arcila, con un hermano, mozo de unos catorce años y una mitad de la familia femenina que el buen creyente gozaba.

Llegamos al fondo de estrecha calleja y después de humillarnos en el dintel de la baja puerta, para poder pasar nos detuvimos en el zaguan, mientras se cumplimentaban las órdenes que un moro daba de despejo del bello sexo, temeroso de que mis miradas profanasen la belleza de sus mujeres. Cumplidas aquellas, me invitó á seguirle y dimos en un ancho patio solado de mosáicos, en uno de cuyos cenadores estaba la sierva tendida sobre una estera. Negra como el ébano, bien formada, ofrecía la hermosura de los veinte años, fruncida por el aspecto del que sufre. La inspección médica, me reveló un flemón de la pierna, cuya curación dependía de la punta del bisturí. Planteé la cuestión sirviéndome de un judío que oficiaba de intérprete, y conforme el moro en el tratamiento, abandonó la casa asustado por la para él, cruenta operación, y con él se fué el judío á pedir en la hospedería la pequeña bolsa que siempre llevo á prevención en mis viajes por Marruecos. En tanto, trasladaba en unión del hermano menor del citado moro, al centro del patio á la paciente, para proceder á dilatar y curar el abceso.

Gritaba la negra á cada paso que apoyada en mi y en el pequeño daba, y á sus gritos se entreabrió una puerta de las que daban al patio, y el susurro de piadosas femeninas voces, llegaban hasta mi en los intervalos que callaba la paciente.

Pedí dos sillas á mi compañero, una para la esclava y otra para mí y allá fué él á la puerta entreabierta y al sacarlas me dejó ver el suelo cubierto de alfombras de Rabat y las paredes tapizadas con jaitis de vistosos colores. Las mujeres se habían replegado indudablemente al abrirse la puerta que fué cerrada cuidadosamente por mi acompañante. El agua, el jabón, la tohalla, el lienzo para las curaciones, una bandeja con servicio de té, fueron otras tantas ocasiones de que la puerta se abriese y de oir voces femeninas de timbre agradable. Cuando vino el judío con los útiles, practiqué la operación, pero como la mora temerosa se resistiese, en uno de los vaivenes, un chorro de pus cayó en mi pantalón, lo que me obligó á en-

víar al judío con la llave de mi maleta por otro. Vine á quedar en aquella brega que la negra trajo, frente á la puerta de referencia y mi compañero, sosteniéndola sentado en un taburete de espalda á ella.

Y mientras yo hacía la autisepsia del abceso y la vendaba después, las dos hojas de la puerta se abrieron un poco y me dejaron ver en el claro una cabeza ceñida con un pañuelo de vividos colores bajo el que escapaban bucles negros y abundantes, unos ojos rasgados que entre curiosos y asustados me examinaban, un rostro deliciosamente bello cuya blancura destacaba del negro marco de cabellos y un cuerpo vestido con una túnica, cuyo vivo color rojo se amortiguaba bajo blancos encajes, ceñida á la cintura por una faja irisada, dejando las piernas desnudas bajo su borde que llegaba á las rodillas y el blanco torneado brazo también desnudo hasta el codo, dentro de la amplia manga que casi llegaba al borde de la falda.

Duró la visión poco tiempo, el que es preciso para ver, temiendo ser vista, pero el bastante para hacer el resúmen que he apuntado.

Curada la enferma y ya bastante aliviada de sus dolores, se retiró por su pie y mi moro y yo, después de lavadas las manos, quedamos sentados en la situación ya dicha tomando té á pequeños sorbos, á usanza del país.

Todavía, antes de que el judío trajese el pantalón, que al fin mudé en una de las habitaciones que daban al patio, se entreabrió la puerta silenciosamente y no una sino dos moras se dejaron ver, mejor dicho me examinaron con curiosidad. La que acompañaba á la anterior era de alguna más edad que ella, pero joven también y ricamente adornada con rollos de oro en las muñecas, una belleza madura, pero fresca y sonriente. Esta vez, el exámen fué más prolijo y pude apreciar el buen gusto de mi cliente.

Cuando torné á mi provisional vivienda hallé la mesa puesta. Cenamos y me tocó aposentarme con la gente joven, que apenas si me dejó dormir, con su cháchara y placentera risa.

Y mientras ellos reian, el recuerdo de aquellas moritas encerradas á perpetuidad bajo el yugo de la ley Ma-

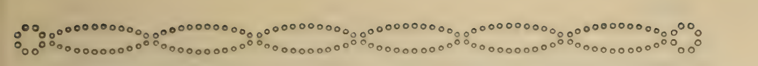
hometana me planteaba el eterno problema de Marruecos.

¿Porqué Europa ha de consentir estas bárbaras costumbres, que relegan á la mujer en el fondo de una vivienda para siempre?

Si no lo consintieran, las pobres prisioneras no habrían sentido curiosidad por ver á un europeo y no hubieran tenido ocasión de cometer el nefasto delito de mirar, que Dios quiera no llegue á conocimiento de su amo y señor.

Y al fin me dormí arrullado por la dulce melodía de un moro cantor que al son del guembri, en la calle, entonaba cantares del país que tienen muchos puntos de contacto con los nuestros andaluces.





Las ciudades de noche. Tánger-Alcazar Kebir - Larache

IX

Esta noche,—una del verano de mil novecientos cuatro—como otras muchas, hemos tomado café en el Glacier, sito en el Zoco el Seguer, cuatro amigos que tenemos el hábito de cambiar impresiones entre sorbo y sorbo y que lo mísmo arreglamos el mapa del Imperio, conversación obligada de estas tertulias, que predecimos el porvenir del mismo. Todo por supuesto en tono humorístico, pues está prohibida la seriedad en la reunión; es la hora del esparcimiento y las del día tienen harto ocupados á mis contertulios, en asuntos financieros y administrativos, para invertirles las dulces horas de la prima noche, en cosas que no sean del género festivo, que ni de cerca ni de lejos, toquen á problemas de la competencia de cada uno.

A espaldas nuestras, pues la mesa la situamos en plena calle, modo de templar los rigones estivales, hay todo un tribunal de justicia musulmana y cuerpo de guardia,—que de ambos cometidos tiene sabor—instalado en la acera, blando colchón de plumas para los que duermen, fresca butaca para los que asientan las posaderas en las baldosas, con ó sin intermedio de estera ó alfombra, según la calidad de los personajes.

Bajo el sotechado que existe entre la saliente del Glacier y la primera tienda contigua, cuyos carteles

pregonan en francés, inglés, moro y español, cambio de monedas y que cierra sus puertas á la puesta del sol, en un espacio de cuatro ó cinco metros cuadrados de acera que es lo que aquel cubre, se sientan á la moruna las gerarquías jurídico guardianescas del tribunal; moros de buen porte, de limpia chilaba ó suljan airoso, que llevan en sí el sello del cargo oficial, basado en el conocimiento del Koran y hasta quizá en alguno de sus comentarios y derivaciones. Yo no puedo jurar que todo esto sepan; lo presumo, por el aire de suficiencia con que administran justicia; lo que sí aseguro, es que son inteligentes, de mirar firme, de conjunto agradable, verdaderos tipos árabes, entre los que distingo un Riffi que se deja crecer la fantasía—mechón de pelos hirsuto en la márgen izquierda del sitio fijado para la tonsura—y un Faci ó Kaseri, cuyas guedejas escapan bajo el blanco turbante por ambas regiones temporales.

Después, á lo largo de la acera, en actitudes varias, excepto la de estar de pie, hay instalados, yacentes debiera decir, hasta unos veinte, entre negros blancos y mulatos, todos con porra cuyo mango no excede de un metro, detalle éste último que es atributo de autoridad y argumento eficacísimo para convencer á los tercos.

Nuestra mesa está exactamente adosada al escalón, donde asienta la principalía judiciaria y ¡á lo que ha llegado la orgullosa estirpe mahometana! alternamos en su conversación los de la mesa y comentamos las justicias, sin protesta por parte de los creyentes, al ver como los infieles llegan á ésta promiscuidad, de café, tabaco y juicios, lo que si no constituye lazos que atan,—qué cosas tan baladíes no anudan—son aflojamiento de las ataduras del fanatismo musulmán, por el hecho consumado de la invasión de Europa en Tánger.

Primera escena: En un café moruno contiguo al que ocupamos, surge una colisión estruendosa, entre un vendedor de postales, curda en aquel momento histórico, por el whisky, quif, cerveza y demás preparados aspirados ó ingeridos, y un infeliz aguador que saborea un café de diez centimos.

Del primer impulso, salen rodando vasos y cajas vacías, que hacen papel de asientos y mesas á gusto del consumidor y de armas arrojadizas en ésta ocasión, que

producen estruendo horrísono al dar en el empedrado, liza no muy blanda, por la que ruedan al fin los contendientes en jadeante abrazo, ilustrado con mordiscos y coces, amenizado todo con música de alaridos é imprecaciones.

Los guardias quietos, impasibles. Puestos de pie los gladiadores; el de las postales, un atleta con zaragüel azul y un girón de camiseta, y el otro bajo de cuerpo, pero fuerte y musculoso, casi en el traje bíblico de Adan, única indumentaria con que han salido de la contienda, á grito herido ponen á sus progenitores de ambos sexos como no digan dueñas, costumbre, copia exacta de nuestras lides de plazuela; después vuelven á alzarse los puños en alto, se agranda algo el corro que rodea estos dos gallos de la Mauritania, hasta que al fin escapa por un claro huyendo de los furores del adversario, uno de ellos, que llega á dar parte al tribunal, del suceso acaecido ¡á cinco metros de distancia! No concluye de hablar y ya hay cuatro gerifaltes de los de las porras, echando mano al de las postales, que era el vencedor. La quietud se ha trocado en movimiento, porque el acto de prender á petición de parte se cobra y si hubieran intervenido antes, perdían la Sojora—derechos de aprehensión.—Ante público y tribunal, el vencido cuenta su cuita, reclamando una zapatilla y una farachia perdidas en la contienda; se defiende el otro, deponen los testigos y es condenado el beodo á pagar las prendas perdidas y los gastos de apresamiento.

¡Oh Manes de Baco! ¿Por qué pusísteis en labios del creyente islamita la sarta de injurias soeces con que fustiga á sus juzgadores? Tales fueron, que el jefe de la guardia se lanzó fuera del habitual sitio y el cerrado puño ariete de la ira, sacudió golpes sin cuento en el desnudo pecho, que sonaba á cada puñada como tambor de fiesta morisca.

El procedimiento, hizo el silencio con eficacia rápida, pero apenas tornado á su puesto aquel maestro del box, cuando los espíritus del alcohol, desataron la viperina lengua del beodo y con tonos de ira, que sonaban á cartel de desafío, hirieron los aires imprecaciones y denuestos, para el negro fornido yacente en las cercanías de su jefe, que le hicieron levantar y lanzar por encima de nuestras cabe-

zas el poderoso brazo, armado de dura porra, sobre los flejes de acero que el beodo tiene por costillas, arrancando de ellos el sonido que se arranca de una pipa llena, cuando algo choca contra ella. Intervinimos pidiendo gracia, pero antes que nuestra intervención llegara, llegaron dos nuevos golpes y allá fué á la acera de enfrente tambaleándose el émulo de Baco. Al caer, rompió en llanto infantil, y nueva fase de la borrachera; entre sollozos y lágrimas, cantó las excelencias y rectitud del jefe y aseguró que el padre del negro y el suyo, habían sido dos caballeros la mar de decentes y devotos, sin más diferencia, que su engendrador, había dado al mundo una continuación de caballerosidad en su persona y el del negro había traido á la tierra un bastardo, cornudo, cafre... y no siguió la letanía de alabanzas, porque dos nuevos palos le hicieron brincar y buscar refugio sagrado, cabe el jaique del Almotacen, que dos puertas más arriba entretiene sus ocios, viendo pasar el mujerío israelita y cristiano, todas las noches. Y allí, rezongando, dió su cuerpo al sueño el beodo, mientras el negro tomó su habitual postura, coligiéndose por su sonrisa, estar encantado del éxito...

. . . .

Tropel de gente que llega en actitud resuelta. El protagonista un chicarrón israelita de veinte años, ciclista por abajo, europeo por enmedio y moro por arriba según el traje; trae la diestra mano armada de pañuelo de hierbas con el que cubre la mejilla. Dos hebreos de choja y bonete, cuentan la cuita; un moro que dió una bofetada, que fué emplazado,—modo de anunciarse el pleito los litigantes—y que se niega á acudir al tribunal. Allá van los de las porras por el moro, que apenas llegado, juró no había tenido intención de molestar al judío, no recordar haberle dado golpe y que todo se había reducido á estirarle la americana. Contra el juramento que hace fé, pidió testimonio á la turba el tribunal y todos los de Israel callaron temerosos de grave represalia al día siguiente. El abofeteado, también se hizo atrás ante lo resuelto del agresor, y pleito finado, sinó quedara el detalle de pagar diez reales á los de las porras.

La amenaza de los diez reales, dió brio al de Israel, que presentó testigos de que él anunció al otro el emplazamiento; negó el. moro, pero no testificó ni juró y fué condenado al pago.

Cuando sacaba de la Escara los fluses solo arguyó: «Esto debía juzgarlo el Raisuli, pues ha sucedido en el Zoco de Afuera» palabras que hicieron el silencio, pues el Bajá de dentro y el Raisuli que lo es de fuera de murallas, tienen la jurisdicción tan cercana, que siempre hay competencias resueltas á placer del último; tanta es su fuerza y prestigio.

Fué una ráfaga de miedo, que tocó á juzgadores y juzgados, la que trajo la evocación del autoritario nombre del secuestrador: sus justicias son siempre duras y como él reside en Zinat, el Jalifa que en su nombre hace justicia junto á las murallas, hace conducir á veces hasta allá los litigantes, por montañeses armados ¿y quién sabe ni pide cuenta de las justicias que se administran allá en las montañas? Solo el camino es ya un castigo, le llaman el camino de la amargura.

. . . .

Nueva escena. Otro beodo marroquí, sucio y haraposo, que eructa más bien que habla lo siguiente:

«Vengo del burdel de la Fulana, á donde he sido llevado con engaño, y que no solo me ha hecho pecar, sino que me robó diez duros que tenía en la Escara. Por Alah el grande, que hagas venir á esa coima y que me devuelva mi caudal, ganado con mi trabajo. Por el padre de toda justicia, que no debes permitir que mis intereses sirvan de regalo á los coimas cristianas. Así te lo premie Mahoma si atiendes mi queja».

Lio monumental, idas, venidas, aparición, á la fuerza, de dos ó tres desdichadas traidas por los guardias, justificación plena de su inocencia en cuanto á lo del hurto, demostración palmaria de que el moro no había tenido nunca diez duros. La escena es de un color subido, con descripciones amenas, que resultan intraducibles al lenguaje de imprenta.

Sentencia: el musulmán á la carcel por pecador, por tentativa de estafa, calumnia y no tener con que pagar los soldados.

Y allá por la calle de los cristianos, á la rastra, vá á la prisión, de la que no saldrá hasta que reuna para pagar los derechos, de guardias, conductores, carceleros, Jalifa, Bajá y qué se yo cuanto más.

Cuando abandonamos nuestra mesa, ya los del tribunal se habían tendido á la larga faltos de quehacer y es-

peraban durmiendo, nuevos anuntos que dirimir, ó peticiones de acompañamiento, frecuentes en los que tienen que ir fuera de puertas.

Profundo debió ser su sueño, pues no se enteraron de un suceso ocurrido al borde de su lecho callejero.

Un curda extranjero, de la espuma como dijéramos, pero curda monumental, en periodo casi de deliriun tremens, entró á la una y media en el Bar del Bristol y en el de Postas, sitos en el mismo Zoco y amen de despejar los locales con rotura de vasos, cristales, botellas y demás adminículos; apaleó varios musulmanes, disparó el revolver, echó á rodar un puesto de pescado frito, y qué se yo cuantas cosas más, que no lograron sacar de su sueño á los del tribunal.

Alguien dice que al primer ruido levantó la cabeza el Riffi, pero el de al lado le dijo, es Mister..... y volvió á dejarla caer, mientras de labio en oido circulaba el nombre entre los acostados, haciendo más profundo su sueño. ¿A qué despertarse? ¿A ser testigos de la trasgresión legal? ¿A exponerse á recibir un tiro que no había de ser castigado? ¿A dar un golpe y pagar una indemnización monstruo? ¿A tener que matar al escandaloso y pagar con la cabeza la justicia? ¡Bendito sea Alah, que nos dió el sueño para no conocer estos desmanes!

Al día siguiente Mister... tuvo que pagar ciento veinte duros de daños y perjuicios y estuvo expuesto á pagarlas todas juntas la noche de autos, porque enterados tres españoles, que á la misma hora tomaban unos chatos en ¡El huerto del Francés!—establecimiento cuya apología hace el mote,—de que Mister... tomaba café en el zoco chico, decidieron hacerle la tertulia, no lográndolo porque encontraron á aquel roncando en pleno arroyo, rodeado de moros que se aprestaban á llevarle en peso á su domicilio.

¡Oh Alah, cuán previsor y misericordioso!

Esta era la facies habitual de la noche en Tánger; en cambio en las demás ciudades de nuestra zona, cuando el Muecin desde lo alto de la mezquita anunciaba el Mogreb, se hacía el vacío en las vías públicas, el silencio en las moradas y todo se entregaba al reposo y al silencio.

Todo no, pues en la sombra se ven áveces, deslizarse blancos fantasmas, cuyas ropas talares ocultan y esfu-

man la figura del que va á negocio arduo de amor ó de interés y que encuentra en la quietud y soledad de la noche, un buen aliado de sus negocios.

. . . .

·Había ciudades como Alcazar Kebir, dividida en barrios, separados unos de otros por murados recintos, en cuyas puertas había un guardia que solo facilitaba la entrada mediante propina, lo que éra obstáculo grave en las nocturnas aventuras, pues la discreción no es cualidad saliente de estos guardianes.

Entre mis recuerdos, figura una noche en esta ciudad. Había cenado en casa de un Consul extranjero y la sobremesa, el café y los cigarros, hicieron larga la agradable velada, lo que fué causa de que hasta mediada la noche, no me encaminara á mi albergue provisional, una Messeria, que así llaman en el pais á unas habitaciones de piso principal, que tienen acceso desde la calle por angosta escalera.

Me acompañaba un criado del consul provisto de monumental farol, que si nó disipaba la tiniebla, la rompía delante de nosotros en espacio bastante á nuestra marcha, auxiliada de trecho en trecho por la luz oscilante y humosa que un pitorro de latón, provisto de torcida empapada en aceite y encendida, proyectaba desde la pared donde estaba empotrado, en comunicación con un depósito de aceite, en un par de metros alrededor. Tal era el rudimentario sistema del alumbrado que con permiso del viento—aquella noche no lo hacía—existía en Alcázar, pagado por el comercio, y lucía en las calles donde había tiendas, para poner un obstáculo á los robos. De la seguridad de ellas y de encender las luces si se apagaban, cuidaban guardias, que tuve ocasión de ver tumbados sobre esterillas, en el umbral de las puertas que mejor se prestaban á ello. Estos guardias y algunos perros, que en el lodazal que alfombraba las callejuelas, husmeaban las piltrafas y los huesos, eran las muestras nocturnas de seres vivos en la tierra; y en al aire, por el ruido de sus balbas, se adivinaban las cigüeñas posadas en ruinosos minaretes y almenas.

De vez en cuando, nuestra marcha se interrumpía ante una puerta de la que se descorrían los cerrojos, cuando el buen musulman que me acompañaba, daba un par de reales por las rendijas al portero—¡en cincuenta céntimos

estaba fíada la estabilidad de los cerrojos!—y así por callejas infectas y lóbregas dimos en mi alojamiento, que fué como dar en el cielo, después del purgatorio de la calle. Por lo menos allí no había malos olores, ni fango, ni perros, ni guardias.

Las paredes enjabelgadas de blanco, el suelo cubierto con una esterilla, el candelero provisto de larguísima vela encendida, el lecho allá en un ángulo, con su almohada y todo, hablaban de hospitalidad, sosiego y reposo.

. . . .

Mis noches de Larache fueron muchas; todas las de cinco años con ligeros intervalos y aún dicen cosas en mi espíritu, que yacen dormidos en el archivo de mis recuerdos.

Entre ellos está, el de la rotura de unos faroles de alumbrado público, que por mi gestión y dirección se instalaron en las callejas del barrio europeo é israelita y que los moros miraban encantados, demandando que también se instalaran en su barrio.

Los autores de la rotura fueron los europeos, aquellos mis buenos amigos de los que ya quedan contados—la muerte hizo en sus filas casi completa siega—y que me confesaron, habían estado vacilando para romperlos entre las sugestiones de mi amistad para respetarlos y la necesidad que sus quehaceres nocturnos, tenían de la tiniebla, habiéndose decidido por lo último, por que los apremios de sus negocios nocherniegos les habían obligado al acto, justificado por el refrán español «De noche todos los gatos son pardos».

Está, la de una noche ya mediada, en que un morazo llamó á mi puerta con mucho apremio y me propuso le comprase un cestito de naranjas, cuya cáscara estaba labrada á punta de navaja, lo que me dejó pensativo, hasta que al día siguiente me informaron se trataba de un sortilegio cuya clave estaba en venderme las naranjas á aquella hora; están noches eternas de escribir y leer hasta el alba, para despertarme tarde y reducir las incontables horas del tedioso día siguiente; están los gritos de «Sirit Sirat» con que en el Zoco Dagel—la plaza de la ciudad--un morito anunciaba su mercancía, pedazos de pan, que se vendían á tales horas, para que los necesitados vergonzantes, los adquiriesen sin pregonar su penuria; están los versículos sagrados con que el almuedano anuncia á los cre-

yentes las distintas horas de la noche, terminadas siempre con el tonante «Rasul Lah en Nevi Mohamet»; están los redobles de tambor, con que en el Ramadán se avisaba á los creyentes, era la hora de comer antes de que llegase el día; están noches donde un motivo nos reunía en casa de un europeo que hacía la hospitalidad, con gran esplendidez y gusto, que es la característica de estas fiestas en el país; están los paseos por mi azotea contemplando el confuso hacinamiento del apiñado caserío simulando montón de escombros; están las noches que el rito israelita dedica á sus fiestas religiosas, llenas de rumores de salmos y de aroma de manjares, servidos en familia, y están aquellas otras, íntimas de mi hogar, noches benditas, noches que tienen el encanto de la confidencia, de las risas y del comentario sobre el suceso grato, de la paz del espíritu, apenas solicitado por el ruido que el viento al correr en las angostas calles hace, trayendo en sus alas, eco de estampidos rugientes de las furiosas olas de la barra, entre los que parecen venir cantos de victoria de las huestes de los cinco reyes, que dieron á su país, algunos con su vida, un respiro de siglos y suspiros del ejército del Rey don Sebastián, cuyos cadáveres hallaron en sus rompientes, camino para dar en el mar profundo, digno sepulcro de su valor heróico.

¡Noches benditas de mi vida, ya idas, cuanto adoro vuestro recuerdo!





Como se vive en el campo

X

A cien metros delante de mi cabalgadura, encajado en los altos y rojos borrenes de la silla moruna, apoyado el fusil en el muslo derecho, al aire trozos de blanca vestidura; iba mi guía cruzando campos y collados por veredas y caminejos, que solo una práctica veterana, impedía se perdiera en los campos labrados, en las movedizas ciénagas y en los ásperos riscos que habíamos cruzado y cruzábamos, salpicados de aduares cuyas chozas se agrupaban en la llanada y en la ladera, formando retángulos de mayor ó menor dimensión, según la cuantía del ganado que había que encerrar de noche. A veces el cuadrilátero estaba formado por una empalizada y al margen y dentro se enclavaban la chozas con frecuencia diseminadas en gran extensión, dando impresión de viviendas individuales más que de urbe colectiva; pero chozas, siempre chozas que cuando más tenían medio metro de pared, mejor dicho, de albarrada, sobre la que descansaba en ángulo muy agudo, la techumbre de ramaje que en balde el barro arcilloso, pretendía hacer impermeable.

En nuestro camino habíamos encontrado labradores, cuyas yuntas araban la tierra, en tarea de preparación de siembras; rastrojos quemados, cuadrillas de arriería—Hamara--cuyos camellos bien cargados, movían con lentitud las zancas y balanceaban la insignificante cabeza; correos que valija á la espalda, cabeza al aire, ropa escasa, pie y pierna desnudos, marchaban rápidamente varita en mano, aguijoneados por la idea de llegar antes de la hora reglamen-

taria, para aumentar la soldada; vagabundos sospechosos, que al borde de un camino ó en la cima de un monte, entretenían su tiempo de espera, avizorando el paisaje ó tumbados en la retama; pastores de egloga de morral escualido y honda en mano; pacientes ganados mordiendo el pasto en el abrupto monte; mendigos y tullidos que con voz plañidera clamaban «Allah Sidi Arbin», implorando una limosna; y hasta un loco ó un pillo, que de todo podía haber en su persona, aderezada de verde chilaba, lanza tridente, crespo y enmarañado cabello, barba hirsuta, y hosco mirar, que parecía imponer con su actitud, el socorro que demandaba.

Todo esto habíamos hallado en aquel camino, y á más, grupos de gentes que se dirigían á los zocos, cargada la mujer y el asno, con las mercancías y los hombres cuidando del último, porque la falta de inteligencia y la sobra de carga, podían hacerlo caer y volverlo á cargar, peligro más remoto—por más inteligente aunque no menos cargada—en la mísera hembra, que compartía con el asno el peso del transporte. A veces el cuadro tomaba mayor dureza por que el dueño de asno, mujer y carga, cabalgaba en escuálido rocin, por ser más humano quitar trabajos de caminante á aquel hijo de Mahoma, que carga á los míseros lomos de la cuitada.

Cuando avistábamos el aduar donde habíamos de hacer noche—ya el sol en occidente tendía los haces de su luz, horizontalmente en la campiña—una figura esbelta, garrida, tocada con ancho sombrero campesino, oculta la barbilla hasta la boca por blanco cendal, dejando ver entre uno y otro atavio unos ojos negros, profundos, de sedosas pestañas, una nariz correcta y rosadas mejillas, aperitivo del deseo y acicate de la curiosidad, ganosa de completar la visión de aquella faz, deseada quizás por el recato de sus mejores partes; se unió á mi guía y al paso de las cabalgaduras seguimos hasta ganar la lomilla en que asentaba el aduar.

Según me dijo éste, aquella mujer nos daría, cediéndonos su choza, hospedaje, fuego y primeras materias para la comida, todo por módico estipendio, amén de pienso á nuestras caballerías y guardia á nuestras personas, cuando su padre, que era Chej del aduar, su marido y demás hombres de la familia, vinieron del trabajo del campo.

Antes de llegar á las chozas, perros furiosos ladraron y al conjuro de sus ladridos, viejas harapientas, chiquillos sucios, ancianos de pardas y astrosas chilabas, asomaban por bordes y agujeros de viviendas—que este nombre y no el de puertas merecían las entradas á ellas—rostros entre hoscos y curiosos, que recobraron su habitual expresión, cuando aquella fémina les explicó nuestra ida al aduar. Los perros fueron echados á pedradas, nuestras cabalgaduras desensilladas, trabadas de manos y atadas de la traba, á una cadena tendida en el suelo y fija de trecho en trecho al mismo, por fuertes pernos y nosotros rodeados de chicos y viejos. Nuestra vivienda no podía sernos entregada; hasta que no vinieran los hombres de ella, y yo me entretuve en contemplar éstas, en cuyas puertas los cuzcuseros, cocían lentamente la vianda de la cena, colocados sobre fogones primitivos, en torno de los que, el agua caliente para el té, comenzaba la cancamurria del hervor.

A la entrada del aduar había un café-choza y en él nos metimos. Una hornilla, teheras de metal llamadas tipat, pilones de azucar enteros y en pedazos, tarros de la aromática hierba, jarras con matas de hierba buena—naana,—vasitos chicos de porcelana y grandes de vidrio para el suministro, manojos de kif, producto del cáñamo, que se fuma en el país y produce una embriaguez especial, colgados sobre la hornilla, macetas de albahaca acá y allá sobre la estera que cubría el suelo, algunas jaulas de colorines y canarios pendientes del techo, escabeles de madera y cogines de palma para asiento de consumidores y dos ó tres mesitas cuyos tableros con vestigios de enredada pintura Rbati se elevaban veinte centímetros del suelo; tal era el menaje de aquel cajuayi, cuya mirada viva é inteligente era indicio de superioridad sobre sus convecinos, cuyas maneras agradables y serviciales garantizaban la fidelidad de la parroquia y cuyo traje, ni muy limpio ni muy nuevo, tenía una superioridad enorme sobre los de los demás.

Su parroquia en aquel momento estaba formada por dos durmientes tumbados en el fondo de la choza, cuyos desacordes ronquidos los denunciaban bajo el montón de harapos que los cubrían; por un correo que acurrucado en la puerta saboreaba con ruidoso sorbetones in-

contables vasitos de té; y por dos campesinos que medio tumbados en la estera teniendo al lado el uno espingarda y el otro carabina, fumaban en largas pipas el kif, ingiriendo entre chupada y chupada, sorbos ruidosos de la aromática infusión. Un morito, no sé si dependiente del café ó cliente del mismo, sentado á la moruna en el testero principal de la choza tañía un guembri,cuya melodía quejumbrosa rememoraba la de nuestras agitanadas soleares.

El té nos fué servido á la misma puerta y vimos llegar por trochas y veredas, seguida de sus ganados á la población del aduar, que tornaba de su pastoreo y faenas agrícolas, no faltando en los venidos, armas de fuego que pendientes de su mano ó sobre el hombro, eran fiadoras de la propiedad y la vida de los agricultores. Las yuntas guiadas por fuertes zagales, las mujeres cargadas con leña y los instrumentos de labor, los hombres fuertes, musculosos, mal trajeados y poco limpios, desfilaban y se internaban en las chozas ó entre ellas, para acomodar ganados y aperos; luego en la puerta, sentados ante enorme barreño, que esperaba fuese volcado el humeante cuzcusero, en cuya masa había de entrar la mano derecha de los comensales, previamente lavada en los más, y había de amasar las bolas que rápidamente serían devoradas una tras otra en cantidad enorme, hasta saciar el hambre de un día de trabajo ó de camino, entretenido con pan untado de manteca y alguna fruta seca ó del tiempo, desde el alba hasta aquella hora. Los inevitables vasitos de té, sustituían al vino en la comida.

Ya estábamos sentados á la puerta de la choza que había de albergarnos aquella noche—la familia se refugiaba en otra en estas ocasiones—cuando se fueron poblando de comensales las puertas de las viviendas y en torno de los lebrillos llenos de humeante condumio, manos y mandíbulas trabajaban heróicamente. Los eructos de rigor entre moros en estos actos, que pregonan el mejor gusto del guiso y la mayor satisfacción del comensal, apagaban su ruido, en el mayor de los sorbos de té, con que ayudaban la ingestión de la vianda. No todos comían en la puerta, ni todos comían lo mismo. Familias más recatadas por más ricas ó más pobres, hacían su yantar á puerta cerrada y el olor del Kuefta,--carne asada,--el chirriar del

aceite y otros detalles pregonaban la variedad en la alimentación.

Coincidió el final de la comida con el del crepúsculo y unos se encaminaron á los corrales para dar piensos, otros deslizándose por las gateras de las chozas se metieron en ellas, algunos más jóvenes ó menos cansados iban al café-choza provistos de gembri y pipa de kif, actos que iban haciendo el silencio y la soledad, que interrumpían los perros con su presencia y sordos gruñidos.

También yo me recogí en aquel cubil, que más encajaba este nombre que otro á mi provisional abrigo, pues á pesar de ser medianamente amplio, unos doce metros cuadrados, la poca elevación del techo junto á las paredes —en el centro, lo pronunciado de la pendiente de la techumbre permitía estar de pie—la carencia de ventanas, sustituidas por varias aspilleras llenas de trapos, y el haber tenido que salvar casi á cuatro pies la mezquina puerta de entrada, daban la impresión de este cobijo, que una vez dentro se suavizaba, ante la colchoneta estrecha que corría alrededor de la habitación, el hornillo portatil que había en el centro ya encedido y provisto de su vasija llena de agua, los dos candeleros de cobre provistos de largas encendidas bugías, y la gran bandeja del mismo metal, que al lado del hornillo, conteniendo pan, huevos, una tanyia de leche, un cubilete de barro con manteca de vacas, te, naana, y menesteres rudimentarios de arcilla y cristal, esperaban el momento en que mi guía comenzara ha hacer las combinaciones culinarias capaces á nuestro alimento.

Tomé asiento en un arcón, que sobrado de cerraduras y falto de talla, campaba allí como único mueble de altura cómoda, capaz á este menester, y miraba hacer á mi guía, ocupado en el ajetreo de hervir, cocer y endulzar la próxima cena, que nuestro pequeño repuesto había enriquecido, cuando ladridos de perros, voces árabes y ruido de caballerías, nos dijeron que alguién entraba en el aduar, aviso de nuestra atención confirmado á poco, por el dueño de la jaima, que llamaba á nuestra puerta, acompañado de un personaje de chilaba oscura, cuya capucha apenas dejaba ver sus facciones, y que entró en ella demandando albergue para aquél viajero, que tenía idéntica nececidad de alojamiento que yo.

No tuve tiempo de responder, porque adelantóse aquél, quitóse la capucha, y me dejó ver un rostro amigo, el de un hebreo comerciante adinerado de gran crédito y amistades en aquellas tierras, cuya presencia en aquella soledad no solo era grata sino útil, pues seguramente sus condiciones, más podían añadir que quitar á nuestro bienestar, presunción confirmada por unas botellas de cerveza, whiski y gaseosa, que con otros artículos de comer, aumentaron el caudal de nuestras golosinas, siendo traidas por sus criados al albergue.

Cenamos amos y criados en democrática reunión, y despedidos éstos, quedamos sólos, medio tumbados en las colchonetas, ante teheras llenas al alcance de la mano, que con los cigarros, eran elementos para la velada, hasta que el sueño nos rindiera y acabara el vago charlar, que sobre motivos de nuestro viaje, compartía nuestra atención con los ruidos que llegaban de fuera, risotadas de nuestros criados sentados á la puerta, ladridos de perros lejanos, acordes de guembri, acentos de algún cantar del país de tonos melancólicos, y suaves rumores de conversación de las cercanas jaimas; todo ello unido á los ronquídos de los guardias, que por orden del Chej y á cuenta de nuestro peculio, vigilaban dumiendo nuestra morada.

Nuestra conversación derivó, hacia el qué y el como de aquella vída de aduar, que vivían los pobladores de Marruecos, en el noventa por ciento de su totalidad y quiero transcribir lo que Menahem,—así se llamaba mi amigo,—hombre de ilustración y talento, me dijo de ello, pues su opinión por conocer el país como su propia casa, da idea exacta de él.

«Este Chej que nos da hospitalidad creame V. que ni á tres tirones dejaría su actual situación por ninguna otra. Acostumbrado á la vida del campo, en la que se encuentra como el pez en el agua, teme á las ciudades cuyas casas le parecen cárceles y cuyas estrechas vías le ahogan y ponen miedo en su ánimo, pues no sabe lo que hay en cada casa, al revés de lo que le ocurre con el campo, que se sabe hasta en sus menores detalles, de viviendas, ganados y personas, conociendo á éstas por fuera y por dentro en su pensar y sentir; en los elementos de riqueza, familia, amistad, fusiles, municiones y caballos que posee, y de ahí deduce lo que pueda esperar y temer de cada

uno de los aduares colindantes y de toda la zona en que el suyo asienta. De la ciudad solo tiene una idea; la de que existe una Alcazaba y en ella un Bajá y una cárcel, en la que si se entra, á veces ni aún á costa de la ruina entregando todo lo que se tiene, se consigue salir, y para entrar basta que el Bajá lo ordene, pues su voluntad es ley.

En cambio aquí se siente fuerte; le rodean los suyos, amigos y familia, cuya suerte común está defendida con sus fusiles y espingardas, para los que no hay más poder coercitivo que el de otras tribus que tengan estos elementos en mayor número y con éstas ya procuran ellos estar bien. Los Bajás ni aún en tiempo de los Sultanes fuertes, tenían fuerza para prender á nadie en su aduar; alguna vez, no siempre, la tienen para prenderlo en un zoco, aprovechando la ocasión de que vaya solo ó con poca gente, pero al aduar no se atreven y dentro de él es omnipotente; sus mandatos son leyes, cobra los tributos, quedando parte de ellos entre sus manos, lo que le enriquece; guarda las armas que reparte en tiempo oportuno entre los más adictos; dirige la venta de trigos, ganados y lana, y su voluntad es ley, que todos cumplen y respetan.

Para sustraerse al dominio del Sultán se ha hecho y ha hecho á los del aduar, protegidos de una nación europea y ya los Bajás si pueden cobrarles tributos, no pueden apoderarse de sus bienes y personas. Esto nos dá á los comerciantes una garantía en los tratos que con ellos tenemos, pues si no los cumplen, les retiramos la protección que por nuestro medio reciben, yendo el trabajo y el ahorro de muchos años á parar á manos del Bajá, que se apodera de bienes y personas en cuanto la protección se les retira. Yo tengo protegido este aduar y soy en realidad el amo de él y á mi han de venir sus productos, cuyo precio en parte tengo anticipado y en parte pagaré cuando se recojan. Esto que para mi es negocio, también lo es para ellos, pues saben que no irán á la cárcel mientras yo no lo pida, ó los deje de protejer, lo que no haré mientras cumplan sus compromisos. Por este procedimiento el Garb y el Jolot están sustraidos á la autoridad del Sultán, como lo está gran parte del Yebel.

La quiebra para ellos está en que surjan revueltas, como las que ha traido el Raisuli y antes que él trajeron otros muchos, pues contra éstos elementos no hay más

camino, que ó sumarse á ellos y correr su suerte, ó ir contra ellos sumándose á sus enemigos. Lo peor es estar neutrales, pues por enemigos los tomarían unos y otros y serían esquilmados y raziados más pronto ó más tarde. Estas luchas locales hacen preciso que el Chej sea listo, valiente y astuto. Al cargo aspiran todos los que se creen en estas condiciones, que ó esperan pacientemente la ocasión ó la buscan, lo que da lugar á riñas que terminan con la muerte del rival y á veces con la división en dos del aduar.

Esto en cuanto á lo político; en cuanto á lo social ya lo ve V. una vida agrícola de trabajo y penalidades que les permite comer, tener fusil, mujeres que primero sirven al placer, luego á los cuidados de familia y después á los quehaceres del campo, caballos que montar y ganado que vender, para enterrar sus productos donde nadie lo vea y se lo quite, pues el mayor peligro para su vida y tranquilidad es ser rico ó parecerlo y reunir cuatro ó cinco chilabas de distintos paños y colores, que guardan en arcas como las que vemos y que visten en las solemnidades y en las juntas—Yemaas—que celebran con los de otros aduares, para asuntos de lindes, de ganados ó de mayor importancia, según los sucesos los presenten.

Desde muy jóvenes comienzan á ser útiles, los varones en faenas de pastoreo, las hembras yendo á los zocos de la ciudad cercana á vender cuanto produce su campiña y su monte, hasta que se casan y tienen un paréntesis corto de vida de familia, se extenúan pronto y vuelven á los zocos, pero entonces ya no van de comerciantes, van de bestias de carga que inspiran lástima profunda, sobre todo aquellas que se hacen acompañar por hijos ó deudos pequeños, que á pie y descalzos recorren muchos kilómetros, para llevar al mercado una docena de cebollas, de huevos, de espárragos ú otra mercancía de esta jaez.

En cuanto á vida pasional, es poca en el orden que la entiende nuestra raza y los europeos, puesto que el amor tiene poco papel en ella, quizá por facilmente satisfecho, quizá por dificilmente engendrado, puesto que la organización de la vida social marroquí, no dá ocasión á enamoramientos psíquicos, para los que en último resultado siempre hay camino, puesto que el matrimonio y

el divorcio tienen una enorme laxitud. Da ocasión, á la lujuria que siempre se satisface con la hembra adquirida en público mercado, ó llevada por matrimonio sin preámbulos de amoríos, á la casa del contrayente varón, que salta de la Aammaria, á la habitación donde aquel espera.

La base de la vida pasional es el odio por disgustos de familia, por codicias de mando, por robos y exacciones injustas, que se dirimen á tiros y que cuestan muchas víctimas, pues como no hubo ley ni jueces que castigaran los delitos é hicieran justicia, cada uno se la toma por su mano cuando encuentra ocasión. Esto es motivo de que el moro lleve siempre en el campo fusil ó espingarda, pues su fatalismo no impide que él se ayude y ayude á los suyos.»

Así dijo mi amigo y algo más que no hace al caso, acomodándose lo mejor posible sobre su colchoneta—verdadero lujo, pues los moros duermen sobre el santo suelo en esteras, y á lo más alfombras—en demanda del sueño, que no tardó en llegar, aunque no hasta mí, por lo que cigarro tras cigarro iba apurando la petaca, cuya escualidez pregonaba mi consumo.

Las pulgas, una horda salvaje de ellas, me molestaba ferozmente, y ruidos de afuera, cantar de gallos, roncar de durmientes y hasta lloros de niños de pecho de la vivienda fronteriza, seguidos de arrullos y cantares de madres, no eran bastantes á mitigar la inquietud y distraer mi ánimo de la molestia de las picaduras.

Por economía habíamos apagado una vela y como se acababa la otra, la encendí, presumiendo que aquella noche mi sueño iba á ser difícil, como ocurrió, á pesar del cansancio, pues cuando solo había logrado algo de sus favores, por las rendijas de la puerta, la luz blanca del amanecer trazó líneas en el suelo, y ruidos de caballerías, voces de criados, rumores de pueblo que despierta, me pusieron en pie.

Cuando salí afuera ya era día claro, pero aún Venus, el lucero de la mañana, mostraba su luz de oro en la altura, que se iba apagando en aquella otra luz que entre nubes rosa venía de Oriente, pregonando que el sol volvía á lucir.

Los hombres andaban á vueltas del ganado, que ya salía como un reguero de puntos móviles del aduar á la

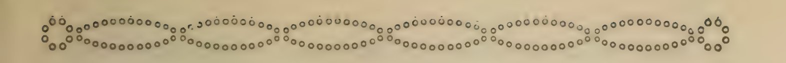
campiña, otros arreglaban yuntas, otros se desperezaban tendiendo al aire los robustos brazos, quienes bebían su té limpiándose los morros con el dorso de la mano, cuales examinaban las espingardas ó el fusil, y todos poblaban el ambiente de ruidos, los ruidos de la vida de un pueblo que despierta y va al trabajo.

Me aparté un poco buscando un sitio desde donde verla salida del sol y cuando me encaminaba á él me detuve ante cuatro ó cinco figuras que á cien metros de rodillas sobre pequeñas esteras, con la cara vuelta á Oriente oraban, cumpliendo la religión de Mahoma, que preceptúa estas oraciones. Debían ser ancianos, pues la actitud decrépita de algunos lo declaraba; sus brazos huesosos se alzaban al cielo de vez en cuando y sus cuerpos se inclinaban hacia adelante, llegando el rostro al suelo para levantarlo enseguida y volver á quedar inmóviles.

Me aparté con respeto de la sentida escena y fuí en busca de mi cabalgadura que ya estaba lista y mi moro ginete en la suya, el fusil enhiesto sobre el muslo derecho, esperaba mis órdenes para emprender la marcha. Unas pesetas al Chej, unos realitos á los pequeños que me rodeaban clamando algo, apretones de mano de Menahem, y arriba, al tormento de la ancha silla moruna, que es preciso estar muy acostumbrado para soportar largo tiempo.

Y luego la campiña y una colina, y otra, y otra; tras de la última decía mi guía que estaba Tánger, pero no era verdad; quedaban aún varias que me parecieron incontables, hasta que por entre los cañaverales y cactus que forman los vallados de sus huertas, di en Tánger, la cosmopolita, la hospitalaria, la ciudad más agradable de todo el imperio marroquí.





Los judíos del Mogreb - -

XI

La raza israelita es importante en el imperio marroquí, tanto por el número de sus individuos, cuanto por el papel que desempeñan de intermediarios comerciantes entre Europa y Marruecos, papel que con ellos comparten desde que la guerra del año 60 y los tratados que la siguieron garantizaron vidas y haciendas, los extranjeros que se establecieron en el país.

Los judíos del imperio proceden de los Philistin, núcleo de esta religión que antes de Mahoma sentó sus reales en el Noroeste de Africa; de los que en el siglo XIII expulsó Italia, en el XIV los Paises Bajos, á principios del XV Inglaterra y Francia, y á fines del mismo, en mal hora España, que restó con su expulsión energías comerciales y futuras riquezas, cuya falta hoy lamentamos; pues tan violenta y radical fué la expulsión decretada por el fanatismo religioso de nuestros ascendientes, que mientras á los demás países volvieron los judíos y llevaron su inteligencia al comercio é industria nacional, desenvolviendo fuentes de riqueza y contribuyendo con el tributo de sus iniciativas y el no despreciable pecuniario de los gravámenes que el Estado imponía á sus profesiones, á la riqueza pública, al nuestro no han vuelto, porque los rabinos y sacerdotes de aquella época, lanzaron tremenda excomunión, que hoy subsiste, sobre los que volviesen á residir en España, siendo ésta la causa de que de ella hayan desaparecido las colonias hebreas.

En Tánger, Tetuán, Arcila, Larache, Alcazar Kebir y Wazan, residen los oriundos de nuestro país, y conservan el idioma con los modismos y dicciones de la época de su expulsión, tal y como le trajeron, como patrimonio que cuatro siglos no han sido bastantes á destruir; suerte que no ha cabido á los oriundos de otras tierras, pues en las demás zonas del imperio el judío habla el árabe, y si posee algún idioma además, no es como herencia de sus padres, sino adquirido por el estudio ó el contacto con gente de otras naciones.

Todavía en las ceremonias de sus bodas, quedan los españoles que las presencian sorprendidos, al oir la palabra Castilla en la oración hebrea conque consagran el acto, y es que hacen constar en el documento que el ceremonial de las bodas, se ha hecho con arreglo á la fórmula que los Rahabi de Castilla acordaron ha luengos años.

Expulsados de todas partes, llegaron á las costas africanas abandonados é inermes, é impetraron clemencias y hogar de la Media Luna que se los dió, pero en condiciones tan onerosas, que solo su extrema necesidad podía aceptar.

Vivir en barrios aislados, á los que marcaron con el nombre de Melah,--salado, maldito,—no usar turbante, ni ropas claras, ni zapatos amarillos, ni cabalgadura dentro de las ciudades, ni caballo ni mula fuera de ellas, ni embozarse sobre el hombro izquierdo; llevar la cabeza cubierta con un pañuelo anudado debajo de la barba; caminar descalzos por las calles donde hubiese mezquitas y por las en que tuviese su residencia el Majacén; prestar á éste, trabajo sin retribución alguna, dar la derecha siempre al moro, retirar gratuitamente la Sifa,--lo podrido,--las inmundicias de los sitios públicos y los animales muertos de las viviendas de los moros; carecer de indemnización si uno de éstos les ocasionase perjuicios, no levantar jamás la mano ni en defensa propia, vivir privados del derecho de adquisición de terrenos, pagar un tributo anual de capitación; éstas eran las señales por las que en toda ocasión y lugar se habían de diferenciar de los moros; signos de esclavitud y vasallaje impuestos y aceptados. Sujetos al yugo de unos y otros han vivido, hasta que los cañones españoles abrieron en los Castillejos ancha brecha en las murallas del poder musulmán, por la que pe-

netró la influencia europea, que sinó en el interior, en el litoral cambió la faz de la sociedad mogrebina.

En cambio de todas estas vejaciones, que eran efectivas, pues el infeliz que traspasase en una milésima lo pactado, era sometido brutalmente al tormento de palos, que muchas veces se aplicaban hasta producir la muerte; les dejaron el culto de Moisés, la práctica del rito hebreo dentro de sus Sinagogas, con lo que se dieron por satisfechos.

No se crea que estas condiciones vivían escritas en el papel; vivían en la realidad, estaban encarnadas en las costumbres del pueblo moro, que no desperdiciaba ocasión para hacerles sufrir el yugo.

Era corriente en todo el imperio hasta la guerra de España—lo fué en el interior hasta ahora—el que los moros desocupados se aposentasen en la esquina de una calle y á todo judío que pasase, sin que fuera excusa su tierna edad, ó el venerable aspecto de la ancianidad cubierta de canas,--de cuyo tipo la raza hebrea posee los más hermosos ejemplares que he visto,—le hiciesen bailar el Sot. Consiste éste en formar corro en torno de la víctima y cantándole en bárbaro idioma y á compás de melodía más bárbara aún, hacerle quedar sobre un pie y mover el cuerpo en danza salvaje. A medida que el baile avanzaba, el cuerpo se iba elevando hasta quedar apoyado por largo espacio de tiempo sobre la última falange del dedo grueso del pie derecho, posición violenta que soportaban los bailarines temerosos de mayores males. Al fin el baile terminaba, por la intervención de un moro compasivo ó por el gracejo ó las súplicas del actor, y otras uno de los circunstantes le hacía inclinar la cabeza ante él y con la mano izquierda para mayor baldón, le golpeaba tres veces en la nuca diciendo: «Por tí, por tu padre y por tus abuelos.»

Esto no era más que el reflejo del trato que en los actos oficiales se les concedía.

Cada año llegado el tiempo del tributo, el Sultán enviaba á las poblaciones un soldado y los gobernadores de ellas citaban para el día siguiente el Xeque y los más notables del Melah, que salían de él descalzos y llevando en repletos talegos el importe de toda la colonia y en procesión misérrima comparecían ante el gobernador, el

que leía la carta del Cherif que ellos escuchaban con la cabeza humillada, diciendo al comenzar y al acabar: «Que Aláh le proteja».

Al entregar el tributo aumentado con los sueldos del soldado, éste hacía humillarse ante él al Xeque, el más respetable de todos los suyos y le golpeaba tres veces diciendo: «En nombre del Sultán, por tí, por tu padre y por tus abuelos;» después de lo que, en medio de un coro de alabanzas y de gracias, besaban el suelo los desdichados y salían gozosos si el golpeamiento había sido moderado, lo que ocurría casi siempre por haber sido gratificado el golpeador.

Estos escarnios y burlas constantes, arraigaron en las costumbres, por la mansedumbre conque las sufría el pueblo israelita, que ni una sola vez protestó en el transcurso de cuatrocientos años, y los documentaba lo que la tradición mora refiere del origen de los judíos, y ya sabemos cuánta influencia ejerce la tradición en el corazón y el cerebro de un pueblo.

Refiere que en tiempo de Mahoma, se dió sangrienta batalla entre moros y hebreos y todos éstos quedaron muertos en el campo de batalla. Entonces las mujeres de su raza, temerosas de la extinción de ésta, acudieron al profeta en demanda de que las dejase dormir con sus muertos y éste accedió y los muertos engendraron vivos por permisión de Aláh, que no quiso acabar con el que un tiempo fué su pueblo escogido. De aquí que los moros llamen Benisifa,—hijos de la carroña, — á los judíos.

Parece imposible que en medio de todos estos tormentos y privaciones de orden moral y material, no se hayan aniquilado estos eternos proscriptos, que errantes y vagabundos han dejado los huesos de cien mil generaciones, en toda la haz de la tierra, sin lograr poseer un trozo de ella, donde alzar altares á su ley y donde velar el sueño de sus muertos. De padres á hijos los judíos berberiscos han vivido descalzos, mugrientos, encorvados, perseguidos, humillados, apaleados, siempre temerosos y jamás temidos, siendo menos que los siervos de Roma, porque los siervos tenían derechos; menos que esclavos, porque los esclavos tuvieron rebeliones; en una atmósfera de degradación, que se trasmitió hasta nues-

tros días, trasluciéndose en el lenguaje, y en las actitudes.

La vida dentro de los Melah, del que muchos judíos no salían nunca, estaba y aún está hoy regida por dos autoridades, una de orden civil llamada Xeque, especie de gobernador que interviene en todo lo administrativo y en las relaciones de la colonia hebrea con las autoridades, como representante de la comunidad israelita en aquella zona; y otra de orden legislativo y religioso análogo al Kadi de los moros, llamada Dayan. Este último dirime las contiendas entre los hebreos, impone castigos á los delincuentes de multa ó cárcel, juzga con arreglo á las leyes de Moisés y excomulga á los irreligiosos, á los infractores de la ley. La pena de excomunión que llaman Nidduy tiene un valor real en el Mogreb, pues ni el carnicero le venderá carne, ni el zapatero babuchas, ni el vecino le saludará, ni el sabio matará sus gallinas, ni podrá vivir, en una palabra, entre los suyos.

La mayor parte de las cuestiones se resuelven cuando no hay testigos con el juramento en la Sinagoga ante el Cefer, arca que guarda los libros sagrados y en presencia de Jajan y Rabinos. Muy apurado tiene que verse un judío para hacer jurar á otro, pues este acto es para ellos de tal importancia, que afecta directamente á su salvación y el judío que obliga á ir á sus hermanos al templo para jurar, queda en mal concepto.

Había una pena que se llama Surat Haddin aún en uso en las poblaciones del interior hasta la ocupación del Imperio. Se aplicaba á los deudores, á los quebrados comercialmente hablando, los que después de jurar ante el Cefer que no tenían ni un real, eran condenados á vivir hasta que pagasen con la ropa que tenían puesta y con un solo colchón como ajuar. Muchos judíos se hicieron protegidos y súbditos de cualquier nación, temerosos de tal condena, que entre lo que dependen del Dayan y del Xeque se llevaba á efecto en todo su rigor.

Las condiciones materiales en que vivían eran semejantes á las morales.

En las estrechas callejas de los Melah, infectas, sucias, malsanas, llenas de inmundicia, vivían apiñados. En cada habitación--lo prolífico de la raza y la escasez de viviendas aún obliga á ello—reside una familia por regla general numerosa y todas hembras y varones, viejos y niños duer-

men en ella la mayor parte sobre esteras. Llaman á esta vivienda ¡palacio! y en ella cocinan, lavan la ropa, comen y duermen, como ya he dicho. El menaje consiste en algunos barros de Fez colgados en las paredes, alguna repisa de Rabat, que ostenta una bandeja de cobre, un Tipat, unos cuantos pocillos para el té y dos candeleros dorados; en el suelo á todo lo largo de la habitación, una estrecha y delgada colchoneta que durante el día sirve de asiento y en la noche de almohada, una silla por si el médico va alguna vez que se siente, y una cama de hierro que nadie utiliza ni aún en las enfermedades, pues todos dicen, ¡que se marean de dormir en alto! Claro está que los ricos desde que las naciones europeas inscribieron en sus libros á los que querían protegerse en sus banderas, pudieron hacer ostentación de su dinero y aún fuera de los Melah edificaron casas cómodas y han salido de esta mísera condición; pero en ellos se encuentran los signos del pasado, que revelan los hábitos de la raza. Junto á la mesa de comedor de nogal, la mesilla de pino de quince centímetros de altura, que les permite comer sentados en el suelo; junto á la cama lujosa y elevada, la colchoneta estrecha, altar verdadero de sus noches; al lado de la mecedora ó de la silla tapizada, el cojin de retazos verdes y encarnados que es el mueble de lujo que los suyos tuvieron para sentarse; en fin, que los muebles europeos puede decirse que están de respeto.

Las condiciones en que vivían en el campo eran aún más duras, puesto que ningún israelita podía residir en él, sin figurar como criado de algún moro á quien tenía además que pagar una cantidad mensual por esta protección, que no le libraba de que la fuerza bruta de autoridades ó bandidos, cuando había hecho algún dinero producto de trabajos y fatigas, le fuera arrebatado, cosa que de tiempo en tiempo también ocurría en los Melah de las ciudades, donde los Bajás unas veces y otras tribus rebeldes que les amenazaban, les impusieran fuertes tributos que no había más remedio que aportar ó sufrir las consecuencias de bárbaros castigos. En Alcázar por ejemplo, todos los años bajaban los yebalas á poner cerco á la ciudad, que no se levantaba hasta que los judíos entregaban la multa, que á pesar de las autoridades locales ó en combinación con ellas, les era impuesta.

Así vivió cuatrocientos años esta raza en el Mogreb, bajo la presión de amenazas bárbaras y de estúpidas tradiciones, que justificaban su encerramiento en los Melah, lo que exascerbó en ellos el santo amor de la familia y el amor desmedido al dinero, pues éste era el único medio de librarlos en momentos de apuro individual ó colectivo, de tremendos arbitrarios castigos que podían aplicarles desde el Sultán hasta el último haraposo de la raza señora, sin poder protestar nunca, por que la protesta podía significar la extinción de todos ellos.

¡Días incontables de los Melah, vividos en servidumbre, dormidos para siempre en la noche del tiempo, vosotros sois bastante causa para la desaparición del Imperio!

En ellas el ayuntamiento del temor y de las necesidades de la vida, engendró en la raza, vicios y virtudes precisas á sostenerse en el medio en que estaban obligados á vivir; á adaptarse á él con el menor quebranto posible, á conllevar la situación, á ir tirando sin dar pretexto á castigos colectivos, que quizá hubieran llegado, de ser otra su conducta, á la desaparición completa de la raza en el Mogreb, cosa factible en las bárbaros costumbres del imperio.

Estas circunstancias, les hicieron conservar su pureza de origen, libró á sus generaciones de vicios y máculas habituales en la raza señora, les hizo humildes, pero fuertes, sanos, inteligentes, con la inteligencia que dá la necesidad, en todo momento sentida de huir peligros inmerecidos, y adquirir dinero, para evitarlos en momento determinado.

Así resultó, que, cuando nuestros hechos de armas en Tetuán, dieron posibilidad á un cambio de vida, cuando la sangre de nuestros soldados fué precio bastante para romper el cerco en que vivian, ellos no dejaron pasar la ocasión; estaban capacitados para entrar en la nueva senda y se emanciparon, adquiriendo la cultura bastante á la vida de los negocios, protegidos por las leyes que supimos imponer, convirtiéndoles de protegidos en protectores.

Primero, nuestras Escuelas Franciscanas, más tarde, las de la Alianza Israelita, fueron vivero educador de nuevas generaciones, y no teniendo espacio bastante en Ma-

rruecos á sus actividades, se lanzaron á América y las necesidades del comercio que allí desarrollaban, les llevaron á Europa, sustituyendo el antiguo aislamiento en que vivían, por una movilidad cosmopolita que les enaltece.

Esta raza prolífica como la que más, condición que avalora su existencia, tiene como características hoy, dedicarse á trabajos productivos, — por excepción ejercen sus individuos oficios manuales que dejan poco margen á laganancia,--prefiriendo á todo, el comercio aunque sea en pequeña escala: el amor á la familia que en ellos es una segunda religión; el respeto al culto Mosaico y á sus prácticas, que dificilmente abandonan aún después de vivir largo tiempo en Europa y América en medio de otras religiones; la valentía en los negocios mercantiles á lo que se lanzan con toda fé, pero dejando la menor cantidad de riesgo, que cubren por cuantos medios tienen; el método y la sobriedad en los gastos base segura del ahorro, y un espíritu comercial, que hace aventureros á muchos de sus hijos, que emigran á América, tornando años después, la inmensa mayoría á la ciudad de origen con la cartera más ó menos repleta, pero siempre lo bastante á vivir de la renta, ó á emprender negocios seguros, para los que tienen amplio campo, que les dá su condición políglota, pues el que menos de éstos soldados del comercio habla á la perfección español, francés y árabe.

Tan bién organizados están en este orden de cosas, que hubo una época en que los pudientes se encargaban de educar para la vida comercial á los adolescentes pobres, á quienes pagaban esta educación y el viaje á América y el emigrante restituía el precio de todo esto con el producto de su trabajo. Así han invadido la Argentina, el Perú, Chile y el Brasil, donde han creado negocios industriales y explotaciones agrícolas y comerciales, que al volver á su ciudad de origen, no abandonan; dejan en ella otros israelitas con los que comparten el producto, sin que dejen de prestar servicio al asunto los restituídos á la patria, por que como los negocios son hoy internacionales, ellos se encargan de la gestión en Europa para la venta de lo que se envía, y envío de lo que allí ha de venderse, motivo de que hagan frecuentes viajes á Londres, París y demás plazas mercantiles, lo que les dá gran cultura y excelente barniz social, puertas de acceso á la

vida de clases sociales, que estuvieron vedadas á sus ascendientes.

Añadir á esto, que por ley de herencia nacen ya comerciantes, pues heredan el poder de edquisitividad de sus antepasados, como se heredan las facciones, y las dolencias; que tienen la habilidad de encontrarse siempre al margen de toda corriente de dinero y de hacerse intermediarios de ella, de la que derivan un arroyo por pequeño que sea á sus arcas; que son inteligentes y reflexivos, que es otra condición de la raza y comprenderéis la importancia que tiene el núcleo hebreo en la vida de Marruecos, importancia que resumiré diciendo, que allí donde hay una peseta, hay unos ojos israelitas que la contemplan y acarician.

La vida financiera en todos sus aspectos, en lo oficial y en lo particular está ligada á ellos y como hablan los idiomas más extendidos en el país, á todas partes llega su acción, cuya tendencia principal es la de adquirir y atesorar, por que saben que esto, les dá importancia, les abre las puertas al respeto, á la consideración y á la influencia y que para llegar á estas cimas de la vida social, no tienen más camino que hacer dinero.

Es lástima que esta raza de hombres inteligentes, sanos, fuertes, con condiciones excepcionales para la lucha de la vida, al lado de estas virtudes positivas no tenga otras negativas que completarían su actuación social, evitándoles odios y malquerencias colectivas, que siempre les fueron funestas, pues á la corta ó á la larga la raza paga en sangre y vidas, el exceso de codicia que informó sus actos, años y años.

El que esto escribe es devoto de esta raza que supo engrandecerse con el trabajo y fué lo bastante hábil para no extinguirse, ahogada por el régimen á que estuvo sometida en Marruecos; raza en la que tiene buenas amistades, en la que tiene agradecidos y á quien agradecer, y por ello dúelese de esta falta de virtudes negativas—hablo en general—que le crea una enemiga lenta pero efectiva, en las colectividades de las otras estirpes que comparte con ella la vida en las ciudades.

Quiere todo esto decir que en las relaciones de trabajos comerciales y financieras, con ellos hay que estar en guardia para no salir perjudicados, por que en ellos,

obtener el máximum de ganancias en todo, es una ley inexorable á la que no saben substraerse, sin que esto signifique que no sean espléndidos y hasta manirrotos, pues vereis muchas veces el caso de tirar mil pesetas en un capricho, en un agasajo, en un antojo sin sustancia ni realidad y un minuto después, este mismo hombre, aquilatará el céntimo en un negocio y no lo hará hasta que no esté plenamente convencido, de que es imposible sacar un céntimo más. Es para ellos una religión de la que son sacerdotes y no saben substraerse á la ley de máxima ganancia, pues sería esto infringir los preceptos y el culto de ella.

No hay que demostrar lo conveniente que es á España, que estos núcleos de población sean españoles de verdad, puesto que brazo y cerebro son en el comercio y las finanzas. Para ello hay que favorecer dentro de los medios legales el desarrollo de sus intereses, pues nada ata tanto—dentro de las modalidades que su suerte histórica engendró en la raza—su voluntad á los Estados en que viven, como tener garantido el producto de sus afanes y trabajos. No es que sean refractarios á ingresar por amor en la nación hispana, es que nosotros tenemos que hacerles olvidar el desaguisado histórico cometido hace siglos, demostrándoles con actos, que los tiempos han cambiado y que caben con todos los fueros que su religión les asigna, dentro de la vida española.

Sus virtudes, que ya he citado, son mucho mayores que sus defectos y hay que utilizarlas en bien de España y en bien de ellos, cosas perfectamente compatibles, incorporando á nuestra vida el caudal de sus actividades comerciales y financieras y protegiéndoles contra todo lo que pueda dificultar su acción. Además es de justicia darles esta reparación, que comenzada el año sesenta en que nuestra guerra les sacó de las garras de los Sultanes con la creación de Semsares y Mojalet, que les convirtió de protegidos y explotados al máximum, en protectores y explotadores en el mismo grado de sus antiguos amos, no tiene otro modo de terminar dignamente que dando á los cuarenta mil israelitas que residen en nuestra zona—incluido Tánger, que á nuestra zona pertenece—toda la plenitud de nuestros derechos civiles y políticos.

Afortunadamente, las corrientes de opinión en Es-

paña, van por este camino y no es de presumir se desaproveche el ambiente favorable que existe para su realización, pues sería torpeza política tremenda que retrasaría la españolización del país.

Ahora bien, esto tiene una condicional; mientras para los israelitas españoles todo, para los acogidos á pabellón extranjero lo extrictamente señalado en el Derecho Internacional; esto es, copiar exactamente el cliché que para estos casos tienen en uso los franceses en Argelia y Túnez, porque estos extranjeros indígenas, son nocivos á la tranquilidad de nuestra zona, ya que el amparo que otras naciones les prestan, puede tener compensación en una labor que en nada puede favorecernos y que seguramente hace falta á la política extranjera en nuestra zona. Puesto que ya no rige la ley de capitulaciones en Marruecos y todos los que en nuestro territorio viven están sometidos á nuestras leyes, en ellas hay recursos, para que los israelitas que no se acojan á nuestro pabellón y los que se acojan con manifiesta tibieza, encuentren pretexto facil, á cambio de procedimientos ó de residencia, en armonía con sus intereses y aficiones.

Quizá no sea diplomático expresarme con esta claridad, pero es que tengo para mí, que la unidad de pensamiento y de acción en las poblaciones del Marruecos Español, es necesidad absoluta, indispensable, para conseguir lo antes posible el fin que tenemos que lograr en estas tierras.

Bien venidos sean los que lo deseen al seno de la Patria, á ellos hay que darles todos los derechos, todas las garantías que merece, su laboriosidad, actividades y energías; pero que los que vengan, lo hagan sin reservas mentales, porque si es perfectamente legal que en todas las zonas de Marruecos pueden vivir, establecerse y trabajar hombres de todas las naciones, esto debe rezar con los que tienen nacionalidad de nacimiento, esto es, con extranjeros, que ni pueden ni deben apartarse de la bandera que cobijó su cuna, pero no con indígenas, que al elegir nacionalidades distintas á la española y vivir en nuestra zona, ó es que nos tienen en poco, ó que sus fines son ambiguos, datos bastantes á justificar que los tenemos en menos y que no queremos tolerarlos.

España acojerá indudablemente bajo su bandera, á

todos los que de buena fé se acerquen á ella, y tengo seguridad de que cuantos hemos vivido en Marruecos largos años, sentiremos satisfacción grande, el día en que los Israelitas, sin dejar de serlo, tengan como apelativo único, el de españoles.





Algo de estadística - - -

Cierro este libro—pues prolongar descripciones de usos y costumbres resultaría pesado—con los cuadros estadísticos que siguen y con un gráfico, en el que vá en rojo la zona ocupada y en amarillo lo que nos falta por ocupar, datos todos que demuestran el valor del Marruecos español, y que permiten evaluar aproximadamente el esfuerzo que hemos de realizar para dar fin á la empresa.

Cuadros y croquis están hechos con referencias de moros y europeos conocedores del país, con datos que mi experiencia ha podido aportar, y con detalles consignados en libros españoles y extranjeros, en periódicos y revistas y en Boletines Oficiales de nuestros organismos en el Mogreb.

¿Que son defectuosos? Ya lo sé. ¿Que contienen errores? Lo presumo, pero no he podido llegar á mayor depuración, ni pretendo la exactitud matemática, que por otra parte no añadiría mucho, al objeto propuesto.

Con sus errores y sus defectos sirven al ideal que inspira este libro, que es dar una impresión de conjunto, demostrativa del valor de la empresa y de su costo, de la organización que España implanta en estas tierras y del modo de completarla y mejorarla y á ello sacrifico hasta mis impresiones personales, pues los datos consignados respecto á población y valor militar de los elementos indígenas, en los capítulos que anteceden, aparecen duplicados en los cuadros, lo que no ha sido obstáculo para que dé fielmente el resultado de trabajos publicados y referencias, por que la autoridad de estos trabajos á ello me obliga si he de servir los fueros de la imparcialidad.

Al pie de estos cuadros van las observaciones que me sugiere, el resultado que ofrecen, y ahí van como datos fehacientes de lo que el Marruecos español es y de lo que vale.

RIOS QUE CRUZAN

COSTA M

NOMBRE	NACIMIENTO	RECORRIDO
Muluya	Entre el Atlas Medio y el Gran Atlas, á 4.000 metros de altura en los Yebel Aiadú, Beni Mesguil y Ait Tafalmal.	Es de 550 kilómetros no nave su curso, haciendo grandes in nes y bañando sus aguas las nes situadas en las vertien Gran Atlas, las comarcas de Uxda. Es rápida su corriente vierno, y escaso su caudal e no, con profundidades de cuatro metros y anchura en vera de 150 metros en algunos
Zeluán	Montes de Guelaia.	Escaso caudal que riega pequeñ del poblado de este nombre.
Río de Oro	Meseta de Taxuda.	Escaso caudal que riega pequeñ de los campos de Melilla.
Kert	Entre los montes Ahzón, Beni Sedan y Guebaba, en las montañas de Beni Hassen.	Es de unos 100 kilómetros su pasando por Tafersit.
Necor	Ait Uret y Aros en Beni Hassen.	De S. á N. por tierras fertiles longitud de 70 kilómetros, p por Tafras.
Guis	Yebel Arec.	Unos 70 kilómetros en direcc paralela al anterior y pasa p fau.
Akarkar	Ait Yedifa.	
Inosiman		
Mestasa	Ait Yedifa.	
Uringa	Estribaciones septentrionales de la cordillera del Rif.	Separa el Rif del Yebala (límit do por casi todos los autore
Tersa y M'tir	»	
Adelau	Sierras de Xexauen.	Sur.
Mesa y Helila	En varios torrentes	Sin importancia.
Martín (Xecor y Yelu)	Beni Hassan.	Vega del mismo nombre en dedores de Tetuán.
Smir, Negro y Fenikad		Sin importancia.

RRUECOS ESPAÑOL

RANEA

UENTES	VADOS	DESEMBOCADURA	CABILAS QUE RECORREN
Uuad Ksab, Mehllo, Uad , Uad Ui- Uad Azru y elez.	Saf Saf, Mexera Kelila, Yuzal, Sebab Debab, Sarsar, Xerraa Melha.	A corta distancia de el Este de Cabo de Agua.	Beni Bu Yahi, Beni Ukil, Eulad Setut, Quebdana.
es sin impor-		En Mar Chica.	Guelaia.
. Id.		Al E. de Melilla.	Id.
		Ensenada de Iazanen	Tafersit, Guemaia, Beni Tuein, el Oeste de la meseta llamada del Garet, la parte Este de Beni Said y el O. de Guelaia.
		Bahía de Alhucemas	Metalza y Beni Ulixec, Beni Tucin, Temsaman y Beni Uriaguel.
		Bahía de Alhucemas	Beni Uriaguel, Bocoia, Targuist Beni Mezdni.
imen torren-		Frente al Peñón de Velez de la Gomera.	Beni Iltef.
. Id.		Cala de Mestasa.	Jerkets, Beni Buya, Beni Bexir, M'tiza el Bjar, Beni Guel.
		Bahía de pescadores.	Beni Sedat, M'tiza el Bjar.
iales.		Id. Id.	Gomara.
		Al O. de Punta Cotella.	Gomara, Beni Hassan, Beni Said.
		Más al N. que el anterior.	
as y Jemis.		Frente á Tetuán por Río Martín.	El Hanz, Was Ras, Beni Hozmar.
		Entre Tetuán y Ceuta.	El Hauz, Anyera.

COSTA DEL EST

NOMBRE	NACIMIENTO	RECORRIDO
Rusel, Ksar, Es-sian, Sijud	En los valles que forma la sierra de Yebala al acercarse á la costa.	Sin importancia.

COSTA I

Tahardartz	En el Yebel en la divisoria de aguas entre el Mediterráneo y Atlántico.	Sirve de límite en parte á la ternacional de Tánger.
Garifa	Entre Beni Aros y Beni Gorfet.	
Helu		
Lucus	Al N. de Wazan en las sierras de Atla Xerif, De Yebel Tzengaia viene uno de sus orígenes y otro de Bab Taza.	De curso sinuoso con un tota kilómetros de extensión, alc á bastantes kilómetros de yecto la influencia de la regando las fertiles vegas c che y Alcázar.

Precediendo á la estadística, doy el cuadro de l ríos que cruzan el Marruecos español, por que los dat que en él se contienen, uniéndolos con los que pueden v se en el croquis que va al final en la línea de alturas, in cada con flechas, en las que constan éstas, pueden hac formar concepto de la topografía del país, juicio que co sidero útil para el conocimiento aproximado de lo que este territorio.

Estos ríos hacen—principalmente entre el Martí Ceuta—que el Marruecos Español, sea palúdico, pues desagües no son directos en el mar, sino que al bor mismo de éste, se forman barras que sólo permiten el d agüe subálveo y por rebosamiento, lo que hace se form verdaderas lagunas muy ricas en patos, pero también anófeles, vectores del paludismo. El encauzamiento de tos ríos constituye una de las necesidades de nuestro

) DE GIBRALTAR

JENTES	VADOS	DESEMBOCADURA	CABILAS QUE RECORREN
		Entre Ceuta y Tánger.	Anyera, el Fahs.

LANTICO

ar, Haxef, y Yarrub.		En el límite de zona internacional de Tánger.	El Fah y Garbia.
		Junto á Arcila.	Garbia.
		»	Es Sahel, Garbia.
en que vie- Yebel Xerif ado por el el Himer u y el Gua-	Mexera el Yedid, Mexera el Merixa y Mexera el Nesma.	Por Larache.	Beni Ahamed el Surrac, Gzana, Alh Xerif, Jolot, Es-Sahel.

itorio, pues él, con la plantación de eucaliptus y el laoreo de las tierras, ha de concluir con la malaria.

Sirven estos ríos poco al riego, por que no se ha inntado el aprovechamiento de aguas en toda la extenón é intensidad que sus condiciones permiten, pero ya n el Muluya se estudia el aprovechamiento que corresonde á Francia y el que nos corresponde á nosotros; en eluán y en Melilla se aprovecha algo del río de Zeluán del Oro, que permite regar pequeña parte de la campia; del Martín también se derivan aguas para la vega del ismo nombre y algo en el Lucus para la de Larache, pero ay que intensificar este sistema de riegos para obtener l máximum de beneficios.

Este último río con mareas altas es navegable para equeños calados, en quince kilómetros de recorrido.

Cuadro Sinóptico Estadístico Político Militar de las Kábilas que integran el Marruecos Español

PROVINCIA DEL RIF (1)

KÁBILAS COSTERAS DEL MEDITERRÁNEO DE ESTE Á OESTE

NOMBRES	Extensión en kilómetros	Habitantes	Raza (2)	Fusiles y espingardas	Caballos	PRODUCCIONES	Situación político-militar	Algunos nombres de poblados
Quebdana.	950	26.000	B.	2.500	80	Cebada, algarrobos bosque bajo.	Sometida	Enlad Hamú Hadú, Sahanín y El Hadara.
Guelaia.	1.030	50.000	B.	3.500	40	Cebada, trigo, olivos, granos, ganado lanar, hierro, plomo argentífero.	Id.	Segangan, Nador, Mezquita, Zoco el Jemis.
Beni Said.	550	27.000	B.	3.500	125	Cebada, bosques, ganado lanar.	Sometida en parte	Guesana, Buermana, Mauro
Temsemam.	500	25.000	B.	3.000	50	Cereales, naranjos, viñas, higueras, trigo, cebada, maiz, frutas, olivos.	No sometida	Alcazaba de Dhar Budinar.
Beni Uriaguel	1.330	43.000	B.	5.000	60	Trigo, cebada, maiz, frutas. olivos, plomo y oro.	Id.	Ajdir, Iafras Tizmurin, Axdir.
Bocoya.	510	26.000	B.	3.000	1.000	Cereales, pastos, ganados.	Id.	Aduz, Izumuren y Tagnisah.
Beni Itef.	260	11.000	B.	1.400	40	Cereales, almendros.	Id.	Es-nada, Bades (antiguo).
Beni Bu Frah	245	7.000	B.	400	17	Higueras, pesca, hierro.	Id.	Yenanat, Behaiaten, Ideguerren.
Beni Gmil.	260	7.400	B.	550	18	Cereales, frutas, pastos, ganados.	Id.	Mestasa, Sidi el Hah Said.
[illegible]	[illegible]	14.000	B.	1.600	50	Cebada trigo hierro.	Id.	Tacnut, Tutal.

								Rechid.
Beni Ulisec.	210	16.000	B. N.	2.100	60	Cereales, frutas.	No sometida	
Tafersit.	55	3.000	B.	600	70	Olivos, cereales, ganado.	Id.	Tafersit, Buhagfaa, Eulad Yusel, Hamuda.
Beni Mexdúi.	150	5.000	B.	500	70	Cereales, ganado vacuno y cabrío.	Id.	Yamusen, Yhusen Lahsen.
Targuist.	120	5.000	B.	400	50	Almendros, frutas.	Id.	L'Aalmira. Gueruel, Marralza.
Zerketz.	118	5.000	B.	450	60	Cereales, pinos, frutas.	Id.	Hamaid, Iherruden.
Beni Bexir.	150	8.000	B.	1.100	70	Almendros, frutas, bosques.	Id.	Tamaditz.
Beni Bunzar.	190	8.000	B.	1.000	65	Almendros, frutas, bosques, maíz, cereales	Id.	Handac.
Beni Bu Xibet	160	5.000	B.	700	260	Maíz, pinos, higueras y viñas.	Id.	Beni Taiman, Tgrau
Beni Jamus.	230	8.000	B.	1.200	60	Bosques, frutas, maíz.	Id.	Genús, Alanana.
KÁBILAS LIMÍTROFES CON LA ZONA FRANCESA DE E. Á O.								
Beni Ukil.	115	2.500	A. N.	470	70	Cereales, caballos, bueyes, camellos y esparto.	Sometida (1)	Eulad Raha, Beni Aisa, Eulad Embarec.
Beni Bu Yahi	640	25.000	A. N.	400	1.000	Ganado lanar, caballos, mulos, camellos, cebada, trigo y esparto.	Sometida en parte	Eulad Musa Muhan, Eulad Raha Muhan.
M'Talza.	1.000	36.000	S. N.	7.000	350	Cereales, camellos, caballos, ganado lanar y cabrío.	Id.	Kelalcha, Eulad, Idun, Ain Zora.
Gueznaia.	1.300	46.000	B.	7.000	70	Cereales, ganado lanar.	No sometida	Azru, Fathisein, Iherudin.
Beni Tucin.	700	35.000	B. N.	4.000	40	Cereales, ganado lanar, frutas y hierro.	Id.	Beni Bel Aix Xama de Bugdán.
Beni Amart.	260	11.000	B.	1.400	1.800	Cereales, bellotas y corcho.	Id.	Eulad Abu.
Beni Ahamed	130	7.000	B.	1.000	80	Bosques, esparto, pinos, frutas, maiz y nogal	Id.	Eukezen, Iningsen.

(1) Esta kábila por su condición nómada unas veces está dentro de la zona sometida y otras no. Los 115 kilómetros que se asignan á su territorio están sometidos, aunque muchos creen que pertenecen á Ulad Setut, careciendo Beni Ukil de territorio fijo.

Continuación del cuadro Sinóptico Estadístico Político Militar de las Kábilas que integran el Marruecos Español

PROVINCIA DE YEBALA

KÁBILAS COSTERAS DE ESTE Á OESTE Y NORTE Á SUR

NOMBRES	Extensión en kilómetros	Habitantes	Raza	Fusiles y espingardas	Caballos	PRODUCCIONES	Situación político-militar	Algunos nombres de poblados (3)
Gomara.	1.600	71.100	B.	7.000	400	Bosques, cereales.	No sometida	9 fracciones. Beni Ziat
Beni Said.	160	8.000	B.	800	180	Cereales, pastos.	Id.	Chuquet, Zauia, el Hasch.
Beni Hozmar	280	15.000	B. A.	1.300	1.400	Cereales, pastos y bosques.	Sometida en parte	Beni Salen, Ben Carric.
El Hauz.	1.600	71.000	B. A.	7.600	400	Cereales, pastos y bosques.	Sometida	Malalien, Laucien.
Anyera.	650	45.000	B. B.	5.000	900	Aluminio, cereales, frutas, ganado lanar, vacuno y bosques.	Id.	El Hiut, Ainyir Alcazar Seguer, Sbet.
El Fahs. (1)		22.000	B. A.	3.000	150	Cereales, frutas y ganado vacuno.	Influenciada	Tánger Balia, Ain Dalia, Mogoga, Charf el Acab.
Garbia.	450	10.000	S. N.	800	190	Caballos, mulos, trigo, cebada y naranjas.	Sometida	Sel-la, El Hach, Tenin-Tlatlaza.
Es Sahel.	300	9.000	S. N.	1.000	200	Id. Id. Id. Id. Id. frutales y corcho	Id.	Racada Gemis.
Jolot, Tlig (2)	1.450	40.000	B.	4.350	450	Id. Id. Id. Id. Id. frutales y corcho	Id.	Adir, Sidi Embarec, Gla, El Jemis, Aim el Ma.

(1) Aunque la kábila del El Fahs constituye la Zona Internacional de Tánger, la incluimos aquí por creer forma parte inseparable de nuestra zona de influencia en Marruecos.

(2) Solo pequeña porción del Tlig cae dentro de la Zona española y la englobamos con El Jolot.

(3) Solo se citan en estos cuadros los poblados que tienen mayor caracter de permanencia, pues la mayor parte de los

BeniBuselama	100	4.500	B.	500	80	Bosques y caza.	No sometida	2 fracciones.
Fernasa.	100	6.000	B.	700	80	Bosques y caza.	Id.	3 id.
Tagzurt.	160	6.000	B.	700	100	Bosques, caza y maíz.	Id.	Tagzarin, Eulad Becar
Zuetama.	500	24.000	B.	3.000	700	Plata, oro, nogal, pino y bosques.	Id.	El Kelaa.
Jamas.	1.000	45.000	B.	5.800	1.000	Bosques, armas, tejidos, industrias derivadas de los cueros.	Id.	Xexauen, 7 fracciones
Beni Issef.	120	5.000	B.	450	80	Bosque alto, cereales.	Id.	Ameg - gadi, Taria El Kauba.
Sur Nata.	130	5.000	B.	600	100	Caballos, mulos, cereales.	Sometida en parte	Ain Baida, Dar Rati, Akersan.
Beni Gorfet.	250	11.000	B. A.	1.000	200	Caballos, mulos, cereales.	Id.	Kahajara, Lahara, El Haula.
Yebel Gebib.	250	10.000	B.	1.000	250	Caballos mulos, cereales.	Sometida	3 fracciones
Beni Mesauar	265	9.000	B.	1.000	120	Bosque alto, cereales.	Id.	Id id.
Wad Ras.	300	19.000	B.	2.500	650	Trigo, cebada, naranjos, limoneros.	Id.	Zinat, Fondac.
Beni Hassan.	290	18.000	B.	2.100	500	Bosque, cereales.	Id.	3 fracciones.
Beni Der.	250	10.000	B.	900	300	Cedros, castaños, pinos.	No sometida	Id. id.
Beni Laítz.	130	6.000	B.	700	90	Bosques, cereales.	Id.	Dar Tekin, Zozo Arba
Beni Aros.	140	7.500	B.	1.000	90	Bosques, minerales, ganados, principalmente lanar.	Sometida en parte	Ab-es-Selan.
KÁBILAS LIMÍTROFES CON LA ZONA FRANCESA DE E. Á O.								
Mernisa.	250	13.000	B.	1 200	150	Pastos, ganados.	No sometida	4 fracciones.
Mtiua el Yebel.	595	29.000	B.	2.950	200	Cebada, bosques, caballos.	Id.	Zauia Berrakin Demna.
Beni Zurual.	760	37.500	B. A.	3.800	120	Cebada, sorgo, trigo, bosques y plata.	Id.	Tagdara, Ain Barda.
Beni Hamed el Surrac.	120	19.500	B.	1.800	185	Cebada, caballos, maiz.	Id.	Dividida 5 fracciones
Gzana.	470	25.000	B.	2.950	190	Trigo, cebada, maíz, habas.	Id.	Id. id.
Hah el Xerif.	450	22.000 (4)	B. A.	2.100 (4)	250	Trigo, cebada, maíz, habas, caballos y mulos.	Sometida	Madjeri el Ma Echara, Ain Bus, Amer.

(4) El resultado que arroja la estadística sobre número de habitantes y de fusiles 1.088.000 y 108.370 respectivamente me parece exagerado. De todos modos hay que tener en cuenta para el número de fusiles, que en mi opinión el 50 por 100 son espingardas, pues la estadística se hizo en tiempos que esta arma predominaba en el país.

Censo de población de ciudades y posiciones del Marruecos Español

	Españoles	Israelitas	Moros	Extrangeros	TOTAL
Tetuán	3.200	5.000	18.000	120	26.32
Rincón de Medik	350	35	80		41
Río Martín	200		60		26
Ceuta	27.000	2.500	150	40	29.69
Larache	4.500	3.000	4.000	200	11.70
Arcila	1.800	1.500	1.500	40	4.84
Alcazar	1.200	3.000	12.000	40	16.24
Sexaguen			6.000		6.00
Peñón	285	20	10		31
Alhucemas	201				20
Melilla	35.635	3.000	234	146	39.00
Nador	1.419	60	134		2.01
Zeluán	671				90
Monte Arruit	251			20	27
Segangan	600		700		1.30
Zoco el Arbaa	10		200		21
Zoco el Hach	7		220		22
Cabo de Agua	274		600		72
Chafarinas	250	16			26
Tánger	2.500	18.500	40.000	3.000	63.50
Personal militar de guarniciones, campamentos y puestos militares	55.000		10.000		65.0
Total	135.353	36.631	93.888	3.606	260.53

OBSERVACIONES.—Para el censo de población se han utilizado en u casos empadronamientos y en otros, cálculos hechos á base del paso de gente las calles á distintas horas del día en cada ciudad, por carecerse de aquellos. deducir el número de moros é israelitas, se ha utilizado el tanto por ciento que raza tiene en este tránsito.

Servicios de Instrucción Pública en el Marruecos Español

	ESCUELAS ELEMENTALES						Escuelas de estudios superiores (2)	Promedio de Alumnos				TOTAL
	Española (1)	Alianza Israelita	Rabínicas	Hispano Arabe	Koránicas	Extrangeras		Españoles	Extrangeros	Israelitas	Moros	
etuán	5	2	1	1	25	2	2	1.850	20	350	650	2.870
incón de Medik.	1							50				50
ío Martín	1							31				31
euta	17						2	4.715	19	600		5.348
arache	2	2	2	2	9	2	1	420	40	250	300	1.010
rcila	2		3	1	4			250		270	130	650
lcazar	3	1	2		9			249		200	500	949
exahuen												
eñón	1							30				30
lhucemas	1							22				22
lelilla	20			1			7	7.692	32	600	50	8.374
ador	2			1				203			52	255
eluan	1			1	2			120			45	165
lonte Arruit	1			1				20				20
egangan (3)				3				65		72		137
oco el Arbaa										35		35
oco el Hach				1	4						109	109
abo de Agua	1				4			27			46	73
hafarinas	2							21				21
anger	8	2		1	17	6	3	787	850	1.750	1.300	4.687
scuelas Militares de enseñanza elemental en los cuarteles	40											
Total	108	7	8	13	74	10	15	16.551	961	3.127	3.073	26.710

(1) Algunas mixtas y la mayoría de niños y niñas separadas. En este grupo a además de las escuelas que paga el Estado las particulares.

(2) Son españolas de estas escuelas 14 y en ellas se enseña bachillerato en nger, Larache, Ceuta, Tetuán y Melilla, preparación de carreras militares en Lahe, Ceuta y Melilla. Carrera de Comercio en Tánger. Música, Dibujo y preparan de Correos y Telégrafos en Melilla y Artes y Oficios (en preparación) en Teán. El Liceo Francés de Tánger, enseña la segunda enseñanza de su país.

(3) En el territorio de Beni bu ifrur, de que es capital Segangan, hay 24 eselas Koránicas para una población de 15.000 habitantes, lo que es un reflejo de que ocurre en las demás regiones. Solo se aprende en ellas á leer, á escribir y el rán

SERVICIOS SANITARIOS EN

Nombres de las Ciudades y Posiciones	Junta de Sanidad	HOSPITALES Militares N.º de camas	Civiles. Número de camas	Indígenas. Núm. de camas	De aislamiento. Núm. de camas.	Dispensarios Indígenas	Enfermerías (1)	tarias de puertos
Tetuán	1	750	24	60	48	1	1	
Ainyir						1	1	
Malalien						1		
Rincón de Medik		50						
Rio Martín	1					1		
Ceuta	1	1500	80.		120			
Monte Negrón						1		
Cudia Federico						1		
Larache	1	800				1	1	
Arzila	1	400				1	1	
Alcazar	1	200				1	1	
Zoco el Hac de la Garbia						1		
Tenin						1		
Telatza de Raisana						1		
Yuma el Tolba						1		
Sel-la						1		
Regaia		150				1		
Peñón		30				1		
Alhucemas	1	20				1		
Melilla	1	1500	180	75	48			
Nador	1	100		12	17	1		
Zeluan		42						
Monte Arruit						1	1	
Segangan								
Zoco el Arbaa						1		
Zoco el Hach						1		
Sam-mar						1		
Kaddur						1	1	
Zaio							1	
Hassi Berkan						1	1	
Yaf el Bax						1		
Cabo de Agua						1	1	
Chafarinas	1	200						
Tánger (3)	4					1	4	
TOTALES	11	7442	324	143	233	27	11	

(1) Estos hospitales prestan asistencia al elemento civil que lo necesita d
de no hay hospital civil.
(2) De estas ambulancias, diez son automóviles.
(3) Además del hospital español que se indica hay otro israelita y otro fr

EL MARRUECOS ESPAÑOL

Casas	Médicos de servicios de puerto	Forenses	Médicos destinados asistencia domiciliaria gratuita	Comadronas Servicio gratuito	Practicantes Servicio gratuito	Parques de Desinfección	Ambulancias para enfermos comunes (2)	Ambulancias para infecciosos	Laboratorios de investigación, clínica y análisis	FARMACIAS Del Estado	FARMACIAS Particulares	Dentistas
1		1	3	2	2	1	8	1	1	1	3	1
			1							1		
1	1	1	5	3	4	1	8	1	1	2	3	2
1	1	1	2	1	2	1	4	1		1	2	1
	1	1	1	1	1		4	1		1		1
		1	2	1	1		2	1		1		1
1	1	1	5	4	5	2	12	1	2	4	6	
	1		1		1					1		2
			1							1		
			1									
			1									
	1		1							1		
1	1		3	2	1				1		4	3
5	7	6	27	14	17	5	38	5	5	14	18	11

:s, pero en esto lo mismo que en la enseñanza los españoles fueron los primeros ıe implantaron estos servicios en Marruecos.

(4) El número de camas en estas enfermerías es de 30 en la que más y de 6 en que menos.

Servicios de Administración de Justicia y de Fé Pública en el Marruecos Español

Ciudades y Lugares	Audiencias	Juzgados de Instrucción	Juzgados de Paz	Tribunales Indígenas (1)	Servicio Carcelario	Registro de propiedad	Notarías	
							Españolas	Moras
Tetuán	1	1	1	1	Europeo é indígena	1	1 (2)	Varias
Larache		1	1	1	Id.	1	1	Id.
Alcazar.			1	1	Id.		1	Id.
Arzila.			1	1	Id.		1	Id.
Ceuta.		1	1		Id.	1	2	Id.
Melilla		1	1		Id.	1	3	Id.
Nador		1	1	1	Indígena	1	1	Id.
Zeluán				1	Id,			Id.
Segangan.				1	Id.			Id.
Monte Arruit				1	Id.			Id.
Hassi Berkan. . . .				1	Id.			Id.
Zaio				1	Id.			Id.
Tánger (3)				1	varios	1	1	Id.
TOTAL. . .	1	5	7	11		6	11	

(1) Se compone cada Tribunal Indígena de el Kadi, un Notario y un Notable, y como Asesor un Capitán ó un Oficial de los que prestan servicio en las Mías de Policia. Estos Tribunales acuden á los Zocos y en ellos reciben denuncias administrando Justicia con arreglo á la ley Koránica. Son varios en cada zona y solo cito los de Melilla que es hasta ahora lo más organizado en este servicio.

(2) Excepto en Ceuta y Melilla donde hay Notarios profesionales, los Cónsules Españoles ejercen el cargo en las demás ciudades.

(3) En Tánger, la administación de Justicia sigue rigiéndose por la ley de capitulaciones. Hay Tribunales indígenas para los moros, y los europeos se rijen por las leyes de sus respectivos paises que aplican los organismos oficiales que hay establecidos en los consulados. El Registro de la Propiedad, se estableció á raiz de la Conferencia de Algeciras y se desempeña con carácter internacional.

Estadística de los principales productos españoles ortados en el Marruecos Español, en el primer trimestre de 1918, por las Aduanas de Larache, Arcila, Tetuán y Melilla

(DATOS TOMADOS DE LA ESTADÍSTICA OFICIAL)

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
NIMALES VIVOS			
snal.	Cbzas	1	De 100 á 400 ptas. según calidad.
abrío	id.	121	De 35 á 100 ptas. id. id.
aballar	id.	2	De 300 á 2.600 ptas. id. id
e cerda	id.	289	Los cien kilos de 280 á 300 pesetas.
acas de leche	id.	3	De 1.000 á 1.500 pesetas según calidad.
ular	id.	6	De 750 á 2.000 pesetas id. id.
anar	id.	5	De 50 á 300 pesetas id. id.
LIMENTOS			
lubias	Tdas.	117'1	De 1.000 pesetas.
rroz	id.	91'1	De 900 pesetas.
ceitunas.	id.	11'7	De 500 á 1.000 pesetas según calidad.
zúcar	id.	794'7	De 2.000 á 2.200 pesetas según cotización.
Almendras	Kilos	386	K. 6'50.
Azafrán.	id.	62	K. 170.
Aceite de oliva . . .	Litros	614.807	De 1'80 á 3 según calidad.
Carnes saladas	Kilos	25 856	Los 100 kilos de 300 á 1.400 según calidad.
Carnes en conserva . .	id.	145	Precio remunerador.
Castañas	id.	1.691	Los 100 kgs. de 30 á 100 ptas.
Cacahuets	id.	19.991	Los 100 id. de 50 á 100 »
Clavo de especia . . .	id.	81	El kilo de 3 á 9 ptas.
Cacao	id.	36	El kilo de 15 á 25 ptas.

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
Cebada.	Tdas.	1.677	T. 595 pesetas.
Dátiles	Kilos	340	El kilo de 3 á 6 pesetas seg calidad.
Dulces y jaleas	id.	9.175	De 5 á 7 pesetas kilo.
Embutidos	id.	19.4'3	De 4 á 17 pesetas kilo seg calidad.
Frutas frescas, limones, naranjas, manzanas peras, uvas, plátanos, etc	Tdas.	165'3	Precio muy remunerador.
Frutas secas, pasas, higos, nueces	Kilos	32.617	id. id. id.
Frutas en dulce	id.	2.442	De 9 á 12 pesetas según lidad.
Conservas vejetales, (envasadas en latas) .	id.	52.129	Precio muy remunerador.
Garbanzos	Tdas.	187'6	De 1.000 á 4.000 pesetas, gún calidad.
Harinas.	id.	2.722	El 15 por 100 de sobrepre del de tasa en España.
Habas	id.	408	T. 530
Manteca fresca y salada	Kilos	6.211	4'50 pesetas kilo.
Manteca de cerdo . . .	id.	1.746	4'50 pesetas kilo.
Jabones y bombones. .	id.	320	9 pesetas kilo.
Chocolates	id.	5.771	De 2'50 á 12 pesetas kilo gún calidad.
Pasta para sopa. . . .	id.	18.352	A 1'40 pesetas kilo.
Pescado salado	id.	25.972	Según calidad.
Pescado en conserva (en latas)	id.	2.056	Precio muy remunerador.
Patatas	Tdas.	763'6	De 250 á 500 pesetas.
Legumbres secas . . .	Kilos	5.483	Según calidad.
Pimentón.	Id.	12.233	K. 4 pesetas.
Leche al natural condensada.	Cajas	6.108	La caja de 50 á 60 pese (c. 48 latas).
Queso	Kilos	2.853	De 4 á 10 ptas. según calid
Tortas de pan acimo .	id.	10.113	De 1 á 5 ptas. según calid

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
:BIDAS			
no ordinario en barriles.	Litros	510.807	El hectólitro de 60 á 100 ptas.
no id. en botellas . .	id.	43.500	Precio muy remunerador.
no generoso en botellas, cajas de 12 botella	Cajas	600	Precios según calidad. Remunerador.
nagre	Litros	5.344	Hectólitro á 100 pesetas
dra en botellas . . .	id.	3 287	De 1'20 á 1'50.
rveza en barriles . .	id.	9.587	Hectólitro de 30 á 60 pesetas.
rveza en botellas . .	id.	5.350	Precio remunerador.
uardiente de vino. en botellas	id.	8.354	id.
de melaza, rom y caña	id.	1.071	id.
ognac.	id.	10.054	id.
cores.	id.	4.412	id.
nebra	id.	113	id.
guas minerales, cajas de 12 botellas. . . .	Cajas	2.132	id.
OMBUSTIBLES			
cohol puro	Litros	14.020	3 pesetas el litro.
rbón de piedra . . .	Tdas.	5.401	T. 170 pesetas
tros combustibles minerales no determinados	id.	2	Según calidad
ATERIALES DE ONSTRUCCION			
aderas á escuadra, en traviesas, aserradas, labradas y en bruto .	id.	900	Según clase, largos y labores
adrillos macizos y huecos.	id	322	El millar de 50 á 100 pesetas
al.	id.	1.885	De 50 á 200 pesetas. Según calidad

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENT en Plaza Marroquí
Yeso	Tdas.	986	De 50 á 400 pesetas
Cemento	id.	3.463	De 100 á 325, según cal
Losetas de cemento . .	id.	513	
Baldosas de arcilla . .	id.	55.321	El millar de 50 á 275 pes según calidad
Tejas y alfarería de construcción	id.	1.117	El millar de 100 á 350
Hierro en vigas de doble T.	id.	47[18	850 pesetas tonelada.
MINERALES ELABORADOS			
Hierro en chapas y flejes	Kilos	5.170	1'40 pesetas kilogramo.
Id. estañado y hoja de lata.	id.	150	2 pesetas hoja.
Alambres de todas clases	id.	1.713	2'25 pesetas kilogramo.
Acero en barras y chapas.	id.	720	4 pesetas kilogramo.
Estaño en barras y laminados	id.	42	12 pesetas kilogramo.
Alfiletería.	id.	55	Remunerador.
Bisutería y joyería falsa	id.	297	Según calidad y elabora
Joyería de plata	id.	10	id.
Ferretería.	id.	6 900	id.
Cuchillería	id.	10	Cuchillo de 2 á 4 pesetas
Herramientas de hierro	Kilos	261	Según uso, peso y elabora
Clavazón	id.	3.670	2 pesetas kilogramo.
Cables de alambre. . .	id.	891	1'75 pesetas kilogramo.
Tubos de hierro fundido	id.	1.010	1'50 pesetas kilogramo.
Otros artículos de hierro	id.	2.506	1'05 pesetas kilogramo.
Otros de cobre	id.	32	12 pesetas kilogramo.
Manufactura de plomo.	id.	451	1'40 pesetas kilogramo.
Otros artículos de metal	id.	32	Latón 11 pesetas kilogra

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
EGETALES .ABORADOS			
rin vegetal.	Kilos	92	0'40 pesetas kilogramo.
ino, Cáñamo y yute en estopa	id.	590	De 6 á 9 pesetas kilogramo.
'tros filamentos . . .	id.	1.632	Precio remunerador.
ramante y cordelería .	id.	6.956	7'50 pesetas kilogramo.
LADOS Y TEJIDOS			
ilados de cáñamo y lino	id.	1.516	De 12 á 15 pesetas kilogramo
ilo de coser, lana, algodón y seda	id.	3.550	El kilogramo de 6 á 18 ptas.
ilados de yute	id.	16	De 10 á 12 pesetas kilogramo
l. de Algodón	id.	1.224	De 10 á 12 pesetas kilogramo
l. de lana	id.	168	15 pesetas kilogramo.
ejidos de algodón teñidos.	íd.	59.660	De 1'25 á 6 pesetas el metro.
l. de yute	id.	50	De 4 á 15 pesetas el metro.
l. de algodón blancos.	id.	4.500	De 1 á 4 pesetas el metrro.
l. estampados	id.	9.315	De 1'50 á 5 pesetas metro.
l. teñidos	id.	284	De 1'25 á 6 pesetas metro.
l. de lana, paño y otros	id.	979	De 5 á 40 pesetas metro.
l. de seda	id.	269	De 3 á 25 pesetas metro.
l. de punto de lana. .	id.	13	De 10 á 20 ptas unidad prenda
l. de punto de algodón	id.	3.642	De 4 á 5 ptas. unidad prenda
l. confeccionados. . .	id.	25.270	Según calidad y clase.
'asamanería de algodón	id.	91	De 2 á 8 pesetas metro.
ncajes bordados . . .	id.	24	De 0'25 á 15 pesetas metro.
lules	id.	124	De 6 á 8 ptas. metro cuadrado
ELES ELABORADAS			
'ieles verdes y curtidas		5.576	En verde de 5 á 8 ptas. el kg.
Guantes	id.	21	De 6 á 12 pesetas el par.
Aonturas y guarniciones.	id.	1.000	De 400 á 800 pesetas equipos completos.

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
Pieles preparadas . . .	Kilos	1.022	Precios remuneradores.
Otras labores de piel. .	id.	11	Según calidad y clase.
Correas de transmisión	id.	71	De 3'50 á 18'75 ptas. metro
Calzados	id.	266.490	De 25 á 60 pesetas par
PAPELERIA			
Papel de envolver . . .	id.	25.323	1'50 kg.
Id. de escribir.	id.	6.505	Según calidad
Id. de imprimir	id.	4.397	De 2 á 3 pesetas kilogramo
Id. de fumar.	id.	2.457	Librillo 0'10
Tarjetas postales . . .	id.	3.697	Una de 0'15 á 0'25
Cajas de cartón	id.	13	Según clase y tamaño.
Libros	id.	23	Según calidad
Naipes	id.	240	6 pesetas docena barajas.
MAQUINARIA			
Máquinas de coser. . .	id.	1.324	Según clase. Precio remunerador
Otras máquinas y motores	id.	22.185	id.
Bombas de todas clases	id.	457	id.
Maquinaria agrícola . .	id.	1.300	id.
Relojeria de bolsillo. .	id.	13	id.
OTROS EFECTOS COMERCIALES			
Acidos de todas clases.	id.	613	Según calidad y clase
Potasa y carbonato de potasa	id.	275	9 pesetas el kilogramo.
Sosa cáustica	id.	4.244	» »
Sal marina y sal gema .	Tdas.	144	150 pesetas tonelada.
Carburo de calcio . . .	id.	10	0 90 kilogramo.
Abonos químicos . . .	id.	18'3	Remunerador.
Barnices de todas clases	id.	12'7	De 6 á 9 pesetas kilogramo
Colores en polvo y preparados.	Kilos	3.490	Según clase.
Tintas de escribir y dibujar	id.	7.741	De 4 á 7 pesetas litro.

PRODUCTOS	Unidad	Cantidad	PRECIOS DE VENTA en Plaza Marroquí
ípices.	Kilos	16	De 1'50 á 2'50 ptas. docena.
erfumería de todas clases.	id.	2.143	Variable según calidad.
bón de perfumería. .	id.	1.220	Variable según las marcas.
l. común	id	36.749	De 2 á 3 pesetas kilo
ujías de todas clases.	id.	23.651	De 1'50 á 2 pesetas el kilo.
edicamentos	id.	12.813	Según calidad.
lmidón	id.	359	Remunerador.
etún para calzado . .	id.	162	íd.
elas de cera	id.	1.225	De 3 á 4 pesetas el kilo.
mpollas y bombillas eléctricas	id.	2.849	Según bugías y elaboración
oza ordinaria y fina. .	id.	16.519	Según tamaño y calidad. Muy remunerador
unas bruñidas	id.	1.074	id.
idrio plano	id.	1.587	id.
asos de vidrio	id.	13.288	id.
lacas fotográficas. . .	id.	176	id.
asijas de arcilla . . .	id.	40.049	Según tamaño y calidad
luebles de madera . .	id.	14.757	id.
scobas de todas clases	id.	1.466	id.
esteria de todas clases	id.	758	id.
ıstrumentos de música, cuerdas, armónicas y útiles fotográficos.	id.	192	Remunerador.
abores de esparto . .	id.	1.200	id.
apones de corcho . .	id.	136	De 15 á 20 pesetas el millar.
)uincallería, juguetes. etc. etc.	id.	11 048	Según calidad y elaboración
ılpargatas	id.	1.227	De 1 á 3 ptas. según tamaño.
ırtículos de modas y flores artificiales. . .	id.	11	Precio remunerador
'lantas y arbustos vivos.	Pie	13.224	De 1 á 2 pesetas
'lantones de árboles .	Pie	9.279	De 2 á 4
'orrajes y pajas	Tdas.	129'6	De 160 á 180 ptas. tonelada.

El total de ésta estadística de exportación, en la que sólo he consignado los artículos principales que la constituyen, fué durante el trimestre de referencia, en el Marruecos español de 10.472.726 pesetas, correspondiendo á España de ésta cifra 8.916.864 pesetas, lo que nos dá el primer lugar como importadores, lugar que debemos conservar, no solo por lo que hoy representa, sino por que el día que llegue éste territorio á su completo desarrollo, esta cifra sufrirá aumento en razón directa del que este tenga. La razón de cercanía, los intereses del comercio español y móviles de patriotismo, nos obligan á tener como aspiración, llegar á ser los únicos importadores.

Y conste que en esta cifra, no está incluído el importe de alimentación de los 65.000 hombres que constituyen nuestra fuerza militar, productos libres de derechos de Aduanas y que no figuran en su estadística, como tampoco figuran las importaciones de Ceuta y Tánger, por no depender de los Centros Aduaneros del Majzen, pero que contribuyen á la vida de las Zonas de que son Centros comerciales, puesto que son consumidoras de estos artículos. Evalúar aproximadamente en un tercio más de la cifra expuesta, el valor real del comercio de importación, no lo considero exagerado.

El de exportación ascendió en el mismo período de tiempo—primer trimestre de 1918—á 1.268.050 del que correspondió á España la cantidad de 478.244 pesetas, ocupando Francia el primer lugar en este orden comercial.

Los principales artículos que forman éste comercio son, ganado de cerda y cabrío, lana sucia, minerales de hierro, plomo y calamina, corcho en bruto, aves, huevos, pieles, trigo, cebada y aldorá, bastante limitada la salida de éstos últimos productos, por que las necesidades de vida del territorio así lo impusieron.

El haber elegido el primer trimestre del año para esta estadística, hace aparecer con cifra muy baja el comercio de exportación, debido á que constituyendo esta época del año el período de invierno, durante el que las malas condiciones del puerto de Melilla, limitan la exportación de hierro, se disminuyen las cifras que el resto del año aumentan considerablemente, puesto que éste comercio dá anualmente á la exportación 200.000 toneladas—

cantidad que llegará á cuadruplicarse dentro de dos años —y sabiendo al precio á que se cotiza éste producto en los mercados, se ve la justicia de esta observación.

Será muy difícil que nosotros conquistemos el primer lugar de este comercio, por que Inglaterra más industrial que nosotros, necesita éstos productos para elaborarlos y venderlos quizás en el mismo mercado, con el sobreprecio de elaboración, y por que Francia necesita para su sustento de toda la producción agrícola de la zona y la pagará á mejor precio durante varios años, que los demás competidores.

Aunque debiéramos también aspirar á ser primer lugar en este ramo de riqueza, como ella es producto monetario en la zona, nos perjudica bastante menos no serlo, que dejar de serlo en el ramo de importación.

Sería facil seguir haciendo cuadros estadísticos de las distintas actividades que integran el Marruecos Español, pero dado el objeto de este libro, es bastante con lo expuesto, para formar concepto de lo que es y de lo que promete ser.

Añadiré únicamente por ser datos importantes, reveladores de la vida actual, que el término medio de vapores que actualmente entran en los puertos, sin conta-Ceuta y Tánger, es de mil trescientos treinta y el de veleros de seiscientos sesenta y seis, siendo el tonelaje total de estas naves de seiscientas mil novecientas siete tos neladas; que de los vapores son nacionales novecientor sesenta y seis y seiscientos veinticinco veleros, y el resto ingleses, franceses, holandeses y portugueses, siendo el término medio de los que entran en Melilla, seiscientos veintitrés de los primeros y cuatrocientos quince de los segundos, en Río Martín trescientos veintidos y doscientos noventa, y en Arcila cincuenta y uno y cuatrocientos setenta y seis respectivamente; datos estadísticos recogidos del año mil novecientos diez y ocho para Melilla y Arcila, de mil novecientos diez y siete para Río Martín, y mil novecientos quince para Larache.

Estas naves representan el movimiento de mercancías que hay en estos territorios, y para dar idea de lo que es el de pasajeros diré que en Melilla el total de éstos fué—sumados los años de mil novecientos diez y siete y diez y ocho—de treinta mil seiscientos veinte y cua-

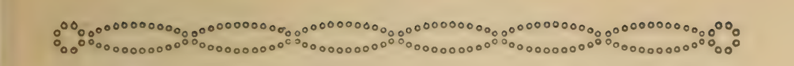
tro venidos y treinta y cinco mil ochocientos ochenta y seis idos, pudiendo decirse que de esta cifra, fueron pasajeros forzosos, por razones de servicio militar, unos doce mil individuos. El movimiento de viajeros en las líneas férreas, es importantísimo, como lo dice la cifra de ellas, que en los dos años citados fué de cuatrocientos veintinueve mil trescientos noventa y tres individuos.

Para dar idea de las condiciones climatológicas del territorio, diré que la máxima temperatura fué 37°, la mínima 2°2 y la media 16'9; la máxima barométrica 775, la mínima 753 y la media 766'3, siendo la altura del pluviómetro en la costa del Rif que es la zona donde se recogieron estos datos, de 231 milímetros en el año mil novecientos diez y ocho, año escaso de lluvias y cifra que representa la cuarta parte, de la que se alcanza habitualmente en la porción Oeste y en la región montañosa.

El genio médico que preside la vida morbosa del país, es análogo al que rige en el Sur de España, siendo similares la natalidad y mortalidad á las de la región citada, pero mereciendo anotarse que la raza israelita acusa mayor natalidad y mucha menor mortalidad que la población mora, pudiendo decirse que esta mortalidad está en la relación de uno á tres.

Como no pretendo especializar, termino con estos últimos datos, mi propósito de dar idea del conjunto de actividades que integran hoy la vida colectiva del Marruecos Español, pudiendo aquellos que lo deseen ampliarlos—si lo demandan sus intereses ó aficiones—en las estadísticas oficiales que distintos centros publican periódicamente.





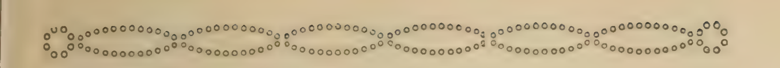
Conclusión - - - - -

No eche de menos el lector que no aparezca Ifni, comprendido en los capítulos de este libro. Pertenece á España, pero geográficamente no pertenece al Marruecos Español, puesto que el Marruecos Francés entra como dilatada intersección entre Larache y aquella plaza que será un día, una de las bases de nuestra extensión en los territorios que poseemos en la costa atlántica, frente á Canarias. Por éso he prescindido de la exposición y detalles de esa región casi inexplorada, de que plumas mejores que la mía se han ocupado, y que como cae dentro de la soberanía española, á España pertenece.

Sólo del Marruecos Español, geográficamente hablando, he querido ocuparme y como he podido y he sabido lo he hecho, aspirando solo, á aportar un átomo en la labor á que todos estamos obligados, de servir la Patria y contribuir á su engrandecimiento.

¿Lo he conseguido? No lo sé, el propósito era éste, al servicio de él he puesto cuanto podía y cuanto tenía y si el lector juzga lo hice mal, tenga en cuenta la buena intención, y que el que dá en un asunto todo lo que puede, no está obligado á dar más.

FIN



ÍNDICE

CAPÍTULO		PÁGINA
	Prólogo por Don José Ortega Munilla . .	I.
	Dedicatoria	1
I.	Del por qué de este libro y de su título .	3

PRIMERA PARTE

Desmembración del Imperio Marroquí

I.	Causas de la desmembración de Marruecos.	9
II.	Marruecos diplomático, político, judicial y pedagógico	21

SEGUNDA PARTE

España en Marruecos

I.	Nuestros derechos en Marruecos	39
II.	Necesidad absoluta de que España posea el Norte de Marruecos	45
III.	El Marruecos Español	57
IV.	Fuentes de riqueza	73
V.	Del valor efectivo militar de los elementos indígenas	83

CAPÍTULO — PÁGINA

VI. Nuestra acción militar en Marruecos. . . 99
VII. Lo que consiguió, lo que conseguirá y lo que necesita nuestra actuación militar . 115
VIII. Nuestra acción política 123
IX. La gestión Jordana 139

TERCERA PARTE

Como era la vida en Marruecos antes de su desmembración

I. Una visita á Sidi Mohamed Ben el Arbi el Saidi 149
II. Costumbres, usos y aspectos de la vida ciudadana 155
III. La Pascua de Aachor. Santos y locos . . 165
IV. Caguas y Guembris 173
V. Zambra, música y poesía 179
VI. El Zoco de Alcázar 183
VII. De Tánger á Arcila 191
VIII. Un día de estancia en Arcila 203
IX. Las ciudades de noche. Tánger, Alcázarquivir, Larache 209
X. Como se vive en el campo 219
XI. Los judíos del Mogreb 229

Algo de estadística 241
Conclusión 265
Mapa del Marruecos Español.



FE DE ERRATAS

Página	3	línea	28	dice:	raciaba,	debe decir:	"raziaba"
»	10	»	23	»	Mery,	»	Merry
»	11	»	32	»	espoliaciones,	»	expoliaciones
»	11	»	36	»	por tener que	»	obligándola á
»	13	»	2	»	Perdicari	»	Perdicaris,
»	13	»	24	»	muecin	»	Almuecin
»	13	»	29	»	de Rasul la	»	de Alah Rasul Alah
»	15	»	3	»	Anhgera	»	Anghera
»	16	»	5	»	chef	»	Chej
»	16	»	1	»	Anhgerinos	»	Angherinos
»	16	»	15	»	yebalas	»	Yebalas.
»	16	»	22	»	Anhgera	»	Anghera
»	17	»	35	»	espoliadas	»	expoliadas
»	22	»	11	»	espoliar	»	expoliar
»	23	»	37	»	pretegidos	»	protegidos.
»	24	»	4	»	masalto	»	más alto
»	24	»	7	»	inhospitali-tario	»	inhospitalario
»	27	»	7	»	hermosa	»	hermoso
»	28	»	4	»	esto	»	éste
»	28	»	4	»	logró	»	logré
»	30	»	34	»	espoliado.	»	expoliado
»	40	»	8	»	seguidas.	»	seguida
»	47	»	36	»	mil	»	millones
»	48	»	29	»	á la raza	»	en la raza
»	49	»	24	»	contigente	»	contingente
»	52	»	19	»	éste	»	Este

Página	58	línea	36	dice:	indefesion	debe decir:	indefensión
»	61	»	3	»	surgiera	»	sugiera
»	61	»	33	»	habitante	»	habitantes
»	62	»	32	»	todas	»	todas incluidas guarniciones
»	63	»	14	»	Agel	»	Alh
»	68	»	37	»	de	»	del
»	69	»	7	»	Beni bu Ifrur	»	Beni bu Frah
»	70	»	1	»	Muecin	»	Almuecin
»	81	»	14	»	significa	»	significaría
»	91	»	15 y 21	»	Anhgera	»	Anghera
»	93	»	34	»	Ras-Medua	»	Rauda
»	96	»	4	»	raciado	»	raziado
»	99	»	26	»	Anyhera	»	Anghera,
»	121	»	16	»	prevision	»	provision
»	157	»	32	»	serían	»	hubieran sido
»	167	»	39	»	si alternar	»	sin alternar
»	174	»	37	»	colgadas	»	colgados.
»	176	»	34	»	su eje	»	un eje
»	203	»	4	»	vendedor	»	vendedores
»	204	»	16	»	deshiladrado	»	deshilachado
»	206	»	5	»	la	»	le
»	209	»	16	»	rigone	»	rigores
»	214	»	6	»	como dijéramos	»	como si dijéramos
»	214	»	38	»	Muecin	»	Almuecin
»	225	»	21	»	encedido	»	encendido
»	232	»	33	»	cien mil	»	cientos
»	235	»	15	»	en ellas	»	En ellos
»	237	»	41	»	financieras	»	financieros
»	252	»	34	»	4 (casilla 1.ª)	»	1



CROQUIS
DE
EL MARRUECOS ESPAÑOL
Escala 1: 900.000 met^s
Signos convencionales.
Carretera
Caminos
Ferrocarril
Rios y Arroyos
Zona ocupada
id. no ocupada.
Poblados
Ciudades
Lineas de montaña
KÁBILAS DEL MARRUECOS ESPAÑOL
La situación geográfica la indica en el croquis el número romano
I Quebdana
II Guelaia
III Beni-Said
IV Tensaman
V Beni-Urriagel
VI Bocoya
VII Beni-Itef
VIII Beni-Bu-Fash
IX Beni-Genil
X M'tiua el Bejar
XI Eulad Stut
XII Beni Ulisec
XIII Tafersit
XIV Beni Mezdui
XV Beni Targuist
XVI Zerketz
XVII Beni Bexir
XVIII Beni Bunzar
XIX Beni Bu Xibet
XX Beni Sedat
XXI Beni Ukil
XXII Beni Bu Yahi
XXIII Metalza
XXIV Genaia
XXV Beni Tucin
XXVI Beni-Amart
XXVII Beni-Ahmed
XXVIII Gomara
XXIX Beni-Said
XXX Beni Hozmar
XXXI El Hauz
XXXII Anyera
XXXIII El Fahs
XXXIV Garbia
XXXV Es-Sahel
XXXVI Jolot y Tlig
XXXVII Beni-Bu Selama
XXXVIII Fernasa
XXXIX Tagzurt
XL Quetama
XLI Jemas
XLII Beni Isef
XLIII Surnata
XLIV Beni Gorfet
XLV Yebel Hebid
XLVI Beni Msauar
XLVII Wad Ras
XLVIII Beni Hassan
XLIX Beni Ider
L Beni Laitz
LI Beni Aros
LII Meruisa
LIII M'tiua el Yebel
LIV Beni Zarual
LV Sid Ahmed el Surrac
LVI Gzaua
LVII Alh Xerif
CEUTA
Pta. Leona
Pta. de la Almina
Pta. Cruces
Pta. de Altares
Pta. Malabata
Cabo Espartel
Ens.ª de Jeremias
TANGER
TETUAN
Rio Martin
Mazari
Pta. Cotelle
ARCILA
LARACHE
ALCAZAR
Kaf el Hhaman
Rio Lucus
XEXAUEN
Fondak
Pta. de los Pescadores
Peñon de Velez de la Gomera
Alhucemas
Cabo Quilates
Morro Nuevo
Cala Tramontana
Pta. Betoya
Cabo Tres Forcas
Los Farallones.
MELILLA
NADOR
ZELUAN
Mar Chica
Restinga
I. Chafarinas
Cabo de Agua
Rio Muluya
Vado Saf Saf.
Vado de Sebbab
Taferst
Tafersit
Beni-Hassen
1.800 M.
Y. Quilzi
2.205 M.
Y. Tzengaia
Y. Tiziren
2.500 M.
1.420.
Y. Arez
1.585 M.
Yemaz del Chorfa de Tafrant
MARRUECOS FRANCÉS

KÁBI

La situació

I

II

IV

V

V

VI

VII

I

X

X

XI

XI

X

XV

XV

XVI

XI

X

XX

XX

XXI

XX

XX

XX

XXV

XXVI

XX

RC

RUE

1: 9

conv

------taña
